

Thomas Buergenthal

*Un niño
afortunado*

*De prisionero en Auschwitz
a juez de la Corte Internacional*

Traducción de Martín Arias



Plataforma Editorial
Barcelona

920

B928u

Título original: *Ein Glückskind.*

*Wie ein kleiner Junge zwei Ghettos, Auschwitz
und der Todesmarsch überlebte und ein neues Leben fand*

Primera edición en esta colección: febrero de 2008

- © Thomas Buergenthal, 2007
- © de la traducción: Martín Arias, 2007
- © Plataforma Editorial, 2008

Publicado originalmente por S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2007.
Las fotografías forman parte de la colección privada del autor.
Publicado por acuerdo con Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com y Liepman AG, Zúrich, www.liepmanagency.com.

Plataforma Editorial
Plaça Francesc Macià 8-9 - 08029 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 2.623-2008
ISBN: 978-84-96981-06-5
Printed in Spain - Impreso en España

Diseño de cubierta y composición:
Rubén Verdú y **peeping monster**
www.peepingmonster.com

Impresión:
Romanyà-Valls; Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)
www.romanyavalls.com

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas
en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

| | |
|--|-----|
| Prólogo | 9 |
| Capítulo 1: De Lubochna a Polonia | 15 |
| Capítulo 2: Katowice | 31 |
| Capítulo 3: El gueto de Kielce | 45 |
| Capítulo 4: Auschwitz | 71 |
| Capítulo 5: La Marcha de la Muerte de Auschwitz | 95 |
| Capítulo 6: Liberación | 107 |
| Capítulo 7: En el ejército polaco | 125 |
| Capítulo 8: De Otwock a Göttingen | 143 |
| Capítulo 9: Un nuevo comienzo | 163 |
| Capítulo 10: La vida en Göttingen | 175 |
| Capítulo 11: Rumbo a Estados Unidos | 205 |
| Capítulo 12: Reflexiones sobre la supervivencia..... | 217 |
| Epílogo: Mi segunda vida (un breve esbozo) | 225 |
| Notas históricas | 255 |

*Este libro está dedicado
a la memoria de mis padres Mundeck y Gerda Buergenthal,
cuyo amor, fuerza de carácter e integridad inspiraron este libro*

Prólogo

Quizá debí escribir este libro hace muchos años, cuando los sucesos que narro estaban aún frescos en mi mente. Pero mi otra vida se interpuso: la vida que he vivido desde mi llegada a Estados Unidos en 1951, una vida colmada de responsabilidades educativas, profesionales y familiares que dejó poco tiempo para el pasado. También es posible que, sin ser consciente de ello, necesitase la distancia de más de medio siglo para reflexionar sobre mi vida anterior, pues ello me ha permitido observar las experiencias de mi infancia con mayor objetividad, sin detenerme en numerosos detalles que no son en verdad centrales para la historia que ahora creo importante narrar. Esa historia, al fin y al cabo, sigue ejerciendo un efecto duradero sobre la persona que soy en la actualidad.

Por supuesto, siempre supe que algún día contaría mi historia. Era mi obligación contársela a mis hijos, y luego a mis nietos. Me parece importante que ellos sepan cómo

fue ser niño durante el Holocausto y haber sobrevivido a los campos de concentración. Mis hijos han oído fragmentos de mi historia en las cenas y reuniones familiares, pero nunca la historia en su totalidad. Al fin y al cabo, no es una historia que se preste a una narración casual. Pero es una historia que debe ser contada y transmitida, sobre todo por tratarse de una familia que fue prácticamente aniquilada en el Holocausto. Sólo así podremos restablecer el nexo entre el pasado y el futuro. Por ejemplo, nunca he conseguido realmente explicarles a mis hijos, en un contexto adecuado, el modo en que se comportaron mis padres durante la guerra y la entereza de carácter que exhibieron en momentos en que otra gente, ante idénticas circunstancias, había perdido todo escrúpulo moral. El relato de su coraje e integridad enriquece la historia de nuestra familia, y sería imperdonable que ese relato muriera conmigo.

También deseo narrarle mi historia a un público más amplio, no porque piense que mi vida temprana fuera tan extraordinaria desde una perspectiva general, sino porque siempre he creído que el Holocausto no puede ser comprendido de forma cabal a menos que se vea a través de los ojos de quienes lo vivieron. Referirse al Holocausto por medio de cifras (seis millones), como se hace con frecuencia, implica deshumanizar de modo involuntario a las víctimas y trivializar lo profundamente humano de dicha tragedia. Los números transforman a las víctimas en una masa fungible de cuerpos anónimos y despojados de alma, en lugar de verlas como los seres humanos individuales que alguna vez fueron. Todos los que hemos vivido el Holocausto tenemos una historia personal digna de ser narrada, aunque sea por el mero hecho de ponerle un rostro humano a la

experiencia. Al igual que todas las tragedias, el Holocausto ha producido sus héroes y sus villanos: seres humanos corrientes que nunca perdieron su integridad moral y seres que, bien para salvarse, bien sólo para conseguir un trozo de pan, contribuyeron a enviar a sus semejantes a las cámaras de gas. También es ésta la historia de algunos alemanes que, en medio de la carnicería, mantuvieron firmes sus principios de humanidad.

Este libro contiene mis recuerdos sobre sucesos que tuvieron lugar hace más de sesenta años. No dudo de que dichos recuerdos han sido modificados por las triquiñuelas que el paso del tiempo y la edad avanzada juegan sobre la memoria: nombres olvidados o confundidos de gente que menciono; hechos y fechas distorsionados de sucesos que se produjeron antes o después de la época en que los sitúo; referencias a cosas que no sucedieron exactamente como yo las describo, o de las cuales me parece haber sido testigo cuando, quizá, sólo me fueron contadas por terceros. Puesto que no escribí este libro en fecha más temprana, ya no me es posible consultar a aquellos que estuvieron conmigo en los campos y comparar mis recuerdos sobre hechos específicos con los suyos. Es algo que lamento profundamente. Por supuesto, lo que más lamento de todo es ya no poder discutir muchos de los detalles con mi madre. También, que pese a mis mejores esfuerzos me ha resultado difícil (si no imposible, en especial en los primeros dos capítulos) distinguir con claridad entre algunos sucesos que recuerdo haber vivido y otros que me fueron narrados por mis padres o que escuché durante sus conversaciones. Todo cuanto puedo decir es que, si me he referido a los mismos, es porque se aparecían en mi mente como experiencias de primera mano.

Aunque los capítulos de este libro están estructurados en orden cronológico, no siempre los sucesos o episodios específicos aparecen con un orden demasiado claro dentro de los propios capítulos. Transcurridos tantos años, con frecuencia recuerdo sucesos o episodios específicos con enorme claridad, pero no sé con exactitud cuándo se produjeron. Para el niño que yo era, las fechas y el tiempo carecían de importancia. En el proceso de forzarme a recordar ese período de mi vida, comprendo que, a diferencia de ahora, en aquel entonces no pensaba en función de días o meses, ni siquiera de años. Crecí en los campos, no conocía otra vida. Mi único objetivo era mantenerme vivo, de hora en hora, día tras día. Ésa era mi perspectiva. Medía el tiempo sólo en función de las horas que debíamos esperar para recibir nuestra siguiente ración de alimentos, o de los días que probablemente restaban para que el doctor Mengele se presentase para llevar a cabo otra de sus mortíferas selecciones. Así, por ejemplo, cuando comencé a escribir este libro ignoraba por completo en qué momento de 1944 habíamos llegado a Auschwitz. Obtuve la información sólo tras consultar los archivos de Auschwitz. Internet me proporcionó la fecha en que fui liberado de Sachsenhausen, así como la de la liquidación del gueto de Kielce. Tal es el alcance de mis investigaciones para el volumen que tenéis en las manos. El resto de la historia se basa sólo en mis propios recuerdos.

Si hubiera escrito este libro a mediados de la década de los cincuenta, cuando conté por primera vez parte de mi historia en una descripción de la Marcha de la Muerte de Auschwitz que apareció en una publicación literaria universitaria, todo el relato estaría impregnado de una mayor sensación de inmediatez respecto de los sucesos narrados.

En aquel entonces, libre de la progresiva erosión que el paso del tiempo impone sobre los recuerdos (y en especial sobre los recuerdos dolorosos), aún conseguía traer a mi mente el miedo a morir, el hambre que experimenté, la sensación de pérdida e inseguridad que se apoderó de mí al ser separado de mis padres y mis reacciones ante los horrores de los que era testigo. El paso del tiempo y la vida que he llevado desde el Holocausto han anestesiado esos sentimientos y emociones. En mi condición de autor de este libro, lo lamento, pues no dudo de que el lector podría haberse interesado también por ese aspecto de la historia. Pero estoy convencido de que si tales sentimientos y emociones me hubiesen acompañado durante todos estos años, habría resultado muy arduo para mí superar mi pasado del Holocausto sin graves secuelas psicológicas. Quizá el hecho de que los recuerdos se hayan ido diluyendo con los años haya sido mi salvación.

Mi experiencia durante el Holocausto ha resultado decisiva para llegar a ser la persona que soy: profesor de derecho internacional, abogado especializado en derechos humanos y juez internacional. Podría parecer obvio que mi pasado me condujese a los derechos humanos y al derecho internacional, aunque no fuera entonces consciente de ello. En todo caso, me ha provisto de una buena base para ser un mejor defensor de los derechos humanos, aunque más no sea, porque he comprendido (no sólo de modo intelectual sino también emocional) qué implica ser víctima de violaciones de los derechos humanos. Al fin y al cabo, lo he sentido en carne propia.

Capítulo 1

*De Lubochna
a Polonia*

Era enero de 1945. Nuestros vagones de ferrocarril desprovistos de techo ofrecían escasa protección contra el frío, el viento y la nieve tan típicos de los duros inviernos de Europa del Este. Estábamos cruzando Checoslovaquia en nuestra ruta desde Auschwitz, en Polonia, hasta al campo de concentración de Sachsenhausen, en Alemania. A medida que nuestro tren se aproximaba a un puente, vi a gente que nos hacía señas desde lo alto y luego, inesperadamente, panes que llovían sobre nosotros. El pan siguió cayendo cuando pasamos bajo uno o dos puentes más. Con excepción de la nieve, no había comido nada desde que nos hicieran abordar el tren tras una marcha forzada de tres días desde Auschwitz, apenas unos días antes de la llegada de las tropas soviéticas. Ese pan probablemente me salvó la vida, así como la de muchos de mis compañeros de lo que hoy se conoce como la Marcha de la Muerte de Auschwitz.

En aquel entonces no se me ocurrió relacionar el pan de los puentes con Checoslovaquia, mi tierra natal. Eso sólo me sucedió años después de la guerra, en aquellas ocasiones en que, por uno u otro motivo, se me pedía que presentase un acta de nacimiento. Como carecía de ella, me exigían una declaración jurada afirmando que, «según la información con la que cuento y de la que doy fe», nací en Lubochna, Checoslovaquia, el 11 de mayo de 1934. Cada vez que firmaba uno de esos documentos, mi memoria me devolvía por un instante la imagen de los puentes checos.

Poco después de la caída del régimen comunista de Checoslovaquia, logré por fin obtener mi acta de nacimiento. El documento confirmaba la información de la que yo había dado fe en tantas declaraciones juradas, y generó en mí el impulso de visitar Lubochna con mi esposa Peggy. Ella sentía curiosidad por conocer el sitio donde yo había nacido, mientras que a mí me movía el deseo de entrar en contacto con esa porción de tierra de nuestro planeta en la que había abierto los ojos por primera vez.

Tras conducir desde Bratislava, capital de la actual Eslovaquia, recorriendo durante varias horas sinuosos caminos a la par de serpenteantes ríos y ruidosos arroyos, llegamos a Lubochna, pequeña ciudad vacacional al pie de las montañas del Bajo Tatra. Sin haberlo planeado así, arribamos allí en mayo de 1991, casi cincuenta y siete años después de mi nacimiento en ese mismo lugar. Un día bellamente soleado nos dio la bienvenida a medida que nos adentrábamos en el pequeño pueblo rodeado de los atractivos y redondeados montes del Bajo Tatra, claramente distinguibles de las escarpadas cumbres del Alto Tatra.

Entonces comprendí por qué mi padre soñaba con regresar algún día a Lubochna, y el motivo por el que mi ma-

dre adoraba el lugar. Parecía un sitio por completo idílico. Mientras Peggy y yo recorrimos el poblado con la esperanza de encontrar el que había sido el hotel de mis padres, tomé conciencia de que, con excepción de aquel trozo de papel de aspecto oficial que me conectaba a Lubochna de por vida, no existía para mí ningún otro vínculo con ese lugar. Nunca hallamos el hotel (luego me enteré de que había sido demolido durante la década de los sesenta). Si bien la visita confirmó que Lubochna era en verdad el lugar hermoso del que mis padres hablaban con frecuencia, me percaté con gran tristeza de que para mi familia ese pueblo representaba poco más que una nota al pie en una historia que había comenzado con la alegría de traer un niño al mundo, alegría que poco a poco se había ido ensombreciendo para dar paso a un relato muy diferente.

Mi padre, Mundek Buergenthal, se había mudado a Lubochna desde Alemania poco antes de que Hitler llegase al poder en 1933. Junto a su amigo Erich Godal, un caricaturista político antinazi que trabajaba para un importante periódico de Berlín, decidió abrir un pequeño hotel en Lubochna, donde Godal tenía algunas propiedades. La situación política en Alemania se estaba volviendo cada vez más peligrosa para los judíos y para quienes se opusiesen a Hitler y a la ideología del partido nazi. Al parecer, mi padre y Godal creían como tantos otros que el entusiasmo de Alemania por Hitler se desvanecería en pocos años y que pronto podrían regresar a Berlín. Entretanto, la proximidad entre Checoslovaquia y Alemania les permitiría seguir de cerca el desarrollo de los acontecimientos, y también proporcionar refugio temporal a cualquiera de sus amigos que tuviese necesidad de huir con urgencia de Alemania.

Nacido en 1901 en Galitzia (una región de Polonia que pertenecía al Imperio austrohúngaro antes de la Primera Guerra Mundial), mi padre recibió la educación primaria y buena parte de la secundaria tanto en idioma alemán como en polaco. Sus padres vivían en un poblado de una hacienda perteneciente a un rico terrateniente polaco cuyas cuantiosas propiedades agrícolas eran administradas por mi abuelo paterno, ocupación poco usual para un judío en aquella época y en esa parte del mundo. El terrateniente polaco había sido oficial superior de mi abuelo en el ejército austríaco y lo tomó a su servicio cuando ambos volvieron a la vida civil. A la larga, puso a mi abuelo a cargo de sus múltiples fincas.

La escuela secundaria más cercana a la que podía acceder mi padre estaba en un pueblo algo distante. Según la leyenda familiar, para poder asistir a dicha escuela, mi padre se alojó durante un tiempo en casa de un empleado del ferrocarril encargado de un cruce de vías situado en un punto estratégico. Los trenes hacia y desde dicho pueblo debían pasar por el cruce unas cuantas veces al día. Como no había ninguna estación en los alrededores, el hombre desaceleraba el paso del tren una vez por la mañana y otra por la tarde, a fin de permitirle a mi padre subir y bajar de los vagones. Con posterioridad se buscó una solución menos arriesgada para permitirle ir a clase.

Tras su graduación en la escuela secundaria y un breve paso por el ejército polaco durante la guerra polaco-soviética que comenzó en 1919, mi padre se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Cracovia. Antes de terminar sus estudios, sin embargo, se marchó de Polonia y se mudó a Berlín. Allí se unió a su hermana mayor, casada con un conocido modisto berlinés, y obtuvo

empleo en un banco privado judío. No tardó en escalar posiciones, y se convirtió en funcionario a una edad relativamente temprana gracias a su éxito ayudando a administrar la cartera de inversiones del banco. Su puesto en dicha institución y los contactos sociales de su cuñado le permitieron codearse con muchos escritores, periodistas y actores residentes por entonces en Berlín. El ascenso de Hitler y el número cada vez mayor de ataques de sus seguidores contra los judíos y los intelectuales antinazis, muchos de los cuales eran amigos de mi padre, lo llevaron a abandonar Alemania e instalarse en Lubochna.

Mi madre, Gerda Silbergleit, llegó al hotel de mi padre en 1933. Venía de Göttingen, la ciudad universitaria alemana donde había nacido y donde sus padres poseían una tienda de calzado. Aún no había cumplido los veintiún años (nació en 1912) cuando sus padres la enviaron a Lubochna con la esperanza de que unas vacaciones en Checoslovaquia la ayudasen a olvidar al novio no-judío que pretendía casarse con ella. También pensaban que sería bueno para su hija marcharse de Göttingen por un tiempo. Allí, el hostigamiento contra los judíos (y en particular contra las jóvenes judías) por parte de las juventudes nazis que patrullaban las calles, volvía la vida cada vez más incómoda para mi madre.

Al hacer los preparativos para su estadía en el hotel, sus padres acordaron que fuese recogida en la frontera germano-checa. En lugar de enviar a su chófer, mi padre decidió conducir solo hasta la frontera, por lo que ella lo confundió con el chófer del hotel. Se sintió bastante avergonzada cuando, durante la cena, la sentaron en la mesa del dueño del albergue, quien resultó ser el chófer al que ella había agobiado durante todo el trayecto con preguntas sobre el señor Buergenthal (parece ser que su madre lo

había descrito como muy buen partido). Años más tarde, cada vez que yo escuchaba a mi madre contar esta historia, me preguntaba si la visita a Lubochna no habría sido urdida por sus padres, al menos en parte, con la intención de concertar un eventual casamiento con mi padre, y si de existir un plan semejante, mi padre no habría sido parte del mismo. ¿Era tan sólo una coincidencia que su hotel le fuese recomendado a mis abuelos por un amigo que también conocía muy bien a mi padre? Nunca conseguí averiguarlo del todo, suponiendo que hubiese algo que averiguar. Para mi madre, siempre fue amor a primera vista. ¡Y que no se dijera nada más!

Tres días después de conocerse en la frontera germanocheca, mis padres se comprometieron. Contrajeron matrimonio pocas semanas más tarde, pero no hasta que mi abuelo materno, Paul Silbergleit, y luego mi abuela, Rosa Silbergleit (nacida Blum) viajasen a Lubochna para aprobar al novio. Parece ser que la rapidez del compromiso y la precipitada boda los tomaron un poco por sorpresa, pero era el año 1933 y había poco tiempo para cortejos. Yo nací unos once meses después. En el año 1939 ya éramos refugiados en plena huída, apenas unos pasos por delante de los alemanes: daba la impresión de que todo un país le había declarado la guerra a una pequeña familia por el mero hecho de ser judíos.

Cuando busco en mi memoria algunos trazos de mi fugaz vida en Lubochna, me cuesta mucho distinguir entre lo que mis padres me contaron y lo que realmente recuerdo. Tengo la impresión de que mucho de lo que creo recordar sobre ese período se lo escuché decir con posterioridad, bien a mi padre, bien a mi madre. Ella solía contar que yo le servía como intérprete a la edad de tres o cuatro años,

cuando iba de compras en Eslovaquia. Mi madre sólo hablaba alemán, y los dependientes en su mayor parte sólo sabían eslovaco. Al parecer, yo me defendía en ambas lenguas. En casa hablábamos alemán cuando estábamos los tres juntos, y yo debí de aprender algo de eslovaco gracias a mis niñeras eslovacas.

El único recuerdo nítido que tengo de la vida en Lubochna se remonta a un día de fines de 1938 o principios de 1939, cuando mis padres me comunicaron que tendríamos que irnos de nuestro hotel. No bien empezaron a hacer las maletas, comprendí que llevaban mucha prisa. Años más tarde supe que la Guardia de Hlinka, un partido fascista eslovaco apoyado por la Alemania nazi que controlaba Eslovaquia, afirmaba tener una orden judicial según la cual una de sus organizaciones pantalla era dueña de nuestro hotel (mis padres habían comprado la parte de Erich Godal unos años antes). No había modo alguno de impedir semejante confiscación. Para entonces, la Guardia Hlinka y sus seguidores controlaban los juzgados, y su policía amenazaba con expulsarnos del país si nos resistíamos a que se apoderaran de nuestra propiedad y nos negábamos a marcharnos de Lubochna de inmediato.

Como consecuencia, sólo cogimos unas cuantas maletas, y dejamos todo lo demás, incluido por cierto el propio hotel, en manos de sus nuevos «dueños». ¡Pero yo quería llevarme mi coche! Era un pequeño coche rojo a pedales. Mis padres me dijeron que eso era imposible, pero que pronto volveríamos y allí estaría el coche esperando a nuestro regreso. Ese coche era mi bien máspreciado. Debí de sospechar entonces que nunca volvería a verlo, pues corrí hacia el desván para echarle una ojeada. Allí estaba, apoyado contra un poste sobre sus ruedas tra-

seras, rodeado de cajas y maletas. Parecía estar tan triste como yo. Hasta el día de hoy, cuando pienso en aquel instante, se me viene a la mente la imagen de mi pequeño coche rojo.

Tras dejar Lubochna, vivimos durante un tiempo en Zilina, también en Eslovaquia. Al principio residimos con unos amigos que eran dueños del Grand Hotel de dicha ciudad. Recuerdo el nombre porque me lo pasaba muy bien en la entrada principal junto a uno de los porteros, gritándole «¡Grand Hotel!» a los transeúntes, como se acostumbraba por entonces. Con frecuencia la gente se detenía a conversar conmigo y a veces, para gran alegría mía, incluso me arrojaban alguna moneda.

Desde el hotel, nos trasladamos a un pequeño piso en Zilina. Allí, mi madre y yo pasamos bastante tiempo solos. Mi padre había encontrado empleo como agente comercial en una empresa de instrumental médico y dedicaba gran parte de su tiempo a visitar a sus clientes en distintos puntos del país. Al parecer, mis padres habían gastado gran parte de sus ahorros (incluyendo el dinero que mi madre había recibido de sus padres en calidad de dote) en ampliar el hotel y comprarle su parte a su antiguo socio. Ahora el hotel era cosa del pasado, y con él habían desaparecido todos los ingresos que generaba.

Cuando vivíamos en Lubochna, mi madre nunca había tenido que cocinar. Esa tarea le correspondía a la chef del hotel, una corpulenta y amenazante matrona eslovaca, que le había hecho saber a mi padre sin rodeo alguno que su joven esposa no era bienvenida en la cocina. Ahora, en Zilina, todo era diferente, y no tardé en comprender que mi madre no cocinaba demasiado bien. En una ocasión puso a asar un pollo sin acabar de limpiarle

el interior. Cuando mi padre probó el primer bocado se topó con un trozo de maíz, que debía de ser parte de la última comida del pollo. De más está decir que mi padre lo escupió todo y dio comienzo a una monumental pelea con mi madre. «¡Daba por supuesto que habías aprendido algo en ese colegio de Göttingen!» gritaba mi padre. Ella contraatacaba recordándole algún incidente semiolvidado por el cual él teóricamente debía sentirse culpable. Y cuando él replicaba que aquello nada tenía que ver con lo mala que ella era cocinando, mi madre lo acusaba de cambiar de tema. Pronto me di cuenta de que ella siempre ganaba esas discusiones, mientras que él acababa negando con la cabeza con aspecto de profunda incredulidad. En ocasiones mi madre me convertía además en su aliado cuando ella hacía alguna cosa y no deseaba que mi padre se enterase. Una vez descubrió que el trapo de la cocina que ella había estado buscando había caído dentro de la olla donde preparaba la cena. Me suplicó que guardase silencio asegurándome: «Papá no notará nada si no se lo decimos».

Otro día, mientras mi padre estaba fuera de la ciudad, la policía entró a nuestro piso y le ordenó a mi madre que hiciera las maletas y se asegurase de que estuviésemos listos para marcharnos con ellos en el plazo de una hora. Nos dijeron que éramos judíos y extranjeros indeseables, y que seríamos expulsados del país. Mi madre protestó argumentando que no podíamos irnos sin mi padre, pero no hubo modo de que entraran en razón. Nos llevaron a la comisaría. El edificio y su patio estaban ya colmados de otros extranjeros. Mi madre reconoció entre ellos a algunos de nuestros amigos. La gente se sentaba sobre sus maletas, los niños lloraban, y percibí que todos estaban muy asustados, tanto como yo.

No bien llegamos a la comisaría, mi madre exigió en su alemán preciso y pulido ver sin demora al jefe de policía o a la persona a cargo. Armó un gran escándalo al tiempo que agitaba un documento repleto de sellos y encuadernado en piel. Tras unos minutos, fuimos conducidos a una oficina. Allí un hombre uniformado, corpulento y con aspecto de pocos amigos, le preguntó a mi madre en tono amenazador a qué se debía tanto revuelo y quién se creía que era. Ella, que en aquel instante me pareció muy alta pero no medía más que metro y medio, arrojó el documento sobre el escritorio del hombre y le ladró en alemán: «¡Somos alemanes!». Mi madre apuntó al documento, que ella llamaba «su pasaporte», y añadió en el mismo tono: «¡Se supone que somos vuestros aliados! ¡Es indignante que nos estéis tratando como a delincuentes comunes!». Solicitó que la condujeran de inmediato ante el cónsul alemán para protestar por un trato tan escandaloso y le advirtió al agente de policía que él y sus superiores se meterían en serios problemas con las autoridades alemanas por acosar a los alemanes que vivían pacíficamente en Eslovaquia. «¡Esperad y veréis lo que sucederá cuando mi marido regrese y no nos encuentre en casa!»

Tras conversar en voz baja con otro hombre y revisar nuevamente el pasaporte, el agente de pronto nos sonrió, se levantó de detrás de su escritorio, cogió a mi madre de la mano y en un alemán entrecortado le pidió efusivamente que lo disculpase. Se trataba de un gran error; desde luego que ellos no estaban deportando a los alemanes residentes en Eslovaquia, sino sólo a los judíos y a otros indeseables a quienes desde el principio jamás tendrían que haberles permitido ingresar en el país. Volvió a estrecharle la mano a mi madre, la saludó y le ordenó al policía que nos escoltase de regreso a casa.

Años más tarde supe que el «pasaporte» de mi madre era en realidad una licencia de conducir alemana, cuyo aspecto era muy similar al de un pasaporte. Su verdadero pasaporte alemán había sido confiscado después de que ella intentase renovarlo, pues, al igual que los demás judíos que vivían en el extranjero, mi madre había sido despojada de su nacionalidad alemana. Todavía hoy me pregunto qué habría hecho ella si se hubiera dado el caso de que el agente de policía hubiera sabido leer alemán y descubierto el engaño. La última persona con la que mi madre habría deseado hablar en esas circunstancias era el cónsul alemán.

No dejo de maravillarme ante el coraje, el ingenio y la inteligencia exhibidos por mi madre aquel día, rasgos de carácter que ella evidenciaría muchas veces más en el futuro y en situaciones todavía más complejas. Al fin y al cabo, no era más que una joven mujer proveniente de una familia judía de clase media, con un digno nivel económico y los conocimientos básicos que podía aportar una educación secundaria. ¿De dónde había sacado la astucia y el casi audaz descaro con los que había calculado la reacción de quienes representaban una terrible amenaza tanto para ella como para su familia, consiguiendo al fin no sólo sacar ventaja sino salir victoriosa? De niño me parecía natural que mi madre siempre supiera qué hacer en cada circunstancia. Pero lo que en aquel entonces yo consideraba «natural» ha acabado, con el paso de los años, inspirando en mí una profunda admiración y también un gran desconcierto. No sólo porque mi madre repetidamente logró superar con éxito la adversidad haciendo frente a la maquinaria de la muerte nazi, sino porque lo hacía con una espontaneidad y rapidez dignas de un mago. ¿De dónde provenía esa magia? Aunque lo he intentado, nunca he

sido capaz de identificar la fuente intelectual y emocional del singular don de mi madre. Todo cuanto sé es que ella poseía ese don.

A poco de regresar a nuestro piso desde la comisaría, mi madre exclamó: «¡Hemos tenido suerte esta vez!». Pero añadió: «No tardarán en volver», y empezó a buscar la pistola de mi padre. Él había adquirido el arma en Lubochna, con la intención de ahuyentar zorros y otros animales salvajes que en ocasiones intentaban entrar al corral de los pollos situado tras el almacén de leña del hotel. Cuando mi madre halló el arma, me dijo que debíamos deshacernos de ella sin despertar sospechas, para que la policía no la encontrara en su siguiente visita. Manejó la pistola con extremada cautela, la deslizó dentro de una bolsa de papel y me dijo que no la tocara. Al día siguiente caminamos hacia el río y arrojamos la bolsa al agua desde uno de los puentes. No alcancé a comprender del todo lo que estaba sucediendo, pero me sentí bastante adulto por el hecho de participar en semejante operación ultrasecreta. Cuando mi padre regresó, se enfureció al enterarse de que mi madre había tirado su pistola, pero era demasiado tarde para remediarlo.

A los pocos días, mis padres decidieron que Eslovaquia ya no era un sitio seguro para nosotros y que había llegado la hora de partir. Daban por sentado que el hostigamiento contra los judíos, y en particular contra los judíos extranjeros, se volvería más duro en esa región de Checoslovaquia. Mi padre también temía que lo hubieran incluido en alguna lista de personas «buscadas» por la Gestapo, y que si la policía volviese podrían arrestarlo y entregarlo a los alemanes. Pero, ¿hacia dónde podíamos ir? Mis padres pasaron horas interminables debatiendo esta cuestión, en general entre murmullos y por las noches, cuando pensaban

que yo ya me había dormido. Finalmente se decidieron por Polonia, concluyendo que aquel era el único país en el que nos permitirían ingresar. Además, allí mi padre podría conseguir los visados que le habían prometido las autoridades británicas en Checoslovaquia, y gracias a los cuales se nos permitiría viajar a Inglaterra en calidad de refugiados políticos.

No tardamos en iniciar la marcha hacia Polonia. Al principio, sin embargo, no llegamos muy lejos, pues nos vimos atrapados en la tierra de nadie entre Polonia y Checoslovaquia. Esa franja de tierra medía unos cincuenta metros entre uno y otro puesto fronterizo. Las fronteras estaban conectadas por un camino de tierra en medio de la campiña. A cada lado del camino corría una profunda cuneta de desagüe. La frontera polaca estaba en un extremo del camino; la checa, en el otro. No bien alcanzamos el lado polaco de la frontera, los guardias polacos nos ordenaron volver al lado checo. Los checos, por su parte, no nos permitieron reingresar. Y así estuvimos varados durante varios días. Teniendo en cuenta el incontable número de veces que nos trasladamos de un extremo al otro, cargando o empujando nuestras maletas, esa franja de camino me pareció mucho más extensa de lo que debía de serlo en realidad. Sin piedad, los guardias de ambos puestos nos gritaban que nos marchásemos y no volviésemos a aparecer por allí nunca más.

Carecíamos de nación y no teníamos ningún documento válido de viaje. Mi padre debía de haber perdido en algún momento la nacionalidad polaca, probablemente al adquirir la nacionalidad alemana que a la larga acabaría perdiendo del mismo modo que mi madre, cuando los nazis desnaturalizaron a todos los judíos residentes en el extranjero. Siendo apátridas, una vez en tierra de na-

die carecíamos de derechos tanto para entrar en Polonia como para regresar a Checoslovaquia. Día tras día, noche tras noche, mi padre esperaba un cambio de guardia en la frontera polaca. No bien veía allí nuevos guardias polacos, nos conducía al puesto fronterizo y solicitaba ser admitido, afirmando que era polaco. Pero como no poseía la documentación necesaria para demostrarlo, los guardias le ordenaban regresar al lado checo. Pasamos jornadas enteras yendo y viniendo. Dormíamos en la campiña adyacente al camino, entre los dos puestos, o bien en alguna de las cunetas. En raras ocasiones se nos permitía dormir en la sala de espera de alguno de los puestos de guardia. Si bien pasábamos frío la mayor parte del tiempo, no teníamos hambre, pues podíamos comprarles comida a los granjeros checos y polacos, que nos vendían pan y embutidos. Pero no estábamos yendo a ninguna parte. Me sentía fatigado y no comprendía por qué motivo nadie nos permitía ingresar en su país.

Algo más de una semana después de llegar a la frontera, un día en que de nuevo los polacos nos habían ordenado regresar al lado checo y estábamos empezando a trasladar nuestras pertenencias otra vez hacia allí, nos topamos con un grupo de soldados alemanes fuertemente armados. Al parecer, entretanto Alemania había ocupado Checoslovaquia, y allí estábamos, bajo las garras de aquellas mismas personas de las que estábamos intentando escapar. Noté que mis padres estaban muy asustados. Uno de los alemanes, que parecía ser el oficial superior, exigió saber quiénes éramos y qué estábamos haciendo en medio de la nada. Mi padre, que de repente empezó a hablar un muy mal alemán, respondió que éramos polacos, que llevábamos allí más de una semana, y que los polacos no nos

permitían regresar a nuestro país. «Eso ya lo veremos», gruñó el oficial alemán. Y tras esas palabras, le ordenó a dos de sus soldados que se acercasen y cogiesen nuestras maletas. Pensé que iban a hacernos algo terrible, pues mi madre de pronto me cogió de la mano con firmeza y me hizo señas de que no hablase. Pero los soldados alemanes se limitaron a acompañarnos de regreso a la frontera polaca. Una vez allí, le ordenaron a los guardias de frontera polacos que nos permitiesen pasar. «¡Esta gente es polaca!», gritó uno de los soldados. «Os ordeno que los dejéis entrar. ¡Y os aconsejo que no los enviéis de regreso a nuestro lado. Las cosas serán muy diferentes de ahora en adelante!» Mi padre tradujo lo que decía el alemán y los polacos asintieron obedientes.

Así fue como entramos en Polonia. Debía de ser marzo de 1939, pues en ese mes Alemania invadió Checoslovaquia. Yo aún no había cumplido los cinco años.

Capítulo 2

Katowice

No conservo ningún recuerdo de los primeros días transcurridos después de que nos permitiesen pasar a Polonia. Seguramente nos alojamos en un albergue o arrendamos una habitación durante un breve período. Yo debo de haber dormido gran parte del tiempo. Mi primer recuerdo es de los tres sentados en un carro de heno tirado por caballos, con nuestras maletas apiladas en un extremo. El cochero era un anciano de larga barba blanca. Llevaba un sombrero negro y hablaba con mi padre en un lenguaje que parecía alemán, pero que yo apenas podía comprender. Esas fueron las primeras palabras en yidis que escuché, y el cochero fue el primer judío jasídico que vi en mi vida. Todavía me parece oír al hombre decir algo sobre «*a shoo*», lo que en aquel momento me hizo preguntarme por qué hablaba de un «*schuh*», zapato en alemán. Sólo mucho más tarde, cuando aprendí algo de yidis gracias a mis compañeros en

el gueto de Kielce, supe que «*a shoo*» en yidis significa «una hora», y que el cochero le había dicho a mi padre que en una hora llegaríamos a destino.

Nuestra siguiente parada fue Varsovia. Allí mi padre tenía algunos parientes, y dado que mi madre no los conocía, nos recibieron con gran regocijo, muchos besos y risas, y cuantiosas cantidades de comida. Yo odiaba estas visitas porque todas las mujeres que veíamos insistían en besarme y me hacían comer hasta el hartazgo. Por suerte, siempre había cerca otros niños con los cuales podía escapar de los adultos e ir a jugar.

Las visitas llegaron a su fin cuando contraí un grave caso de tos ferina de uno de mis nuevos amigos. El médico les dijo a mis padres que respirar el aire del río haría maravillas por mi salud. Para deleite mío, mis padres siguieron casi de inmediato la recomendación del doctor y alquilaron un coche de caballos para pasearme una vez tras otra entre ambos extremos del puente sobre el río Vístula que conectaba Varsovia con Praga, un suburbio al este de la ciudad. Yo adoraba estas excursiones diarias y me sentí muy triste cuando la tos fue desapareciendo poco a poco y mis padres decidieron que ya podíamos dejar Varsovia para viajar hacia Katowice.

En 1939, Katowice, una ciudad situada en el sur de Polonia, se había convertido en un punto de reunión para los refugiados judíos alemanes. Allí se presentaban en el consulado británico con la esperanza de obtener la documentación necesaria para viajar a Inglaterra. Mis padres habían oído en Varsovia que el consulado británico en Katowice podría llevar adelante nuestra solicitud de visados y que, cuanto antes llegásemos allí, antes estaríamos en condiciones de zarpar rumbo a Londres. Mi tos ferina había demorado nuestra llegada a Katowice.

En Katowice nos instalamos en un piso diminuto. Nunca olvidaré nuestra primera noche allí. Mis padres apenas habían apagado las luces cuando la habitación que los tres compartíamos pareció cobrar vida. Mi madre gritó que estaba siendo devorada. Cuando mi padre saltó de la cama y encendió la luz, descubrimos que tanto las paredes del cuarto como nuestras camas estaban cubiertas de chinches, que reptaban por todos nuestros cuerpos. Era un auténtico espectáculo: parecía haber cientos de estos espantosos bichos capaces de causar con sus mordeduras una picazón insoportable.

Mi madre quería marcharse sin más, pero mi padre la tranquilizó, explicándole que éramos afortunados de contar con ese piso. Una vez que se convencieron de que no teníamos más opción que permanecer allí, mis padres iniciaron una auténtica campaña de exterminio de las chinches. Encontraron unas velas y comenzaron por quemar a los bichos en las paredes; luego sacudieron las sábanas hasta hacerlos saltar y los aplastaron contra el suelo con los pies. La habitación tenía un fregadero y mi madre empezó a arrojar las chinches de las sábanas en el agua con la intención de ahogarlas. Tan desesperados esfuerzos por librarnos de las chinches debieron de prolongarse durante toda la noche. Yo me dormí después de un rato, inconsciente de que en los años por venir las chinches serían el menor de nuestros problemas.

Lo pasé muy bien en Katowice. Allí los refugiados habían formado su propia pequeña comunidad. Mis padres se integraron a ella y pronto se hicieron de muchos amigos. Como era habitual en Alemania, estos amigos enseguida se volvieron mis «tíos» y «tías». Yo jugaba con sus hijos y ellos me cuidaban cuando mis padres tenían que alejarse para

ir a hacer algún recado. Solían congregarse en algún café, o en un parque, donde jugaban a las cartas, leían periódicos, hablaban en voz baja sobre la guerra que se avecinaba y compartían sus preocupaciones. Todos esperaban su «día de suerte». Y cada tanto había motivo de celebración, una montaña de besos y de lágrimas: el día de suerte de alguien había llegado en forma del tan anhelado visado del consulado británico, que permitiría al destinatario viajar a Inglaterra. Poco después, aquellos a quienes se habían concedido los visados se marchaban de Katowice, en general en pequeños grupos y en transportes organizados por el consulado británico.

Nuestro «día de suerte» no estaba nada cercano. Mientras lo esperábamos, recuerdo que solía jugar en un hermoso parque de Katowice y nadar en un lago cercano. Al parecer, la comunidad judía de la ciudad proporcionaba cierta ayuda a los desprovistos refugiados, y también lo hacían muchas otras personas relacionadas con la comunidad. Recuerdo una ocasión en que un hombre muy amable que se había hecho amigo de mis padres me llevó de compras. Regresé a casa con varios juguetes y ropas completamente nuevas: flamantes pantalones, camisa y chaqueta. El hombre creía que las ropas que me hacía usar mi madre me daban un aspecto demasiado alemán. Cada tanto también éramos invitados a cenar a casas de familias judías, aunque esto no sucedía con tanta frecuencia como me hubiera gustado para huir de nuestra espantosa habitación y de las exiguas comidas.

Un día, mi madre llegó a casa presa de gran excitación. Le explicó a mi padre que ella y una amiga habían acudido a una célebre adivina. Antes de ir, mi madre se había quitado su anillo de matrimonio y, como aparentaba ser mucho más joven que su edad real (tenía por entonces veintisiete

años), le sorprendió mucho que la adivina, al estudiar sus cartas, afirmase que mi madre estaba casada y tenía un hijo. Además de saber muchas cosas sobre la historia de nuestra familia, la adivina le dijo a mi madre que su hijo era «*ein Glückskind*», un niño afortunado, y que saldría indemne del futuro que nos esperaba.

Mi padre regañó a mi madre por su credulidad ante tales tonterías y por malgastar dinero en ello cuando apenas teníamos para comer. Pero mi madre alegó que su amiga había costeado la visita porque quería que alguien la acompañase. «Además, quizá la adivina sepa algo que nosotros ignoramos, pues ¿de qué otro modo podía tener tanta información sobre mí?», replicó. «Lo único que sabe la adivina», espetó mi padre, «es cómo ganar dinero en estos tiempos de desgracia». La discusión entre ambos continuó durante un buen rato.

Ninguno de nosotros lo sabía entonces (y yo mismo sólo lo supe mucho después), pero las predicciones de la adivina ayudarían a apuntalar las esperanzas de mi madre en los años siguientes, cuando fuimos separados. Incluso después de la guerra, cuando los amigos intentaban convencerla de que era inútil buscarme y de que no tenía sentido para ella seguir torturándose, pues «Tommy no pudo haber sobrevivido de ningún modo», mi madre respondía afirmando saber que yo estaba vivo. Con posterioridad me confesó que todos los dichos de la adivina se habían vuelto realidad. «Por supuesto que no creo en esa abracadabra», añadía con gesto adusto, sólo para contradecirse de inmediato preguntando: «¿Pero cómo se explica que ella acertase en todo cuanto dijo sobre ti y sobre mí?».

Nuestro «día de suerte» llegó pocas semanas después de que mi madre visitase a la adivina. Recibimos los valiosos

visados para viajar a Inglaterra y se nos dio fecha para marcharnos de Katowice el 1 de septiembre de 1939. Se produjo entonces entre nuestros amigos la excitación habitual, todos ellos deseándonos suerte y expresando la esperanza de que pronto nos reuniésemos en Inglaterra. Me dijeron que estaríamos en Inglaterra en un par de semanas y que, una vez allí, ya no tendría nada que temer de los nazis.

Pero las cosas no sucederían así: en nuestro «día de suerte», Hitler decidió invadir Polonia. Cuando llegamos a la estación de ferrocarril de Katowice, donde se organizaría nuestro transporte, la gente del consulado británico nos explicó que ya no sería posible partir desde un puerto polaco. Por ende, se hicieron arreglos para hacernos llegar a Inglaterra vía los Balcanes. Pese a la avalancha de gente que intentaba abandonar Katowice esa mañana, probablemente porque la ciudad no quedaba muy lejos de la frontera alemana, a la larga conseguimos abordar el vagón reservado para nosotros y para los otros refugiados que habían recibido visados. Por fin, tras una larga demora, el tren salió de la estación. Parecía que lo habíamos logrado.

No sé cuán lejos llegamos con ese tren. Durante gran parte del tiempo, sin embargo, el tren no se movía, a la espera de que pasasen otros trenes cargados de soldados. Los caminos paralelos a las vías del ferrocarril estaban atestados de gente de a pie, o en coches tirados por caballos. De todas partes aparecían largas columnas de soldados marchando, a caballo o en camiones, llevando piezas de artillería, municiones y provisiones. Los soldados se movían en dirección opuesta a la de los civiles, que les abrían paso (algo no siempre sencillo en caminos tan estrechos).

A mí, semejante conmoción me parecía muy emocionante. Pasé bastante tiempo saludando a los soldados que

marchaban y admirando sus sombreros de tres puntas y sus uniformes. Y entonces, de pronto, la diversión llegó a su fin. Nuestro tren había vuelto a detenerse, ahora junto a un tren militar polaco. Ese tren estaba lleno de soldados y materiales militares. A cada lado de las vías se extendía la campiña. Probablemente no llevásemos allí detenidos más que unos pocos minutos cuando oímos el sordo ruido de aviones que se acercaban. En seguida aparecieron sobre el horizonte dos o tres aviones. La gente empezó a gritar «¡*Niemcy!* ¡*Niemcy!*!» («¡Alemanes! ¡Alemanes!»), y de pronto resonaron en el aire el repiqueteo del fuego de ametralladoras y el estruendo del estallido de bombas. El tren empezó a temblar. El ruido era terrible.

Mi padre nos cogió a mi madre y a mí, empujándonos fuera del tren. «¡Están atacando el tren militar!», gritó por encima del ruido ensordecedor. «Debemos salir de aquí, debemos salir.» Algunas personas ya habían saltado del tren y cruzaban a gatas las vías en dirección a la campiña. Seguimos sus pasos, y otros nos siguieron a nosotros. Los soldados polacos empezaron a disparar contra los aviones alemanes, asomando sus rifles desde las ventanillas del tren. No tuvieron mucha suerte. Los aviones continuaron descendiendo en picado sobre los trenes y las vías del ferrocarril, haciendo estallar algunos de los vagones. Repitieron idéntica maniobra durante lo que pareció una eternidad.

Una vez hubimos alcanzado los campos cercanos, mi madre se arrojó encima de mí mientras mi padre colocaba su cuerpo como escudo para protegernos a ambos. La gente gritaba mientras los aviones nos sobrevolaban lanzando fuego desde sus ametralladoras. Podrían fácilmente haber nos matado a todos, pero al parecer no éramos su blanco. Luego, tan de repente como habían aparecido, los aviones

se marcharon. Esperamos durante unos instantes a que regresasen, pero cuando comprendimos que no lo harían nos pusimos de pie y observamos lo que nos rodeaba. Nadie parecía haber sido herido de nuestro lado de la vía, pero la gente se lamentaba y unos cuantos niños lloraban. Algunos vagones de tren estaban en llamas y había humo por todas partes. Muchos soldados heridos o muertos yacían del otro lado de las vías y junto a su tren. A simple vista, las vías habían quedado destrozadas.

Después de un rato, mi padre fue en busca de nuestras pertenencias. Encontró algunos bultos y los trajo a la campiña. Pronto se nos unieron otras personas de nuestro grupo. «¿Y ahora qué?», era lo que todos nos preguntábamos, y «¿dónde estamos?». Nadie parecía conocer las respuestas y, con excepción de mi padre, nadie más en el grupo hablaba polaco. Tras consultar con algunos campesinos que pasaban por allí, mi padre averiguó que estábamos cerca de Sandomierz, un poblado situado unos doscientos kilómetros al este de Katowice.

Pasamos la noche en un granero y luego nuestro pequeño grupo comenzó la caminata en dirección este hacia la frontera con Rusia, a veces en coches alquilados tirados por caballos, a veces a pie. Los caminos rebosaban de civiles y soldados. Al igual que nosotros, la mayor parte de los civiles intentaba escapar de los invasores alemanes. Cada día había más gente en las rutas. Dormíamos en campo abierto o en graneros y avanzábamos hacia el este con lentitud. Los granjeros nos cobraban por utilizar sus graneros y nos vendían comida. A menudo, los graneros ya estaban alquilados cuando llegábamos, y entonces debíamos dormir a la intemperie. Algunos granjeros eran amables con nosotros; otros no. Los segundos, con frecuencia se referían

a nosotros en términos despectivos. Fue entonces cuando aprendí que éramos «*parszywe żydy*» (mugrientos judíos).

Corrían rumores de que los espías alemanes estaban por todas partes. Mi padre oyó que el gobierno polaco advertía a la gente sobre la aparición de una «quinta columna alemana». Nuestro pequeño grupo era sospechoso, pues, con excepción de mi padre, sus integrantes sólo hablaban alemán. Con frecuencia cada vez mayor, mi padre se veía obligado a explicar quiénes éramos y a mostrarle nuestros documentos de viaje ingleses a los desconfiados oficiales polacos. Al cabo de un tiempo, mi padre ya iba solo a los poblados a comprar comida para nuestro grupo y enterarse de las novedades más recientes. A veces yo iba con él. Allí escuchábamos la radio o hablábamos con los granjeros. La información que llevábamos de regreso parecía ser siempre la misma: «Las cosas no pintan demasiado bien. Los alemanes están avanzando, el ejército polaco está retrocediendo».

De vez en cuando, mi padre conversaba con alguien que acababa de volver desde Rusia o que tenía noticias de lo que ocurría allí. También entonces la historia solía ser siempre la misma: «En ese país están sucediendo cosas terribles. No es un buen lugar para los extranjeros; a muchos los están enviando a Siberia». Nadie de nuestro grupo quería creer tales informes, pues todos esperábamos escapar a Rusia. Al fin, mi padre decidió ir a comprobarlo con sus propios ojos. Regresó a los pocos días y anunció que sería mejor intentar suerte en Polonia. Ignoro si en realidad mi padre alcanzó a cruzar la frontera y entró a Rusia (no estábamos demasiado lejos de la frontera polaco-soviética) o si tan sólo conversó con gente en la frontera, pero volvió convencido de que tratar de pasar a Rusia sería para

nosotros un error. «Las condiciones allí son terribles», informó, «en especial para los extranjeros. Están arrestando o deportando a mucha gente. Los que tienen suerte son devueltos a la frontera.» «Y si no vamos a Rusia, ¿entonces qué?», preguntó alguien, y siguió a continuación una larga y en general acalorada discusión sobre el destino que nos esperaba en una Polonia bajo la ocupación alemana. El debate prosiguió durante la noche. Cuando desperté a la mañana siguiente, la decisión había sido tomada. En lugar de intentar pasar a Rusia, nos dirigiríamos rumbo a Kielce, una ciudad al oeste de Sandomierz con una importante comunidad judía que sin duda nos acogería.

Poco había cambiado en los caminos. A decir verdad, estaban cada vez más congestionados. Nos detenían a menudo y nos pedían que mostrásemos nuestra documentación. En ocasiones se producían momentos de mucha tensión cuando mi padre trataba de convencer a los militares polacos de que no éramos espías alemanes. Las novedades del frente no eran muy positivas, nos decía mi padre. Cada día era peor que el anterior. Los polacos echaban la culpa de sus derrotas militares y del veloz avance alemán a los «espías alemanes».

Mi padre intentaba alegrar a todo el mundo explicando que pronto estaríamos en Kielce y volveríamos a dormir en camas. Esas eran para mí noticias estupendas, pero surtían muy poco efecto sobre el sombrío estado de ánimo de nuestro pequeño grupo. Le oí decir a alguien que no nos esperaba un gran futuro. «O bien nos matan los polacos tomándonos por espías, o lo hacen los alemanes porque somos judíos.» «¿Cuál de las dos opciones es mejor?», preguntó uno de mis «tíos» sonriendo, y todos estallaron en carcajadas. Después de un tiempo, sin embargo, ya nada resultaba divertido.

Pocos días después de que tomásemos la decisión de caminar hasta Kielce, escuchamos lo que parecía ser una lejana tormenta eléctrica. «Fuego de artillería», me dijo mi padre, «pero está muy lejos de aquí. Escucha.» Y me mostró cómo, recostándome y apoyando la oreja contra el suelo, era posible oírlo con mayor nitidez. Me divertí mucho jugando a eso durante un rato. Cada vez se veía a más y más soldados polacos con sus maquinarias de guerra en los caminos y en los campos cercanos. Después de un rato, toda la ruta fue ocupada por tropas en retirada, hasta que llegado un punto se ordenó a los civiles que dejaran los caminos libres. Esperamos y descansamos en una cuneta al lado del camino. Parecieron transcurrir horas hasta que pasó el último soldado polaco. De repente, escuchamos el rugir de motores que se acercaban y vimos cortinas de polvo a lo lejos. «¡Tanques! ¡Tanques alemanes!» Era casi palpable el miedo que se apoderó de nuestro pequeño grupo. Pero entonces oí la voz tranquilizadora de mi padre: «¡Mantened la calma! ¡Que nadie intente escapar corriendo! Y no digáis nada a menos que os pregunten».

A medida que los tanques se acercaban (avanzaban en nuestra dirección tanto por el camino como por los campos) nos vimos envueltos en una nube de humo y polvo. Uno de los tanques se detuvo junto a nuestro grupo y un joven soldado cuyo cuerpo sobresalía de la torrecilla abierta, el rostro lleno de hollín, nos gritó en alemán preguntando quiénes éramos. Tras algunos titubeos, alguien respondió que éramos judíos, y otro añadió «judíos alemanes». «No tenéis nada de qué preocuparos», nos gritó el soldado en respuesta, «pronto la guerra terminará y todos podremos regresar a casa». Nos saludó y el tanque volvió a ponerse en movimiento. Esas tranquilizadoras palabras brindaron a nues-

tro grupo un alivio momentáneo. La gente empezó a bromear y reír otra vez. Pero, según lo quiso nuestro destino, pasaría muchísimo tiempo hasta que cualquier alemán volviera a dirigirnos palabras tan amables como aquellas.

Pese a lo que nos había dicho el joven soldado, para nosotros la guerra no había hecho más que comenzar. Proseguimos nuestra marcha rumbo a Kielce. Cerca de Opatów, unos sesenta kilómetros al este de Kielce, un rico granjero polaco nos permitió permanecer en uno de sus graneros. Él y mi padre solían salir a conversar horas enteras. Mi madre siempre estaba preocupada hasta que mi padre regresaba, y entonces ambos mantenían largas charlas a media voz. Luego me enteré de que el granjero y algunos de sus amigos estaban en proceso de formar un grupo de resistencia polaca para combatir a los alemanes. Querían que mi padre se les uniese; necesitaban gente que hablase alemán y polaco, y que contase con experiencia militar. No tendríamos que preocuparnos por buscar alojamiento ni comida, y se hallaría un modo de dotarnos de falsos documentos de identidad. Mis padres discutieron mucho sobre esta oferta en los días posteriores. A la larga, mi padre la rechazó. Los dos estaban muy tristes por haber tenido que tomar tal decisión. El problema era que mi padre y yo, con nuestros rasgos y cabellos claros, podríamos haber pasado por polacos, pero mi madre no hablaba polaco, y su ondulado cabello oscuro y ojos pardos la habrían delatado como judía. «Los polacos pueden oler un judío a un kilómetro de distancia», dijo mi padre, «y tarde o temprano alguien nos denunciará a los alemanes.» Como familia no era posible que pasásemos por polacos durante mucho tiempo, y separarnos no era una opción. Proseguimos nuestra marcha hacia Kielce.

Al parecer, estábamos condenados a ser lo que éramos, cosa que no ofrecía muy buenas perspectivas. Lo único que nos restaba era esperar que la situación mejorase. Nunca abandonamos esa esperanza, que nos sostuvo durante los años siguientes, a pesar de que no teníamos ningún motivo para confiar en que las cosas cambiarían para bien. ¿Qué otra cosa nos quedaba salvo la esperanza? Al fin y al cabo, así es la naturaleza humana.

Capítulo 3

El gueto de Kielce

Vivimos en Kielce durante unos cuatro años hasta que fuimos conducidos a Auschwitz a principios de agosto de 1944. «Vivimos» quizá no sea la palabra adecuada para describir nuestra encarcelación en esa opaca ciudad industrial polaca, su gueto y sus dos campos de trabajo. Fue obra del azar que nuestro pequeño grupo de refugiados de Katowice acabase en Kielce. Si nuestro tren no hubiese sido bombardeado en una región donde Kielce era la ciudad polaca más cercana con una importante población judía (constaba por entonces de unos veinticinco mil judíos), nunca habríamos ido allí. Juzgándolo retrospectivamente, no había gran diferencia entre llegar a una u otra ciudad polaca. El destino de los judíos era en general el mismo en todas ellas, y la vida en Kielce durante esos años no era peor ni mejor que en cualquier otra región de Polonia.

Mi primer recuerdo de Kielce es nuestro piso de un solo ambiente (cocina incluida) en la tercera planta de un viejo y bastante derruido edificio de la calle Silniczna. El nuestro era parte de un complejo de cuatro edificios que rodeaban un sucio patio. Para entrar era preciso atravesar un enorme portal, que abría el paso hacia la ruidosa calle. El piso nos fue asignado por el consejo de la comunidad judía de la ciudad poco antes de que se estableciese el gueto a inicios de 1940. Cuando esto sucedió, la policía alemana (la *Schutzpolizei*) y la Gestapo ordenaron a todos los judíos trasladarse al área de la ciudad donde vivía la mayor concentración de población judía, que a la vez era una de las zonas peor conservadas de Kielce. Nosotros no tuvimos que mudarnos, pues nuestra calle estaba en ese distrito de la ciudad.

Hasta que mi padre consiguió empleo como ayudante del cocinero en la cocina de la *Schutzpolizei*, fuera del gueto, no tuvimos gran cosa para comer. Durante aquellos primeros días todavía era posible entrar alimentos desde el exterior del gueto. Las familias judías más prósperas vivían relativamente bien en comparación con nosotros, que apenas teníamos dinero incluso después de que mi madre vendiese casi todas sus alhajas. Gracias a su nuevo empleo, mi padre volvía a casa cada tarde con una gran fiambarrera llena de comida. A menudo ocultaba trozos de carne bajo el puré de patatas y las verduras que le permitían llevarse. A media tarde, mi madre y yo ya estábamos esperándolo para hacer nuestra única comida del día. De cuando en cuando también éramos invitados por familias ricas del vecindario para acompañarlas en las festividades del Sabbat. Recuerdo cómo esperaba esas cenas a causa de la comida, pero también mi desesperación, pues el sentarnos a la mesa

siempre venía precedido por rezos que me parecían interminables.

Pronto, además, descubrí otro modo de conseguir comida, y en raras ocasiones también algo de dinero. Como los judíos religiosos tienen prohibido trabajar en el Sabbath o durante las festividades judías, durante esos días no pueden realizar la mayor parte de las tareas cotidianas, incluyendo encender hornos, hogares o incluso las luces de sus casas. Esas faenas solían ser realizadas en el pasado por sirvientes no judíos o polacos contratados para tales fines. Cuando a esa gente ya no se le permitió ingresar en el gueto, algunos vecinos que sabían que no éramos judíos observantes me pidieron que cumpliera con dichas funciones. Así fue como me convertí en «*shabbos goy*» (un gentil del Sabbath). Me agradaban esas tareas, no sólo porque me pagaban por ellas, sino porque a la vez me permitían conocer a muchas familias del barrio, saber en qué condiciones vivían y cómo eran sus hogares. Me fascinaba el aspecto de los judíos muy ortodoxos: sus largos *peyes* (mechones de pelo en las patillas), sus *tzitzit* (flecós de tela), sus sombreros negros y caftanes, así como el talit (chal o manto ritual) y los *tefilin* (filacterios) que llevaban en sus brazos y en la frente al rezar. Pero la mayoría de la gente del gueto no era ortodoxa, y vestía igual que nosotros.

Una vez que todos los judíos se mudaron a lo que acabó siendo el gueto de Kielce, la zona fue rodeada de muros y vallas custodiados por las policías judía y polaca, así como por la *Schutzpolizei*. En nuestro vecindario había muchos niños y pronto me hice de un montón de amigos. En aquellos primeros días aún se les permitía la entrada a algunos polacos, que venían en general a vender verduras, leche y leña. Cuando llegaba el invierno, los granjeros polacos

solían ingresar en el gueto con sus coches tirados por caballos para vender leña, que era muy cara. Los niños los esperábamos y saltábamos a la parte trasera de sus carros, con la esperanza de que el conductor no nos viese antes de tener la posibilidad de coger algo de leña y huir con ella a la carrera. Si nos veía, intentaría alcanzarnos con su larga fusta. Pese a las técnicas cada vez más diestras que fuimos desarrollando para ir a gatas hasta el carro, a veces conseguía golpear-nos. Más allá del hecho de que necesitábamos la leña, este juego nos divertía, sobre todo porque nuestros padres, aunque no aprobaban nuestros saltos sobre el carro, siempre recibían con alegría los escasos leños que conseguíamos llevar.

Otro juego que recuerdo consistía en esconderme con mis amigos en un campo baldío situado tras nuestro complejo de apartamentos. Allí, de tanto en tanto, podíamos observar a las campesinas polacas orinando de pie con las piernas abiertas, pero sin levantarse las largas faldas. Llegado un punto, solíamos silbar o golpear unas latas con la esperanza de asustarlas y hacerlas cambiar de postura, con las predecibles consecuencias. Entonces escapábamos riendo a carcajadas mientras las mujeres nos proferían terribles maledicios polacos.

Una vez, con dos de mis amigos, hallamos una caja de piel que contenía *tefilin* (filacterios) empleados por los judíos religiosos en sus plegarias. Alguien nos había dicho que jamás debíamos abrir una de esas cajas, pues era un pecado hacerlo, y que Dios castigaría a cualquiera que cogiese los pequeños trozos de pergamino que tenían dentro, con sus inscripciones en hebreo provenientes de la Torá. Pero también habíamos oído que si alguien encontraba uno de esos trozos de pergamino y se lo colocaba bajo las axilas, sería capaz de volar. Nos enfrentábamos, por lo tanto, a un gran

dilema: queríamos ser capaces de volar, pero temíamos la ira de Dios. Finalmente, con manos temblorosas, abrimos la caja esperando que un rayo nos partiese allí mismo, pero no sucedió nada por el estilo. Entonces uno de los chicos de más edad colocó con precaución el pergamino bajo su brazo y se preparó para el despegue. Tampoco sucedió nada, y uno tras otro intentamos la misma maniobra con idéntico resultado. Decepcionados pero aún temerosos de la ira divina, arrojamos lejos la caja y prometimos no contarle a nadie lo que habíamos hecho.

En Polonia, la expresión *yekke*, un término algo despectivo y burlón, era aplicada por los judíos polacos a los judíos alemanes que no hablaban yidis ni polaco y que, debido a su apariencia o conducta, eran considerados por muchos judíos polacos casi como *goyim*, y demasiado inocentes en cuestiones comerciales. Para los judíos polacos, mi madre era una *yekete* (la forma femenina de *yekke*), y cuando ella caminaba conmigo por las calles del gueto, a menudo los niños del vecindario nos gritaban «¡*Yekkes!*!». En una ocasión, mientras paseaba solo por una de las calles en las que poco antes había estado con mi madre, me rodeó un grupo de chicos de mi edad o algo mayores. Empezaron a empujarme, se burlaron de mis ropas y me gritaron una y otra vez «*Yekke putz, yekke putz*» (la segunda palabra era un insulto que se me había dicho que nunca pronunciase). Conseguí escapar corriendo, pero prometí vengarme. La ocasión no tardó en llegar, unos días más tarde, cuando vi a un chico andando junto a su madre en nuestra calle y lo reconocí como uno de mis acosadores. Corrí detrás de él, le di un empujón con todas mis fuerzas y huí a toda prisa. El chico cayó y se cortó el labio. Cuando su madre vio la sangre, empezó a gritar y a lamentarse, pronuncian-

do maldiciones en yidis y en polaco contra mí, mi familia y todos mis descendientes. Podía oírla desde el extremo más lejano de nuestro patio, donde me escondía. Mi madre se enfadó mucho cuando supo lo que había hecho y se lo contó a mi padre. Supuse que me daría una tremenda zurra, pero después de contarle toda la historia me dijo que estaba bien que aprendiese a defenderme, y que aunque no aprobaba que hubiese golpeado al niño por la espalda, ya era demasiado tarde para remediarlo.

Pronto la vida en el gueto se volvió mucho más dura y peligrosa, y nuestros juegos fueron quedando de lado debido al miedo que nos alejaba de las calles. Había un alemán (ya no recuerdo si era de la Gestapo o de la *Schutzpolizei*) que solía ir al gueto y matar al azar a la gente que se le cruzaba por la calle. Se acercaba a ellos por detrás, les disparaba en la nuca y luego se marchaba. La noticia de que él había entrado al gueto se propagaba como un incendio, y en cuestión de segundos las calles estaban desiertas. Una vez lo vi de lejos y corrí hasta casa tan velozmente como pude. Después de eso temí jugar en la calle y dejé de considerar nuestro patio un lugar seguro.

Pasado un tiempo, los alemanes aumentaron la frecuencia de sus visitas, y llevaron a cabo las llamadas *razias* o incursiones en el gueto. Como regla, estas incursiones se iniciaban con un contingente de soldados fuertemente armados dirigiéndose a una vivienda. Entonces se abalanzaban dentro, empujaban a la gente a la calle y se la llevaban en camiones. Todo el que se resistiera recibía golpes y patadas. Otras veces, mataban a la gente allí mismo con sus pistolas. En una ocasión, oí tremendos ruidos en nuestro patio. Corrí a la ventana y divisé a los alemanes entrando en el edificio situado frente al nuestro. Minutos más tarde

escuché terribles gritos provenientes de uno de los pisos de dicho edificio. Allí funcionaba una *chaydar* (escuela religiosa), y allí vivía el rabino, quien, violando la prohibición de enseñar, les daba clases a unos cuantos niños. La esposa y las hijas mayores del rabino fueron forzadas a desvestirse y permanecer de pie, desnudas, en el patio, mientras el rabino, a quien le habían quitado su sombrero a golpes, era arrastrado por la barba fuera de la casa y subido a un camión.

Otras veces, la Gestapo o la *Schutzpolizei* ingresaban en el gueto, cogiendo al azar a los hombres con barba y obligándolos a cortarse entre sí las barbas y las patillas. Quienes se negaban eran duramente golpeados. Los soldados parecían divertirse mucho. Reían y se burlaban de sus víctimas, que temblaban del pánico y rogaban que se les permitiese conservar sus barbas. Los judíos debían también quitarse los sombreros al cruzarse en la calle con un alemán. Si no lo hacían, los alemanes podían quitárselos violentamente y darles una paliza. Pero si lo hacían, con frecuencia también los golpeaban, al grito de: «¿Y tú por qué me saludas, judío asqueroso? No soy tu amigo». Mi padre resolvió ese problema no llevando jamás sombrero, ni siquiera en los días más fríos de esos terribles inviernos polacos. «¿Para qué proporcionarles ese placer?», decía cuando la gente lo llamaba *meshoogene* (loco) por no usar sombrero.

Cada cierto tiempo oíamos que éste o aquel líder de la comunidad o alguna otra persona habían sido arrestados por la Gestapo y no reaparecían nunca más. Mi madre y mi padre hablaban sobre estos sucesos en voz baja. Entonces escuchaba a alguno de ellos decir que las víctimas seguramente habían sido denunciadas a la Gestapo por alguien de la propia comunidad, y que teníamos que ser muy cui-

dadosos con lo que decíamos y a quién se lo decíamos. «Sí, las paredes tienen oídos», afirmaban a menudo, y aunque yo no acababa de comprender qué significaba esa expresión, pronto aprendí a no comentar con nadie lo que se discutía en nuestro hogar o en los de los vecinos, donde mis padres y sus amigos se reunían por las tardes para charlar y compartir un poco de vodka que alguien había logrado conseguir.

Poco después de que se estableciese el gueto, el consejo de la comunidad judía puso a mi padre a cargo de la oficina que asignaba vivienda a las numerosas personas que habían sido trasladadas al gueto. No es que él desease ese trabajo, ya que éste marcaría el fin de la comida que venía trayendo a casa desde la cocina de la *Schutzpolizei*, pero le pareció que no podía rechazarlo. El anterior jefe de esa oficina había sido despedido a causa de una mala administración y sospechas de una extendida corrupción en la asignación de pisos. A poco de aceptar el empleo, recuerdo que mi padre echó a dos hombres de nuestro piso. Estaba muy enfadado y luego lo escuché decirle a mi madre que esos sujetos habían intentado sobornarlo con mucho dinero si él les asignaba un piso más grande. Eso le dio a mi madre pie para preguntar por qué no nos asignaba un piso más grande a nosotros, ahora que tenía el poder. Mi padre se limitó a mirarla, negando con la cabeza con expresión de incredulidad. De más está decir que continuamos viviendo en el mismo pequeño piso que nos habían asignado al llegar a Kielce.

Tras llevar algo de orden a la oficina de vivienda, mi padre fue puesto a cargo del *Werkstatt* o taller, que tenía el aspecto de una pequeña fábrica. Allí, sastres, zapateros, peleteros, sombrereros y demás artesanos debían trabajar para

la Gestapo y la *Schutzpolizei*, desarrollando todas las tareas que se les ordenase hacer. En general, fabricaban prendas de vestir y calzado para los oficiales y sus esposas. El *Werkstatt* estaba apenas fuera de las murallas del gueto, por lo que mi padre y todos los que trabajaban allí tenían permisos para salir del gueto rumbo a sus puestos de trabajo.

Poco después de que mi padre fuese nombrado jefe del *Werkstatt*, mis padres se enteraron de que mis abuelos maternos habían sido deportados de su hogar en Göttingen, Alemania, y llevados al gueto de Varsovia. Cómo les llegaron las noticias es algo que ignoro, pero recuerdo a mis padres hablando noche y día sobre mis abuelos y lo que podía hacerse para traerlos desde Varsovia hasta Kielce. Llegado un punto, mi padre dijo: «Hablaré con uno de los oficiales de la *Schutzpolizei*. Su esposa tiene un gran apetito para los abrigo de piel que hemos estado fabricando para ella, y él parece un poco más humano que los demás». Al poco tiempo, mis abuelos llegaron a nuestro gueto. Para mí fue un milagro, el suceso más hermoso que nos ocurriese en años. Mi madre estaba muy, muy feliz, ¡y yo por fin volvía a tener abuelos, como algunos de mis amigos! Se les asignó a mis abuelos una habitación en una casa cercana a nuestro piso. Yo los visitaba a diario y escuchaba maravillosas historias sobre mi madre cuando era niña, sobre su hermano Erich, que vivía en Estados Unidos, y sobre la vida en Göttingen antes de la llegada de los nazis. Mis abuelos me habían visto en algunas ocasiones cuando yo todavía era bebé, pero para mí era como verlos por primera vez. Visitarlos era como entrar en otro mundo, un mundo muy alejado del gueto, colmado de amor y paz. Allí me sentía a salvo y protegido. Las historias que me contaban sobre el pasado y el futuro me transportaban a un mundo

en el que toda la gente vivía tranquila y en el que ser judío no era un crimen.

Las dos familias que llegaron a ser más amigas nuestras fueron los Friedmann y los Lachs. Estaban emparentados entre sí y ocupaban todavía sus apartamentos de antes de la guerra, un piso por debajo del nuestro. A mis padres los invitaban a menudo a sus casas y yo jugaba con sus hijos, Ucek y Zarenka, que eran primos. Zarenka tenía unos cuatro años, y Ucek debía de ser un año mayor. Cuando una vez pregunté por qué los Friedmann y los Lachs siempre tenían buena comida cuando los visitábamos, me dijeron que ellos eran ricos y que cuando la guerra concluyese, también nosotros seríamos ricos nuevamente y tendríamos toda la comida que fuésemos capaces de comer. No me era fácil comprender por qué debíamos esperar hasta el final de la guerra para ser ricos, pero me reservé el comentario.

Una mañana, en agosto de 1942, cuando el día todavía no aclaraba, despertamos con fuertes toques de bocina, repetidas ráfagas de metralla y anuncios propagados por altavoces: «*Alle raus; Alle raus! Wer nicht raus kommt wird erschossen!*» («¡Todos fuera, todos fuera! Dispararemos contra todo aquel que no salga!»). El gueto estaba siendo liquidado o «evacuado», según el término empleado a través de los altavoces: «*Aussiedlung! Aussiedlung!*» («¡Evacuación! ¡Evacuación!»). La gente lloraba y gritaba a nuestro alrededor. Mi madre empezó de inmediato a empaquetar algunas de nuestras pertenencias, mientras le rogaba a mi padre que se diese prisa. Entretanto, él estaba de pie ante el fregadero de nuestra cocina, afeitándose con deliberada lentitud y pidiéndole a mi madre que se calmase. «¡Déjame pensar!», le escuché repetir una y otra vez. Era una escena espeluznante, y el ruido proveniente de afuera se volvía

cada vez más ensordecedor. Cuando mi padre terminó de afeitarse, hizo a un lado su cuchilla, ayudó a mi madre a empaquetar algunas cosas más y nos dijo que lo siguiéramos. Se oían disparos por todas partes, y algunos se producían en las casas que los alemanes habían comenzado a registrar. Cuando se topaban con personas enfermas o demasiado ancianas como para marcharse, sencillamente les disparaban allí mismo y seguían su marcha. La nuestra fue la última familia en salir del edificio, apenas por delante de los amenazantes escuadrones de la muerte alemanes.

El patio estaba colmado de gente. Todos nuestros vecinos intentaban huir de los soldados y sus perros, que no dejaban de ladrar y parecían entrenados para atacar en cuanto sus guardianes les gritaran «¡Judío!». Mi padre se abrió paso entre la multitud, intentando conducirnos fuera del patio gracias a su pase del *werkstatt*. Cuando reconocía a algunos de sus trabajadores, les decía que lo siguiesen junto con sus familias. Así fue como se formó detrás de nosotros un grupo de entre veinte y treinta personas. En el camino intentamos dar con mis abuelos, pero fue imposible hallarlos. Nunca volví a verlos. Todavía hoy puedo recordar sus rostros, sus sonrisas cuando entraba en su pequeño piso, y la sensación de paz y alegría que me producían sus abrazos y sus besos.

Cuando mi padre nos guiaba en dirección a los muros del gueto y la entrada al *werkstatt*, fuimos detenidos una y otra vez por soldados fuertemente armados, que nos gritaban y apuntaban con sus armas del modo más amenazante. Era espantoso. Todavía se producían tiroteos a nuestro alrededor. Las calles estaban regadas de cadáveres y no había manera de saber con seguridad si las patrullas alemanas que encontrásemos en nuestro camino no nos

matarían también a nosotros. Cada vez que nos detenían, mi padre les informaba a los soldados, más o menos en el mismo tono de voz con que se dirigía a nuestro grupo, que seguía órdenes estrictas del comandante de la ciudad de proteger el *werkstatt*. Entonces nos permitían seguir adelante. («Nunca les des a entender que les temes», recuerdo que me repetía mi padre.) Cuando alcanzamos nuestro destino, cerró la puerta por dentro y les dijo a todos que se calmasen. Los disparos prosiguieron fuera durante gran parte de la tarde. Después de un rato, algunos hombres del grupo le suplicaron a mi padre que nos permitiese salir «antes de que ellos vengan y nos maten a todos por desobedecer órdenes». Mi padre hizo oídos sordos y no se cansó de insistir en que nuestras posibilidades de sobrevivir eran mucho mayores si permanecíamos en el *werkstatt* hasta que las cosas se apaciguaran en el gueto.

De modo que nos quedamos allí algunas horas más. De haberlo querido, podríamos haber escapado en dirección a la zona polaca de la ciudad, pero sin documentos de identidad falsos y buenas cantidades de dinero, no tardaríamos en ser capturados y, muy probablemente, ejecutados. Así que permanecemos en el *werkstatt* hasta que cesó el tiroteo. Llegado este punto, mi padre decidió que ya debíamos salir. Una vez fuera, volvimos a ser detenidos en varias ocasiones por patrullas alemanas. Mi padre les informaba que tenía órdenes de conducir a los trabajadores del *werkstatt* ante el oficial a cargo de la evacuación. Entonces se nos permitía proseguir. Al fin llegamos a una enorme plaza.

En nuestro camino hacia la plaza, pasamos junto a una patrulla de soldados alemanes. Habían rodeado a dos jóvenes polacos, que estaban de rodillas rogando por sus vidas. Junto a ellos había dos sacos con parte de su con-

tenido derramado. Uno de los polacos llevaba los zapatos más blancos que yo hubiera visto jamás. Los soldados pateaban a los jóvenes y les gritaban que el saqueo conllevaba la pena de muerte. Sin más, les dispararon. En años posteriores, cada vez que veía u oía decir que habían matado a alguien, la imagen de ese joven de rodillas con su calzado blanco reaparecía en mi mente haciéndome revivir tan terrible escena.

Al acercarnos a la plaza, vimos a un grupo de oficiales de la Gestapo y de la *Schutzpolizei* situados frente a una gran multitud de habitantes del gueto, todos suplicando que se les permitiese pasar al otro lado de la acera, donde estaba la gente que había sido seleccionada para permanecer en Kielce tras la liquidación del gueto. Cuando entramos a la plaza con mi padre a la cabeza, el comandante de la *Schutzpolizei*, que era un asiduo cliente del *werkstatt*, lo reconoció. «¡Lo necesitamos!», exclamó. «¡Este hombre está a cargo del *werkstatt*!», y llevó a mi padre hacia el otro lado. Mi madre y yo lo seguimos. Cuando un soldado intentó detenernos, mi padre señaló al grupo que había guiado fuera del *werkstatt* y le dijo al oficial que se trataba de sus trabajadores. También a ellos se les permitió pasar.

A lo lejos distinguí a Ucek y Zarenka, mis pequeños amigos y vecinos, de pie en la plaza junto a sus padres y otras personas que habían sido dejadas de lado. Poco más tarde, cuando estábamos marchándonos del patio, la señora Friedmann consiguió de algún modo empujar a Ucek y Zarenka en dirección a mi madre, su «tía Gerda», rogándole: «¡Sálvalos, por favor sálvalos!». Los niños corrieron hacia nosotros. Mis padres de inmediato los hicieron pasar hacia el centro de nuestro grupo a fin de ocultarlos entre los adultos. Los dos niños lloraban en silencio a me-

dida que dejábamos la plaza. Mi madre intentó consolarlos murmurándoles al oído que pronto volverían a ver a sus padres. Eso no sucedería, pues todos los que fueron obligados a permanecer en la plaza, al igual que quienes habían sido evacuados en horas más tempranas de aquel día (entre ellos mis abuelos), fueron transportados a Treblinka y ejecutados en ese campo de exterminio a poco de llegar. En total, más de veinte mil seres humanos, prácticamente toda la comunidad judía de Kielce, fueron masacrados en dicha operación.

EL ARBEITSLAGER

Aquellos de nosotros que no fuimos enviados a Treblinka cuando evacuaron el gueto, acabamos en un *arbeitslager* (campo de trabajo). Éste ocupaba una pequeña porción del antiguo gueto. Las dos o tres calles que delimitaban esta zona colindaban con un terreno que quizá alguna vez fuera un extenso parque o patio de recreo. Cuando llegamos allí no era más que una yerma y polvorienta extensión de tierra. Nuestra familia, que incluía ahora a Ucek y Zarenka, fue instalada en una amplia sala. El baño y la cocina debíamos compartirlos con otra familia. La sala de baño tenía una gran bañera en la cual de tanto en tanto los tres niños podíamos asearnos a la vez. Allí me sentía feliz, pues tenía un hermano y una hermana y, además, al ser yo el mayor podía hacer valer mi autoridad sobre ellos.

Llegamos al *arbeitslager* a finales de 1942 y permanecimos allí casi un año. Mi padre todavía era jefe del *werkstatt*, al tiempo que mi madre se desvivía por alimentarnos a los cinco con las magras raciones que obteníamos, algo nada

sencillo. Aparte del hecho de que nuestra familia había crecido y de que Ucek y Zarenka eran mis permanentes compañeros, sólo dos sucesos de la vida en el *arbeitslager* acuden a mi memoria. El primero es la orden que mi madre recibió del comandante, bien de la Gestapo, bien de la *Schutzpolizei* (no lo recuerdo con exactitud), instándola a presentarse en persona ante él al día siguiente. Mi madre pasó el resto del día en un estado de constante y terrible preocupación, llorando gran parte del tiempo. Cuando mi padre conoció las órdenes al regresar aquella tarde, se puso pálido. Le dijo a ella que no se preocupase, pero me era fácil notar que también él estaba muy preocupado. Siguieron preguntándose toda la tarde por qué querría el comandante ver a mi madre y qué le sucedería tras ir a su oficina. «¿Crees que tendrá algo que ver con los niños?», aventuró mi madre. «No es eso», le aseguró mi padre. «Sencillamente habrían venido y se los habrían llevado.» Se sucedieron otras especulaciones, y entonces mi padre afirmó que ya creía saber de qué se trataba y que lo hablarían luego. En aquel momento me puse a llorar, porque pensé que los alemanes planeaban matar a mi madre.

Por la noche oí que mis padres seguían murmurando sobre la orden recibida. Mi padre dijo estar convencido de que los alemanes querían que ella se convirtiese en su informante. No podía haber ningún otro motivo para tan extraña convocatoria, sostuvo. De haber deseado castigarla por algo, habrían venido a por ella y allí habría concluido todo. No, él estaba seguro de que querían utilizarla como informante porque, entre otras cosas, hablaba alemán y ellos podían comunicarse con ella directamente. El problema residía, explicó mi padre, en que si le decían lo que esperaban de ella y mi madre se negaba, la matarían o la

enviarían a Auschwitz o a cualquier otro campo de concentración, mientras que si accedía a su petición, al cabo de un tiempo sufriría el mismo destino. ¿Qué hacer? Mi padre sólo contemplaba una salida: «No permitas que acaben de decirte lo que esperan de ti. Cambia de tema todo el tiempo. Háblales de Göttingen, de cualquier cosa, pero por el amor de Dios no permitas que te digan que desean tenerte a su servicio».

Al día siguiente, recogieron a mi madre y la llevaron a la oficina del comandante. Pensé que nunca volvería a verla, y cuando Ucek y Zarenka notaron que estaba llorando, también ellos estallaron en llanto preguntándome cuándo regresaría Mutti (así le decíamos a mi madre). Al volver mi madre, ya no parecía preocupada. Cuando mi padre llegó a casa esa tarde, ella lo recibió con un beso y una amplia sonrisa. «Tenías razón», le dijo, «pero nunca les permití llegar a ese punto. El comandante debe de suponer que soy una completa idiota, en todo caso demasiado torpe como para serle de utilidad.»

El otro suceso que me ha quedado grabado es el día en que fue aniquilado el *arbeitslager*. Todo comenzó bien temprano una mañana. Los alemanes entraron en el campo, nos ordenaron a todos que saliéramos a la calle y nos arrearón en dirección a un amplio terreno en medio del campo. Allí tuvimos que formar dos largas columnas en filas de a doce. Las dos columnas estaban separadas por un espacio de unos cinco metros de ancho. Una vez que estuvimos en formación, los soldados (creo que tanto la *Schutzpolizei* como la Gestapo participaron de esta operación) empezaron a recorrer ambas columnas en busca de niños. Toda la operación fue supervisada por el comandante alemán de la ciudad, quien estaba frente a nosotros, ante las dos

columnas, a una distancia de unos diez metros. De tanto en tanto, daba alguna orden a gritos a sus subordinados o golpeaba sus botas de montar con una corta fusta.

A nuestro alrededor, a todos los niños los iban arrancando de brazos de sus padres. Cuando los soldados vieron a Zarenka y a Ucek, intentaron separarlos de mi madre. Los dos niños empezaron a gritar y mi madre intentó abrazarlos, pero un soldado empezó a golpearla y ella se vio forzada a ceder. Entonces otro soldado me vio e intentó también separarme del grupo. Aferrándose a mí, mi padre dio un paso hacia el pasaje entre ambas columnas. Cuando el soldado estaba a punto de golpearlo también a él, mi padre gritó algo y el hombre se detuvo. Sin soltarme la mano, mi padre avanzó hacia donde estaba el comandante de la ciudad. Antes de que él pudiese pronunciar palabra, elevé la mirada al comandante y dije (no sé por qué, o si no fue incluso mi padre quien me sugirió las palabras): «*Herr Hauptmann, ich kann arbeiten*» («Capitán, puedo trabajar»). El alemán me recorrió por un instante con la mirada y comentó: «*Na, das werden wir bald sehen*» («Bien, pues eso pronto lo veremos»). Entonces nos hizo señas a mi padre y a mí de que podíamos regresar a nuestra columna.

Más tarde supimos que a Ucek y Zarenka, y a unos treinta niños más, los habían encerrado inicialmente en una casa cercana. Desde allí los condujeron al anochecer al cementerio judío, donde fueron ejecutados. Escuchamos después que los soldados utilizaron granadas de mano para matarlos. En el cementerio de Kielce existe hoy una lápida erigida en memoria de los niños masacrados aquel terrible día de 1943, entre ellos mis dos hermanitos. Digo hermanitos porque eso es lo que eran para mí, y seguirán siéndolo hasta el día de mi muerte. Con el paso de los años, he conseguido borrar

de mi mente muchas cosas monstruosas que experimenté en los campos, pero nunca, ni por un instante, he podido olvidar el día en que Ucek y Zarenka nos fueron arrebatados.

¿Qué fue lo que llevó al comandante a perdonarme la vida esa mañana? Es para mí un absoluto misterio. ¿Quizá al ser yo rubio y hablar el alemán con soltura le recordé a sus propios hijos? Jamás lo sabré.

HENRYKÓW

Tras la liquidación del *arbeitslager*, nos dividieron en dos grupos que fueron enviados a diferentes complejos industriales en las afueras de Kielce. Un grupo, integrado por un centenar de personas, fue a Ludwików, una enorme fundición. Mis padres y yo, junto con un número similar de personas, acabamos en Henryków, un gran aserradero donde se fabricaban carros de madera para uso bélico alemán. Los ejes de hierro para las ruedas de los carros de Henryków se hacían en Ludwików. En Henryków nos instalaron en un amplio barracón junto con los demás trabajadores. Mi madre, mi padre y yo dormíamos en literas situadas en la parte posterior del barracón, separados de nuestros vecinos por una delgada cortina. No recuerdo si el *werkstatt* seguía vigente y si mi padre estaba todavía al mando, pero me parece más probable que ahora trabajase a tiempo completo en alguna máquina de la fábrica. Mi madre se ocupaba como enfermera en la pequeña enfermería dirigida por el doctor Leon Reitter, el único médico que no fue ejecutado cuando, pocos meses antes de la matanza de los niños, ejecutaron en el *arbeitslager* a todos los médicos judíos que habían sobrevivido a la liquidación del gueto.

Pronto, también yo tuve empleo. Mis padres temían que el oficial alemán que me había perdonado la vida cuando yo aduje que podía trabajar llegase cualquier día a Henryków para realizar una inspección y preguntase por mí. Como no me habían asignado ningún trabajo en la fábrica, mis padres decidieron que yo debía lograr que el comandante alemán de Henryków, un gerente civil llamado Fuss, me contratase como mensajero. A fin de hablar con Fuss, lo esperé un día en el exterior de la casa donde tenía su oficina y me aproximé a él al verlo salir. Cuando le dije lo que quería y le expliqué que también hablaba polaco, me miró de arriba abajo, y en el instante en que yo ya estaba convencido de que no me contrataría, anunció que podría emplearme. Así fue como me convertí en su mensajero.

Mi trabajo consistía, principalmente, en llevar el correo a un buzón especial, hacer mandados para Fuss dentro del recinto de la fábrica y aparcar las bicicletas de los alemanes que lo visitaban de vez en cuando. No tardé mucho tiempo en comprender que esos alemanes eran apenas suboficiales que no tenían rango suficiente como para usar los coches en los que llegaban los altos mandos de la Gestapo o de la *Schutzpolizei*. A éstos yo les temía y trataba de evitarlos tanto como me era posible. Los que iban en bicicleta parecían menos amenazantes, aunque sabía por experiencia que convenía evitar a cualquier alemán uniformado. Cada vez que venían estos hombres al edificio que albergaba la oficina de Fuss, mi obligación era coger sus bicicletas y colocarlas en unos armazones situados a unos veinte o treinta metros de distancia. Al principio, empujaba las bicicletas obedientemente hasta el armazón. Poco a poco empecé a utilizarlas como patineta, con un pie en el pedal. A me-

dida que pasaba el tiempo y me sentía más seguro de mí mismo, intentaba montar en las bicicletas. Yo era todavía demasiado pequeño como para sentarme en el sillín, y apenas si conseguía alcanzar los pedales. Además, como nunca antes había montado en bicicleta, me caí más de una vez. Aunque no me importaba hacerme unos pocos rasguños aquí o allá en manos y rodillas, me asustaba la posibilidad de dañar las bicicletas y meterme en serios problemas. Eran sólidas bicicletas militares y podían soportar un trato bastante duro, pero si sus dueños o Fuss me pescaban utilizándolas, no cabía la menor duda de que sería severamente castigado. Sin embargo, eso jamás sucedió, y al cabo de un tiempo aprendí a andar en bicicleta. Más tarde, cuando me tocó enseñar a mis hijos a montar en bicicleta, me pregunté con frecuencia si ellos se daban cuenta de que había formas más peligrosas de aprender ese arte que tener a su padre aferrado al sillín hasta que se sintieran seguros de poder hacerlo solos.

Fuss tenía la costumbre de pasearse por las salas y patios de la fábrica con un látigo. Cuando veía que alguno de los prisioneros no estaba trabajando, lo golpeaba duramente con él. Suministraba estas palizas por igual a hombres y a mujeres, provocando con frecuencia graves heridas a sus víctimas. Tras ser testigo de una sesión de golpes, decidí intentar avisarles a los trabajadores cada vez que Fuss estaba en camino. Tan pronto como me percataba de que Fuss se preparaba para efectuar una de sus rondas, siempre y cuando no tuviese otros recados que cumplir para él, solía adelantarme corriendo en dirección a la fábrica. Como Fuss siempre llevaba un sombrero bávaro con una pluma, yo alertaba de su inminente llegada meneando un dedo sobre mi cabeza. Cumplir con este servicio me proporcio-

naba gran placer, y supongo que habré salvado a más de un prisionero de ser golpeado.

Por las tardes, les contaba a mis padres mis experiencias como mensajero de Fuss. En una ocasión, mencioné que podía oír las emisiones radiofónicas que Fuss escuchaba en su oficina, pues solía poner la radio a un volumen muy elevado y, cuando yo me sentaba en el pasillo junto a su puerta, no me resultaba difícil oír todo lo que se decía. Una vez llegué incluso a escuchar un discurso de Hitler; estaba seguro de que era Hitler, pues la voz sonaba exactamente como la de mi padre cuando imitaba a Hitler para sus amigos más íntimos. Llevar a cabo esa imitación era algo bastante peligroso y mi madre siempre le advertía de que alguien podría denunciarlo a la Gestapo, pero mi padre parecía disfrutar haciéndolo. Mi informe sobre los programas de radio llevó a mi padre a pedirme que escuchase con mucha atención, intentando memorizar tanto como me fuera posible, a fin de contarle luego por las tardes todo lo que recordase. Esa se convirtió en mi tarea diaria. A partir de entonces, cada vez que tenía la oportunidad, escuchaba no sólo la radio de Fuss sino también todo lo que decían el propio Fuss y sus visitantes. Un día me pareció oír que Mussolini había sido capturado por partisanos. Como sabía que Mussolini era amigo de Hitler, apenas pude contener los deseos de ir a contárselo a mi padre. Al principio nadie quiso creerme, pero luego la noticia fue confirmada por unos trabajadores polacos que eran empleados permanentes de Henryków. A partir de ese momento, mis informes sobre lo que transmitía la radio alemana fueron ansiosamente esperados. Pero nuestra alegría por la captura de Mussolini fue efímera, pues pronto supimos que había sido rescatado por los alemanes.

El perímetro de la fábrica de Henryków estaba custodiado por soldados que, según nos dijeron, eran tártaros. Debían de haberse pasado del bando soviético al alemán tras ser capturados y prestaban servicio en las unidades auxiliares alemanas. No solían ir muy armados, lo que había llevado a algunos jóvenes de nuestro barracón a suponer que sería más sencillo escapar cuando los tártaros estuviesen custodiando. Una noche, un grupo de estos prisioneros cortó la cerca de alambre de púas. Los tártaros, quienes siempre nos habían parecido menos atentos a las tareas de guardia que sus pares alemanes, descubrieron sin embargo el intento de fuga, mataron a uno de los prisioneros allí mismo y capturaron a los demás. Por supuesto que todos despertamos a causa del tiroteo y de los gritos. A la mañana siguiente, los tártaros entregaron a todos los prisioneros a la Gestapo, que se hizo cargo de ellos. Unos días más tarde, después de que se construyese un patíbulo con varias horcas frente a nuestro barracón, trajeron a los horriblemente golpeados prisioneros, que apenas podían caminar. Nos obligaron a formar una hilera y presenciar las ejecuciones. Se ordenó a los prisioneros que se parasen en sillas bajo las horcas mientras los alemanes obligaban a un número equivalente de reclusos, de pie sobre escaleras, a colocar las sogas al cuello de los condenados, que tenían la cabeza descubierta. Noté cómo las manos de uno de los reclusos temblaban con violencia mientras luchaba por pasar la soga por encima de la cabeza del condenado. Éste se volvió, le besó la mano diciéndole algo, y deslizó su cabeza a través del lazo. Cuando el oficial de la Gestapo a cargo de la ejecución notó lo que estaba sucediendo, dio una feroz patada a la silla sobre la que estaba el prisionero. Era evidente que la valentía del condenado había restado

al oficial alemán gran parte del placer que esperaba sentir enviando a la muerte a su joven prisionero. Mientras presenciaba esa escena tan horrible y trágica, se apoderó de mí una sorprendentemente perversa sensación de *scha-denfreude*, pues sólo en muy raras ocasiones podíamos permitirnos estropear el placer que la Gestapo parecía experimentar al torturarnos, y aquélla había sido una de ellas.

Los cuerpos de los prisioneros siguieron colgando durante unos cuantos días junto a la entrada del barracón a modo de advertencia contra futuros intentos de fuga. Se sucederían otras ejecuciones en Henryków, y a medida que fue pasando el tiempo casi se volvieron rutina, pero sólo recuerdo la primera, pues la dignidad y humanidad exhibidas por el joven prisionero momentos antes de su muerte (y la desdeñosa negativa de los demás condenados a suplicar por sus vidas) sin duda contribuyeron con el tiempo a fortalecer mi convicción de que la resistencia moral ante el mal no es menos valiosa que la resistencia física, un aspecto que por desgracia se olvida a menudo al discutir la ausencia de una mayor resistencia judía durante el Holocausto.

Nuestra vida en Henryków llegó abruptamente a su fin una mañana de julio de 1944, casi un año después de nuestra llegada. Un importante contingente de soldados alemanes llegó a Henryków y nos ordenó a todos que formáramos filas frente al barracón. Luego nos hicieron marchar bajo estricta vigilancia hasta lo que, me parece, era la estación ferroviaria de Kielce dedicada al transporte de mercancías. Una vez allí, vimos que los prisioneros que habían acabado en Ludwików cuando se liquidó el *arbeitslager* ya estaban en la estación. Nos esperaba un tren de carga y se nos ordenó subir a los vagones. Las puertas se cerraron desde el exterior. Dentro de los vagones había muy poca

luz, si bien podíamos ver lo que ocurría afuera a través de las rendijas entre los tablones a cada lado del coche. Noté que el último vagón del tren no tenía techo y estaba repleto de ametralladoras que apuntaban en todas direcciones. Cada uno de los demás vagones contaba con una pequeña cabina ocupada por un soldado armado de metralleta.

Mientras abordábamos el tren, oímos varios anuncios por los altavoces. Uno nos informaba de que nuestro siguiente destino sería una fábrica en Alemania donde éramos necesarios. Semejante información fue recibida con bastante alivio y, por un tiempo, pareció mitigar los persistentes rumores de que íbamos rumbo a Auschwitz. Aunque no me era posible imaginar cómo sería Auschwitz, había escuchado terribles historias al respecto y percibía cómo la mera mención de ese nombre provocaba escalofríos a mis padres y a los demás adultos.

Transcurrieron muchas horas mientras el tren recorría la campiña polaca. Cuando le preguntaron adónde creía que nos estaban conduciendo, mi padre tranquilizó a todos los que estaban en nuestro vagón, y les aseguró que íbamos en dirección a Alemania y no rumbo a Auschwitz. Como había estudiado en la Universidad de Cracovia, no muy lejos de Auschwitz, mi padre conocía bien esa región del país. Algo más tarde oí que mi padre le susurraba a mi madre que el tren había modificado el recorrido y que ya no avanzábamos hacia Alemania, sino en dirección a Auschwitz. Otros no tardaron en comprender lo que ocurría. La gente empezó a gritar y a rezar, mientras que algunos se acurrucaban conversando en voz bien baja. Recuerdo a mi padre bebiendo un gran trago de una pequeña botella de vodka antes de pasársela a mi madre. Ella me apretaba la mano y me abrazaba de tanto en tanto.

Dos hombres de nuestro vagón empezaron a tratar de abrir una brecha entre los tablones del suelo, en medio del coche. Al parecer, en otros vagones se llevaban a cabo planes similares. Cuando empezó a anochecer y los trenes pasaban cerca de una zona boscosa, estalló una ráfaga de ametralladora desde el último vagón, sobresaltándonos a todos. Sin duda, nuestros guardias habían detectado a los que intentaban escabullirse por los agujeros del suelo de los vagones, dejándose caer al suelo y aplastándose al máximo contra el suelo entre las vías. Nunca supe si alguno de los prisioneros tuvo éxito en su huída. El tren no se detuvo y los disparos prosiguieron durante un rato. Al parecer hubo luego otros intentos de fuga, seguidos de disparos, pero los demás nos resignamos a la realidad de que pronto estaríamos en Auschwitz.

Capítulo 4

Auschwitz

Una soleada mañana de los primeros días de agosto de 1944, nuestro tren se aproximó a las afueras del campo de concentración de Auschwitz. En realidad, como supimos más tarde, íbamos en dirección a Birkenau, situado a unos tres o cuatro kilómetros por la carretera que conducía a Auschwitz propiamente dicho. Las cámaras de gas y los crematorios se habían erigido en Birkenau, y fue allí donde murieron millones de personas. Auschwitz en sí era más bien la fachada pública del campo de exterminio de Birkenau. A los invitados especiales se les mostraba Auschwitz, mientras que Birkenau era el último lugar que muchos de los prisioneros verían en este mundo.

A medida que el tren se iba aproximando a Birkenau, divisamos a cientos de personas con uniformes carcelarios rayados cavando fosas, portando ladrillos, empujando pesadas carretillas y marchando en formación en diferentes

direcciones. «*Menschen!*» («¡Seres humanos!»), oí que alguien murmuraba, y sentí un suspiro de alivio colectivo en nuestro vagón. «Después de todo, no matan a todos al llegar», debió de ser el pensamiento que recorrió las mentes de todos. El ánimo en el coche se relajó un poco y la gente empezó a hablar otra vez. «Quizá Auschwitz no sea tan malo como nos han dicho», sugirió alguien, y a mí me pareció que era muy similar a Henryków, sólo que más grande, y que no podía ser tan terrible.

Años más tarde, cuando me hablaban sobre Auschwitz y me preguntaban cómo era, solía responder que tuve suerte de ingresar en Auschwitz. Semejante respuesta casi siempre era recibida con sorpresa. Pero yo sabía muy bien lo que decía. Casi todos los que llegaban a la plataforma ferroviaria de Birkenau tenían que pasar por el llamado proceso de selección. Allí, los niños, los ancianos y los inválidos eran separados del resto de la gente a su llegada y conducidos directamente a las cámaras de gas. Nuestro grupo se libró del proceso de selección. Seguramente, los oficiales de turno de las SS no procedieron a la selección, por asumir que, como nuestro tren provenía de un campo de trabajo, ya se había eliminado a los niños y a las demás personas no aptas para trabajar. De haberse producido una selección, me habrían matado incluso antes de ingresar en el campo. A eso se refería mi frívolo comentario sobre mi suerte por haber ingresado en Auschwitz.

Claro que, cuando llegamos a Birkenau, yo no sabía qué esperar, ni era consciente de haberme librado del fatal proceso de selección. Tan pronto como descendimos de nuestros vagones de carga y pusimos un pie en la plataforma de la estación, se nos ordenó a todos los hombres alinearnos por un lado, y a todas las mujeres hacerlo por el otro. Aparte

de un fugaz instante pocos meses más tarde, esa sería la última ocasión en que yo vería a mi madre hasta nuestro reencuentro el 29 de diciembre de 1946, casi dos años y medio después de nuestra separación. No pudimos realmente decirnos adiós, pues los oficiales de las SS no dejaban de gritar para que nos moviésemos, golpeando o pateando a todo aquel que no siguiese sus órdenes de inmediato. Yo estaba demasiado asustado como para llorar o incluso como para saludarla, y me quedé pegado a mi padre.

Mi padre no me soltó ni por un instante mientras nos hicieron marchar desde la estación a un gran edificio. Allí se nos ordenó que nos desvistiésemos y pasásemos por unas duchas y un estanque para desinfectarnos los pies. En el camino nos raparon la cabeza y nos arrojaron esos mismos uniformes de prisión a rayas blancas y azules que habíamos visto al entrar en Auschwitz. Fue entonces cuando mi padre me susurró que habíamos pasado lo peor, pues sólo después de recibir los uniformes estuvo seguro de que no nos enviarían a las cámaras de gas.

Tras el anterior proceso, se nos ordenó nuevamente que formásemos filas para marchar. Debimos de caminar un buen rato antes de llegar a una zona donde había hilera tras hilera de barracones, tantos que era imposible contarlos. Las calles (en realidad, caminos sin pavimentar) pasaban entre las interminables series de barracones. Altas cercas con alambre de púas a cada lado de las hileras de barracones dividían lo que parecía un enorme poblado en grandes campos individuales, cada uno con su propia puerta y sus torres de guardia. Más tarde me enteré de que estos campos individuales estaban identificados con las letras del alfabeto. Por ejemplo, los campos B y C estaban ocupados por mujeres, el campo D por hombres, y así sucesivamente.

Nuestro destino era el campo E, más conocido como «campamento gitano», pues había albergado a varios miles de familias gitanas. A todos ellos (hombres, mujeres y niños) los mataron poco antes de nuestra llegada. Sólo el nombre subsistía para recordarnos otro horrendo crimen cometido en nombre de la raza superior.

La entrada al campamento gitano consistía en una sección de cerca móvil cubierta de alambre de púas, custodiada por agentes de las SS con sus perros. Una vez dentro del campo, nos ordenaron formar fila tras un grupo de barracones y arremangarnos el brazo izquierdo. En un extremo de la fila había dos prisioneros sentados ante una mesa de madera. Cada uno de nosotros tenía que avanzar hasta la mesa, decir su nombre y extender el brazo izquierdo. Yo estaba justo delante de mi padre en la fila y no tenía idea de qué era lo que sucedía. Luego vi que los hombres de la mesa sostenían objetos que parecían plumas fuente con una aguja muy fina, y que escribían algo sobre los brazos extendidos tras hundir las plumas en un recipiente con tinta: nos estaban tatuando. Cuando llegó mi turno temí que doliese, pero fue tan rápido que apenas pude sentirlo. Ahora tenía un nuevo nombre: B-2930, y ese sería el único «nombre» relevante en el campo. Ese número, hoy ya un poco descolorido, sigue todavía en mi brazo izquierdo. Forma parte de mí y me sirve como recordatorio, no tanto de mi pasado como de la obligación que considero fundamental como testigo y superviviente de Auschwitz: combatir las ideologías que pregonan el odio y la superioridad racial o religiosa, y que tanto sufrimiento han causado a la humanidad a lo largo de los siglos.

Mi padre, que estaba justo detrás de mí en la fila de tatuajes, pasó a llamarse B-2931. Nuestros números tam-

bién fueron impresos sobre una tira de tela con un triángulo amarillo, el color que nos identificaba como judíos. (Había colores diferentes para distinguir a las diversas clases de prisioneros. Los prisioneros políticos, por ejemplo, llevaban triángulos rojos. Se asignaron otros colores a los homosexuales, a los criminales, etc.) Cerca de cuarenta y cinco años después, cuando regresé a Auschwitz y le di mi nombre a la encargada de los archivos a fin de averiguar con exactitud en qué momento de 1944 había llegado allí, ella me preguntó mi número. Me sorprendió que lo hiciese, pues siempre había oído decir que los alemanes llevaban un registro burocrático muy preciso en sus campos. «En el momento en que usted llegó», me explicó la mujer, «se producía una cantidad tan desmesurada de nuevas llegadas que las SS ya no se molestaban en registrar los nombres de los prisioneros, sino sólo sus números.» Efectivamente, una vez le hube proporcionado mi número, ella pudo facilitarme las fechas que le pedía. La tarjeta con mi número incluso indicaba cuántas personas habían llegado conmigo a Auschwitz desde Kielce. Se me ocurrió entonces que, a diferencia de quienes hemos sobrevivido a Auschwitz y podemos documentar nuestra presencia en el campo por medio de nuestros números, aquellos prisioneros que perecieron en los crematorios después de que las SS dejaran de registrar sus nombres no han dejado ningún rastro de su paso por ese terrible lugar. Ni cadáveres ni nombres. ¡Sólo cenizas y números anónimos! Es difícil imaginar una afrenta mayor a la dignidad humana.

Tras ser tatuados, se nos asignaron barracones. El nuestro era una estructura de madera similar a todas las demás del campamento gitano, con un suelo de tierra entre dos largas filas de anchas literas de madera con tres niveles. Una

vez dentro del barracón, fuimos recibidos por un fornido prisionero con una vara en la mano. Él era, como se nos informaría enseguida, el *blockältester* o jefe del barracón. No dejaba de señalar las literas y gritaba en polaco y yidis: «¡Diez hombres por nivel!». Cualquiera de nosotros que, en su opinión, no se moviese lo bastante rápido, recibía un golpe de porra o una patada. Mi padre y yo llegamos a una litera, escogimos el nivel medio y pronto se nos unieron allí otros ocho prisioneros. Nos ordenaron echarnos boca abajo, con la cabeza apuntando al centro del barracón. No recuerdo si nos proporcionaron mantas, pero estoy seguro de que no había colchones.

Aunque aquella tarde no nos dieron nada de comer, los sucesos de la primera noche impidieron que mi mente pensase en comida. Dos o tres prisioneros bien alimentados irrumpieron en el barracón portando varas y porras. Llevaban cintas en los brazos que los identificaban como «capo». Los capos eran reclusos que, junto con los jefes de barracón, administraban el campo para las SS aterrizando día y noche a los demás prisioneros. Los capos saludaron a nuestro jefe de barracón, y luego uno de ellos gritó en alemán: «Spiegel, cabrón, ven aquí. ¡Queremos hablar contigo!». Tan pronto como Spiegel se presentó ante ellos, los hombres lo rodearon y empezaron a golpearlo con sus puños y porras en el rostro, en la cabeza, los brazos y las piernas. Cuanto más gritaba Spiegel suplicando piedad, más lo golpeaban los capos. A juzgar por lo que los capos gritaban durante la paliza, parece que Spiegel había denunciado a uno de ellos ante la Gestapo en Kielce, lo que había motivado su traslado a Auschwitz dos años antes.

Al cabo de unos instantes, Spiegel estaba de rodillas, y luego desplomado en el suelo, rogando que lo matasen.

Estaba cubierto de sangre y ya casi no intentaba protegerse de los golpes que continuaban lloviendo sobre él. Entonces los capos alzaron a Spiegel y lo empujaron fuera del barracón. No vimos lo que sucedió a continuación. Más tarde supimos que los capos habían arrastrado a Spiegel hasta la cerca y que había muerto sobre la misma. Nuestro campo, al igual que todos los de Birkenau, estaba rodeado de una cerca altamente electrificada que emitía un permanente zumbido. Dicha cerca separaba nuestro campamento gitano del campo D por un lado, y del campo F por el otro. A un metro de altura y un metro por delante de la cerca a cada lado se había corrido un alambre que advertía a los prisioneros que no se acercasen por peligro a electrocutarse. Spiegel debió de morir al ser arrojado contra la cerca, o bien arrastrándose hacia ella. Poco a poco fui comprendiendo que ese tipo de suicidio no era nada inusual entre los prisioneros, que lo denominaban «paseo hasta la cerca».

Es difícil no cuestionarse si alguna vez se les pasó por la cabeza a esos capos que, en esencia, no eran diferentes de Spiegel. Él había denunciado a camaradas judíos ante la Gestapo creyendo que de ese modo prolongaría su propia vida. Los capos, por su parte, accedían a servir de agentes de las SS golpeando a los demás reclusos, forzándolos a trabajar hasta el límite del agotamiento y privándolos de sus raciones de alimento, a sabiendas de que con tales acciones aceleraban la muerte de los prisioneros. Y todo eso lo hacían los capos con la esperanza de prolongar con ello sus propias vidas. Así, además de medir la fortaleza moral de quienes no se habían convertido ni en informantes ni en capos, los campos de concentración eran laboratorios para la supervivencia de los más inescrupulosos. Tanto Spiegel como el capo habían sido amigos de mi padre. Los

dos habían estado con nosotros en Katowice. Por entonces los considerábamos mis «tíos». Creo recordar que el capo a quien Spiegel había denunciado era técnico dental o dentista en su vida anterior; nunca supe cuál había sido la profesión de Spiegel. De no haber acabado en los campos, probablemente ambos habrían seguido siendo personas decentes. ¿Qué tiene el carácter humano que dota a algunos individuos de la fuerza moral suficiente como para no sacrificar su decencia y su dignidad, más allá del costo personal que eso implique, mientras que a otros los convierte en despiadados asesinos si creen que con ello aseguran la propia supervivencia?

Recuerdo muy poco de los días inmediatamente posteriores a la muerte de Spiegel. Por supuesto que pensaba a menudo en mi madre y la echaba mucho de menos. Me preguntaba qué estaría haciendo, si también le habrían rapado la cabeza como a nosotros, si tenía suficiente para comer y si vivía en un barracón similar al nuestro. En aquellos primeros días conocí también el sistema de alimentación de Auschwitz. Nos despertaban muy temprano por la mañana y nos hacían ponernos en fila ante un enorme perol, del cual un recluso con un cucharón extraía un líquido de aspecto parecido al café negro. A su lado estaba el *blockältester*, que cortaba rebanadas de pan negro. El pan a menudo estaba mohoso, y las rebanadas eran bastante pequeñas. Pronto descubrí que no todos obtenían la misma cantidad de pan. Aquellos que no le caían bien al jefe del barracón recibían trozos más exigüos o nada en absoluto, mientras que sus amigos y él mismo se quedaban con panes enteros. Cualquier protesta derivaba en una paliza. Por las tardes nos servían la única otra comida del día. Consistía, como regla general, en una aguada e insípida sopa de nabo.

Como no nos daban pan por las tardes, yo intentaba guardar algún trozo pequeño del pan de la mañana para comer más adelante. Lo escondía muy cuidadosamente para que no me lo robaran.

Eso es, en esencia, todo cuanto nos daban de comer. Con semejante dieta, algunas personas se convertían poco a poco en «musulmanes» (*muselmänner*), nombre que se le daba a aquellos prisioneros que ya estaban demacrados, consumidos, iban de aquí para allá con la mirada perdida, habían dejado por completo de ingerir alimentos y, al poco tiempo, morían discretamente. Pronto supe que si alguien se convertía en «musulmán», no le quedaba mucho tiempo de vida. Ese fue el destino de un amigo de mis padres a quien yo llamaba «tío» desde que tenía uso de memoria. Él y su esposa habían estado con nosotros en Katowice. Él era judío, ella no. Y si bien, como gentil alemana, su mujer podría haberlo abandonado y regresar a Alemania, se negó a hacerlo y lo ayudó tanto como le fue posible. En Kielce, ella vivía fuera del gueto, y de algún modo se las componía para llevarle comida; lo mismo hizo en el *arbeitslager*. Todavía los recuerdo conversando a través de la valla del gueto. Pero el acceso a Auschwitz o a cualquier sitio cercano al campo le estaba vedado a la mujer, y su marido, un hombre mayor, sencillamente no podía sobrevivir con las magras raciones que recibíamos. Cuando me encontré con él pocas semanas después de nuestra llegada a Auschwitz, era el ser humano más delgado que yo hubiera visto jamás. Ya no nos reconocía ni a mí ni a mi padre, y se limitaba a murmurar para sus adentros. Tras la guerra, mi madre y yo visitamos a su esposa, que había regresado a su Hamburgo natal. Ella quería saber, claro está, cuándo había estado yo por última vez con su marido y qué le había

sucedido. Mentí, diciendo que en nuestro último encuentro lo había visto tan afable como siempre, aunque un poco más delgado. Sencillamente, no podía contarle a esa mujer, a quien yo admiraba tanto por su coraje y lealtad, la verdad sobre los últimos días de su esposo. Consideré que ella ya había sufrido lo suficiente.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos mi padre y yo en el barracón que ocupamos tras llegar al campamento gitano. El capo que había participado de la terrible paliza a Spiegel estaba a cargo de un barracón que funcionaba como una especie de almacén. Allí las prendas de vestir sustraídas a la gente tras su llegada a Auschwitz eran clasificadas y, algo más tarde, embaladas para ser transportadas a otro sitio. Nunca supe adónde las enviaban. Para ayudarnos, el capo logró que a mi padre, a mí y a unos cuantos amigos suyos de Kielce nos asignaran a ese barracón. Dormíamos y trabajábamos allí. En gran medida, el cambio contribuyó a salvarnos la vida. Ya no estábamos sometidos al maltrato continuo del primer barracón, teníamos un poco más de comida, y nuestra litera contaba con mantas y un colchón de paja. Y lo que no era menos importante, podíamos mantenernos calientes con algunas de las prendas allí almacenadas.

En nuestro nuevo barracón, mi padre y yo compartíamos la litera con mi amigo Walter y su padrastro. Walter había conseguido evitar que lo ejecutaran junto a los niños de Kielce porque era unos años mayor que casi todos ellos y de gran estatura para su edad. Después de nuestro traslado al nuevo barracón, Walter se puso muy enfermo. Su padre lo llevó a la enfermería, donde fue admitido después de que se le diagnosticase difteria. Los barracones del campamento gitano que funcionaban como enfermería estaban

situados en diagonal al nuestro. Una noche, menos de una semana después de que Walter ingresase en la enfermería, nos despertaron terribles ruidos provenientes del otro lado de la calle. Unos camiones de las SS, con los motores rugiendo, se habían detenido frente a la enfermería. Varios guardias de las SS arreaban a los desesperados pacientes, obligándolos a subir a la parte trasera de los vehículos. Los pacientes sabían muy bien que los llevaban a las cámaras de gas, y nosotros sabíamos que las SS estaban reduciendo la población de la enfermería para dejar espacio a nuevos pacientes. Lo hacían todas las semanas, y por eso resultaba tan peligroso ir a la enfermería. Durante la mañana supimos que Walter fue uno de los que habían seleccionado. Su padre no dejaba de culparse a sí mismo por la muerte de Walter, pues lo había conducido a la enfermería. Sin embargo, todos sabíamos que, teniendo en cuenta la enfermedad de Walter, no había existido ninguna otra opción. Aun así me resultaba imposible comprender por qué Walter había enfermado de difteria mientras que yo, aunque dormía junto a él, no me había infectado. ¿Era sólo cuestión de suerte, o acaso él no tenía realmente esa enfermedad tan contagiosa?

Cada tantas semanas, las SS regresaban al campamento gitano y realizaban sus selecciones periódicas. Tales selecciones en general eran dirigidas por uno o dos médicos de las SS, y a menudo se llevaban a cabo bajo la supervisión del tristemente célebre doctor Mengele, conocido como «el Ángel de la Muerte», y cuyo mero nombre me hacía temblar de miedo. Las selecciones se producían a primera hora de la mañana, después de que los prisioneros formásemos fila frente a sus barracones para ser contados. Incluso cuando no se realizaba una selección, el proceso diario de con-

tarnos podía prolongarse durante varias horas, sobre todo cuando parecía que faltaba alguien. La persona ausente en general solía ser algún recluso fallecido durante la noche. A menudo el recuento diario venía acompañado de palizas y, a veces, también de alguna ahorcadura. Poco después de nuestra llegada a Auschwitz, mi padre, al observar el método de las selecciones rutinarias y comprobar que los niños eran quienes corrían mayores riesgos, desarrolló una estrategia para combatir el sistema. Cada mañana, cuando debíamos formar fila para el habitual recuento, yo intentaba pararme siempre en la última fila y muy cerca de la entrada del barracón. No bien habíamos sido contados, y si parecía que iba a producirse una selección, yo procuraba escabullirme en el interior del barracón y esconderme. Esa estrategia me salvó unas cuantas veces. Sin embargo, no siempre era fácil de realizar, pues tenía que desaparecer sin que lo notaran ni las SS ni el jefe del barracón. Así y todo, nunca me descubrieron.

En ocasiones una selección se hacía al azar. Mengele ingresaba en el campo con alguno de sus asistentes y ordenaba que recogiesen a todos los niños, ancianos o enfermos que encontrasen en los barracones o caminando por el exterior. Mi padre le habló de este problema a nuestro amigo capo, quien nos sugirió que si yo tuviera algún empleo, esto me proporcionaría cierta protección. Unos días más tarde me contrataron para servir de mensajero del capo de la Sauna, nombre que se le daba al edificio donde se encontraban los baños del campo. Allí era donde a los prisioneros que llegaban de otro subcampo se les daba una ducha fugaz y se desinfectaban sus ropas. Mi trabajo (que, ahora me doy cuenta, seguramente fue pergeñado por el amigo de mi padre como un favor para salvarme) consistía sobre

todo en hacer recados para mi nuevo jefe. Cada vez que me detenía un guardia de las SS en algún punto del campo, lo que sucedía de tanto en tanto, yo me identificaba como el mensajero de la Sauna y se me permitía el paso. El empleo me proporcionó una mayor sensación de seguridad de la que tenía antes en mis encuentros con los miembros de las SS, si bien era difícil no ponerme a temblar cuando me llamaba alguno de ellos. .

A veces, también tenía que transmitir un mensaje o entregarle un paquete a alguien en otro campo. Intento ahora en vano recordar cómo se me permitía salir y regresar, pero sé que en una ocasión me enviaron junto con otra persona a uno de los crematorios (utilizábamos este término de modo genérico para referirnos tanto a las cámaras de gas como a los crematorios). Teníamos que recoger unos recipientes de gas que mi jefe de la Sauna necesitaba para desinfectar las ropas. Por cierto que yo sentía pánico de acercarme a ese lugar, pero tuve que hacerlo pese a todo. Cuando llegamos allí, fuimos recibidos por los reclusos que trabajaban en los crematorios. Su trabajo era trasladar los cadáveres desde las cámaras de gas y quemarlos en los crematorios. Eran todos hombres jóvenes y fuertes, y bromeaban con nosotros, probablemente porque percibían el terror que sentíamos por estar tan cerca de las cámaras de gas. Cuando les dijimos a qué íbamos, nos dieron algunos recipientes de gas para llevar a la Sauna. La persona que me había acompañado pensaba que nos habían dado el mismo gas Zyklon B que se usaba para matar gente en las cámaras de gas. Ignoro si eso era así, aunque tenía sentido, dado que nos había sido entregado en el crematorio.

El aire de Auschwitz siempre apestaba debido al humo que salía de los hornos crematorios. El olor y el humo eran

más intensos cada vez que llegaba a Birkenau un nuevo transporte de personas, pues quienes no superaban el proceso de selección inicial en la plataforma-estación eran arreados de inmediato hacia las cámaras de gas. Cuando los crematorios funcionaban de noche, el cielo sobre los mismos adquiría un color marrónrojizo. Un verano, muchas décadas después de la guerra, visité Auschwitz y observé pájaros y flores silvestres en lo que antes fuera Birkenau. Entonces caí en la cuenta de que era la primera vez que veía un ave en Auschwitz. Seguramente el humo las ahuyentaba. Tampoco recuerdo haber visto allí hierba ni árboles. Cuando llovía, el suelo se volvía un lodazal y el barro duraba varios días, salvo en invierno, cuando la tierra se cubría de una mezcla de nieve sucia y hielo.

Había en el campamento gitano un barracón donde podíamos lavarnos. El agua, siempre helada y de un color marrón óxido, manaba de unos pequeños orificios taladrados en las extensas tuberías que colgaban sobre los fregaderos que parecían abrevaderos. Otro barracón cumplía las funciones de retrete comunitario. Allí, largas filas de hormigón provistas de agujeros servían de asientos de excusado. Era éste nuestro lugar favorito, ya que se trataba del único lugar donde la temperatura era siempre templada. Pero nunca se nos permitía permanecer más que unos pocos minutos. Esta regla la imponía rigurosamente el encargado del recinto, un recluso proveniente de Grecia. Jamás lo olvidaré. Cuando no nos acosaba, tocaba de un modo hermoso la mandolina. No tardé en percatarme de que, si le decía cuánto adoraba su música, me permitiría quedarme un poco más en el cálido retrete.

Un día, me parece que a fines de octubre, despertamos a lo que tenía aspecto de ser una selección, si bien difería

de las anteriores a las que yo estaba acostumbrado. No sabíamos realmente qué estaba ocurriendo, pues los agentes de las SS no seguían los procedimientos de selección habituales. En lugar de contarnos como era costumbre, nos hicieron formar fila, barracón tras barracón, y marchar hacia otro barracón situado en un extremo del campo. Una vez dentro, tuvimos que avanzar en fila india, pasando ante un grupo de médicos que nos observaban desde el final del barracón. Creo que Mengele estaba allí, pero no podría asegurarlo, pues lo cierto es que nunca me atreví a alzar la mirada. Había guardias de las SS apostados cada tantos metros a todo lo largo del barracón y a cada lado del grupo de doctores. Mi padre iba delante y yo lo seguía, atento a cualquier posible vía de escape. No había ninguna. Cuando ya estábamos casi llegando a la mesa, uno de los médicos indicó que mi padre fuese hacia la izquierda y yo hacia la derecha. Mi padre intentó llevarme consigo, pero un guardia de las SS me asió al tiempo que otro pateaba a mi padre y lo expulsaba del barracón. Esa fue la última vez que vi a mi padre.

Me llevaron a un barracón adyacente, custodiado por un recluso que debía de ser el jefe del mismo. Ya había otras personas allí a mi llegada. En su mayoría parecían enfermos o ancianos, e incluso había algunos que se habían vuelto «musulmanes» o estaban próximos a ello. Había otro acceso al barracón en el extremo opuesto de la sala. Esa puerta se mantenía cerrada con un trozo de alambre. Consciente de mi oportunidad, me coloqué cerca de la puerta y esperé. A nuestra sala iban llegando más y más personas, por lo general en el mismo estado que las que ya estaban allí. Parecían resignadas a su destino. ¡Pero yo no lo estaba! Sabía que nuestro destino era la cámara de

gas y que tenía que encontrar una salida para reencontrarme con mi padre. Acercándome cada vez más a la puerta y manteniendo el ojo atento al jefe del barracón, empecé a desenrollar el alambre. Se desprendió con relativa facilidad y me lancé fuera de la puerta. A mis espaldas, oí a algunos prisioneros gritar que me escapaba. Puesto sobre aviso, el jefe del barracón vino a toda prisa y me capturó. Tras abofetearme varias veces, me arrastró de vuelta al barracón. Dos veces más conseguí salir de la sala, sólo para volver a ser aprehendido y golpeado.

Llegado ese punto, concluí que no conseguiría escapar y que en pocas horas moriría en la cámara de gas. Al principio sentí una ira incontenible hacia mis compañeros reclusos, que me habían delatado cada vez que intentaba huir. No me era posible comprender su actitud. Mi huida no habría modificado en lo más mínimo su destino, y todos debían de saber que iban camino a las cámaras de gas. Entonces pensé en lo triste que debía de estar mi padre, pues a diferencia del pasado, no había logrado evitar que me cogiesen en la selección. Me habría gustado decirle que no tenía que culparse a sí mismo, pues de ningún modo podría haber predicho la trampa que nos habían tendido.

Con esas ideas arremolinándose en mi mente, fui hasta un rincón de la sala, lejos de la puerta, y me senté. Tras unos instantes, noté que ya no oía ninguna voz alrededor mío, ni siquiera las órdenes que a gritos emitían los guardias de las SS en el barracón contiguo. Hasta entonces el miedo se había apoderado de mí. El miedo a morir, pues suponía que, al haber fallado mis intentos de escapar, iba camino de la cámara de gas. Pero entonces ocurrió lo más inesperado. Lenta, muy lentamente, mi temor y mi ansiedad se diluyeron al dar por sentado que no existía escapatoria alguna y que moriría

en pocas horas. La tensión nerviosa que había pendido sobre mí como una nube en el cielo se desvaneció. Un calor interno recorrió mi cuerpo. Estaba en paz conmigo mismo. Mi miedo había desaparecido. Ya no temía morir.

Cuando concluyó la selección, en nuestra sala había entre treinta y cuarenta reclusos. Nos sentamos allí a la espera del camión que nos llevaría a la cámara de gas. Pasó un tiempo sin que sucediera nada, pero de pronto apareció un camión de las SS y se nos ordenó subir en él. Al principio, el camión avanzó en dirección a los crematorios, pero luego giró levemente e ingresó en el cercano *krankenlager* o campo sanitario, que creo era el campo F. El *krankenlager* consistía en una cantidad de barracones que albergaban a prisioneros enfermos o en cuarentena. El camión aparcó ante uno de estos barracones y se nos ordenó descender del vehículo. Allí fuimos recibidos por enfermeros que apuntaron nuestros números en pequeñas tarjetas, añadiendo algunas anotaciones más. Obligados a explicarnos por qué habíamos sido conducidos allí, se nos dijo que estábamos «en tránsito». Al parecer, los oficiales de las SS habían concluido que enviar a nuestro pequeño grupo a la cámara de gas sería desperdiciar recursos, más aún teniendo en cuenta que implicaría poner en marcha uno de los crematorios. En lugar de eso, decidieron mantenernos en ese campo hasta reunir un grupo más numeroso.

El barracón adonde nos llevaron estaba ocupado por reclusos con una enfermedad de la piel: sarna, o *krätze* en alemán. Parecían tener costras en todo el cuerpo y no cesaban de rascarse. Cada mañana formaban fila y eran revisados por un joven médico polaco, quien por lo general les daba un ungüento anaranjado. Me asustaba mucho la idea de contraer la enfermedad y consulté al doctor en un par de

ocasiones. Él se portó siempre muy amablemente conmigo y me explicó cómo evitar contraer la sarna. Una vez me entregó incluso un trozo de jabón (hacía ya mucho tiempo que yo no veía jabón) y me dijo que me lavase las manos a menudo. De tanto en tanto me revisaba y le alegraba ver que no me había contagiado. Siempre se aseguraba de que no me faltase jabón. A veces también conseguía darme a hurtadillas algo de pan y logró que me asignaran una litera en una esquina, en el extremo opuesto del barracón, lejos de la entrada y de aquellos sectores donde solían reunirse los demás prisioneros.

Cuando me abandonó el miedo a contraer la sarna, empecé a disfrutar de mi vida en el *krankenlager*. «Quizá las SS se han olvidado de nosotros», pensaba. Esperaba no equivocarme, y por un tiempo pareció que así era. El único aspecto desagradable de estar allí era la proximidad de los crematorios. Muchas noches nos despertábamos con los gritos y súplicas de auxilio provenientes del área del crematorio, cuando arreaban a la gente hacia las cámaras de gas. Era algo terrible. Al principio me quedaba despierto y temblando. Luego, cuando por fin me dormía, venían las pesadillas; espantosas y vívidas pesadillas en las que me golpeaban o me ejecutaban. Me daba miedo dormir porque las pesadillas se repetían noche tras noche. Pasado un tiempo, y sin ser consciente de lo que sucedía, descubrí el modo de sobrellevar mis pesadillas. Dormido, cuando la pesadilla se asomaba, me oía a mí mismo decir: «Esto es sólo una pesadilla, no hay nada que temer». Y la pesadilla se esfumaba. Después de eso, cada vez que los gritos de horror provenientes de las cámaras de gas me medio despertaban, mi mente inconscientemente los asimilaba a mis pesadillas y de ese modo podía seguir durmiendo.

Así fue como una noche, aunque seguía oyendo gritos aterrizados a mi alrededor, continué durmiendo con la idea de que sufría una de mis pesadillas habituales. Pero al despertar a la mañana siguiente, me enteré de que las SS habían aparecido durante la noche o muy temprano por la mañana y se habían llevado a todas aquellas personas que habían llegado conmigo al barracón. Me pareció un milagro que los guardias no me encontrasen. Sin embargo, más tarde supe cómo me había salvado. Al llegar por primera vez al barracón, los médicos habían anotado una equis roja en el reverso de las tarjetas individuales de todos nosotros. Mi amigo, el joven doctor polaco, aparentemente había destruido mi tarjeta y había hecho otra nueva sin la equis roja. Cuando llegaron los guardias de las SS y pidieron las tarjetas con la marca roja, mi tarjeta no estaba entre ellas. El doctor me había salvado la vida y las pesadillas me habían evitado ser testigo de los sucesos de aquella noche, con el peligro de delatarme a mí mismo que eso hubiera implicado.

Permanecí en el *krankenlager* durante una o dos semanas más. Un buen día, el doctor me llamó a su pequeña oficina y me dijo que me enviarían al barracón para niños del campo D. Por haber aprendido a desconfiar de todo (no del médico, por cierto, sino de la gente con la que él había acordado mi traslado), le pregunté una y otra vez si estaba seguro de que mi destino sería el campo D y no la cámara de gas. Me aseguró que no tenía nada de qué preocuparme. Y acabó teniendo razón. Unas horas más tarde, me condujeron al barracón de niños del campo D. Aun hoy ignoro cómo se urdió este traslado. Lo único que recuerdo es que me recogió un guardia de las SS, el guardia de las SS más viejo que yo hubiera visto jamás. No se pa-

recía a los demás guardias que yo había conocido. Por lo general, éstos eran jóvenes, parecían orgullosos de su condición militar y daban la impresión de disfrutar maltratándonos. Este hombre era amable y no cesaba de decirme que me agradaría el barracón de niños del campo D y que allí estaría a salvo. Fue el primer guardia de las SS en cuya presencia no temí por mi vida. Luego supe que hacia 1944 las SS estaban reclutando a hombres de mayor edad, pues los más jóvenes eran destinados al frente. Quizá este guardia fuese uno de aquellos nuevos reclutas.

Antes de llegar al barracón de niños, yo no tenía la menor idea de que existiese algo semejante. Más tarde me dijeron que había sido creado por un prisionero político alemán, quien había salvado a un grupo de adolescentes de morir en las cámaras de gas tras convencer a las SS de que no tenía sentido deshacerse de los niños, pues podían desempeñar tareas de gran utilidad en el campo. Los oficiales de las SS accedieron a que comprobase su teoría y lo pusieron a cargo del barracón. La mayoría de los niños del barracón (si no todos) eran mayores que yo. Tan pronto como asomé la cabeza dentro y me asignaron una litera, reconocí a dos amigos: Michael y Janek. Los conocía de Kielce. Ambos habían sobrevivido al asesinato de los niños en el *arbeitslager* de Kielce ocultándose en el ático de la casa donde los niños habían sido encerrados antes de llevarlos al cementerio. Me produjo una enorme alegría volver a verlos. Dada nuestra experiencia común en Kielce, nos volvimos amigos inseparables y nos considerábamos como hermanos.

La principal tarea que desempeñábamos casi todos los niños del barracón era la recolección de basura. En ocasiones también debíamos recolectar los desechos de otros

campos. Recogíamos la basura en varios sitios, la poníamos en carretillas de madera y la llevábamos a un vertedero. Por lo general se asignaban tres o cuatro niños por carretilla. Michael y Janek lograron incluirme en su equipo. Nuestro trabajo no solía ser muy complicado, pero cuando llovía, lo que ocurría muy a menudo, nuestro calzado y las ruedas de la carretilla se hundían en el lodo, por lo que teníamos que empujar con mucha más fuerza.

Sólo una vez nos aproximamos a uno de los campos de mujeres. Fue cuando nos enviaron a recoger desperdicios en el campo C, que colindaba por un lado con nuestro campo D. Por eso los hombres y mujeres de ambos campos podían entablar conversaciones a gritos desde cada extremo de la cerca electrificada. Mi padre había averiguado que mi madre estaba en el campo B, por lo que no podíamos verla desde nuestro campo. Pero tan pronto como entramos al campo C, Michael, Janek y yo, junto a otros dos chicos, empezamos a empujar nuestra carretilla junto al borde del cerco que delimitaba el campo B. Cada vez que veíamos del otro lado a una mujer, le gritábamos en polaco y yidis que llamase a las mujeres de Kielce. Minutos más tarde reconocimos a algunas mujeres a quienes habíamos conocido en Kielce, entre ellas familiares de Janek y Michael. Y de repente vi a mi madre. Cuando me divisó empezó a llorar y a llamarme «¡Tommy! ¡Tommy!». Y si algunas mujeres no la hubiesen contenido, habría intentado tocarme a través del cerco electrificado. La única idea que cruzaba por mi mente era que estaba viva, al tiempo que ella no cesaba de repetir «*Du lebst, du lebst!*» («¡Estás vivo! ¡Estás vivo!»). Entonces me preguntó por mi padre. Cuando empezaba a contarle que él había sido trasladado a otro sitio, apareció una mujer capo y arreó a todas las mujeres alejándolas del

cerco. Durante meses después de ese encuentro mantuve en mi memoria las palabras de mi madre y su rostro cubierto de lágrimas que me sonreía del otro lado del cerco. Lo fundamental era que todavía estaba viva y que no era una «musulmana». Se la veía delgada, me repetía a mí mismo, pero lucía bien a pesar de todo y era muy hermosa incluso sin cabello. Poco después de ese encuentro oí que un buen número de mujeres, entre ellas mi madre, había sido enviado a otro campo en Alemania.

Nuestro jefe de barracón nos trataba bien y distribuía las raciones de alimento equitativamente. De todos modos, sólo en contadas ocasiones dichas raciones bastaban para superar la sensación de hambre permanente que se había vuelto parte de mi ser. Aun así, seguía resistiéndome a comer cualquier cosa que hallase en la basura. Dado que también éramos responsables de la basura de la cocina de las SS, era grande la tentación de comer los restos de un sándwich o de lamer una lata que todavía contenía sobras de comida o algunas gotas de sopa o salsa. Cada vez que me topaba con cosas semejantes entre los desperdicios, recordaba las palabras de mi padre advirtiéndome de que nunca comiese nada de la basura por peligro a caer terriblemente enfermo. Una vez, sin embargo, se me presentó una ocasión muy especial. Mientras recolectábamos los desperdicios en el exterior de la cocina de las SS, espiamos a través de una ventana abierta y comprobamos que en ese momento no había nadie en la cocina. Junto a un hornillo vimos una cacerola llena de leche. Hacía años que Michael, Janek y yo no probábamos el sabor de la leche. Nos miramos entre nosotros y, sin pronunciar palabra, Michael se introdujo en la cocina por la ventana. Bebió un gran trago y luego nos pasó la cacerola. Janek y yo bebimos unos sor-

bos y se la devolvimos a Michael, quien volvió a poner la cacerola con la poca leche restante en su sitio y regresó con nosotros tan pronto como pudo. De habernos descubierto, nuestro castigo habría sido una dura paliza o incluso algo peor. Pero nadie nos vio, y aun hoy casi puedo sentir el intenso y celestial sabor de ese sorbo de leche. Nunca la leche me supo tan bien. Años después, cuando tenía que convencer a mis propios hijos de que bebieran su leche, pensaba en la leche de esa cocina de las SS y agradecía que ellos nunca hubiesen tenido que arriesgar sus vidas por un poco de leche. Al mismo tiempo, me veía forzado a ocultar mi enfado al sentir que mis hijos no valoraban lo suficiente el hecho de tener leche en abundancia. ¿Pero cómo lo iban a apreciar? Para muchos de los que sobrevivimos a los campos, la comida adquirió una condición casi mística. Pese a que no soy religioso, considero un pecado tirar un trozo de pan, por muy duro que esté, y puedo llegar a caminar varios kilómetros para dárselo a las aves o, rememorando mi trabajo como *shabbos goy* en Kielce, prefiero dejar que sea mi esposa quien lo tire.

Poco después de ver a mi madre, los chicos de más edad de nuestro barracón nos contaron en tono conspirativo que corrían rumores de que los alemanes estaban perdiendo la guerra y de que los rusos se acercaban. Por entonces yo no sabía qué creer, ni qué podría significar un suceso como aquél. La idea de ser liberados a corto plazo nunca había hecho mella del todo en mi conciencia. Lo único que ocupaba mi mente era el crudo invierno polaco que se aproximaba y el hecho de que cada vez resultaba más difícil mantenernos abrigados. Debíamos de estar a finales de diciembre de 1944 o principios de enero de 1945. El suelo se había congelado bajo nuestros pies. El lodo ya no

era problema, pero a causa del hielo con frecuencia resbalábamos al conducir las carretillas de basura. Claro que la basura también estaba congelada y era difícil de cargar. Mientras nos afanábamos por dividir los bloques en trozos más pequeños, nos consolábamos pensando que la basura congelada no despedía olor.

De pronto, una mañana despertamos con repetidos anuncios que brotaban desde los altavoces en ese áspero tono de mando alemán al que nunca conseguí acostumbrarme: «*Das Lager wird geräumt!*» («¡El campo está siendo evacuado!»). Se nos ordenó formar filas frente al barracón con nuestras mantas y demás posesiones. Las mías consistían en una delgada manta, una cuchara y un recipiente metálico que servía a la vez de taza y de plato sopero. Siempre llevaba mi tazón atado al trozo de sogá que me hacía las veces de cinturón. A continuación, se nos ordenó que marchásemos a través del portón principal de Birkenau. Fuera del portón, el camino ya estaba colmado de miles de prisioneros en columnas de ocho a diez personas. «¡Los niños al frente de la columna!», llegó la orden. Nuestro barracón encabezaría la marcha. La columna era tan larga que nos llevó bastante tiempo llegar a la cabeza. La temperatura era bajo cero, y un potente viento soplaba a través de nuestras ropas. Mientras esperábamos de pie, nos arrojaron unas barras de pan negro. Entonces llegó la siguiente orden: «¡Adelante, marchen!»). La Marcha de la Muerte de Auschwitz había comenzado.

Capítulo 5

La Marcha de la Muerte de Auschwitz

No bien empezamos a marchar, dejando poco a poco Birkenau a nuestras espaldas, volví la vista atrás hacia la inmensa extensión de tierra con sus cientos de barracones, edificios administrativos, torres de guardia y cercos de alambre electrificado. Más lejos, en la distancia, vi los restos parcialmente destruidos de los crematorios que las SS habían intentado demoler. En verdad me costaba creer que estaba marchándome con vida de ese terrible lugar. Recordé lo que mi padre había dicho en una ocasión en el gueto de Kielce, mientras compartía una botella de vodka con un puñado de amigos: «No desesperéis. Tarde o temprano ganaremos la guerra y los sepultaremos bien profundo bajo tierra». Y me parecía oír a mi madre intentando acallararlo al advertirle de que «las paredes tienen oídos». Pero él no se dejaba silenciar. Años después, me pregunté si realmente mi padre creía lo que decía o si se trataba

apenas de un optimismo alentado por el vodka, de mera esperanza o de ambas cosas. Ahora que volvía la mirada hacia aquella vasta fábrica de muerte, me sentía victorioso y repetía para mis adentros, como si me estuviera dirigiendo al propio Hitler en persona: «Ya lo ves, trataste de matarme, ¡pero sigo con vida!».

Por supuesto que la marcha no hacía más que comenzar y no tenía ni la menor idea de lo que me esperaba. Y lo que me esperaba resultó ser mucho peor que todo lo que pudiera imaginarme. Los caminos estaban cubiertos de nieve y hielo. Al fin y al cabo, era enero, y un típico invierno polaco. A medida que el sol se ponía, la temperatura descendía más y más. Los árboles a lo largo de algunos de los caminos nos proporcionaban protección momentánea contra el viento glacial que soplaba contra nosotros, y atravesaba nuestras delgadas vestimentas. Michael, Janek y yo avanzábamos bien juntos, intentando darnos calor mutuo. Empezábamos a cansarnos y comprendimos que para quienes habíamos estado en el barracón de los niños, puestos por orden de los guardias de las SS al frente de la columna en marcha, todo era mucho más arduo que para aquellos que nos seguían y que avanzaban sobre un hielo y una nieve que nosotros ya habíamos pisoteado. Cuando caía la tarde, a Janek, Michael y a mí nos resultaba cada vez más difícil mantener la marcha y decidimos dejar que los demás se nos adelantasen hasta ser casi los últimos de la columna. Luego nos pusimos a trotar hasta llegar de nuevo a la cabeza de la columna. Como vimos que esta maniobra funcionaba, la repetimos una y otra vez. Por supuesto que recibíamos empujones y nos chocábamos contra los demás caminantes, pero era un precio muy pequeño a pagar a cambio del descanso que obteníamos.

Ya había oscurecido cuando las SS detuvieron la marcha y nos permitieron dormir sobre el camino donde nos habíamos detenido y en las cunetas de drenaje a uno y otro lado. Para entonces, algunos de los caminantes ya habían muerto. Aquellos que no podían continuar y se habían sentado a un lado del camino o sencillamente se habían desmayado, fueron ejecutados por los guardias de las SS, quienes luego tiraban los cadáveres en la zanja más cercana. A lo largo de los dos días siguientes, muchos más morirían de este modo. A esas alturas, ni siquiera me sobresaltaba cuando escuchaba un disparo más. De hecho, a medida que el cansancio hacía mella en mí y el viento helado me hería por dentro, empezaba a preguntarme si no sería mejor echarme a un lado del camino y dejar que me mataran. La idea no carecía de atractivo, pues sería un fin veloz y liberador. Pero casi de inmediato abandonaba semejante ocurrencia y sacaba fuerzas de mi interior: «Si me rindo, ellos habrán vencido», murmuraba para mis adentros. Permanecer con vida se había convertido en un juego en el cual mis oponentes eran Hitler, las SS y la máquina de la muerte nazi.

Tras marchar durante tres días, llegamos a Gliwice (Gleiwitz), una población situada a unos setenta kilómetros de Birkenau. Esas tres jornadas de caminata se han fundido en mi memoria, y se me hace difícil identificar el día específico en que ocurrió cada suceso determinado. Por ejemplo, ya no puedo decir con ningún grado de certeza si fue hacia el final del primer día o del siguiente cuando las SS concluyeron que los miembros del barracón de niños estaban retrasando el paso de todos los demás. Pero recuerdo con claridad que comenzaba a oscurecer cuando las SS detuvieron la marcha y ordenaron que todos los

niños se colocasen a un lado del camino para ser conducidos «a descansar en un convento cercano». En aquel momento, Michael, Janek y yo no estábamos en la delantera con nuestros amigos del barracón sino en la mitad de la columna, puesto que habíamos emprendido una vez más nuestra rutina de descansar para luego darnos prisa. Pese a las órdenes de los miembros de las SS exigiendo que todos los niños saliésemos de la fila, decidimos quedarnos donde estábamos. Algunos hombres a nuestro alrededor intentaron empujarnos hacia afuera, pero luchamos por evitarlo. Los tres habíamos aprendido ya hacía mucho tiempo que no se podía confiar en las SS. «Descansar en un convento» sonaba demasiado bueno para ser verdad. Más tarde me dijeron que nuestros amigos del barracón de niños habían sido ejecutados. No me consta que eso sea cierto, pero nunca volví a ver a ninguno de ellos.

Un grupo de prisioneros de guerra rusos parecía marchar en formación en un sector de la columna. Como yo no los había visto al partir de Auschwitz, pensé que se habrían unido a nuestro convoy durante alguna parada posterior. Me llamaron la atención porque nunca resultaba fácil pasar entre ellos cuando Michael, Janek y yo nos movíamos de un extremo a otro de la columna. Temíamos a los rusos porque sospechábamos que nos daban de empujones a fin de arrebatararnos nuestro pan. Por eso, cuando pasábamos a su lado nos aferrábamos con todas nuestras fuerzas a los pequeños trozos que nos quedaban.

Una tarde, la columna se detuvo y nos ordenaron sentarnos en el camino. Todos obedecimos la orden salvo los rusos. Ellos permanecieron de pie y empezaron a cantar lo que parecía una canción patriótica. Un guardia de las SS tocó un pito y más de una docena de guardias de las

SS aparecieron de la nada y avanzaron hacia los rusos. «*Alle hinlegen!*» («¡Todos abajo!»), espetó el oficial a cargo. Los rusos siguieron de pie. Entonces el oficial gritó algo y los guardias de las SS abrieron fuego. Debieron de matar a algunos de los rusos, pues varios de ellos se desplomaron. Los disparos prosiguieron hasta que los sobrevivientes se sentaron. Ya no recuerdo (si es que alguna vez lo supe) qué fue lo que desencadenó tan trágico episodio. Lo que sí recuerdo, sin embargo, es que la pausa me permitió descansar y que hasta llegué a dormir un poco a pesar de los tiros y los gritos que aún resonaban en mis oídos.

A la mañana siguiente, tras pasar la que, creo recordar, fue la segunda noche durmiendo en el camino, noté que varias personas más habían muerto durante el sueño y que otras estaban demasiado débiles para continuar. Llegado ese punto, todo lo que sucedía alrededor mío se había vuelto ya rutina: las SS matarían a aquellos que se negasen a continuar y ordenarían a los prisioneros que se encontrasen por allí que empujasen los cadáveres dentro de la zanja más cercana. Cada vez más, puse un freno a mi conciencia ante tales escenas y dejé de prestar atención a lo que me rodeaba. Mientras luchaba por caminar a fin de seguir con vida, parecía estar sumergido en un trance.

Cada mañana, tan pronto como Michael, Janek y yo despertábamos, nos poníamos a saltar y frotar nuestros adormilados miembros para darnos ánimo mutuamente. Cuando les dije que ya no creía tener sensibilidad alguna en los dedos de mis pies, Janek me aconsejó que los moviese. Lo hice, pero no pareció ser de gran ayuda. El frío se estaba volviendo insoportable. Comimos lo que nos quedaba de pan y chupamos un poco de nieve. Ese fue nuestro desayuno. ¡Lo que habría dado entonces por unas cuantas

cucharadas de aquella terrible sopa de nabo de Auschwitz, o en todo caso, por cualquier cosa caliente!

En el último día de nuestra marcha llegamos a Gliwice, un centro industrial silesiano, y entramos en lo que parecía ser un campo de trabajo desocupado. Empecé a fantasear, soñando que nos esperaban allí tibios barracones, camas con mantas y comida. Pero fui arrebatado de mi sueño casi de inmediato cuando nos detuvimos al borde de un abandonado campo de deportes. Un grupo de oficiales de las SS se había congregado en medio del campo, que era custodiado por un gran número de guardias de las SS fuertemente armados y provistos de perros. No tardé en comprender que nos esperaba una nueva selección: aquellos de nosotros que pudiésemos avanzar hasta el otro lado viviríamos; los demás serían eliminados. Para entonces, apenas podía caminar. Michael y Janek no se hallaban en condiciones mucho mejores que yo. Estábamos exhaustos, hambrientos y helados, pero anhelábamos vivir y no nos daríamos por vencidos después de todo lo que habíamos soportado durante la marcha. Cuando levantamos la mirada hacia el campo, vimos a la gente que trataba de atravesarlo. Algunos parecían desmayarse en el intento, o sencillamente se sentaban. De tanto en tanto, los guardias avanzaban hacia esas desdichadas personas y las arrastraban a un costado del campo. Cuando llegó nuestro turno, nos cogimos de las manos para servirnos mutuamente de apoyo y corrimos tan a prisa como nos fue posible, lo que no debió de ser muy rápido. Sucios, con las ropas desgarradas, debíamos de parecer niños mendigos emergiendo de algún oscuro sótano. Escuchamos a los oficiales de las SS reír a carcajadas a medida que los tres avanzábamos. Esas odiosas voces nos dieron las fuerzas que no habíamos tenido minutos antes, y conseguimos cruzar el campo.

Creo que permanecemos en Gliwice unos cuantos días. Allí pudimos descansar y recuperarnos un poco. La comida no era mejor que la que se nos daba en Auschwitz, pero al menos había algo de sopa tibia y las rebanadas de pan parecían ligeramente más abundantes. Cuando ya empezaba a creer que nos quedaríamos en Gliwice, se nos ordenó marchar fuera del campo y caminar rumbo a una estación ferroviaria cercana. Allí nos esperaban vagones abiertos a la intemperie, como los que se emplean para transportar carbón o arena. Amontonaron en cada vagón a tantos prisioneros como les fue posible, de modo que apenas había sitio para moverse. Michael, Janek y yo nos vimos apretujados entre los adultos, de mucha mayor estatura, y a duras penas lográbamos respirar. Por encima de nosotros, en un extremo del vagón, iba sentado un guardia de las SS fuertemente armado en lo que parecía una cabina de guarda-frenos. Dado que los vagones no tenían techo, los guardias de las SS veían cuanto sucedía dentro y se anticipaban a los intentos de fuga. Me parece recordar que, antes de partir, se nos entregó un pan negro y una lata que, en teoría, contenía carne. Nunca pude averiguar qué había dentro, pues carecíamos de abrelatas, cuchillos o incluso de rocas con las que poder abrirla.

Nuestro vagón iba al principio tan repleto que, pese al hecho de que estábamos en coches a la intemperie en pleno enero, Michael, Janek y yo conseguimos mantenernos calientes gracias al contacto con los cuerpos que nos rodeaban. Después de uno o dos días, para evitar ser pisoteados, logramos desplazarnos hasta una esquina del coche. La gente moría a nuestro alrededor, y cuando le consultaron a nuestro guardia qué debíamos hacer con los cadáveres, él respondió que los arrojásemos fuera del vagón. Esa tarea se volvió

cada vez más frecuente a medida que transcurrían los días. Nuestro coche se iba vaciando poco a poco hasta que ya no fue difícil caminar de un extremo al otro. La nieve y el viento no parecían menguar en ningún momento, y sentíamos el frío con mayor intensidad, pues cada vez éramos menos personas para darnos calor. Nuestro pan hacía tiempo que se había acabado y ya no comíamos más que nieve. Nos imaginábamos que se trataba de helados, si bien para entonces dudo que recordásemos el sabor de los helados.

Las noches en el vagón eran horrendas. El hambre y el frío vencían la resistencia de los prisioneros, no sólo física sino también mentalmente. Algunos comenzaron a sufrir alucinaciones. Avanzaban hasta los extremos del coche emitiendo sonidos como animales salvajes. Parecían estar viendo fantasmas o monstruos. Se nos caían encima y gritaban agitando los brazos como si intentasen golpearnos. Pronto comprendimos que quienes llegaban a ese estado rara vez vivían hasta el día siguiente.

Justo en el momento en que empezaba a convencerme de que mi propia muerte a bordo del tren no tardaría en llegar más que uno o dos días, se produjo un milagro. Cuando el tren se desplazaba lentamente por Checoslovaquia, realizando frecuentes paradas, empezamos a ver a hombres, mujeres y niños de pie sobre los puentes bajo los cuales pasábamos. Nos hacían señas y gritaban, y de repente empezaron a caer panes sobre nuestro convoy. La primera vez, Michael consiguió atrapar un pan y me pidió que se lo guardase mientras él y Janek se preparaban para capturar más en el siguiente puente. Coloqué el pan entre mis piernas. Cuando ellos regresaron, el pan había desaparecido. Alguien había conseguido robarlo por debajo de mi cuerpo, y yo estaba demasiado entumecido como para sentirlo.

Pero pronto tuvimos más panes, pues los checos nos los seguían arrojando desde los puentes. De no haber sido por el pan checo, no habríamos sobrevivido. Nunca supe cómo se había organizado tan magnífica campaña, pero mientras viva jamás olvidaré a esos ángeles (al menos me parecieron ángeles a mí) cuyo pan nos cayó como si viniese del cielo.

Tuvimos suerte de que el tren no cogiese la ruta más corta y directa desde Gliwice hasta Alemania, nuestro destino final. Hacia finales de enero de 1945, los aliados habían dañado en gran medida el sistema ferroviario alemán, forzando a nuestro tren a seguir la ruta que cruzaba Checoslovaquia. Resultó ser nuestra salvación. Aunque también es cierto que si el tren se hubiese dirigido directamente a Alemania, quizá algunos de los prisioneros que murieron durante el trayecto por Checoslovaquia se hubiesen podido salvar.

Llegamos a Alemania tras un viaje de más de diez días. La única parada en Alemania que recuerdo con claridad fue en una estación de carga y descarga de mercancías en Berlín. Me parece que allí permanecimos unas cuantas horas antes de seguir rumbo a Oranienburg, a unos cuarenta kilómetros de distancia. El campo de concentración de Sachsenhausen, que era nuestro destino final, estaba situado en Oranienburg. Pero antes de llegar allí, y mientras aún estábamos en la estación de Berlín, viví dos experiencias que jamás he olvidado. Poco después de que el tren se detuviese, oí la voz de una mujer alemana exclamar a viva voz: «*Es stinkt schon wieder von Juden!*» («¡Aquí apesta otra vez a judío!»). Alrededor de una hora más tarde, nuestro nuevo guardia de las SS (cambiaban de turno cada tantos días) bajó del tren para ir a buscar una taza de café. Debí de verme mirando extasiado su café pues, sin pronunciar palabra, me dio su taza y fue a por

otra para él. Fue mi primera bebida caliente desde que partiésemos de Gliwice.

Aparte de atribuir el exabrupto de la mujer alemana a un enraizado odio hacia los judíos y de admitir la acción del guardia de las SS como un inesperado gesto de humanidad, nunca he sido capaz de conciliar de un modo lógico estos dos sucesos. Lo único a lo que he llegado es a la trivial conclusión de que las generalizaciones sobre el Holocausto, sobre la culpa alemana y sobre lo que los alemanes sabían o no, de ningún modo ayudan a explicar por sí solas las fuerzas que desencadenaron una de las mayores tragedias de la historia. Tampoco ayudan a desentrañar qué tiene la naturaleza humana que permite a las personas planear y perpetrar los genocidios y las masacres a los que la humanidad ha estado sometida durante mi propia existencia. Por cierto que mucho menos responden al interrogante de por qué, en medio de tan terribles sucesos, algunos seres humanos hallan la fortaleza y la valentía moral para oponerse o, al menos, para no cometer aquellos monstruosos crímenes que otros perpetran sin esfuerzo aparente.

Llegamos a Oranienburg poco después de partir desde Berlín. En lugar de ir directamente a Sachsenhausen, acabamos en la fábrica de aviones Heinkel. Pasamos allí unas dos semanas, parece ser que en cuarentena, o eso fue lo que se nos dijo. Allí Michael, Janek y yo, junto a otros de nuestro convoy, fuimos instalados en un amplio hangar. Dentro del hangar no pasábamos frío y, aunque dormíamos en el suelo, era un alivio volver a estar dentro de un edificio y tener un techo sobre nuestras cabezas. Ya durante el viaje en tren habían empezado a dolerme los pies, pero debido al frío y la nieve, no me había atrevido a quitarme los zapatos en el vagón. Ahora, en el hangar, me los quité por primera vez

desde que habíamos dejado Auschwitz y observé que tenía los pies hinchados y descoloridos. Pero no permití que eso me preocupase, pues me convencí a mí mismo de que tras unos días sin pasar frío volverían a estar bien.

Nuestra vida más o menos apacible en la fábrica Heinkel llegó a su fin antes de lo que lo hubiéramos deseado. Una mañana se nos ordenó avanzar a pie en dirección a Sachsenhausen. Michael y Janek iban conmigo, junto a otros hombres de nuestro convoy de Auschwitz. Empezaba a resultarme cada vez más difícil caminar, pero mis dos amigos me ayudaron a hacerlo. A fin de ir desde Heinkel hasta Sachsenhausen, que quedaba a poca distancia, debimos cruzar Oranienburg. Allí los pobladores alemanes nos clavaban la mirada o nos volvían la espalda al vernos avanzar. Durante el trayecto, algunos niños nos arrojaron piedras. Casi sentí alivio cuando, por fin, divisé la entrada del campo de concentración de Sachsenhausen con su letrero: «*Arbeit macht frei*» («El trabajo libera»).

Esta consigna, tan profundamente extraña dado el contexto, no era menos incongruente que las directivas políticas que nos condujeron a Sachsenhausen. En enero de 1945, Alemania luchaba por su supervivencia, y aun así el régimen nazi estaba dispuesto a emplear sus menguantes recursos (redes ferroviarias, combustible y tropas) para trasladar a prisioneros moribundos y hambrientos desde Polonia hasta Alemania. ¿Era para evitar que cayésemos en manos de los aliados o para mantener la provisión alemana de mano de obra esclava? La demencia de todo aquello es difícil de descifrar, a menos que uno la plantee como un juego tramado por los reclusos de un manicomio para delincuentes sicóticos.

Capítulo 6

Liberación

Los barracones de Sachsenhausen estaban dispuestos en un semicírculo alrededor de la *appellplatz* («plaza de ejercicios»), todos al alcance de las ametralladoras montadas en el balcón del edificio administrativo de las SS y en las torres de guardia situadas a lo largo de la muralla del campo. Desde la *appellplatz* se podían ver inscripciones con los lemas «*Reden ist Silber, Schweigen ist Gold*» («La charla es de plata. El silencio es de oro»), «*Arbeit macht frei*» («El trabajo libera») y «*Freiheit durch Arbeit*» («La libertad gracias al trabajo») pintados con enormes letras blancas sobre los sucios muros de los barracones. En medio de la *appellplatz* había una estructura que recordaba a los pozos de agua de los pueblos. Era el gong o campanario del campo. Cada mañana, su sonido convocaba a todos los reclusos a la *appellplatz* para el recuento diario. El acto de pasar lista implicaba horas de espera hasta que el proceso llegara a su fin.

Para quienes estábamos en el *revier* (la enfermería), donde yo acabé al poco de llegar a Sachsenhausen, el gong no significaba estar de pie alineados durante horas. En el *revier* nuestro enfermero simplemente pasaba lista y, si alguien no contestaba, se acercaba a la cama de quien no respondía, echaba una rápida mirada a su ocupante y procedía a tachar su nombre para luego continuar con el recuento. Estas fugaces interrupciones del proceso de recuento rara vez provocaban expresiones de pesar entre los demás pacientes. Se habían vuelto ya rutina, algo habitual que no merecía comentarios.

Tan pronto como llegué a Sachsenhausen, me vi obligado a aceptar que mis pies estaban gravemente lesionados como consecuencia del congelamiento que habían sufrido. Durante una semana o más había intentado evitar ir a la enfermería, pese a que los dedos del pie derecho estaban ennegreciendo. También los del pie izquierdo estaban descoloridos, pero no tanto como los del derecho. Temía ir al *revier* pues sabía, gracias a mi experiencia en Auschwitz, que entrar en la enfermería de un campo era el modo más seguro de acabar en las cámaras de gas. Pero los dolores eran cada vez más intensos, y Michael y Janek (habíamos permanecido juntos tras llegar a Sachsenhausen) me decían una y otra vez que no perdería nada consultando a un médico sobre las heridas de mis pies. Por fin me convencieron y con su ayuda llegué al *revier*. En el camino no dejaba de decirles que lo único que me hacía falta era algún ungüento u otro medicamento, y que mis pies volverían a estar bien. De ningún modo me quedaría en el hospital para permitirles que me mataran después de haberme curado, algo tan factible en Sachsenhausen como en Auschwitz.

Al llegar al hospital, me pidieron que me quitase los zapatos. Una persona de bata blanca, que parecía estar a cargo, le echó una veloz mirada a mis pies y me dijo que me echase sobre una amplia mesa de madera. Luego se retiró de la sala y pronto regresó con otros hombres. Antes de que yo comprendiese lo que sucedía, se habían colocado dos de ellos a cada lado de la mesa. Como respondiendo a una orden, me cogieron de brazos y piernas y me sujetaron con fuerza. Empecé a gritar, pero colocaron una toalla o gasa blanca sobre mi rostro y pude sentir cómo un líquido de potente aroma se derramaba sobre la misma. Más tarde supe que era éter. Me desvanecí casi de inmediato. Cuando desperté, me hallaba en una cama, en una sala de hospital. En cuanto me di cuenta de que las partes inferiores de mis dos piernas estaban cubiertas de gruesos vendajes, entré en pánico. «Me han amputado los pies», sollocé. Sabía con certeza que eso implicaría una muerte segura tan pronto los guardias de las SS emprendiesen su siguiente ronda de selección en busca de los reclusos más enfermos, para matarlos a todos.

Le pregunté a uno de los enfermeros qué me habían hecho y él me explicó que me habían amputado dos de los dedos de mis pies. No le creí y decidí verlo con mis propios ojos. Aunque llegado ese punto no tenía ninguna sensibilidad, pues el efecto de la anestesia no había desaparecido aún del todo, empecé a quejarme de terribles dolores. Así continué hasta que llegó el doctor. Después de formularme algunas preguntas, procedió a quitarme las vendas. Eso realmente me dolió, pero no tenía ninguna intención de detenerlo. Me urgía saber si todavía conservaba los pies. Al comprobar que no me habían amputado los pies, y pese a que me fue imposible precisar cuántos dedos faltaban,

me relajé. Estaba completamente exhausto, y cada vez más dolorido.

Si bien los médicos sólo me habían amputado dos dedos, los otros en ambos pies también habían sufrido por el congelamiento, aunque de forma menos grave. Durante las semanas siguientes, se hizo todo lo posible por salvar los dedos restantes. Entretanto, me fui recuperando con lentitud de la operación. Al principio, caminé con muletas, pero pronto logré moverme con ayuda de un bastón o de una única muleta. Eso me pareció toda una hazaña pues uno de mis temores era el de no volver a caminar nunca más. Entonces empecé a creer que los doctores y las enfermeras me decían la verdad cuando aseguraban que los dedos amputados volverían a crecer. «Después de todo», me decían, «¿no recuerdas cuando eras pequeño, que se te caían los dientes y crecían otros nuevos?» «Sí, es cierto», respondía yo. «Pues es lo mismo con los dedos del pie: si te los quitan sólo una vez antes de que cumplas los veintiún años, crecerán nuevamente, igual que los dientes.»

Poco después de mi operación, un hombre que había estado visitando a otro paciente se detuvo ante mi lecho. Deseaba saber mi nombre, dónde había estado antes de acabar en el *revier* y si los pies seguían doliéndome. Me dijo que provenía de Noruega, que se llamaba Odd Nansen, y que uno de sus amigos, también noruego, ocupaba un camastro cercano en la misma sala. El señor Nansen volvió pocos días más tarde con galletas, un libro ilustrado con grandes letras y un lápiz. «Tienes que aprender a leer y escribir, y a dibujar», me dijo. Desde entonces, cada vez que venía a visitarme, me llevaba algo de comer, por lo general dulces que yo no había ni visto ni saboreado en años,

y siempre deseaba comprobar mis progresos con la escritura. Luego supe que los prisioneros noruegos y daneses del campo recibían paquetes de alimentos provenientes de la Cruz Roja sueca, y que ellos a menudo los compartían con otros reclusos. De vez en cuando, el señor Nansen también conversaba con el enfermero de la sala, le entregaba algo (por lo general tabaco o cigarrillos) y le pedía que me cuidase bien. Pronto empecé a esperar con ansias las visitas del señor Nansen, no sólo porque siempre me traía algún obsequio agradable, sino porque con él hablaba de muchas cosas, sobre todo de lo que haríamos una vez que terminase la guerra. Me hacía recordar a mi padre cuando repetía que los alemanes no tardarían en ser derrotados, y que entonces yo asistiría a la escuela con otros niños, aprendería a leer y escribir, y me reencontraría con mis padres. El señor Nansen también solía hablar de su esposa y de sus hijos en Noruega. Esperaba verlos tan pronto como fuera liberado, y me prometió que me los presentaría.

Al igual que casi todos los barracones del campo, aquél donde estaba mi sala del *revier* era de madera. Tenía unas cuantas ventanas diminutas y uno o dos agujeros circulares para ventilación recortados en el techo. Nunca me había percatado de la existencia de esas aberturas. Hasta el día en que las abrieron a la fuerza, siempre habían estado cerradas. Poco después de llegar a la enfermería, noté que la cantidad de aviones aliados que sobrevolaban el campo, tanto de noche como de día, era cada vez mayor. Se dirigían a bombardear Berlín. Al cabo de un tiempo, cuando la frecuencia de los aviones sobre nuestras cabezas aumentó de modo notable y empezaron a caer más bombas sobre Oranienburg, los aliados comenzaron a lanzar luces de bengala alrededor del perímetro del campo, para asegurarse de que sus bom-

bas no nos afectaran. Con todo, el ruido de las bombas era aterrador y nuestra barraca temblaba con cada explosión. Pero nos sentíamos seguros, sabiendo que estaban tratando de evitar bombardearnos a nosotros. Un buen día, mientras los aviones nos sobrevolaban nuevamente, se produjo una tremenda explosión que zarandó nuestro barracón de un modo más violento que lo habitual y oímos un grito aún más espeluznante proveniente de una de las camas. «¡Me han dado, me han matado los muy cabrones!», aullaba un hombre. Todos los que podíamos hacerlo nos incorporamos de un salto. Luego estallamos en carcajadas casi al unísono. Una de las tapas de los agujeros de ventilación se había soltado, cayendo sobre el hombre. Cuando comprendió que no se trataba de una bomba y que todavía estaba vivo, tampoco pudo dejar de reír. No recuerdo haberme reído antes ni en Auschwitz ni en Sachsenhausen. Aquélla era la primera vez y agradecemos el alivio que nos produjo tan cómico incidente. Con todo, teniendo en cuenta dónde estábamos, las risas que resonaban en la sala no dejaban de resultar un poco macabras.

Poco a poco, nuestros guardias de las SS cayeron en la cuenta de que el campo era el único sitio que podía proporcionarles cierta protección de los bombardeos aliados. Pronto nos enteramos de que muchos de ellos llevaban a sus familias al campo en cuanto las sirenas que anunciaban una incursión aérea empezaban a sonar en Oranienburg. ¡Cómo gozamos con esa información y cuánto debía de fastidiarles a ellos! ¡Pensar que ahora los alemanes temían al fin por sus vidas y debían buscar resguardo en nuestra prisión! Eso nos hacía sentir bien a pesar de que una o dos bombas habían caído por error dentro de los contornos del campo, matando a unos cuantos reclusos.

A intervalos regulares, un altavoz en nuestra sala difundía noticias de propaganda nazi. Habíamos desarrollado un sistema especial para interpretarlas. Por ejemplo, cada vez que informaban de que cinco aviones de guerra alemanes habían derribado a treinta bombarderos aliados y a sus escoltas, deducíamos que lo cierto era lo contrario. Interpretábamos del mismo modo las noticias provenientes de los frentes occidental y oriental. Entonces, un día, un comunicado especial cautivó nuestra atención: «Ha muerto el judío Roosevelt, presidente de Estados Unidos de América», repitió varias veces con alegría el locutor. Por supuesto, nosotros supusimos que Hitler había muerto y empezamos a felicitarnos mutuamente. Pero por desgracia no era Hitler sino, en efecto, Roosevelt quien había muerto.

No recuerdo si fue antes o después de la muerte del presidente Roosevelt cuando el señor Nansen llegó en una de sus visitas habituales. En aquella ocasión parecía muy preocupado, y me explicó que él y los demás noruegos dejarían el campo en el transcurso de los siguientes días y serían puestos a seguro en Suecia. Juró que había hecho todo lo que estaba a su alcance para que le permitiesen llevarme con él, pero que desgraciadamente no era posible. En todo caso, muy pronto todos estaríamos libres y volveríamos a vernos después de la guerra. Me dio un fuerte apretón de manos, escribió su nombre y dirección en un trozo de papel y me rogó que me cuidase. Me inundó una sensación de tristeza y me pregunté si volvería a ver al señor Nansen alguna vez. Mucho más tarde comprendí que el señor Nansen probablemente me había salvado la vida sobornando de forma regular al enfermero encargado de nuestro barracón con cigarrillos o tabaco, y que por eso mi nombre había permanecido siempre fuera del listado de «enfermos terminales»

que los guardias de las SS reclamaban periódicamente a fin de «hacerle sitio a otros prisioneros».

Poco después de la partida del señor Nansen, desperté una mañana con el sonido habitual del gong del campo. El sol no brillaba y amenazaba con ser un día lluvioso. Recordé que tendría que volver a cambiar los vendajes de mis pies. Era un proceso muy doloroso pues se había desprendido mucha piel alrededor del pulgar amputado, dejando expuesto el hueso sobre el cual el doctor, día por medio, intentaba empujar la piel. Pensé en lo maravilloso que sería despertar una mañana y descubrir que los dedos de los pies me habían empezado a crecer nuevamente o, al menos, hallar alguna excusa para no tener que volver a vendar la herida. En ese momento entró el enfermero a la sala sin su lista de costumbre. Avanzando a toda prisa por la enfermería, anunció que Sachsenhausen estaba siendo evacuado. Todos aquellos que pudiesen caminar tenían que ponerse de pie y formar fila en la *appellplatz*.

De un momento a otro en el barracón no se oyó ni el zumbido de una mosca. El silencio sólo fue interrumpido por el ruido de la puerta al cerrarse cuando el enfermero dejó la sala. Había conmigo en aquella sala gris personas cuyas piernas habían sido amputadas o cuyos cuerpos estaban en gran parte escayolados. Otras atravesaban las últimas fases de enfermedades terribles. Era evidente que ninguna de ellas podría partir. Decidí que yo lo lograría y empecé a vestirme. Lo mismo hicieron algunos más en la sala. Debían de estar pensando lo mismo que yo y por eso todos nos dábamos prisa. La evacuación del campo implicaba interminables marchas y trenes atestados como los que había padecido en mi camino hacia Sachsenhausen. Pero también implicaba que quienes no pudiesen andar por

sus propios medios serían ejecutados sumariamente dondequiera que se los hallase, ya fuese en medio del camino o en sus camas. Imaginé a los guardias de las SS yendo con sus grandes botas de cama en cama en el *revier* disparando sobre todos los que no habían podido levantarse del lecho.

Encontré mi bastón y un trozo de pan y salí cojeando de allí, dejando atrás los gemidos de quienes no estaban en condiciones de marcharse. En el pequeño patio del hospital, separado de los demás barracones por una cerca de alambre de púas, la gente avanzaba a toda prisa en dirección al portal que conducía a la *appellplatz*. Mientras me unía a la marea humana, me percaté de lo rápido que estaba caminando. Ya no parecían dolerme los pies. Sólo deseaba que las SS no se fijaran en mi bastón. Sabía que si pretendía seguir con vida tenía que salir del campo junto con los demás reclusos.

Cuando llegué a la *appellplatz*, empecé a buscar con la mirada a Janek y a Michael. Fue en vano. Me pregunté si habrían sido conducidos a otro campo, pues sólo me habían visitado una vez poco después de la operación. Cientos de personas se habían congregado en la *appellplatz* con mantas sobre los hombros y tarros o cantimploras en las manos. Los guardias de las SS vestían sus mejores uniformes de combate. Parecían nerviosos y los perros que eran sus constantes compañeros no cesaban de ladrar. Conseguí caminar sin llamar la atención hasta un punto al final de una columna. Entonces se inició una larga espera. Transcurrieron varias horas. Empezó a llover, volviendo mucho más arduo el estar de pie. Comí un trozo de pan que había conservado del día anterior. Los nervios de mi pie derecho empezaron a palpar, dándome la sensación de que los dedos amputados todavía estaban allí. Podía sentirlos moverse y apreté

mi pie derecho con el izquierdo para detenerlos. Eso no fue de gran ayuda. Me sentía agotado y por fin me senté.

Tras lo que pareció una larga e interminable espera, la primera columna empezó a avanzar saliendo por el portón principal, debajo de la oficina de administración del campo. Entonces distinguí a un grupo de cinco hombres con mantas y mochilas a la espalda. Estaban cerca del sitio donde yo me había sentado. Uno de ellos era un médico a quien yo conocía del hospital y que siempre había sido muy amable conmigo. Fui cojeando hacia él y me recibió con una sonrisa. «Doctor, ¿puedo marchar a su lado?», le pregunté. «Sí, por supuesto», respondió echando una mirada a mi bastón y a los zapatos más grandes de lo normal que yo usaba. «Intentaremos partir con el segundo grupo mañana por la mañana. La mitad del campo se marchará hoy, y el resto mañana. Deberías regresar al hospital y descansar todo lo posible.» «Pero, doctor, ¿también usted regresará al hospital?», inquirí, añadiendo: «Es que no querría quedarme atrás». Me aseguró que volvería y me dijo que me uniese a él y a sus amigos en la caminata de regreso al *revier*. En el trayecto, el doctor me preguntó si me dolía el pie. Mentí y le respondí que no. Temía decirle la verdad pues pensaba que no aceptaría que fuera a su lado si creía que no sobreviviría.

Durante el trayecto a la enfermería, el doctor y sus compañeros contaron que el frente de batalla estaba cada vez más cercano y que las tropas soviéticas se hallaban junto a Sachsenhausen y Berlín, por lo que pronto seríamos liberados. Yo había oído lo mismo en varias oportunidades antes de la evacuación de Auschwitz. La gente decía entonces que si se ponía una oreja sobre el suelo era posible escuchar el sonido de la artillería desde el cada vez más próxi-

mo frente de batalla. Se afirmaba también entonces que la guerra no tardaría en terminar. Eso había sido en enero de 1945. Ahora era abril y yo estaba en otro campo de concentración. Con ello quiero dejar en claro por qué no me sentía demasiado entusiasmado ante tanto comentario sobre nuestra inminente liberación. Además, nunca había podido hacerme realmente a la idea de que la guerra pudiese terminar y de que me fuese posible alguna vez ser libre e ir a la escuela. En una ocasión, cuando el señor Nansen me dijo que tras la guerra yo aprendería a leer y a escribir en una escuela con muchos otros niños, recuerdo haberme preguntado si la tal escuela no sería como un gran campo de concentración lleno de niños, pero donde habría montones de comida y nunca volvería a pasar hambre.

Al llegar al *revier*, el doctor me dijo que fuese a mi sala para dormir. Cuando abrí la puerta de la sala, pude sentir el miedo en la piel de aquellos pacientes que habían quedado atrás. ¡Seguramente esperaban ver a las SS con sus perros y sus pistolas! Se produjo un suspiro general de alivio cuando me reconocieron. Me acosaron con preguntas e informé de todo lo que había oído: que los rusos se acercaban, que habría una nueva marcha al día siguiente, y que nadie tenía nada de qué preocuparse durante la noche. Entonces me dormí con la ropa y el calzado puestos a fin de estar listo por la mañana.

El sol brillaba a través de los pequeños ventanales de nuestra sala cuando desperté. Salté de la cama tan veloz como pude y me dirigí a toda prisa a la sala donde tenía su despacho el doctor. La puerta estaba abierta pero no había nadie dentro. Todo parecía indicar una partida repentina. Había latas vacías, papeles y trapos en el suelo y sobre los colchones de paja de las camas. Andando con dificultad,

grité el nombre del doctor. No hubo respuesta. Me embargó el pánico y comprendí lo que había sucedido. «¡El doctor se fue sin mí!» Salí cojeando hacia el patio de la enfermería y crucé el portal. ¡La *appellplatz* estaba completamente vacía! Recordé las ametralladoras del balcón del edificio de administración y de las torres de guardia. Sin elevar la mirada hacia ellas, volví al barracón tan rápido como pude, intentando mantenerme junto al muro para que no ser visto por los guardias de las SS que había tras las armas.

«¡Se marchó sin mí!», lloré echándome al suelo junto a la cama de Marek, mi vecino polaco cuyas piernas estaban escayoladas. Marek debía de tener unos veinticinco años. Después de mí, era la persona más joven de la sala. Nos habíamos hecho amigos al poco tiempo de mi llegada allí. «¿Por qué no me has avisado? ¿Por qué no me has despertado? ¡No quiero morir contigo, no quiero morir!» Me cogió de los brazos y me acercó a su cama. Con lágrimas en los ojos, me contó que el último grupo se había marchado, bien a última hora de la noche, bien muy temprano por la mañana. Ignoro cuánto tiempo llevaba sentado en su cama cuando lo escuché murmurar, como si hablara consigo mismo: «Iban a quitarme las escayolas la semana que viene. Ahora me sepultarán con ellas». Fui cojeando hasta mi cama. Volvían a dolerme los pies. Gemidos y apagados sollozos llenaban el ambiente. «Éste es el fin», pensé.

Poco después oí a Marek decir: «Tú puedes caminar. ¿Por qué no te vas del *revier* y te ocultas en alguna parte, en un barracón desierto?». En ningún momento se me había ocurrido esa posibilidad, ni siquiera cuando comprobé que el doctor y sus amigos me habían abandonado. De haberseme ocurrido, probablemente habría intentado ocultarme.

Ahora, recostado en mi cama, vestido y con el bastón a mi lado, ya no deseaba volver a esconderme. Había perdido el deseo de vivir y el temor a morir. Era una sensación maravillosa, un vacío absoluto. Los pies ya no parecían dolerme. Ya no sentía hambre. «Espero que vengan pronto», pensé, y recordé haber sentido lo mismo en Auschwitz cuando, sin esperanza alguna de escapar, esperaba el transporte que me llevaría a la cámara de gas.

Pasaron las horas y comprendí que seguía vivo. Nuestro barracón temblaba por las descargas de la artillería pesada. Algunas personas estaban sentadas en sus camas, mirando a sus vecinos como si necesitasen alguna confirmación de que todavía estaban vivas. En medio del ruidoso bombardeo podíamos distinguir ráfagas de ametralladora. «Ya deben de estar combatiendo en Oranienburg. Alguien debería ir a ver qué sucede.» Marek se volvió hacia mí. «Tú puedes caminar», advirtió. Me deslicé de mi cama, fui cojeando hasta la puerta de la sala y desde allí me arrastré, apoyádome contra el muro exterior de los barracones, hasta llegar a la entrada del patio del hospital. La *appellplatz* estaba desierta. Algo cayó a poca distancia de mí. Parecía un pedazo de metal. Al otro lado del muro del campo, se oía el fuego de las ametralladoras proveniente de distintos puntos. Elevé la mirada hacia el balcón del edificio de administración. Detrás del arma no había nadie. Di unos cuantos pasos más hasta que pude divisar otra torre de vigilancia a lo largo del muro. También estaba vacía. Regresé cojeando a la sala tan pronto como pude, crucé la puerta como un rayo y grité: «¡Se han ido! ¡Se han ido! ¡Las SS han huido! ¡Las torres de control están desiertas!».

Muy excitado, informé de cuanto había visto. Nadie parecía creerme, pues Marek me llamó junto a su lecho

para preguntarme si no podría haberme confundido. Una vez más, conté lo que había visto. «Es probable que esos pedazos de metal sean metralla», afirmó. «Cuando vuelvas a salir, intenta permanecer bajo el techo del barracón.» Me aconsejó que descansase los pies un rato antes de volver a ir de exploración.

Poco después tomé nuevamente posición junto a la cerca del *revier* y me quedé allí un buen rato. Los tiros parecían acercarse. De pronto oí un chirrido y comprendí que se estaba abriendo el gran portal bajo la oficina de administración del campo. Me escondí tras un poste de la cerca, temiendo el regreso de las SS. Cuando volví a mirar, vi a algunos soldados que se bajaban de un vehículo militar y caminaban hacia el centro de la *appellplatz* en dirección al gran gong. No parecían ser miembros de las SS y nunca antes había visto los uniformes que llevaban. Pero incluso así temía moverme. Entonces oí el sonido del gong del campo. Uno de los soldados lo golpeaba con todas sus fuerzas, mientras otro gritaba: «*Hitler kaputt, Hitler kaputt!*» Arrojaron entonces sus gorras al aire y se embarcaron en lo que parecía un desenfundado baile.

Primero uno, y luego dos reclusos se atrevieron a salir lentamente de los barracones donde debían de estar ocultándose. Otros los siguieron. Temiendo que las SS los engañasen haciéndoles creer que los soldados eran rusos, esperé para ver si no bajaban las armas y empezaban a disparar contra los prisioneros. Nada de eso ocurrió. En cambio, los soldados abrazaron a los primeros hombres que vieron y parecieron convidarles con cigarrillos. Cuando llegué cerca del gong, un pequeño grupo de prisioneros había rodeado a los soldados, quienes seguían repitiendo que Hitler estaba «*kaputt*» y que habíamos sido liberados. Más

y más gente iba dejando sus escondites en varios barracones. Volví a mirar a mi alrededor, esperando divisar a Janek y a Michael, pero nuevamente fue en vano. De hecho, nunca más volví a verlos, y jamás supe cuál fue su destino.

Los primeros soldados soviéticos que entraron en Sachsenhausen nos habían dicho que éramos libres, que nos habían liberado. Me era imposible comprender el significado de tales palabras. En realidad, nunca había pensado en la liberación como tal. Mi única preocupación constante había sido sobrevivir al día siguiente. Es cierto que, en ocasiones, cuando yacía en mi litera del *revier* escuchando el sonido de los bombarderos británicos y estadounidenses que se dirigían a Berlín, fantaseaba con que uno de esos enormes aviones descendería un poco y lanzaría un gigantesco anzuelo que engancharía al barracón entero y lo transportaría por los aires conmigo dentro hasta Inglaterra o Estados Unidos. Así eran las cosas que yo imaginaba. Pero la liberación en sí me parecía inconcebible.

Una vez que los rusos se marcharon, todos los que los habíamos recibido alrededor del gong nos abalanzamos hacia la cocina de las SS. Yo avancé con gran lentitud, unos diez o quince metros por detrás del resto y siempre listo para ponerme a cubierto. Todavía me costaba creer que la supuesta liberación fuese real y no alguna especie de truco pergeñado por las SS. «Probablemente montaron esta liberación», me decía a mí mismo, «a fin de hacernos salir de nuestros escondites.» Por eso al fin decidí no avanzar hacia la cocina junto a los demás hombres, sino que mantuve cierta distancia. Cuando hube comprobado que no sucedía nada, entré muy despacio al edificio y, de camino hacia la cocina, noté una puerta abierta que conectaba con lo que parecía ser una oficina. Tras asegurarme de que no hubiese

nadie dentro, entré y eché un vistazo. Encima del escritorio colgaba una fotografía de Hitler, las paredes estaban colmadas de archivadores y había un teléfono sobre el escritorio. Miré por la ventana y vi a varios hombres que salían de la cocina con panes y algunas latas de conserva en las manos.

«Quizá realmente hayamos sido liberados», medité mientras me subía al escritorio y bajaba el retrato de Hitler. Lo arrojé contra el suelo, destrozando tanto el marco como el cristal. Le escupí encima y le pisé el rostro con tanta fuerza que empezaron a dolerme los pies, pero no me detuve hasta que la foto estuvo hecha pedazos. Entonces abrí todos los cajones de los archivadores y dejé que los expedientes cayesen al suelo. Con la misión cumplida, me senté detrás del escritorio, en la confortable silla de piel, y cogí el teléfono. La línea estaba desconectada, pero no obstante me puse a hablar, contándoles a mis oyentes imaginarios que Hitler y todos los alemanes habían muerto. Luego arranqué el cable de la pared y me dirigí cojeando a la cocina.

Allí los hombres comían todo lo que podían encontrar. Algunos se inclinaban sobre enormes ollas y bebían lo que parecía ser sopa que habían dejado las SS. La puerta de la despensa estaba abierta y varios hombres salían cargando a manos llenas panes y salchichas. Todos masticaban algo. Hallé dos panes; unas cebollas y un encurtido. Empecé a comer este último, que era la única comida que me apetecía en ese momento, y luego salí cojeando de la cocina para compartir mi comida «liberada» con Marek en el *revier*. Los hombres corrían de aquí para allá fuera del campo y en dirección a la cocina, comiendo todo el tiempo mientras cargaban más alimentos. Cuando regresaba hacia la enfermería, un hombre me empujó y robó uno de mis panes, pero me sentía demasiado excitado como para preocuparme por ello.

Las noticias sobre nuestra liberación ya habían llegado para entonces al *revier*. Alguien había llevado baldes de sopa y otros alimentos. Marek intentaba decirles a todos que no comiesen demasiado al principio, pues al sufrir de malnutrición, podrían morir del empacho. Pero nadie le prestó atención. Marek y yo dividimos el pan y las cebollas, y un trozo de encurtido que quedaba. El encurtido continuaba siendo lo único que me interesaba comer en aquel momento.

Hacia el atardecer vino un oficial ruso a nuestro barracón. Nos dijo que todos los enfermos serían atendidos por médicos y enfermeros rusos, que llegarían al cabo de unos cuantos días. Los que pudiésemos caminar éramos libres de marcharnos al día siguiente. Marek me llamó a su lecho después de que se marchase el ruso. «Lo mejor que podemos hacer es intentar salir de aquí por nuestros propios medios», me dijo. «¿Quién sabe cuándo llegarán los rusos para llevarnos a un hospital? Además, los alemanes podrían reconquistar el campo y no queremos estar aquí cuando eso suceda. Ayúdame a quitarme las escayolas.» Sacó un cuchillo y empezó a cortar. «Nos marcharemos mañana por la mañana, ¿de acuerdo?» Me pareció bien, aunque me habría encantado ser conducido a un hospital ruso en un camión de la Cruz Roja como había prometido el oficial.

Cuando desperté, bien temprano por la mañana, Marek ya practicaba caminando. «¡Qué día!», exclamó señalando a la ventana. «El sol brilla celebrando nuestra liberación», dijo, y añadió: «Ya casi había perdido toda esperanza de volver a ver a mi familia en Polonia. ¡Qué sorpresa se llevarán!», y dio un inestable paso. «Prepárate», me comentó, «regresarás conmigo a Polonia y empezaremos a buscar a tus padres.» Sí, mis padres. ¡Cómo deseaba volver a estar

con ellos! Ignoraba por completo dónde se encontraban, o dónde y cómo podríamos reunirnos. Pero si bien había visto a mucha gente morir en los campos, nunca se me había ocurrido que ellos pudieran no estar con vida. No me cabía la menor duda de que me encontrarían tan pronto como fuesen liberados.

Capítulo 7

En el ejército polaco

El enorme portón de Sachsenhausen estaba abierto. Marek y yo lo cruzamos, pasando por debajo del edificio de administración con su torre y su nido de ametralladoras, ahora inofensivas, cerca de la zona donde se alojaban algunos de los guardias de las SS, y abandonamos el campo. No miramos atrás, quizá porque temíamos que algunos guardias de las SS nos persiguiesen de repente, quizá porque sencillamente no queríamos recordar lo que dejábamos a nuestras espaldas. O por ambos motivos.

Nos llevó un tiempo llegar a lo que parecía ser la ruta principal. Estaba colmada de tanques, camiones militares y carros tirados por caballos que transportaban hombres y provisiones. Los hombres nos saludaban y gritaban. «Soldados polacos», me explicó Marek, y les devolvimos el saludo hablándoles en polaco. Nos arrojaron panes al pasar mientras recitaban consignas antinazi y cantaban «¡Viva Polonia!».

Nos habían dicho que nos alejásemos del frente, que se aproximaba cada vez más a Berlín. O sea que debíamos avanzar en dirección opuesta a la que tomaban los soldados. En el camino nos topamos con prisioneros de otros campos. Se sucedió una profusión de saludos y vítores, y todos deseaban saber de qué campo proveníamos. Por momentos la ruta parecía un desfile de carnaval. El conductor de un camión militar polaco se ofreció a acercarnos a un poblado alemán cercano y aceptamos con gusto. «La mayoría de las casas aquí están vacías», nos informó. «Los alemanes huyeron, pues temen a los rusos.» Luego, comportándose como si fuera el dueño del pueblo, añadió: «Instalaos en cualquiera de estas casas y tomad cuanto halléis allí, gentileza de la división polaca Kosciuszko». El soldado lanzó una carcajada y se marchó. Andando por una de las calles del pueblo, nos encontramos con tres chicas judías húngaras y a dos muchachos jóvenes que también habían sido liberados recientemente. Nos invitaron a Marek y a mí a unirnos a ellos en la búsqueda de una casa.

No tardamos en llegar a una amplia casona de ladrillo de dos plantas con un jardín al frente y un enorme patio trasero. Debía de haber sido abandonada hacía muy poco pues la mesa de la cocina estaba servida y todavía había comida en algunos de los platos. «Continuemos el almuerzo», propuso una de las chicas. El sótano estaba lleno de frutas enlatadas, verduras e incluso carne en conserva. Subimos unas cuantas latas y las chicas encendieron el fuego y empezaron a cocinar. ¡Qué comida tan maravillosa fue aquella! Mi primera comida verdadera en años. El único problema era que, aunque todo me parecía estupendo, apenas si podía tragar unos escasos bocados. Marek explicó que mi estómago debía de haberse encogido durante

tantos años de hambruna. Yo no estaba seguro de que eso fuera cierto. Lo único que sabía era que podía comer muy, pero muy poco. En lugar de quedarme sentado a la mesa, me acordé de pronto de los pollos y conejos que habíamos encontrado en el patio trasero, y todo lo que había luchado por salvar a estos últimos de nuestras ávidas cocineras. Salí de la casa para alimentar a los conejos y jugar con ellos. Me había hecho amigo de esas criaturillas peludas y no iba a dejar que nadie se las comiese.

Los dueños de la casa debían de ser bastante ricos. Había numerosas habitaciones y todas contaban con muebles de buena calidad y cuadros importantes en las paredes. Después de vivir en Kielce, Auschwitz y Sachsenhausen, me resultaba difícil imaginar que casas semejantes existiesen y que hubiese familias viviendo en ellas. Los armarios estaban repletos de ropa. Había sábanas y toallas en los cajones, así como mantas y almohadas. ¡Qué no hubiera dado por habitar esa casa junto con mis padres!

Para delicia de las chicas húngaras, hallamos una máquina de coser y una de ellas se sentó de inmediato para hacerse una blusa con algunas telas que había encontrado. Los jóvenes sacaron de los armarios todas las prendas que hallaron y empezaron a probarse chaquetas y pantalones. Yo di con un pantalón y, como me quedaba demasiado largo, sencillamente lo recorté con un cuchillo de cocina y añadí una cuerda a modo de cinturón. Hecho lo cual, arrojé mi vestimenta de recluso por la ventana abierta que daba al jardín. Luego me di un baño. «Ya he dejado de ser prisionero», pensé, pero luego me di cuenta que ni el agua ni el jabón me habían librado de todo lo que para siempre sería un recordatorio de mi estancia en el campo de concentración: el tatuaje azul con mi número de Auschwitz sobre mi an-

tebrazo izquierdo seguía allí. Era imposible borrarlo. Con cuidado, me sequé el brazo. «Papá estará orgulloso de mí», reflexioné. Dirigiéndome a él, como si pronunciase un informe militar, grité: «¡B-2930 ha sobrevivido a Auschwitz, a Sachsenhausen, al gueto de Kielce y a Alemania! Hemos vencido, tal como lo habías predicho».

Disfruté enormemente de «nuestra» hermosa casa. Era muy confortable; yo tenía una cama limpia toda para mí con sábanas blancas, una almohada y un edredón. Me recordaba a Zilina, a nuestro apartamento de esa ciudad y a la mullida cama que tuve en el Grand Hotel. A través de las ventanas de nuestro nuevo hogar podía ver pasar a los tanques, los camiones y a los soldados soviéticos, todos avanzando en dirección a Berlín. Un día, mientras jugaba en la calle, advertí que un ruso salía de una casa vecina. Empujaba una bicicleta. «¡Quiero tener una bici!», pensé y me pregunté si aún sabría cómo montarla. Después de todo, la última vez que había andado en una había sido en la fábrica de Henryków en Kielce. Ahora miraba con envidia al soldado ruso con su bicicleta. Tan pronto como llegó a la calle, saltó torpemente sobre la bici y se cayó de inmediato. Se incorporó y volvió a intentarlo una y otra vez. Empezó a maldecir, pero la bicicleta parecía ajena a sus insultos. Lancé una carcajada. «¿Puedo mostrarte cómo se hace?», le pregunté al soldado en polaco, al tiempo que lo ayudaba a levantar la bicicleta. Pero él siguió soltando tacos. Por fin, después de un nuevo intento, arrojó el vehículo contra la calzada y empezó a darle de patadas. «¡No la rompas! ¡No la rompas!», le grité afe-rrándome a su uniforme. Me miró, escupió a la calle y se marchó. Fue así que me convertí en orgulloso propietario de una bicicleta. Por supuesto, la monté de un salto inme-

diatamente y descubrí, con placer, que no había olvidado cómo andar.

Las tardes en nuestra casa eran muy divertidas. A menudo venían oficiales y soldados polacos trayéndonos comida y golosinas. Nos preguntaban sobre la vida en los campos de concentración. Deseaban saber dónde habíamos estado, nos hablaban de los combates contra los alemanes y explicaban dónde habían pasado los tiempos de guerra. Marek y yo hacíamos de intérpretes. Ellos nos contaron de la conquista de Varsovia, de las batallas de los ríos Vístula y Oder, y de la inminente capitulación alemana. Cada tarde llegaban más y más militares polacos. Nos relataban historias sobre sus regimientos y nos mostraban sus medallas. Una vez fue a visitarnos un nuevo grupo de soldados. Conversaron con Marek y las chicas húngaras mientras yo estaba ocupado puliendo mi bici, que había llevado al interior de la casa. La charla giró en torno a Berlín y las perspectivas de una victoria. Cuando Marek dejó la sala para ir a buscar algunos vasos para el vodka que ellos habían traído, los soldados intentaron comunicarse con las chicas, pero ellas no entendían polaco. Dejé mi bici a un lado y les pregunté si querían que les sirviese de traductor. «Las chicas entienden alemán y yo hablo polaco», afirmé.

De inmediato me volví el centro de atención. «¡Un chico polaco!», exclamaron, y antes de que yo tuviese oportunidad de explicarles que no era polaco, Marek volvió a la sala. «Sí, él es polaco», subrayó Marek. «Nació en Kielce y ahora intento llevarlo de regreso.» Luego me guiñó un ojo. «Llémoslo a Polonia», dijo uno de los soldados. «Puedes acompañarnos», añadió otro. «Yo me quedo con Marek», murmuré y volví a trabajar con mi bici. Una vez que se hubieron marchado, Marek se me acercó y me explicó que

no era tan mala idea ir con los soldados. Después de todo, ellos me cuidarían mejor que él y yo llegaría a Polonia mucho antes. Allí no tardaría en reencontrarme con mis padres. Con todo, no me llegó a convencer y no quería por nada perder al único amigo verdadero que tenía.

Muy temprano, a la mañana siguiente, llegaron dos soldados para verme. Uno de ellos había sido nuestro huésped la noche anterior; el otro era un oficial. Habían traído algo de chocolate y una campanilla para la bicicleta. El oficial se presentó y me contó que había oído hablar de mí. «Estamos con la artillería pesada», dijo, «y si vienes con nosotros lo pasarás fenomenal». «Sí», añadió el soldado. «¡Irás en coches militares, será genial! ¡Ya no tendrás que caminar!» «Él tiene razón», confirmó el oficial, «tendrás todo el chocolate que quieras y te dejaremos disparar los cañones.» Hablaron y hablaron. Por fin, para no parecer descortés, prometí que me lo pensaría. Luego salí a colocarle la campanilla a mi bicicleta.

Por la tarde volvimos a tener visita. Entre los soldados que vinieron, reconocí a los dos que habían venido por la mañana. Fueron hasta el jardín y jugaron conmigo. Me mostraron toda clase de trucos que podía hacer con la bici. Luego uno de ellos me preguntó si quería aprender a disparar una pistola. Halló en el patio una vieja lata de conservas, desfundó su arma, arrojó la lata al aire y disparó, dando perfectamente en el blanco. Entonces me dio su pistola, puso la lata sobre una cerca y me enseñó cómo apuntar. Me lo estaba pasando bomba. Luego otro de los soldados me regaló un cortaplumas. Volvieron a hablarme de regresar con ellos a Polonia. Esta vez, para sorpresa mía, accedí. De pronto la idea me llenaba de entusiasmo.

Los soldados pasaron a recogerme a la mañana siguiente. Despedirme de Marek no fue fácil, pero él me asegu-

ró que yo estaba haciendo lo correcto y quise creerle. Mi bicicleta iba cargada en el *jeep* y, mientras mis amigos se despedían de mí, el coche se puso en marcha. Avanzamos a toda prisa por las calles del pequeño poblado alemán que se había convertido en nuestro hogar temporal. El *jeep* se detuvo cuando llegamos a un patio amplio y lleno de gente. «Hemos llegado», dijo el conductor. «Ésta es la famosa Compañía de Reconocimiento Militar de la Primera División Kosciuszko.» El patio estaba colmado de soldados, camiones, carros blindados y caballos. «Presentémosle al capitán», sugirió uno de los soldados, que llevaba mi bicicleta. Nos dirigimos a una de las casas. El capitán era un hombre alto y corpulento que me cayó bien de inmediato. «Éste es Tomek», anunció el conductor. «Sí, sí», murmuró el capitán, «ya he oído hablar de ti». Coguéndome en sus brazos, hizo al instante que me sintiese bienvenido. Luego se volvió hacia uno de sus hombres y le ordenó que llamase al sastre y al zapatero de la compañía. «Te convertiremos en un verdadero soldado», me dijo a la vez que volvía a ponerme en el suelo.

Al cabo de uno o dos días, me entregaron lo que parecía un uniforme polaco, un cinturón y un par de zapatos. No faltaba nada. El uniforme tenía botones militares e incluso una insignia de cabo. «Si eres un buen soldado», me confió el sastre del regimiento, «el capitán te ascenderá al grado de sargento.» Me había convertido en un soldado de verdad, si bien en miniatura: era la mascota del ejército polaco. No sé exactamente la fecha en que sucedía todo esto, pero debíamos de estar a finales de abril de 1945. Faltaban unas dos semanas para que yo cumpliese los once años.

Al principio, fue con el sastre y el zapatero que me confeccionaron el uniforme y el calzado los soldados de la

compañía con los que entablé más relación. Comíamos juntos y pronto notaron que yo ingería muy poco. Eso les preocupó y decidieron que hallarían una cura para mi falta de apetito. Cuando resultó evidente que algunas de las curas que se inventaron no daban resultado, el zapatero tuvo una idea: «¿Por qué no lo intentamos con vodka?», propuso. Y trajeron el vodka. Primero fue una cucharilla, luego dos y por fin media *kieliszek* (copita para licor), acompañada de pequeños trozos de tocino. Funcionó como un hechizo: al cabo de unos cuantos días, empecé a comer normalmente. La cura tuvo una consecuencia adicional, y es que, pasado un tiempo, toleraba el vodka tan bien como cualquier soldado. Retuve esta tolerancia al vodka hasta bien entrados mis años universitarios, cuando unos amigos que acababan de ver la película *Los hermanos Karamazov* apostaron quince dólares (mucho dinero en aquellos días) a que yo no podría beber un quinto (tres cuartos de litro) de vodka como hacía uno de los hermanos en la película y luego saltar por encima de una silla. Gané la apuesta, pero me sentí luego tan enfermo que en los años posteriores casi no podía soportar ni ver una botella de vodka.

Además de enseñarme cómo beber vodka y ayudarme a recuperar el apetito, el sastre y el zapatero también intentaron instruirme en sus oficios. Me atrajo particularmente lo que el zapatero denominaba «el arte de la confección del calzado», que incluía desde estirar, cortar y coser el cuero hasta clavar las suelas con clavos de madera. Mi nuevo amigo era un maestro en dicho arte, y al verlo me pareció que sería muy divertido convertirme en zapatero. Todavía recuerdo todos los pasos de la producción de un zapato hecho enteramente a mano.

Algunos días después de unirme a la compañía, recibimos órdenes de dirigirnos a Berlín. Pese al hecho de que no debíamos de estar a más de treinta kilómetros de las afueras de Berlín, el avance fue muy lento, pues el regimiento no estaba del todo mecanizado. Si bien teníamos unos cuantos camiones, uno o dos coches y un puñado de vehículos blindados, nuestras provisiones y quizá incluso las municiones se transportaban en carros tirados por caballos, que iban al final de nuestra caravana y retrasaban la marcha. Además, los caminos estaban atestados de tropas soviéticas en pleno avance, y sus tanques y piezas de artillería pasaban a nuestro alrededor en medio de una marea de gritos y confusión generalizada. Todo esto me resultaba muy excitante, sobre todo porque, aunque dormía en los carros a caballo, se me permitió tripular los vehículos blindados.

Cuando llegamos a Berlín, el combate por la ciudad estaba aún en plena marcha y podían oírse a lo lejos descargas de artillería y ráfagas de ametralladora. Muerte y destrucción nos rodeaban por todas partes. La mayor parte de los edificios en nuestra ruta habían sido incendiados o estaban reducidos a escombros. Las casas que aún había en pie estaban llenas de agujeros de bala. Decenas de cadáveres de soldados alemanes y soviéticos, así como de civiles, yacían en las aceras o en los montículos de ladrillos y cemento que eran todo cuanto quedaba de los que alguna vez fueran domicilios privados, casas de apartamentos o edificios de oficinas.

Nuestro destino era una zona de parques no lejos de la Puerta de Brandenburgo. El parque en cuestión ya estaba en gran parte ocupado por las tropas soviéticas, con sus piezas de artillería y sus *katyushas*, como se llamaban sus cañones de campaña de propulsión a cohete. Mi compañía se

instaló en una sección del parque cercana a las baterías de *katyusha*, que hacían un ruido terrible cada vez que las disparaban. Todavía recuerdo a uno de los soldados (creo que era cabo o sargento) que estaba a cargo de un *katyusha* montado sobre un camión, proferir consignas antifascistas y obscenidades hacia los defensores alemanes de la ciudad cada vez que daba la orden de lanzar los proyectiles. Por más que los alemanes ya no parecían estar disparando sus cañones en nuestra dirección, se me ordenó dormir en el carro blindado y permanecer dentro o cerca del mismo durante el día, pues nadie sabía durante cuánto tiempo seguirían combatiendo los alemanes. Además, aún había muchos francotiradores alemanes en los alrededores. Un día después de haber llegado a Berlín, uno de nuestros soldados murió a manos de un francotirador que, desde un edificio, apuntó a uno de nuestros camiones, que había salido del parque para reconocer algunas supuestas posiciones alemanas.

A medida que fue menguando el fuego enemigo, algunos de los soldados decidieron ir a pescar en un estanque cercano y me llevaron con ellos. Una vez allí, uno de los soldados lanzó una granada de mano al estanque. En pocos minutos, la superficie del estanque quedó cubierta de peces muertos flotando panza arriba. Mis amigos recogieron algunos en un cubo que habían traído y se los llevaron. Denominaron al sistema «pesca rápida». No sé qué hicieron con los peces, pero si los cocinaron no compartieron ninguno conmigo.

Sólo he intentado pescar unas cuantas veces en mi vida, y nunca he tenido demasiado éxito. En una ocasión, yendo de pesca con mis hijos (que por entonces eran muy pequeños), lancé mi caña de pescar con auténtico estilo y, para mi desgracia y el horror de mis hijos, alcancé con el an-

zuelo la camiseta de un pescador situado al otro lado del muelle. Al hombre no se le veía muy contento cuando vio lo que había ocurrido. Mientras yo intentaba desenganchar el anzuelo de sus ropas, mis hijos, temiendo que el pescador me atacase con el largo cuchillo que colgaba de su cinturón, empezaron a alejarse de mí. Pero tan pronto como le dije al hombre que era mi primera experiencia de pesca, estalló en una sonora carcajada y me deseó más suerte para el siguiente intento. Recuerdo haber pensado entonces en aquel estanque de Berlín en 1945, que constituyó en verdad mi primera experiencia en el arte de la pesca, aunque con métodos que no le recomiendo a nadie.

Un día después de nuestra expedición pesquera al estanque, recibimos la noticia de que Berlín había capitulado. Por supuesto que en nuestro parque se vivió la novedad con gran alegría y se lanzaron numerosos disparos al aire desde todas las armas disponibles. Al mismo tiempo se repartió vodka entre las tropas. Podía verse a los soldados soviéticos y polacos abrazándose y compartiendo vodka y cigarrillos. Todos cantaban y bailaban. Un soldado polaco de nuestra compañía me convidó a unos tragos de su botella de vodka. El parque se transformó en un auténtico carnaval. A medida que oscurecía y las celebraciones amainaban, me dirigí hacia el carro blindado que había sido mi dormitorio durante todos esos días y pronto me quedé dormido. ¡Así fue cómo contribuí a liberar Berlín!

La guerra no concluyó hasta una semana después. Mi compañía, junto con otras unidades, recibió la orden de salir en pos de algunas tropas alemanas que habían emprendido la retirada de Berlín. Aquel día, o el siguiente, llegamos hasta el pie de un bosque. Al parecer, toda una división alemana se había atrincherado allí. Aunque nos

superaban en número, sus oficiales deseaban negociar una rendición disciplinada. Las negociaciones se extendieron durante toda la noche. Cuando amaneció, lo que se esperaba que fuese una gran operación de rendición sólo había conducido a la captura de los oficiales alemanes que habían tomado parte en las negociaciones. El resto de la división alemana sencillamente se había desvanecido en el aire. De vez en cuando, sin embargo, dábamos con grupos de soldados alemanes que se nos rendían sin oponer resistencia. Fue para mí una experiencia muy estimulante ver a los oficiales alemanes temblando de miedo frente a nosotros, cuando apenas unos meses antes eran ellos los que inspiraban terror en todos los que tuviesen delante.

La guerra prosiguió unos cuantos días más y luego supimos que Alemania se había rendido. Las celebraciones fueron todavía más desenfundadas que las que se habían producido tras la capitulación de Berlín. Los disparos al aire y las borracheras se extendieron durante horas, y continuaron durante la noche e incluso hasta bien entrado el día siguiente. Los soldados de mi regimiento cantaban el himno nacional polaco y todo tipo de canciones polacas que yo nunca antes había escuchado. De tanto en tanto, alguien alzaba una copa o una botella y brindaba por Polonia y por la victoria de los ejércitos aliados. Algunos soldados se reunían en grupos pequeños y hablaban sobre sus hogares y sus familias en Polonia; otros, con lágrimas en los ojos, sostenían que nunca habían sospechado que serían testigos del fin de aquella guerra y de la derrota de Alemania.

Por mi parte, yo no estaba muy seguro de si debería estar feliz o triste. Ciertamente me alegraba el fin de la guerra y el hecho de que nos hubieran liberado. Pero cuando los soldados hablaban de sus familias y sus hogares, yo no

dejaba de pensar que ignoraba dónde estaba mi hogar. Sin mis padres carecía de hogar, y por el momento desconocía su paradero. Aunque parezca extraño, la idea de que pudiesen haber muerto en los campos ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Estaba convencido de que habían sobrevivido, tenían que haber sobrevivido. ¡Y no tardarían en encontrarme! Entretanto, la compañía era mi hogar. Pero, ¿qué sucedería cuando todos los soldados regresasen a casa? Decidí que ya tendría tiempo de sobra para averiguar eso y que, por otra parte, probablemente nunca tendría que plantearme tal posibilidad, pues mis padres me encontrarían antes de que el ejército se disolviese.

Pasé momentos maravillosos mientras atravesábamos Alemania tras la capitulación. En el camino, algunos soldados de mi compañía habían hallado lo que quedaba de un circo alemán. Había allí un precioso poni que llevaba un carromato en miniatura. Me llevaron ambos y uno de los soldados me dijo: «Lo hemos liberado para ti. Necesita un buen hogar polaco». Desde entonces empleé varias horas en peinar y alimentar a mi nuevo amigo. Montaba en el poni para divertirme, pero cuando la compañía debía emprender la marcha, me sentaba en el pequeño carro y seguía a los coches de provisiones tirados por caballos. Mientras avanzaba, los soldados de otras compañías me saludaban y gritaban. Antes de conseguir el poni, obtuve además una pequeña pistola del tipo que las mujeres llevan en sus bolsos. Creo que fue mi amigo el zapatero quien me la dio. Como me advirtió de que las cinco balas en la recámara eran las únicas municiones que había podido encontrar para un arma tan específica, sólo la disparé en una ocasión a fin de asegurarme de que la pistola funcionase. Y funcionaba muy bien. A partir de ese momento, ostenté orgulloso mi

nueva adquisición en una pistolera que me había hecho el zapatero, y a la que yo sacaba brillo con frecuencia.

Ahora cruzábamos Alemania a un ritmo mucho más sosegado que antes de la capitulación y nos deteníamos durante días en diferentes pueblos. Muchas de las casas parecían vacías, pues sus propietarios habían huido ante el avance de las tropas soviéticas. Por ende, esos poblados estaban básicamente a nuestra disposición. Algunos de los soldados de mi compañía se entretenían rompiendo los cristales de las ventanas y ocasionando todo tipo de destrozos. Al tiempo que me alentaban para seguir su ejemplo, los soldados me explicaban que los alemanes merecían eso y mucho más por todo el sufrimiento que habían infligido a Polonia.

A mí, romper cristales no me llamaba la atención y prefería jugar montando en mi poni cada vez que hacíamos una pausa de varias jornadas en algún pueblo. Pero un día, un joven soldado me invitó a acompañarlo para ir a pasar un buen rato. Con su metralleta *pepeshka* sobre el hombro (se trataba de un arma con una recámara redonda que por entonces usaban casi todos los soldados soviéticos y polacos) me condujo hacia una estrecha calle y señaló los postes telefónicos que había al lado del camino. «¿Ves esas piezas de porcelana blanca cubiertas de cables de electricidad?», me preguntó y añadió: «Intentaremos derribarlas a tiros». Entonces presionó el percutor de la metralleta de modo que disparase sólo una bala por vez. Falló muchos disparos, pero también acertó algunos. Al recibir un disparo, la porcelana se estrellaba contra la acera, sumándose al ruido que producía la propia *pepeshka*. Después de un rato, me ofreció el arma. Primero quiso que apuntase a un cerco próximo para «que experimentase la sensación de tener una metralleta en las manos». No era demasiado pesada

y la recámara redonda ayudaba a darle una mayor estabilidad. No tuve problema en acertarle al cerco, pero me llevó un tiempo dar en el blanco en los postes telefónicos. Poco a poco fui cogiéndole el gustillo. A partir de entonces, mi amigo y yo partíamos a la caza de esas piezas de porcelana cada vez que llegábamos a un nuevo pueblo. Todavía hoy, cuando veo un poste telefónico con sus piezas de porcelana recuerdo, no sin avergonzarme un poco de ello, mis pasados actos de vandalismo y siento la reprimida tentación de volver a probar puntería.

Nuestro vagabundear por Alemania llegó a su fin cuando mi compañía, con todos sus equipos, recibió la orden de abordar un tren con destino a Polonia. El tren se detuvo varias veces a lo largo del camino, con frecuencia junto a otros trenes atestados de tropas soviéticas. Entonces todos descendíamos de nuestros vagones e iniciábamos cordiales charlas con los rusos. Polacos y rusos intercambiaban también todo tipo de bienes «liberados». Los rusos exhibían sus «chasy» (relojes), que llevaban de a cuatro o cinco en cada brazo, y ofrecían canjearlos por otros relojes o por joyas. Parecían fascinados con los mecanismos de los relojes. Recuerdo a uno de ellos colocar un reloj bajo la rueda del vagón de un tren que estaba a punto de avanzar, deseoso de ver qué sucedería con el reloj una vez que el coche le hubiese pasado por encima. Todos aplaudimos cuando recogió el reloj achatado y con gran parsimonia nos mostró los trozos hechos añicos a quienes habíamos observado toda la operación.

Hubo más vítores y júbilo cuando el tren cruzó la frontera de Polonia. Nuestro destino era una guarnición militar en la ciudad polaca de Siedlice. Allí compartí alojamiento con un grupo de hombres de mi compañía. Los soldados

pasaban el tiempo jugando al fútbol y a las cartas, probablemente esperando la orden de desmovilización que les permitiese volver a la vida civil. También había tiempo para holgazanear y gastar bromas. Un pasatiempo favorito era esperar hasta que algún soldado incauto entrase en uno de los retretes externos del campamento. Entonces varios soldados se materializaban desde la nada, alzaban por completo la caseta de madera de su base y la inclinaban de lado con la pobre víctima dentro gritando y maldiciendo.

En la guarnición de Siedlice empecé a pasar más y más tiempo junto a un joven soldado judío de mi compañía. (Con el paso de los años he olvidado los nombres de muchas personas, pero quizá el que más lamento no recordar es el de este joven soldado, por más que tengo aún una fotografía que él me dio y que nos muestra a ambos de uniforme.) Aunque supongo que muchos soldados de mi compañía adivinaron que yo era judío, nunca se lo dije abiertamente pues temía, probablemente sin motivo, que dejasen de tratarme como a un igual. Con todo, se lo conté a mi amigo pero le pedí que no se lo revelase al resto de los soldados. Cada vez que hablábamos, él me preguntaba qué planes tenía para el futuro. De más está decir que yo no tenía ni la menor idea y no había pensado seriamente en ello, quizá porque esperaba que mis padres me encontrasen a corto plazo. Él negaba con la cabeza, intentando hacerme entender con tacto que a mis padres podría llevarles mucho tiempo dar conmigo, suponiendo que estuviesen vivos.

En una ocasión me dijo que se marcharía durante algunos días. Regresó de su viaje muy entusiasmado y me explicó que había encontrado un hermoso orfanato judío en Otwock, cerca de Varsovia. Le había hablado de mí a la directora y ella le indicó que me daría la bienvenida en

la institución hasta que encontrase a mis padres. Mi amigo me aseguró que adoraría el lugar: allí conocería a muchos niños de mi edad que también habían sobrevivido a la guerra. Además, el comandante de nuestra compañía le había dicho que una guarnición militar no era realmente el lugar apropiado para un niño de once años. Pocos días después, mi amigo y yo abordamos un tren rumbo a Otwock.

Capítulo 8

De Otwock a Göttingen

El orfanato judío de Otwock estaba situado en un amplio edificio rectangular de dos plantas pintado de blanco, con un gran patio delante y un jardín detrás. A su alrededor había un espeso bosque de pinos donde crecían en abundancia setas, fresas silvestres y arándanos. Un estrecho camino pavimentado conducía al orfanato desde el poblado de Otwock. También era posible acceder caminando a través del bosque gracias a unos senderos bien trillados. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Otwock era un conocido lugar de descanso, a cuyos numerosos sanatorios acudían los enfermos de tuberculosis. Parte de estas instalaciones, modificadas para otros usos durante la guerra, estaban a un lado del camino que conducía al orfanato. Cuando llegué a Otwock, uno de dichos edificios, situado más o menos a mitad de camino entre mi orfanato y el pueblo, albergaba un orfanato católico.

El orfanato judío me sirvió como punto intermedio entre una y otra vida. Fue allí donde inicié la transformación gradual que me llevó de ser un prisionero de los campos eternamente hambriento y aterrorizado que luchaba por sobrevivir, pasando por la fase surrealista de mi etapa de soldado-mascota, a una vida relativamente normal para un niño de doce años. Disfruté casi cada instante de mi permanencia en el orfanato, por más que hubo momentos en que recordaba con nostalgia la existencia llena de aventuras que viví en el ejército polaco y echaba de menos a mi poni.

El orfanato albergaba tanto a chicos y chicas adolescentes como a niños más pequeños, separados por grupos. Yo pasé a estar con el grupo de chicos de mayor edad, en el que yo era el más joven de entre quince y veinte niños. Eso me hacía sentir muy importante. No todos los niños del orfanato eran verdaderos huérfanos. Algunos todavía conservaban a uno o a ambos padres. Se trataba de pequeños que habían sido colocados temporalmente en el orfanato mientras sus padres intentaban restablecer sus vidas o volvían del extranjero. Yo estaba entre aquellos cuyos padres, por lo que se sabía, habían muerto durante la guerra. Éramos los auténticos huérfanos y nos veíamos a nosotros mismos como los tipos duros del orfanato, con dominio sobre los demás niños. De algún modo perverso, nuestra actitud se asemejaba a la de los criminales endurecidos tras muchos años en prisión que asumen su condición con orgullo. Al mismo tiempo, por cierto, yo seguía creyendo (aunque no se lo decía a nadie) que mis padres seguían con vida y vendrían a por mí tarde o temprano.

En su gran mayoría, los chicos del orfanato habían permanecido escondidos durante la guerra en casa de familias



Thomas Buergenthal a la edad de tres años en Lubochna (1937)

Berlin

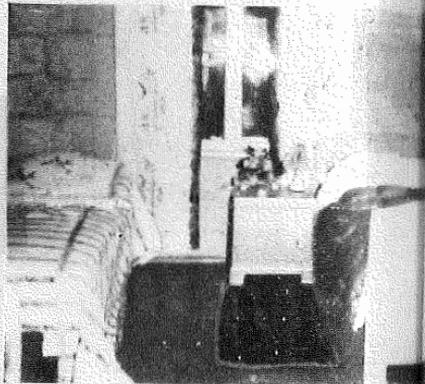


LAUS GODAL

LUBOCHNA - TATRA



STAATSBAD LUBOCHNA, das slowakisches
Karlsbad, liegt 600 m hoch traumhaft schön
den dichten Gebirgswäldern der Tatra, umgeben
von einem romantischen Kranz 12-1500 m hohen
Berge. Man erreicht Lubochna in elf
stündiger D-Zug-Fahrt ab Berlin über
Breslau = Oderberg (Bohumin). Ab
15. Mai ist es D-Zug-Station. Lu-
bochna gehört noch nicht zu den Kur-
orten, in denen sich der lärmende Betrieb
der Großstadt fortsetzt. Alles ist zu
absoluter Erho-
lung geschaffen:
die herrliche Ge-
birgs-Waldluft,
das milde Klima,
die tiefe Ruhe
des Gebirgs-
tales.



Zwischen Kur-
haus und Post, völlig zentral liegt das HA
GODAL, in einem herrlichen 12000 qm großen
Garten. Es ist ein Landhaus mit 18 Zimmern.
Alle Fremdenzimmer sind mit ganz moderner

niedrigen farbigen Lackmöbeln eingerichtet, jedes Zimmer hat fließendes warmes und kaltes Wasser.

— Die Mahlzeiten werden auf der 22 m langen Glasveranda eingenommen, die dem Gebirge zugewandt liegt. —

Der Garten hat Liegewiesen, für jeden Gast ist ein Liegestuhl vorgesehen.

Besonderer Wert ist auf die Verpflegung gelegt, die absolut erst-

klassig ist und nach deutsch-böhmischer Art zubereitet wird. Der Speisezettel eines Tages sieht ungefähr so aus:

Frühstück: 2 Eier oder Aufschnitt + Butter, Konfitüren, Gebäck, Kaffee, Tee oder Kakao nach Wahl.

Mittag: Suppe od. Pastete, 1 Fleischgang mit Gemüse, Früchte od. Kompott, Süßspeise, Mokka.

Abends: 1 warmer Fleischgang, Käseplatte oder Früchte.



«Villa Godal», el hotel de la familia Buergenthal en Lubochna (página del folleto informativo del hotel)



Gerda y Mundek Buergenthal (1933)



Thomas Buergenthal con sus padres (mayo de 1937)



El coche rojo, el juguete preferido de Thomas (1937)



La familia Buergenthal en Zilina (1939)



Paul Silbergleit, abuelo de Thomas Buergenthal



Rosa Blum-Silbergleit, abuela de Thomas Buergenthal



Thomas Buergenthal enfundado en un uniforme del ejército polaco
hecho a medida para él (1945)



La casa de los Silbergleit en Göttingen.
En la planta baja se encontraba su zapatería



Thomas Buergenthal poco después de su llegada a Göttingen (1946)



El doctor Leon Reitter (1947)

ODD NANSEN

ARTEKST

WERGELANDSVEIEN 7
TELEFON 230264

Angesommen den 7. II. 48.

OSLO, den 4.2.1948

Lieber, lieber Tommy!

Du weisst garnicht, welch' grosse Freude Du mir und vielen, vielen anderen durch deinen Brief bereitet hast, wofür ich Dir herzlichst danke. Erstens bekamen wir dadurch zu hören, dass Du lebst und Deine Mutter wiedergefunden hast. Und für alle Deine Freunde, Du hast nach und nach noch viele dazubekommen, wovon Du keine Ahnung hast, war es eine unsäglich grosse Freude. Siehst Du, Tommy, das hängt folgendermassen zusammen: Zuerst einmal war ich "der betreffende Herr", der Dich im Revier von Sachsenhausen besuchte, und in meinem Tagebuch, wovon Du ja selbst gehört hast, habe ich mehrere Kapitel um Dich geschrieben, um meine Gespräche mit Dir während der Besuche im Revier, wo ich Dich kennengelernt und Dich, sowie viele andere Gefangenenkameraden so lieb gewonnen haben, dass wir Dich nie mehr vergessen können. Dieses Tagebuch wurde von Tausenden von Menschen gelesen und vielen scheint es, Dich dadurch zu kennen. Sie haben Dich natürlich genau so lieb gewonnen wie wir. Ständig haben sie mich gefragt, ob ich nichts mehr über den kleinen Tommy gehört habe, aber immer wieder musste ich sie durch mein Kopfschütteln enttäuschen. Während der Zeit, die seit dem Kriegsende vergangen ist, habe ich überall versucht herauszubekommen, ob Du nach dem Kriege aus Sachsenhausen mit dem Leben davongekommen bist und wo Du Dich zufällig aufhältst. Alle Nachforschungen waren leider vergebens. Wir mussten nach und nach glauben, Du lebst nicht mehr. Ich bin gerade auf einer langen Reisedurch Europa gewesen und habe überall wo ich glaubte, es gäbe eine Möglichkeit, eine Spur von Dir zu finden, Untersuchung eingeleitet, aber leider ohne Ergebnis. Du kannst Dir deswegen vorstellen, wie gross die Freude für mich war, deinen Brief auf meinem Schreibtisch nach meiner Rückkehr zu finden. Jetzt kann ich all denen, die nach Dir fragen, mit Freude antworten und ihnen die leuchtende frohe Botschaft überbringen: Tommy lebt! Tommy wohnt in Göttingen zusammen mit seiner Mutter.

Auch meine Frau und meine Kinder, ich habe vier Kinder, sowohl älter und auch jünger als Du. Sie jubelten vor Freude, als ich ihnen deinen Brief laut vorlas, denn sie denken auch oft an Dich und wünschten sich so innig dass es gelingen möge, Dich wiederzufinden. Und so lebst Du ja, sozusagen mitten unter uns und hast noch dazu Deine Mutter wiedergefunden. Das klingt ja wie ein unglaubliches, leuchtendes und gutes Märchen mitten in der Elendigkeit in der Welt. Hätte ich nur gewusst, dass Du lebst und in Göttingen wohnst, Du kannst sicher sein, ich hätte Dich auf meiner neulichen Tur durch Deutschland aufgesucht. Ich kam auch durch Hannover, welches ja nicht so schrecklich lang von Göttingen liegt.

So gebe ich mich doch vorläufig mit der grossen Freude^{*} zufrieden, die es für mich und für uns alle war als wir erfuhren, dass Du all das Böse und Schreckliche überlebt hast. Ich habe einen Freund in Göttingen, einen Norweger, den ich darum bitten werde, Dich aufzusuchen. Vielleicht kann er Dir auch aus meinem Tagebuch, welches ich Dir senden werde, übersetzen, wo ich um Dich geschrieben habe. So willst Du dann auch sicher besser verstehen, warum wir alle so um Dich und Dein Schicksal interessiert sind. Ich werde Dir auch Pakete schicken, Tommy, mit diesen und jenen, was sicher von Nutzen sein wird. Das wollen auch sicher andere gerne tun.

So musst Du mir nun, sobald Dich dieser Brief erreicht hat, zurückschreiben und mir von Dir selbst und von Deiner Mutter erzählen, und ob Du schon etwas über Deinen Vater gehört hast. Erzähle, wie es Dir geht, woran es fehlt, Bekleidung, Essen oder was es sonst sein kann. So wollen wir versuchen, es an Euch zu senden. Erzähle mir, ob Du fernerhin Lust hast, nach Norwegen zu kommen. Ich könnte es vielleicht schon so ordnen, dass Du mit Deiner Mutter hierher kommen kannst, und ihr hier wohnen könnt. Du weisst, wir haben es doch in mancher Beziehung hier oben in Norwegen besser als in Deutschland.

Grüsse Deine Mutter von mir und sage ihr, sie muss doch trotz allem glücklich sein, denn sie hat ja ihren lieben Jungen wiederbekommen. Sage ihr, es sind so viele, viele, die sich zusammen mit ihr darüber so sehr freuen. sich weiss

Lebe wohl bis auf weiteres, lieber Tommy, Du wirst öfters von mir hören und recht bald, hoffe ich, wirst Du dann auch einige Lebensmittel bekommen. Jetzt werde ich mit Spannung auf Deinen nächsten Brief warten.

Mit den herzlichsten Grüssen und Wünschen
für Dich und für Deine Mutter bin ich

Dein "Onkel"

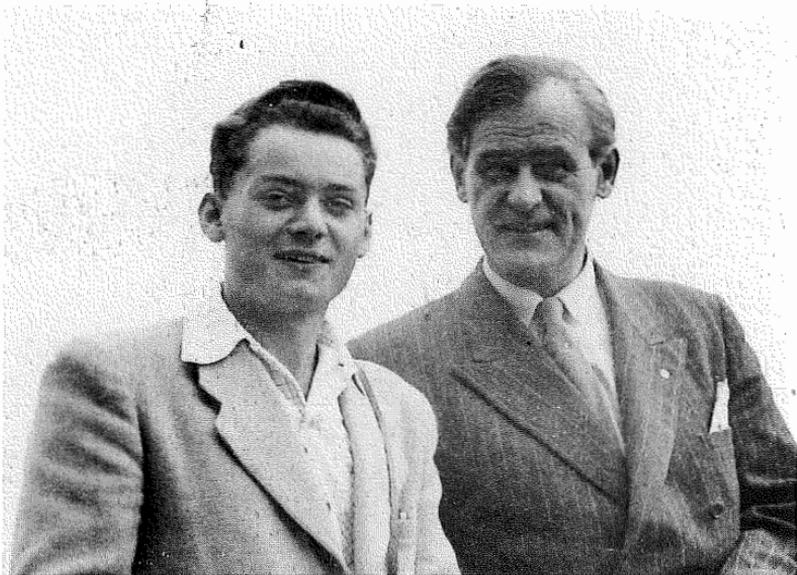
Ans
(Nansen)



«Imagínate a un ángel pintado por Rafael! Esa era su apariencia, y había que mirar con atención para ver si los extremos de la almohada que surgían a su espalda no eran en realidad dos pequeñas alas.»



(Dibujo de Odd Nansen. Cita extraída de su diario *Fra Dag til Dag* [«*Día a día*»] (pág. 191, nota 2)



Con Odd Nansen (1951)



Senta y Eric Silberg (anteriormente Silbergleit),
tíos de Thomas Buergethal (1978)



En el verano de 1951, poco antes de viajar a Estados Unidos



Gerda Buergenthal en Trieste, Italia (1957)



De vuelta en Auschwitz-Birkenau: 55 años después del inicio
de la tristemente célebre Marcha de la Muerte

polacas o en conventos. Durante todo ese tiempo, algunos de ellos habían vivido en condiciones terribles. Una niña, Tamara, que tenía mi edad y en seguida se hizo amiga mía, pasó más de dos años oculta en un desván de techo muy bajo. Allí no había espacio para que ella caminase, y ni siquiera podía ponerse de pie. Cuando la liberaron, sus piernas estaban ya gravemente deformadas. Otros niños y sus padres habían conseguido obtener documentos de identidad falsos. Esto les permitió hacerse pasar por polacos en distintas ciudades y pueblos del país, aunque vivían con el temor constante a ser denunciados a los alemanes. Algunos de estos niños habían sido abandonados a su suerte después de que sus padres fuesen capturados durante las redadas de las SS. Entre los niños mayores había también algunos supervivientes de distintos campos de trabajo alemanes. Cada uno de nosotros tenía una historia para contar más espantosa que la anterior, pero muy rara vez hablábamos de nuestro pasado. Pese a eso, a mis amigos les encantaba que los deleitase con anécdotas sobre mi vida en el ejército polaco.

Dado que yo era el único en todo el orfanato que había sobrevivido a Auschwitz, nuestros administradores le dieron publicidad al hecho. Como consecuencia de ello, fui entrevistado a menudo por periodistas y recibí la visita de personalidades importantes. De tanto en tanto, aparecí incluso en los noticiarios que se proyectaban en los cines polacos en aquellos días anteriores a la televisión. A veces venían también representantes del *American Joint Distribution Committee* (Comité Conjunto Estadounidense de Reparto), conocido como «*Joint*», cuya organización, me parece, era la principal benefactora del orfanato.

En el orfanato nos trataban muy bien. Al poco tiempo de llegar fui examinado por un médico, quien concluyó que yo

era demasiado delgado para mi edad y debía seguir un régimen especial con el fin de ganar peso. Así, durante un tiempo, en el desayuno recibía, además del pan y los huevos pasados por agua habituales, un gran tazón de nata al que usualmente añadía jalea de fresa o mermelada de naranja. A algunos chicos que también seguían esta dieta especial no les gustaba la nata que les daban. Como yo la adoraba, a menudo canjeaba mis huevos por su nata. ¡Nunca antes había comido tan bien! Hubo momentos en que, al ver comida tan estupenda ante mí, estaba convencido de que todo era un sueño y que, en lugar de la nata blanca que me parecía ver, despertaría y tendría ante mí esa nieve que comí durante la Marcha de la Muerte de Auschwitz. A finales del verano y en el otoño, cuando las setas de nuestro bosque empezaban a brotar, nuestra cocinera nos enviaba a recogerlas. Durante los días siguientes, nos deleitaba con una maravillosa sopa de setas o con algunos platos especiales de setas. Me pareció que habitaba el paraíso.

Cuando llegué al orfanato, prácticamente no sabía leer ni escribir más allá de los escasos rudimentos que mis padres habían intentado enseñarme en Kielce. Supongo, sin embargo, que debí de recibir allí alguna enseñanza por parte de nuestras supervisoras antes de ingresar en la escuela polaca cercana a la que asistían los demás niños del orfanato. Aunque parezca extraño, no recuerdo casi nada sobre esa escuela: cuánto tiempo estuve allí, qué grado cursaba o qué aprendí. Puede ser que estuviera allí muy poco tiempo. Pero conservo en la memoria algunas cosas sobre mi período escolar: la enorme cruz que colgaba por encima de la pizarra y la oración de todos los días que entonaban nuestros compañeros polacos cada mañana al tiempo que se santiguaban. Aunque yo no participaba del ritual y me

sentía bastante incómodo de permanecer allí de pie sin hacer nada, pronto aprendí la letra del rezo de memoria y todavía soy capaz de recitarlo en polaco.

Recuerdo también el día en que mojé una de las trenzas de Tamara (que se sentaba delante de mí) con el pote de tinta de mi escritorio. Me propinó una mirada sumamente desagradable pero no le dijo nada a nuestra profesora polaca. En su lugar, me delató ante la supervisora principal cuando regresamos al orfanato. Pocos días después, debí presentarme ante un tribunal honorífico compuesto por algunos chicos mayores. Como castigo, el tribunal me sentenció a cargar con los libros de Tamara desde y hacia la escuela durante un período de dos semanas, así como a desempeñar cualquier otra tarea que ella decidiese asignarme. De este modo nos hicimos amigos inseparables y, al cabo de un tiempo, ella se ofreció incluso a remendarme los calcetines.

Buena parte de nuestro tiempo libre lo pasábamos practicando actividades deportivas. Pronto resultó evidente que, pese a la amputación de mis dos dedos del pie, me era posible correr a gran velocidad. Poco a poco me volví, además, un buen jugador de fútbol. Puesto que podía chutar igual de bien con el pie izquierdo que con el derecho, jugué en una infinidad de posiciones diferentes. Como consecuencia, estaba siempre entre aquellos niños seleccionados en primer término cuando los dos mejores jugadores del orfanato escogían los integrantes de sus equipos. En el orfanato aprendí también a jugar al tenis de mesa, que era allí un deporte muy popular, y pronto pude derrotar en ese juego a muchos de los que me lo habían enseñado. En algún momento durante mi estancia allí, el orfanato fundó un grupo de scouts. Si bien cuando yo me marché toda-

vía estábamos esperando que nos enviaran los uniformes apropiados, disfruté mucho de nuestras actividades como pequeños exploradores.

Por las tardes, sobre todo en los días de la semana y después de los ritos del Sabbat, se leían en voz alta libros polacos y judíos. A veces, algunos de los chicos organizaban recitales de música. Recuerdo que uno de los de mayor edad tocaba muy bien el piano, mientras que otros cantaban o tocaban algún otro instrumento musical. Pronto comprendí, con mucha pena, que carecía de talento musical y que ni siquiera podía cantar entonando. De tanto en tanto, algunos de los niños más grandes montábamos excursiones fuera de Otwock o se nos permitía viajar en grupo sin supervisión. En una ocasión recibimos permiso para ir en tren a Varsovia, situada a veinte kilómetros de Otwock. El motivo de nuestro viaje fue la reapertura del puente principal sobre el río Vístula que conectaba Varsovia con su suburbio de Praga y que había sido destruido durante la guerra. Nos habían dado dinero para los billetes y, al llegar a la estación, alguien sugirió que yo los comprase, pues era el más joven y podría alegar que teníamos todos menos de diez o doce años, cualquiera que fuera la edad límite. Una vez en la taquilla, fingí ser aún más bajo de lo que era y obtuve los billetes a precio reducido. Utilizamos el dinero que nos sobró en comprar golosinas y nos sentimos muy orgullosos de nuestra hazaña. Todavía no entiendo por qué el conductor no se percató de que a algunos en nuestro grupo no nos correspondían los billetes con descuento.

En el jardín trasero del orfanato cultivamos verduras y, si así lo deseábamos, se nos asignaba una pequeña parcela para sembrar lo que quisiéramos. Produjimos pepinos, zanahorias, alubias, coles y tomates. Me encantaba trabajar

mi pequeño jardín, sobre todo después de que uno de los niños me enseñase cómo cambiar la forma de un pepino colocando la planta todavía pequeña dentro de una botella. Después de seguir sus instrucciones al pie de la letra, me puse a examinar mi pepino embotellado cada mañana para ver qué le sucedía. Mi experimento no resultó como yo lo hubiese esperado, pues en mis intentos por sacar el pepino maduro pero deformado de la botella, lo mutilé.

A un lado de nuestro edificio, pero más cerca del jardín que del frente del orfanato, el apicultor (que debía de ser al mismo tiempo nuestro jardinero) tenía una hilera de panales. Fascinado por su trabajo, un día me ofrecí como voluntario para ayudarlo. Me enseñó lo que hacía y, vistiendo la red protectora que me tendió, intenté operar los fuelles empleados para espantar a las abejas a fin de que el apicultor pudiese retirar la miel. Pues bien, mientras luchaba infructuosamente para hacer funcionar los fuelles, empecé a recibir picaduras en las manos (no llevaba guantes) y eché a correr pese a las advertencias del apicultor aconsejándome que me quedase quieto. Los panales debían de estar situados a unos veinte metros del edificio del orfanato y, mientras intentaba librarme de las abejas, empezaron a perseguirme verdaderos enjambres. Con mi red protectora fuera de sitio, recibí picaduras en todo el rostro y el cuello. Llegué hasta el edificio y cerré la puerta de un golpe, dejando detrás a gran parte de las abejas, si no a todas. La enfermera que me atendió más tarde dijo que había tenido suerte pues, de haber sido alérgico a las picaduras de abeja, podría haber muerto. Como corolario, sufrí intensos dolores durante los varios días que estuve con las manos, el rostro y el cuello hinchados. Nunca más volví a acercarme a los panales.

Cuando dos de mis amigos encontraron una pistola en el bosque, no tardaron en venir a contármelo pues, en sus propias palabras, yo sabía «cómo manejar armas». Habían enterrado la pistola junto a un árbol en pleno bosque y querían que yo la mirase para saber si todavía funcionaba correctamente. Los tres nos dirigimos hacia el escondite y mis amigos cavaron hasta encontrar el arma. Yo la revise con toda la aparente profesionalidad que pude exhibir ante ellos. La pistola estaba muy sucia y en algunos lugares incluso se había oxidado, por lo que me pregunté si aún podría disparar. ¿Qué hacer? Nos enfrentábamos entonces con un auténtico dilema, ya que sólo había una bala en el cargador: si probábamos la pistola para ver si funcionaba, nos quedaríamos sin municiones; si en cambio decidíamos conservar nuestra única bala, nunca dejaríamos de preguntarnos si el arma estaba en buen estado. A la larga, nuestra curiosidad pudo más y nos convencimos a nosotros mismos de que en un futuro cercano podríamos adquirir las municiones requeridas. Como me había jactado ante todos los que quisiesen escucharme de mi enorme experiencia disparando todo tipo de armas de fuego, mis amigos decidieron que yo sería quien la probase. Semejante decisión no me hacía del todo feliz, pues los compañeros del ejército polaco que me habían dado mi pequeña pistola siempre me aconsejaban mantenerla limpia y bien aceiteada. Si se la utilizaba estando sucia y oxidada, podía explotar. Cuando ya no me quedaba más que demostrar mi pericia con las armas, les pedí a mis amigos que permaneciesen a cierta distancia detrás de mí mientras yo procedía a apuntar con la pistola a un gran árbol situado a unos pocos metros. Apreté el gatillo y el arma produjo una fuerte detonación a la vez que emitía gran cantidad de humo. Yo seguía de pie, pistola en mano,

ileso. Acordamos volver a enterrar el arma después de envolverla en unas telas. Nuestro plan era regresar algunos días más tarde con un poco de aceite para bicicletas (si lo conseguíamos) o mantequilla (si no) y limpiar con ello la pistola. Pero entretanto el gobierno polaco colocó pancartas en todo el poblado (algunas de ellas incluso clavadas en los árboles cercanos al orfanato) solicitando a la gente que entregase todas sus armas. Con mis dos amigos discutimos qué hacer con nuestra pistola enterrada y decidimos dejarla donde estaba. Probablemente todavía siga allí.

El correo del orfanato debía recogerse en la oficina postal del poblado de Otwock. Esa tarea se le encargaba a menudo a uno o dos de los chicos de más edad, quienes la odiaban, pues para llegar a la oficina postal era preciso pasar por el vecino orfanato católico, donde los niños polacos los bombardeaban con piedras o intentaban golpearlos mientras soltaban insultos antisemitas. Los nuestros, por lo tanto, intentaban dar un rodeo para evitar pasar por el orfanato católico, lo que los obligaba a seguir complicadas rutas a través del bosque. Incluso así, con frecuencia caían en alguna emboscada. Poco después de mi ingreso en el orfanato, llegaron a la conclusión de que, como yo no tenía aspecto judío, podría pasar tranquilamente por polaco. Así fue como se me encargó ir a recoger el correo. La primera vez pude pasar por delante del orfanato católico sin inconvenientes. Pero una vez que los chicos polacos se percataron de que yo procedía del orfanato judío, dejé de ser inmune a sus ataques. Aunque no pude escapar a sus abucheos antisemitas cuando intentaba pasar por allí, sí lograba correr más rápido que los chicos polacos que trataban de darme alcance. Después de un tiempo, sin embargo, acabé prefiriendo no arriesgarme a ser sorprendido o a recibir el golpe

de una piedra y, en lugar de pasar por el orfanato católico, comencé a realizar extensos rodeos por el bosque. Con todo, lo peor de mi trabajo como cartero era que nunca había ninguna carta para mí.

Durante mi estancia en el orfanato, la administración estaba en manos del *Allgemeiner jüdischer Arbeiterbund*, el BUND, un partido judío socialista de izquierdas que, entre otras cosas, sostenía que los judíos debían edificar un estado socialista polaco en lugar de emigrar a Palestina para ayudar a fundar un estado judío. Quienes administraban el orfanato, por ende, no hacían ningún esfuerzo por promover la emigración hacia Palestina o por alentar actividades que nos preparasen para ello. Esta situación no le pasaba inadvertida a algunos grupos sionistas de Polonia y llevó a uno de ellos (una organización sionista conocida como *Hashomer Hatzair*) a infiltrarse en el orfanato a fin de promover secretamente la emigración hacia Palestina. Fue así como una joven mujer llamada Lola acabó en nuestro orfanato y, cuando yo llegué a Otwock, era la supervisora principal o, al menos, la supervisora de mi grupo. Aunque no estoy muy seguro de cuál era exactamente su cargo, sé que la adoraba, al igual que todos mis amigos.

Cuando yo llevaba ya algún tiempo en el orfanato, Lola me invitó una vez a caminar con ella. Mientras dejábamos los terrenos del orfanato, me preguntó si había pensado alguna vez en ir a Palestina o si había planeado permanecer en Polonia por el resto de mis días. Debo admitir que nunca me había planteado semejante disyuntiva, pues esperaba que mis padres, cuando fuera que los hallase, tomasen tales decisiones por mí. De todos modos, había oído hablar a mi padre sobre Palestina y sobre la necesidad de los judíos de tener su propio país algún día.

Con estas palabras en mente, le dije a Lola: «Me encantaría vivir en Palestina porque allí no tendría que temer ser llamado “sucio judío ni soportar que los niños polacos me arrojen piedras». «Si estás en verdad seguro de que deseas vivir en Palestina», me dijo Lola, «entonces te contaré un secreto muy importante. Pero debes prometer que no se lo dirás a nadie más.»

Una vez que le hube prometido que el secreto estaría por siempre seguro conmigo, Lola me reveló que algunos de los niños de más edad, tanto varones como mujeres, ya le habían expresado sus deseos de vivir en Palestina y que ella, a su vez, los ayudaría a llegar allí. Había confeccionado una lista con los nombres de esos niños y, si realmente estaba seguro de que quería trasladarme a Palestina, ella añadiría mi nombre a dicha lista. Por supuesto, le dije que estaba más que seguro. Lola me explicó luego cómo funcionaría el plan. Muy poco tiempo después, los niños se irían escabullendo del orfanato de uno en uno, para ser recogidos por gente del *Hashomer Hatzair*. Luego los chicos serían llevados a un kibbutz temporal en Polonia, donde se harían arreglos para que cada niño saliese secretamente de Polonia rumbo a Palestina vía Italia o vía Francia. El proceso se repetiría cada tantas semanas.

A mí me parecía todo sumamente emocionante. De inmediato me ofrecí como voluntario para ser uno de los primeros niños en huir. Pero Lola me explicó que yo tendría que ser uno de los últimos en dejar el orfanato, pues era «famoso». Con ello quería decir que, dado que la administración del orfanato había publicitado mi historia y mi presencia en ese hogar, mi desaparición provocaría sin duda investigaciones y pondría en peligro toda la operación. Entretanto, sin embargo, Lola prometió que mi nombre

figuraría en la lista de los que habían expresado su deseo de ir a Palestina y que dicha lista sería enviada a las oficinas correspondientes en Palestina. Así, yo podía estar seguro de que no se olvidarían de mí. Me entusiasmaba la perspectiva de vivir en Palestina y, si bien lamentaba tener que esperar por un tiempo, me pareció que lo que Lola me planteaba era razonable.

Pasaron varios meses tras mi conversación con Lola, en los que no volví a oír nada más sobre nuestro secreto. De repente, una mañana, cuando ya había perdido toda esperanza de mudarme a Palestina, la directora del orfanato me convocó a su despacho. Dado que por lo general sólo se nos pedía ir a ver a la directora si éramos merecedores de alguna grave sanción disciplinaria, estaba seguro de que ella había descubierto el plan del *Hashomer Hatzair* y me interrogaría al respecto. De camino hacia su despacho, me preocupaba qué decir y si no me convenía más mentir que arriesgar los planes de Lola, quien podía acabar siendo despedida. Yo no deseaba de ningún modo perder a Lola.

Una enorme sonrisa me esperaba cuando entré al despacho de la directora. «Intenta engañarme», pensé, «a fin de hacerme confesar.» Tras pedirme que me sentase, la directora empezó a preguntarme acerca de mis padres. ¿Recordaba yo acaso el nombre de mi madre? «Gerda», respondí. «¿Y cómo la llamabas tú?», inquirió a continuación, y yo contesté: «Mutti». «¿Sabes dónde nació?» Afirmé que había nacido en Göttingen. Siguieron más preguntas, incluyendo también algunas acerca de mi padre y cuándo los había visto a ambos por última vez. Yo respondí a todo lo mejor que pude, preguntándome todavía de qué iba el asunto. Entonces la directora me preguntó si reconocería a mi madre en caso de verla. «¡Por supuesto!» exclamé, ya totalmente

confundido. «¿Adónde quiere llegar esta mujer?», pensaba yo mientras me carcomía la curiosidad, si bien estaba seguro de que a la larga me revelaría el verdadero motivo por el cual me había convocado a su despacho.

En lugar de ello, la directora señaló una carta sobre su escritorio. «Tengo noticias maravillosas para ti», sostuvo con entusiasmo. «¡Tu madre está viva! Esta carta es suya.» Tan pronto como ví la carta, todo el entusiasmo y la alegría que pudiera sentir ante las noticias que me acababa de dar la directora se desvanecieron de inmediato. Estaba escrita en polaco, y yo sabía que mi madre no sabía escribir en polaco. Además, la letra manuscrita no era suya. Estaba seguro de ello pues, incluso antes de aprender realmente a leer, mi padre solía burlarse de la caligrafía de mi madre afirmando que parecía como si un pollo hubiese caminado sobre un trozo de papel después de pisar un tintero. Por eso, podía afirmar que la carta que la directora me entregaba no había sido escrita por mi madre.

Sentí deseos de llorar, pero no quería permitir que la directora notase mi desilusión. Le dije que esa carta no podía provenir de mi madre, y que probablemente habría sido escrita por alguna mujer que quería adoptarme fingiendo ser mi madre. No era inusual entre los judíos supervivientes de los campos, sobre todo entre quienes habían perdido a sus propios hijos, acudir al orfanato y ofrecerse a adoptar a alguno de los huérfanos. Diferentes organizaciones judías alentaban también las adopciones en sus publicaciones. Los chicos de más edad sentíamos un orgullo especial por negarnos a ser adoptados, y dado que yo estaba convencido de que mis padres aún vivían y pronto me encontrarían, tenía mejores motivos incluso para permanecer en el orfanato. La directora intentó con-

solarme sugiriendo que quizá yo me equivocaba acerca de la carta. Indicó que alguien más podría haber escrito la carta en polaco para mi madre. Después de todo, la carta no iba dirigida a mí, afirmó, sino al orfanato, y quizá mi madre creyera que una carta en alemán corría el riesgo de no ser siquiera leída. Nada de eso me convenció, pero mientras yo me marchaba del despacho envuelto en lágrimas, le escuché decir a la directora que ella no se rendiría tan fácilmente y que yo tampoco debería hacerlo.

Pasaron las semanas e intenté de modo infructuoso alejar la carta de mi mente. Como estaba convencido de que no provenía de mi madre, empecé a preguntarme por qué, si mis padres vivían, no me habían hallado todavía más de un año después de finalizada la guerra. Tras formularme semejante pregunta, me vi forzado a imaginar lo inimaginable: si tantas otras personas habían sido ejecutadas, ¿no era posible que también mis padres hubieran muerto? No, no estaba dispuesto a admitir eso. ¡Sencillamente no podía ser verdad! Poco a poco, sin embargo, comencé a dudar y me pregunté si, de haber sobrevivido sólo uno de ellos, habría sido mi madre o mi padre. Sabía que mi madre sufría problemas de salud en el gueto (luego me enteré de que padecía de la tiroides) y también me constaba que mi padre tenía mucha habilidad en engañar a los alemanes. Esas reflexiones me convencieron de que, si sólo uno de ellos había sobrevivido, ése debía de ser mi padre. Pero si él había sobrevivido, medité, sin duda ya me habría encontrado. Antes de llegar la carta, yo había logrado evitar contemplar el destino de mis padres, negándome a admitir que ambos podrían haber muerto. Ahora, gradualmente, caía en la cuenta de que quizá estuviese solo en el mundo y de que no había gran cosa que yo pudiese hacer al respecto, más

que ir a Palestina. De pronto, esa perspectiva me resultó todavía más atractiva.

Consciente de que pasaría algo de tiempo antes de que pudiese dejar el orfanato para mudarme a Palestina, intenté no volver a pensar en mis padres y me ocupé en jugar más al fútbol y al tenis de mesa. Un buen día, cuando me hallaba en medio de un trepidante partido de fútbol, la directora salió corriendo de su oficina agitando una carta. La miré, y de inmediato reconocí la inconfundible letra de mi madre. Empezaba con la frase «*Mein liebster Tommyli*» («Mi querido Tommyli»). En ese preciso instante supe que ella estaba viva. «¡Está viva!», me repetía a mí mismo una y otra vez. Fue el momento más feliz de mi vida. Empecé a llorar y reír a la vez, abandonando todo el autocontrol y la recia pose que había adquirido desde mi llegada al orfanato. Tenía una madre, y eso significaba que podría volver a ser niño otra vez.

Si mi madre se hubiese enterado hoy, y no en 1946, de que yo estaba vivo, probablemente habría cogido un avión o un tren, habría venido a Polonia y me habría llevado de regreso a Göttingen, su ciudad natal, a la que ella había vuelto tras la guerra. Pero nada de eso era posible en 1946, ni tampoco que ella me telefonease desde Alemania. Además, a mi madre le habría llevado varios meses conseguir los documentos necesarios para viajar hasta Polonia. Y como yo carecía de pasaporte o de cualquier otro documento que me permitiese abandonar Polonia, se habría perdido mucho más tiempo. Por ende, pronto resultó evidente que habría que urdir otro plan de viaje menos convencional para que yo me reuniese con ella en Göttingen.

Entretanto, el correo era nuestra única vía de comunicación. Pero en aquellos días era demasiado lento y no

siempre fiable. Podían transcurrir por lo menos seis semanas hasta que una carta procedente de Alemania me llegase a Otwock. Por eso, no llegamos a intercambiar más que un puñado de misivas antes de reencontrarnos. Como sabía que estaba viva, era normal que me sintiese cada vez más impaciente y frustrado por el retraso en volver a verla. Sólo puedo imaginar lo que ella debió de haber sentido durante ese lapso. ¡Cuánto habría adorado tan sólo volver a oír su voz!

Nos llevó más de tres o cuatro meses volver a encontrarnos. Mucha gente participó en la misión de llevarme desde Otwock hasta Göttingen: la directora de nuestro orfanato, que estuvo magnífica moviendo todos los hilos burocráticos necesarios, y varias organizaciones judías, entre ellas el American Joint Distribution Committee y la Bricha. Esta última era una organización judía que, operando con sigilo, trasladaba supervivientes desde Europa hasta Palestina y, en el proceso, ayudaba también a reunir familias dispersas por Europa. A día de hoy no sé realmente quién coordinó las diversas funciones que desempeñaron estas organizaciones para conducirme a destino. Lo que sí sé es que mi trayecto desde Otwock (pasando por Praga en Checoslovaquia y la zona estadounidense de Alemania) hasta Göttingen en la zona británica, incluyendo numerosas pausas en el camino, se ejecutó con admirable precisión y sin que yo fuese consciente de la menor dificultad.

Semejante viaje, incluso bajo circunstancias normales, habría requerido de una considerable coordinación, pues pasé de la tutela de un grupo o individuo a otro en diferentes etapas del trayecto. No sólo tuve que cruzar varias fronteras, sino que debía hacerlo de forma ilegal, pues carecía de la documentación necesaria. Algunas personas se

ocuparon del cruce de fronteras, mientras que otras me alojaron en diversos centros de tránsito judíos temporales o clandestinos, y en ocasiones incluso en hoteles. En su conjunto, los cruces de frontera no fueron demasiado peligrosos y con frecuencia se realizaron a plena vista de los guardias fronterizos, que probablemente fueran sobornados. Sólo un paso de frontera implicó andar con dificultad por la espesa nieve y en la oscuridad a través de un bosque para no ser descubiertos. Ya no sé con seguridad si eso sucedió en la frontera entre Polonia y Checoslovaquia o en aquella entre Checoslovaquia y la zona estadounidense de Alemania. Lo que sí recuerdo con mayor claridad hasta el día de hoy, sin embargo, es el frío. Ese cruce de frontera en particular se produjo a fines de noviembre o principios de diciembre, y mis pies, sensibles al frío a causa del congelamiento y las amputaciones que habían sufrido, me dolían y me resultaba penoso caminar. A su vez, eso trajo a mi memoria terribles recuerdos de la Marcha de la Muerte de Auschwitz. Por fortuna, el cruce sólo llevó unas pocas horas y pronto estuvimos en un centro de tránsito con óptima calefacción.

Con excepción de un único cruce de frontera, donde sólo me hicieron pasar a mí, por lo general viajábamos en grupos de entre diez y veinte personas: un «transporte», como lo llamaban nuestros guías de la Bricha. La composición de dichos grupos y su tamaño variaban de etapa en etapa del viaje. Por ejemplo, al llegar a un centro de tránsito tras haber cruzado una frontera, nos topábamos con otros que ya estaban esperando allí. Ese grupo tenía entonces prioridad sobre nosotros a la hora de partir hacia el siguiente destino, mientras que nosotros debíamos esperar nuestro turno. Si bien estaba todo organizado con gran

eficacia, llevaba un montón de tiempo transportarnos de país en país.

Un episodio de ese viaje volvió a mi memoria de forma espectacular casi medio siglo después. La historia comienza en 1946, cuando, después de haber sido introducido en Checoslovaquia desde Polonia, fui separado de mi grupo y conducido a Praga. Allí quedé a cargo de una joven estadounidense, quien me alojó durante cerca de una semana en el elegante hotel donde ella vivía. Fue muy amable conmigo, me llevó a comer a sitios muy bonitos y me mostró muchos aspectos interesantes de la ciudad. Cuando llegó el momento de marcharme de Praga a fin de unirme al transporte que me llevaría a la zona estadounidense de Alemania, prometí que seguiríamos en contacto. Pero no pude mantener mi promesa, pues con la emoción que me producía la esperada reunión con mi madre, perdí el trozo de papel donde la mujer me había escrito su nombre y dirección. Un buen día, el 19 de marzo de 2000, mientras trabajaba ante el ordenador, apareció en mi pantalla un mensaje de correo electrónico con el encabezado: «¿Eres tú?». El mensaje empezaba con las siguientes palabras: «He leído en el *Jerusalem Post* del 6 de marzo acerca de tu elección como juez de la Corte Mundial». Tras felicitarme, la autora proseguía:

«Me pregunto si serás tú el mismo “Tommy Buerghenthal” que durante los años 1946 y 1947 fue conducido desde Polonia hasta Praga por una escolta especial y debió pasar unos cuantos días en Praga, esperando para reencontrarse con su madre en Alemania. Si fue así, yo fui la asistente social del American Joint Distribution Committee con quien te hospedaste y quien se encargó de cuidarte. Mi nombre era entonces Freda Cohen. Aunque ya han pasado más de cincuenta años, nunca he olvidado al niño ni

el nombre de "Tommy Buergenthal", y a menudo me he preguntado acerca de su destino. Ver tu nombre impreso fue para mí una experiencia conmovedora, y me haría muy feliz saber si eres tú el mismo "Tommy Buergenthal".

El correo llevaba la firma «Freda (Cohen) Koren» y provenía de Tel Aviv. Por supuesto que respondí de inmediato. Intercambiamos cartas durante un año y medio, haciendo planes para encontrarnos tan pronto como fuera posible. Entonces, poco después de que ella me anunciara su intención de visitarme en Holanda, recibí la triste noticia de su repentina muerte: tenía ochenta y cinco años y había vivido una vida plena. Por lo menos se me había concedido la oportunidad, después de tantos años, de agradecerle por haberme tratado tan bien en 1946. Aunque se me había olvidado su nombre, de ningún modo había olvidado lo amable que había sido conmigo. Con frecuencia había pensado en ella, sobre todo cuando me encontraba ante una puerta giratoria. Esta incongruente asociación de ideas entre las puertas giratorias y Freda, según le expliqué a ella en mi primer correo, se originó en una experiencia que tuve cuando ella me llevó a su hotel. En la entrada del hotel me detuve abruptamente frente a su puerta giratoria. Jamás había visto antes una puerta semejante y tardé un tiempo en imaginar cómo podía uno pasar al otro lado empleando ese artilugio. «Por supuesto que ése no era el tipo de conocimiento que yo hubiera necesitado para sobrevivir en los campos de concentración», le comenté en aquel mensaje, mientras intentábamos ponernos al tanto de todo lo que había ocurrido en nuestras vidas durante un período de más de cincuenta y cinco años.

Tras partir de Praga crucé la frontera checa con otro transporte y entré en la zona estadounidense cerca de la

ciudad bávara de Hof, donde nos esperaba otro centro de tránsito. Quedaba todavía una frontera, la que separaba la zona británica de la estadounidense, antes de que pudiese reunirme con mi madre en Göttingen. Atravesé dicha frontera en un tren militar estadounidense, en compañía de otro representante del *Joint*. Era el 29 de diciembre de 1946. Göttingen estaba a sólo veinte kilómetros de distancia.

Una vez que pasé esta última frontera, me levanté de mi asiento y permanecí de pie junto a la ventanilla hasta que llegamos a la estación de ferrocarril de Göttingen. No podía contener mi emoción. La divisé incluso antes de que el tren se detuviese. Mientras intento describir las emociones que me recorrían en ese momento, comprendo que soy incapaz de expresarlas con palabras. Incluso ahora, tantos años después, las lágrimas inundan mis ojos cuando la veo allí esperando, explorando nerviosamente con la mirada el interior de los vagones que se iban deteniendo poco a poco, en busca de algún rastro de mí. Cuando el tren todavía estaba en movimiento, salté al andén y corrí hacia ella. Caímos el uno en brazos del otro y así estábamos todavía una vez que el tren ya se hubo marchado, abrazándonos e intentando contarnos en pocos minutos todo lo que nos había ocurrido desde aquel día de agosto de 1944 en que nos habían separado en Auschwitz. «*Und Papa?*», pregunté por fin. Ella no respondió de inmediato, sino que siguió negando con la cabeza mientras las lágrimas resbaban por sus mejillas. En aquel preciso instante supe que mi padre no había sobrevivido a la guerra. Una guerra que, en aquella estación de ferrocarril, concluía definitivamente para mi madre y para mí.

Capítulo 9

Un nuevo comienzo

Tan pronto como volvimos a estar juntos, Mutti y yo conversamos y conversamos durante días enteros sobre todo lo que nos había sucedido a lo largo de los dos años y medio que habíamos estado separados. Así supe que a fines de 1944 ella había sido trasladada desde Auschwitz hasta el tristemente célebre campo de concentración para mujeres de Ravensbrück, situado a unos noventa kilómetros de Berlín. Ravensbrück fue evacuado por las SS antes de que llegasen allí las tropas soviéticas a fines de abril de 1945. Mutti y las demás prisioneras del campo que estaban en condiciones de caminar fueron obligadas a marchar en dirección oeste hasta alcanzar Malchow, un campo satélite de Ravensbrück. Muchas de las mujeres murieron durante esa marcha. El 28 de abril de 1945, Malchow fue liberado por las tropas soviéticas. Aunque parezca irónico, apenas unos sesenta kilómetros nos separaban entonces a Mutti y a mí,

pero tendríamos que esperar un año y medio más antes de reencontrarnos.

Durante la primera semana que siguió a su liberación, Mutti, junto con un pequeño grupo de amigas suyas, vivió en varias casas abandonadas por alemanes que encontraron por el camino. Allí se proveyeron también de la ropa necesaria y de comida. A excepción de Mutti, todas aquellas mujeres habían nacido en Polonia y por eso decidieron regresar a sus pueblos natales tan pronto como pudieran, con la esperanza de dar con familiares que hubiesen sobrevivido a la guerra. Mutti las acompañó con la idea de llegar hasta Kielce, que era uno de los lugares donde ella y mi padre habían acordado encontrarse si sobrevivían a la guerra. Mi madre suponía además (y luego resultó ser así) que todos los demás supervivientes del gueto de Kielce regresarían a esa ciudad y podrían brindar información sobre mi padre y sobre mí en caso de que nosotros no estuviésemos ya allí.

Mutti llegó a Kielce tras un horrendo viaje de casi dos semanas con trayectos a pie, otros en camión y otros en ferrocarril. Sin dinero y sin más comida que la que pudiera encontrar o recibir de los campesinos en el camino, arribó a Kielce totalmente exhausta. Durante el recorrido, y en especial después de que su pequeño grupo se desbandase, mi madre había tenido que tener especial cuidado para que no la tomaran por alemana. Como hablaba muy poco polaco, decidió hacerse pasar por húngara cada vez que le preguntaban por su procedencia. Así y todo, ella no hablaba ni una sola palabra de húngaro y sólo le quedaba esperar no toparse con nadie que se dirigiese a ella en esa lengua. Tuvo suerte en ese aspecto, pero acabó revelando por accidente su origen alemán en una ocasión. Sucedió cuando alguien le pisó un pie en la parte trasera de un camión atestado de

gente y un leve taco en alemán escapó de sus labios. Antes de que ella tomase conciencia ya la habían expulsado del camión. Tuvo suerte de que no la golpearan o algo peor.

En el momento de su llegada, habían regresado a Kielce algunas decenas de supervivientes, quienes habían establecido una organización comunitaria judía. Mutti fue recibida con los brazos abiertos, pues casi toda la gente la conocía del *arbeitslager* y de la fábrica Henryków. Dotada de un refugio temporal y de comida, mi madre empezó a indagar sobre mi padre y sobre mí. No tardó en saber que mi padre no había sobrevivido. Después de que él y yo fuésemos separados en Auschwitz, mi padre fue enviado a Flossenbürg, otro campo de concentración alemán, donde murió pocos días antes de la liberación del campo, ejecutado junto a otros prisioneros que los líderes de las SS no querían ver caer en manos aliadas. Durante días, Mutti vagó por la ciudad en estupor, sin querer creer lo que le habían contado. Pero a medida que regresaban a Kielce más y más supervivientes que habían estado con mi padre en Flossenbürg y confirmaban la información sobre su muerte, mi madre no tuvo más remedio que aceptarla.

Sin embargo, ninguno de los supervivientes con quienes Mutti entró en contacto pudo decirle con seguridad qué había sido de mí. Muchos de ellos me recordaban bien de Kielce y de Auschwitz, pero nadie me había visto después de la liberación ni cerca de esas fechas. Una persona creía haberme visto, bien durante la Marcha de la Muerte de Auschwitz, bien en Sachsenhausen, pero no estaba realmente segura. Como mi madre insistiera para que recordasen si no me habían visto después de la liberación de Sachsenhausen, todos intentaron convencerla de que yo de ningún modo podría haber sobrevivido. «No sobrevivió ninguno de los

niños», le decían. «¿Cómo podría haber sobrevivido?», le preguntaban con suavidad. «Después de todo, era de lejos el más joven de todos los de Kielce.» «Ahora debes pensar en ti misma y en tu salud», añadían preocupados por su frágil estado físico y por su agotamiento nervioso. Pero ella hacía caso omiso y afirmaba con vehemencia saber que yo estaba vivo.

Cuando sus pesquisas en Kielce no condujeron a ninguna información de utilidad, Mutti decidió que ya era hora de viajar a Göttingen, otro de los puntos de encuentro acordados entre ella y mi padre. Regresar a Alemania no fue más sencillo que su viaje previo desde allí hacia Polonia. Las condiciones en los caminos seguían siendo tan caóticas y peligrosas como antes, y era igualmente arduo hallar medios de transporte. Pero con la ayuda de algo de dinero que le había proporcionado la comunidad judía de Kielce, Mutti llegó finalmente a Göttingen, totalmente exhausta y sumida en una depresión. Poco después de su llegada tuvo que ser ingresada en un hospital para tratar su enfermedad de la tiroides que había recrudecido. Los médicos también decidieron que ella necesitaba un reposo absoluto. En aquellos días anteriores a los tranquilizantes modernos, se le recetó un intenso tratamiento con somníferos. Permaneció en el hospital durante varias semanas.

Cuando se marchó de allí, Mutti había recuperado algo de fuerzas. No fue fácil para ella hallarse de regreso en una Göttingen que recordaba tanto por su infancia feliz allí como por su difícil período nazi. Casi inmediatamente después de que los nazis llegasen al poder, la mayoría de sus compañeras no judías de la escuela habían empezado a actuar como si no la conocieran. Cuando la veían acercarse por la calle, cruzaban a la otra acera o le huían la cara a fin

de no tener que saludarla. Recibió un trato aún peor las únicas dos veces que regresó a Göttingen desde Lubochna para visitar a mis abuelos y mostrarme a mí, su nuevo bebé. Ahora, después de la guerra, estas mismas mujeres la abrazaban en plena calle y se comportaban como si nada hubiese sucedido en el pasado.

El edificio donde había funcionado la zapatería de mis abuelos y donde ellos tuvieron un piso quedaba en la Gronerstrasse, una de las dos calles principales de la ciudad. Debajo de la pintura con el nombre del nuevo dueño, todavía podía descifrarse el rótulo «*Schuhgeschäft Paul Silbergleit*». Mis abuelos se habían visto forzados a vender el inmueble por una suma irrisoria. Mutti había nacido y se había criado en esa casa y ahora todo lo que quedaba de dicho pasado y de la vida de su familia en Göttingen eran esas letras fantasmales con el nombre de su padre. No sorprende que, durante sus primeros días de regreso en Göttingen, ella se preguntara a menudo si haber sobrevivido a los campos no era un nuevo e inmerecido castigo.

Fue durante aquel período tan difícil en que ella carecía de toda noticia sobre mi paradero cuando una anciana mujer se aproximó a ella y le pidió ayuda para cruzar una de las ajetreadas calles de Göttingen. Volviéndose hacia ella, Mutti le gritó: «¡Nadie ayudó a mi madre a cruzar la calle en esta maldita ciudad!» y se marchó dándole la espalda. Años más tarde, una vez que el pasado fue perdiendo su dolorosa inmediatez, Mutti recordaba con frecuencia «su vergonzoso comportamiento», según lo describía ella. Seguía molestándole haber sido tan desconsiderada con aquella anciana. «Después de todo», se preguntaba, «¿qué derecho tenía yo de culpar a esa pobre mujer por lo que los nazis le habían hecho a mi madre?»

Poco después de dejar el hospital, Mutti se dirigió a la panadería cercana al sitio donde había estado la tienda de sus padres. Fue reconocida de inmediato y recibida con calidez por la señora Appel, la esposa del panadero. Pese a las órdenes nazis de no confraternizar con judíos, los Appel habían mantenido el contacto con mis abuelos, prestándoles ayuda cada vez que les era posible. Tras una reunión feliz y lagrimosa con Mutti, la señora Appel dijo que tenía algo para ella. Entonces se marchó unos instantes y retornó enseguida con una polvorienta maleta. «Tus padres me dejaron esta maleta para que la cuidáramos», le contó la señora Appel al tiempo que se la entregaba. «Siempre temimos que los nazis la hallaran y nos castigasen, pero les prometimos a tus padres esconderla y eso hicimos.» La maleta contenía manteles y sábanas, así como unas pocas piezas de platería. En el fondo de la maleta, Mutti halló algunas fotografías familiares y cartas que mis abuelos habían recibido de su hermano Eric, que residía en Estados Unidos. Para Mutti, las fotos fueron un descubrimiento valiosísimo. Todas sus fotos familiares, incluyendo las fotos de sus padres, de mi padre y mías, se habían perdido en los campos. Con la destrucción de dichas fotografías, le parecía a ella, se había borrado toda prueba de la existencia de su familia. Ahora Mutti podía mirar nuevamente esas imágenes de un pasado lejano y feliz, antes de que los nazis lo destruyesen todo. Fue la primera cosa buena que le sucedió tras su regreso a Göttingen.

Después de la guerra era muy complicado hallar alojamiento en Göttingen, incluso pese al hecho de que la ciudad no había sido bombardeada. Quizá fue precisamente por eso por lo que la población casi se había duplicado, debido a la llegada de gran número de refugiados alemanes que habían perdido sus hogares en el este. A Mutti le

habían asignado un piso, pero no se sentía a gusto porque era muy pequeño y oscuro. Su problema se resolvió cuando se topó en la calle con el señor Fritz Schügl, a quien ella conocía como dueño de una joyería situada a una calle del negocio de mis abuelos. Schügl le preguntó a mi madre si necesitaba un lugar donde vivir y le ofreció un piso en la segunda planta de su casa familiar o villa. El tamaño de las viviendas y la adjudicación de los alquileres estaban estrictamente controlados en aquellos días, pero los supervivientes de campos de concentración recibían un trato preferencial y se les permitía habitar pisos más amplios. Tras mudarse a un piso luminoso dotado de un gran balcón con vistas al jardín de los Schügl, el estado de ánimo de mi madre mejoró notablemente, y con ello también su salud.

Durante todo este período, Mutti nunca claudicó en su esperanza de hallarme. Contactó con las muchas oficinas de búsqueda de personas que habían surgido en Alemania y en otros países para ayudar a reunir familias. También seguía en comunicación con aquellos supervivientes de Kielce cuyas direcciones había podido conseguir, con la ilusión de recibir noticias de alguien que me hubiese visto o tuviese alguna información acerca de mi paradero. En una de las cartas halladas en la maleta que la señora Appel había escondido para mis abuelos, Mutti encontró la dirección de su hermano Eric en Estados Unidos y de inmediato se puso en contacto con él. Hasta entonces, Eric ignoraba que su hermana hubiera sobrevivido, así como desconocía el destino de sus padres. Gracias a ella se enteró de que mi padre había muerto y de que Mutti todavía estaba buscándome. Eric se puso inmediatamente en contacto con varias organizaciones judías en Estados Unidos y en Palestina, solicitando su ayuda para encontrarme.

Pese a todas las respuestas negativas que mi madre había recibido y a las sugerencias de sus amigos razonando que yo no podía seguir con vida y que debía enfrentarse a la triste realidad para poder vivir en paz, Mutti insistía en que yo no había muerto. «Sé que está vivo, puedo sentirlo», repetía. Era sólo cuestión de tiempo «hasta poder encontrarlo», les decía a todos los que intentaban hacerle aceptar «la realidad». Mi madre vio su certeza espectacularmente confirmada por una borrosa foto que halló en un periódico. Según el epígrafe, la foto mostraba a un soldado británico en Berlín caminando con un grupo de niños judíos liberados. Mutti estaba segura de haberme reconocido en esa foto. «Aquí está la prueba que yo estaba esperando», les dijo a sus amigos, mostrándoles la imagen a todos quienes dudaban que yo hubiese sobrevivido. Aunque en esos tiempos yo me encontraba en Berlín, no recuerdo haber visto jamás un soldado británico en la ciudad, y tampoco era ninguno de los niños de la foto. Pero Mutti ignoraba eso en aquel momento, lo que a la larga resultó positivo, porque la foto mantuvo firme su creencia de que yo estaba vivo y le proporcionó la esperanza que necesitaba en aquellos días tan difíciles.

Más de medio año después de su regreso a Göttingen, Mutti supo que un amigo de la familia, el doctor Leon Reitter, había sobrevivido a la guerra y se encontraba en un campo para las denominadas «*Displaced Persons*» en la zona estadounidense, cerca del campo de concentración de Dachau, del cual había sido liberado por las tropas de Estados Unidos. Cuando los alemanes ejecutaron a los médicos judíos en Kielce, él fue el único médico que se salvó. Nacido en Polonia, era un pediatra que había recibido su educación médica en Checoslovaquia debido a que por

entonces sólo a un número muy limitado de judíos se les permitía estudiar medicina en Polonia. Mis padres y yo lo conocimos en el gueto: era el doctor a quien llamaban cada vez que me subía la fiebre o sufría algún otro malestar que requería atención médica. A la única hija del doctor Reitter la habían matado junto a los demás niños cuando el *arbeitslager* fue desmantelado. En Henryków, mi madre trabajó en la enfermería que él dirigía. El doctor Reitter y mi padre se hicieron muy amigos y pasaban varias horas por las tardes en Henryków hablando sobre el curso de la guerra y sobre lo que nos depararía el futuro. Mutti, por cierto, se alegró mucho de que el doctor Reitter hubiese sobrevivido y lo invitó a Göttingen. Aunque por aquellos días viajar de una zona a otra de Alemania no era sencillo para nadie, el doctor Reitter por fin pudo hacerlo. Poco después, mi madre y él decidieron contraer matrimonio. Cuando yo llegué a Göttingen, el doctor Reitter estaba junto a mi madre en la estación de ferrocarril.

Tan pronto como volvimos de la estación de Göttingen al piso en casa de los Schügl, tanto Mutti como yo empezamos a formular cientos de preguntas. Las preguntas sencillamente salían a borbotones y algunas de las respuestas nos provocaban el llanto, pero estábamos impacientes por saber qué experiencias había vivido el otro en los más de dos años que habían transcurrido desde nuestra separación. Me enteré de más detalles sobre la muerte de mi padre, sobre la Marcha de la Muerte de Mutti desde Ravensbrück, sobre la liberación del doctor Reitter del campo de concentración de Dachau, y sobre el transporte desde Auschwitz hacia Alemania del que él y mi padre habían formado parte después de que mi padre y yo fuésemos separados. Un grupo de aquel convoy había sido al parecer enviado a Dachau,

mientras que el otro había sido conducido a Flossenbürg. Fue así como mi padre acabó en el segundo campo.

Por supuesto, también quería saber cómo había conseguido mi madre hallarme en Otwock. Al parecer, fiel a su promesa, Lola, la supervisora de mi orfanato, había puesto mi nombre en la lista de niños de la institución que deseaban emigrar a Palestina. La lista fue transmitida a la Agencia Judía para Palestina. Entretanto, mi tío Eric había enviado mi nombre desde Estados Unidos a la oficina de búsqueda que administraba dicha agencia. Pese a que había millones de personas que buscaban a parientes y amigos desaparecidos, un empleado de la Agencia Judía encontró, entre los vastísimos pedidos de búsqueda que recibía en su oficina, una carta que indicaba que una tal Gerda Buerghenthal de Alemania buscaba a su hijo. Recordó entonces haber visto unos días atrás el mismo apellido en una lista de niños de un orfanato de Polonia que querían ser conducidos a Palestina. Teniendo en cuenta que el funcionario de la Agencia Judía efectuaba la búsqueda de forma manual en aquellos días anteriores a los ordenadores, resulta casi milagroso que consiguiese de este modo establecer la relación entre mi madre y yo. No sorprende, después de todo, que cada vez que Mutti contaba la historia sobre cómo nos reunimos, declarase que nuestro reencuentro estaba «*beschert*» (predestinado). «Al fin y al cabo», proclamaba ella, «la adivina de Katowice ya lo había predicho.»

La Agencia Judía informó de inmediato a mi tío en Estados Unidos, quien contactó a mi madre. Sin posibilidades de viajar a Polonia tras enterarse de que yo estaba vivo, y temiendo escribirme en alemán, Mutti le había pedido al doctor Reitter que escribiese al orfanato en polaco. (Ésa fue la carta que yo estaba convencido de que había sido enviada

por alguien que pretendía adoptarme.) Entretanto, a pedido de mi tío, el American Joint Distribution Committee sumó todos sus esfuerzos para reunirme con mi madre.

Unos diez años más tarde, durante su primera visita a Israel, Mutti pasó por el edificio donde se ubicaba la sede de la Agencia Judía. Sin dudarlo un instante, entró y pidió hablar con algún encargado. Luego explicó que deseaba agradecerle a la Agencia por haberla reunido con su hijo. Si bien nadie recordaba el caso del niño del orfanato de Otwock que había hallado a su madre gracias a la ayuda de la Agencia, se le brindó un grato recibimiento pues, según le dijeron, era la primera vez que alguien se acercaba a la Agencia para agradecerles el haber reunido a una familia.

Capítulo 10

La vida en Göttingen

Cuando llegué a Göttingen, a finales de diciembre de 1946, tenía doce años y medio de edad. Durante mis primeros días en esa ciudad, no quise alejarme de Mutti ni por un instante. Me aferraba a ella y no dejaba de besarla y abrazarla, probablemente porque quería asegurarme de que no se trataba de un sueño y de que en verdad volvíamos a estar juntos. Era una sensación maravillosa estar con mi madre, saber que ya no me encontraba solo en este mundo, que ella me amaba y me protegería. Casi inmediatamente después de haberla abrazado en aquella estación ferroviaria de Göttingen, sentí que me liberaba de un inmenso peso y se lo devolvía a ella: ahora mi madre volvía a ser responsable de mí. Al reflexionar sobre esta reacción mía, comprendo que quizá fuese consecuencia de los sentimientos egoístas propios de un niño: hasta entonces yo había sido el responsable de mi propia vida, de mi propia supervivencia;

no podía permitirme depender de nadie más que de mí mismo; había tenido que pensar y comportarme como un adulto y estar todo el tiempo alerta ante cualquier posible peligro. Pero una vez que volvía a estar en sus brazos, podía volver a ser un niño otra vez, dejándole a ella todas esas inquietudes y preocupaciones.

Durante buena parte del tiempo que estuve separado de Mutti, no había tenido demasiadas oportunidades de hablar en alemán y había perdido algo de fluidez. Al cabo de una o dos semanas en Göttingen, sin embargo, volví a sentirme cómodo hablando alemán e incluso perdí el ligero acento polaco que Mutti aseguraba que yo había adquirido durante mi estancia en el ejército polaco y en el orfanato de Otwock. Me ayudó el hecho de que el joven Fritz Schügl, hijo de nuestro casero, vivía con su familia en la planta baja de nuestro hogar. Fritz era sólo un par de años mayor que yo y nos volvimos amigos inseparables casi de inmediato. Jugando con él y con algunos de sus amigos, mi alemán se vio rápidamente enriquecido con el vocabulario de los muchachos de mi edad. Pensando ahora al respecto, me doy cuenta de que hasta mi llegada a Göttingen yo nunca había estado con niños alemanes. Desde mi nacimiento en Checoslovaquia, y luego durante mi estancia en Polonia, el único alemán que yo había oído era el que hablaban mi madre y sus amigos.

Desde nuestro balcón en la Wagnerstrasse podía ver por encima del jardín hasta la calle contigua. Esa calle, la Hainholzweg, era un popular paseo peatonal que conducía a la campiña situada por encima de la ciudad. Ese paseo atraía a muchos residentes de Göttingen, en especial los domingos, cuando familias alemanas enteras pasaban al lado de nuestra casa yendo y viniendo de sus caminatas. Yo

los miraba desde nuestro balcón con una combinación de envidia y odio. Allí había padres y madres, abuelos y abuelas, que andaban con sus hijos y nietos. ¡Gente que, por lo que yo sabía, bien pudo haber asesinado a mi padre y a mis abuelos! Mientras contemplaba tales escenas de alemanes felices gozando de sus vidas como si nada hubiese sucedido en el pasado reciente, soñaba con tener una ametralladora montada en el balcón con la cual hacerles lo que ellos le habían hecho a mi familia. Tardé bastante tiempo en superar esos sentimientos y admitir que semejantes actos indiscriminados de venganza no le devolverían a la vida ni a mi padre ni a mis abuelos. Tardé aún más tiempo en admitir que uno no puede pretender proteger a la humanidad de crímenes como aquéllos a menos que se luche por romper el círculo de odio y violencia, círculo que invariablemente conduce al sufrimiento de seres humanos inocentes.

Cuando llegué a Göttingen yo había recibido, como mucho, seis meses de educación formal, toda ella cursada en la escuela polaca de Otwock. Por eso, no estaba en condiciones de matricularme en una escuela alemana con muchachos de mi edad. Tras hacer algunas pesquisas, mi madre encontró a un profesor de secundaria jubilado que me dio clases particulares durante alrededor de un año. A lo largo de ese período adquirí los conocimientos de los seis o siete años de escuela que había perdido. Mi tutor, Otto Biedermann, había sido expulsado de la Alta Silesia cuando se la anexionó Polonia y llegó a Göttingen como refugiado. Era un profesor estupendo y, probablemente mucho más que cualquiera de los muchos maestros que tuve desde entonces, despertó en mí el amor por los estudios. Pasaba con él unas dos horas diarias cada mañana y luego realizaba las tareas que él me ponía, y que corregía

a la mañana siguiente. Al principio, por cierto, tuvo que enseñarme a leer y a escribir (la enseñanza fundamental que los niños reciben en los dos primeros años de escuela), para luego instruirme en todo el resto de las disciplinas que yo habría estudiado de haber podido asistir a la escuela como los otros muchachos de mi edad (que para entonces ya habían completado unos seis años de educación formal). Por eso, el señor Biedermann debía asegurarse de que yo cubriese, entre otras, las siguientes asignaturas: alemán, inglés, historia, geografía y matemáticas.

A fin de mejorar mi destreza en la lectura, el señor Biedermann me introdujo a los libros de Karl May, famoso escritor alemán de libros del «Lejano Oeste» que habían cautivado a los niños alemanes desde fines del siglo XIX, cuando se publicaron los primeros títulos de la serie. Mi capacidad de lectura mejoró notablemente al devorar estos libros, con los que lo aprendí todo sobre vaqueros, indios y la frontera estadounidense, gracias a un autor que nunca había puesto ni un pie en ese continente, pero cuya imaginación y exhaustivas investigaciones compensaban su falta de conocimientos de primera mano. Sus libros estaban plagados de episodios de suspense, que me hacían arduo dejarlos hasta llegar a la última página. Una vez que pude leer con fluidez gracias a los libros de Karl May, al señor Biedermann le resultó más sencillo hacerme leer otros libros y así, gradualmente, interesarme en los libros de literatura alemana que los estudiantes de mi edad tenían que leer en clase. Para mejorar mi redacción, insistió en que escribiese un breve ensayo cada mañana, describiendo lo que había visto en el trayecto desde mi hogar hasta el suyo. Normalmente tardaba unos quince minutos en caminar a su casa. Como vi que pronto dejaría de tener novedades

que relatar a menos que variase mi ruta, empecé a levantarme cada vez más temprano para tomar rumbos diferentes para llegar a clase. En el camino, observaba aspectos de la ciudad que no había visto antes. Me topaba en las calles con toda clase de personas e intentaba adivinar quiénes eran y hacia dónde iban. En aquellos días, las calles de Göttingen, al igual que las de otras ciudades alemanas, exhibían todavía múltiples ejemplos del terrible sufrimiento humano que la guerra había significado para los alemanes corrientes. Veía amputados, gente con el rostro desfigurado de la manera más extraña por efecto de quemaduras, y algunas personas que habían quedado ciegas o tuertas. Muchos de ellos vestían aún en todo o en parte sus roídos uniformes militares. Me topaba con hombres y mujeres que, a juzgar por su conducta y vestimenta, debían de ser refugiados. Había estudiantes con maletines que parecían estar vacíos (me imaginaba que pensaban que llevar un maletín les daba un aspecto más sofisticado) y profesores que al andar por la calle hacían honor a su reputación de distraídos. Aquellos descubrimientos diarios facilitaron la escritura de los ensayos que el señor Biedermann esperaba de mí y generaron interesantes conversaciones sobre la realidad contemporánea que nunca se habrían producido en una clase escolar corriente.

El señor Biedermann le dijo a mi madre en una ocasión que enseñarme era una experiencia única y diferente de todo lo que había vivido antes. Por un lado, le contó, yo era un niño que carecía de las bases educativas más rudimentarias y precisaba ser instruido como si tuviera seis años. Por otro, poseía la experiencia vital y la madurez de un adulto y era capaz de debatir con él cuestiones de las que ningún niño de mi edad sería siquiera consciente y por

las cuales, seguramente, los demás niños no tendrían el menor interés. Al aprender alemán e historia europea, le pregunté al señor Bierdermann acerca de la vida durante el período nazi y los motivos por los que, en su opinión, habían llegado los nazis al poder. Quería saber también si él había conocido a algunos nazis y qué tipo de gente eran, por qué había sido expulsado de la Alta Silesia y si culpaba a los polacos o a Hitler de lo que les había ocurrido a él y a los demás refugiados. Durante mis primeras clases de inglés, el señor Biedermann me obligaba a formular algunas de estas preguntas en inglés. A veces me pedía también que escribiese un breve resumen en inglés de mi ensayo diario en alemán. Al estudiar geografía, hablamos sobre los sitios que yo conocía, los países en los que me gustaría vivir, el tipo de personas que los habitaban, las variedades de comida que cultivaban y los animales que podría encontrar allí. Aprender a su lado era divertido y eché de menos ese tipo de aprendizaje cuando por fin me incorporé a la escuela. La única asignatura en la que el señor Biedermann no se sentía competente eran las matemáticas (le había advertido a mi madre al respecto, sugiriendo que buscara para mí un profesor de matemáticas). Pero como yo no exhibía interés ni talento alguno por las matemáticas, me alegró que descuidásemos esa asignatura por un tiempo, hasta que Mutti contrató a un estudiante universitario para que me diera las bases de matemáticas necesarias para poder ingresar en la escuela. Más tarde, cuando luchaba con las matemáticas y la ciencia en clase, intenté achacar mis pobres resultados a la falta de una adecuada instrucción oportuna en estas asignaturas, pero la verdad es que yo habría sido mal estudiante en ciencia y matemáticas aunque no hubiese perdido ni un solo día de escuela.

Cuando volví a Göttingen para una breve visita pocos años después de que me instalase en Estados Unidos, una de las primeras personas que quise ver fue el señor Biedermann. ¡Tenía tanto para contarle! Era un hombre con muchos y muy diversos intereses, y estaba seguro de que querría saber de mis estudios en Estados Unidos, de cómo era la vida allí, de los libros que estaba leyendo, y de muchas cosas más. Cuando telefoneé a su casa, me enteré de que había sufrido un derrame cerebral y estaba en el hospital. Desde luego que fui a visitarlo. Me reconoció cuando entré en su habitación, y si bien no podía hablar me cogió de la mano y la mantuvo firmemente durante largo rato. Estoy seguro que sabía que no había ido sólo para decirle adiós, sino para agradecerle el haberme brindado la base intelectual para la vida que yo estaba destinado a vivir. Gracias al señor Biedermann, nunca consideré que me hubiera perdido nada fundamental por no haber asistido a una escuela hasta la edad de catorce años.

En esa época, había en Göttingen dos escuelas secundarias para varones (por entonces los colegios todavía estaban segregados por género). Una ponía el énfasis en los estudios clásicos, como latín y griego antiguo, mientras que la otra, conocida ahora como Felix-Klein-Gymnasium, se centraba en las lenguas modernas y en estudios contemporáneos. Una vez que el señor Biedermann decidió que ya estaba listo para la escuela, opté por el Felix-Klein-Gymnasium, donde fui admitido en algún momento del año 1948.¹ Fui inscrito en el curso correspondiente a mi edad. Con ex-

1. A diferencia de las escuelas secundarias estadounidenses, que constan de cuatro años de estudios tras completar ocho años de instrucción primaria, los estudiantes alemanes de mi época eran admitidos a la escuela secundaria tras cuatro años de escuela primaria y un examen de nivel, y luego pasaban en la escuela secundaria nueve años.

cepción de uno o dos estudiantes un poco mayores que estaban repitiendo el curso, todos teníamos más o menos la misma edad. Me alegró ser admitido en el mismo nivel al que habría asistido de haber cursado la escuela primaria igual que mis compañeros. Ese hecho facilitó enormemente mi integración en la vida escolar.

En aquella escuela yo era el único estudiante judío, lo que me daba una gran ventaja: se me permitía jugar en el patio escolar durante el par de horas semanales en que se enseñaba religión. Como regla, un pastor o teólogo protestante dictaba ese curso a los estudiantes protestantes de mi clase, y un sacerdote católico hacía lo propio con los estudiantes católicos. Yo había sido dispensado de asistir a clases de religión pues, según me explicaron, no había ningún rabino en la ciudad que pudiese enseñarme. De más está decir que me encantaba la idea de no asistir a clases de religión. No me sorprende que muchos de mis compañeros envidiasen mi estatus especial, pues también ellos habrían adorado ser dispensados de estudiar religión.

Aunque nunca oculté el hecho de ser judío, creo que la mayor parte de mis compañeros de clase y casi todos los demás estudiantes de la escuela nunca se dieron cuenta de ello hasta que fui eximido de las clases de religión. Ninguno de ellos había conocido antes a un judío pero, según me contaron luego algunos de ellos, habían visto caricaturas nazi presentando a los judíos como gente de aspecto extraño y piel oscura con largas narices en forma de gancho, barbas negras y rostros de expresión rapaz. Caricaturas que mediante la fealdad y la exageración pretendían ilustrar el carácter repugnante de los judíos. Por ese motivo algunos de mis compañeros, al enterarse de que yo era judío, me preguntaron si decía la verdad por-

que «no pareces uno de ellos». Otros se sorprendieron al ver que era bueno en los deportes, bastante fuerte y que no temía defenderme si me desafiaban los matones de la clase. Sin duda habían estado expuestos a la propaganda nazi que describía a los judíos como debiluchos, cobardes y carentes de toda aptitud para el deporte. Pronto, sin embargo, tras la extrañeza inicial de nuestro encuentro y la novedad de tener a «un auténtico judío» en su clase, fui aceptado por mis compañeros como uno más y, lo más importante, poco a poco empecé a sentir que era realmente uno de ellos. Nunca escuché de labios de mis compañeros ningún comentario antisemita, ni siquiera cuando se armaban las típicas peleas escolares entre nosotros. Tampoco sentí jamás que albergaran sentimientos antisemitas que hubiesen estado disimulando. Con todo, reflexionando al respecto tras todos estos años, me llama la atención que ninguno de mis compañeros de clase o de mis profesores me preguntase acerca de mi vida en los campos de concentración alemanes, pese al hecho de que yo no oculté nunca que había pasado los años de la guerra en esos campos. ¿Sería porque no deseaban oír nada al respecto o porque creían que me resultaría doloroso hablar sobre mi pasado? A día de hoy no conozco la respuesta.

La situación era otra con mis profesores. Me era imposible ignorar que mi presencia incomodaba a algunos de ellos. No pocos habían sido miembros del partido nazi. Después de la guerra, se habían sometido al proceso de desnazificación instituido por las autoridades de la ocupación y debieron ser habilitados antes de que se les permitiese volver a enseñar. No sé cuántos ex maestros no superaron este proceso, pero la impresión general en aquel tiempo era que muchos auténticos nazis, a diferencia de los inocuos «*mitläufer*» o

meros simpatizantes, se escabulleron a través de las redes de desnazificación y con frecuencia fueron reinstalados en sus cargos. En aquellos primeros días de la posguerra, la mayoría de estas personas temía expresar sus opiniones. No sorprende, entonces, que a mí no me sometieran a un antisemitismo manifiesto, aunque pude percibir que a algunos de mis profesores los ponía tensos tenerme en clase a causa de su propio pasado. Cuidadosamente eludían expresar opiniones personales en la discusión de ciertos asuntos «delicados» que surgían en clase y cambiaban de tema a toda prisa. Tuve la impresión (y no era más que eso) de que algunos de ellos bien pudieron ser «desnazificados» sin por ello renegar de sus puntos de vista nazi. Sólo una vez cobraron estos sentimientos importancia. Durante una discusión en clase (ya no recuerdo en qué clase sucedió), el maestro soltó una arenga contra los bombardeos aliados sobre Hamburgo y las enormes pérdidas humanas. Afirmó que habían sido hechos bárbaros y sin precedentes. Yo alcé la mano y pregunté: «¿Qué opina usted sobre los bombardeos alemanes sobre Londres? ¿No deberíamos hablar también sobre eso? ¿O sobre toda la gente que murió en los campos de concentración nazis?». Pues bien, el hombre se puso rojo de furia y ofreció una explicación que equiparaba los campos de concentración a los bombardeos aliados, lo que me impulsó a retirarme de clase, un gesto totalmente inaudito en las escuelas alemanas de la época. Mi madre, por cierto, se quejó de inmediato ante el director de la escuela y el maestro se disculpó al final, alegando que yo lo había malinterpretado. A mí me resultaba evidente, sin embargo, que se disculpaba sólo por temor a perder su empleo. Una de las amigas de mi madre, que había vivido en Göttingen durante la guerra, le recriminó a Mutti no haber exigido el

despido del maestro pues aquel hombre era, según explicó la mujer, «*ein alter Nazi*» (un antiguo nazi), a quien jamás se le debería haber permitido volver a enseñar.

En nuestra escuela aprendimos mucha historia, pero se refería sobre todo a la Alemania y la Europa medievales. La historia contemporánea era ignorada por completo. No sólo se evitaba debatir sobre la Segunda Guerra Mundial, sus causas y la ascensión de Hitler, sino que incluso, si mal no recuerdo, se pasaba por alto la Primera Guerra Mundial, que debía de parecer un tema demasiado moderno como para ser estudiado. Aquello representa un fuerte contraste, por cierto, con los notables esfuerzos realizados en años posteriores por las autoridades educativas de la Alemania Occidental, quienes enmendaron de forma drástica sus currículos para permitir y alentar a los estudiantes a confrontar el pasado de forma sincera y desarrollar en ellos un espíritu democrático de transparencia. Por desgracia, no era ésa la situación cuando asistí a la escuela de Göttingen. Me llamó mucho la atención la diferencia entre escuelas cuando llegué a Estados Unidos y me matriculé en una secundaria estadounidense. Acostumbrado a la disciplina opresiva que por entonces reinaba en las escuelas alemanas, hallé la atmósfera de mi escuela estadounidense casi demasiado libre e indisciplinada. Lo que más me impresionó, sin embargo, fue la libertad que los maestros estadounidenses toleraban e incluso promovían entre sus alumnos cuando de expresar sus puntos de vista sobre casi cualquier tema se trataba. En mi secundaria de Estados Unidos teníamos un buen número de clubes y asociaciones estudiantiles con representantes elegidos democráticamente; un gobierno estudiantil con una amplia gama de delegados; y la elección anual de esos delegados con campañas electorales, panfle-

tos y discursos que eran fiel reflejo de las elecciones políticas a nivel nacional. Más allá de lo que uno pueda opinar acerca de la calidad académica de la educación secundaria estadounidense, las clases en aquel país me dieron la impresión de ser auténticas incubadoras del modo de vida democrático, algo que ciertamente no sucedía en las aulas alemanas de esos días.

En Göttingen, pasaba gran parte de mi tiempo libre practicando deportes. Me asocié a un club de tenis de mesa y a otro club deportivo y jugué al fútbol hasta el hartazgo con Fritz Schügl y otros chicos de la escuela y del barrio. Nadé en la piscina descubierta municipal y en una cantera abandonada cuyo acceso estaba supuestamente prohibido. Fritz y yo explorábamos la campiña montados en nuestras bicicletas, y pasábamos varias horas limpiándolas y aceítandolas. Cuando empezaron a interesarme las chicas, me unía con mis compañeros de clase por las tardes, recorriendo de extremo a extremo la avenida principal de la ciudad al tiempo que devorábamos a las muchachas con la mirada e intentábamos concertar citas con ellas. Había fiestas y bailes y a veces nos tomábamos algunas cervezas. En síntesis, vivía la vida normal de cualquier adolescente alemán de aquellos tiempos.

Cuando llegué a Göttingen, había allí apenas un puñado de judíos, la mayor parte de ellos casi ancianos. El líder de facto de esta minúscula comunidad judía era Richard Gräfenberg, descendiente de una de las más antiguas familias judías de Göttingen (si no la más antigua), cuyos ancestros habían recibido una «*freibrief*» (licencia) que les permitió establecerse en la ciudad en fecha tan temprana como la tardía Edad Media. El señor Gräfenberg, que para cuando yo lo conocí debía de ser muy viejo (aunque quizá

no tanto como me parecía), había logrado vivir sin inconvenientes en Göttingen durante toda la guerra, al parecer debido a que su esposa no era judía y supuestamente también porque ella tenía buenos contactos con el jefe local de la Gestapo. Gräfenberg había logrado conservar el hogar familiar, que consistía en una amplia casa dotada de un hermoso jardín con muchos árboles frutales. De tanto en tanto, se me permitía recoger algunas manzanas, peras y ciruelas de su jardín, privilegio muy especial en aquellos días en que escaseaba casi todo lo comestible. Mutti, que trabajaba para el señor Gräfenberg como vicepresidenta de la comunidad judía (algo que suena casi cómico hoy en día, considerando que probablemente no hubiera más de seis o siete judíos en toda la ciudad, incluyéndonos a nosotros), tenía que visitarlo todos los meses en relación con el reparto de las cajas de comida que la comunidad recibía del American Joint Distribution Committee. Estos paquetes tenían que recogerse en Hildesheim, sede del distrito provincial, o bien en el antiguo campo de concentración de Bergen-Belsen, que por entonces albergaba a ex prisioneros de los campos. A Mutti le correspondía realizar esos viajes, y yo la acompañaba ocasionalmente. Los paquetes no sólo contenían alimentos, sino también cigarrillos estadounidenses y café, ambos artículos muy bien cotizados en el mercado negro durante aquellos primeros días de la posguerra. Era posible canjearlos por casi cualquier cosa, desde mantequilla y carne hasta alfombras persas o joyas. La gente que distribuía los paquetes en Hildesheim o Bergen-Belsen no sólo trataba de timarnos, sino que al mismo tiempo insinuaba que mi madre cometía una estupidez al no afirmar que había más judíos viviendo en Göttingen, con lo que podría haberse quedado con el excedente. Tales

comentarios la ponían furiosa, y en el camino de regreso siempre se quejaba de que las personas equivocadas habían sobrevivido a los campos de concentración. Se ponía aún más furiosa cuando yo le recordaba que también nosotros éramos supervivientes. Claro que al afirmar tal cosa ella pensaba en mi padre quien, de haber sobrevivido, según ella sin duda habría erradicado mucho tiempo atrás a todos esos ladrones de los centros de distribución. Tras la muerte del señor Gräfenberg, Mutti lo sustituyó en la presidencia de la comunidad. Desde mi punto de vista, era una lástima que esto no se tradujera en más raciones de comida que las que nos tocaban.

No bien llegué a Göttingen, el doctor Reitter, con quien Mutti se había casado tras recibir la confirmación formal de la muerte de mi padre en Flossenbürg, se convirtió en mi segundo padre. Era un hombre tierno, amable y muy paciente, y acabé por amarlo y admirarlo. Me ayudaba con mis tareas, me enseñó a estudiar y me alentó a leer y a cuestionarme y debatir lo que había leído. También me atraía mucho su cuantiosa biblioteca médica, en especial sus libros sobre anatomía y dermatología, con fotos de mujeres desnudas que yo estudiaba a hurtadillas cuando mi madre no estaba en casa. Si bien el doctor Reitter había sido pediatra en Polonia, en Göttingen decidió especializarse en dermatología pues, como explicaba, «la pediatría es una especialidad médica agotadora para alguien con mis problemas cardíacos», y añadía: «Ya no tengo fuerzas para hacer visitas de urgencia». Ya me había dado cuenta de que de tanto en tanto ingería medicamentos para el corazón, sobre todo cuando debía caminar cuesta arriba desde la ciudad hacia la Wagnerstrasse, donde vivíamos. A veces me llevaba con él a visitar la clínica dermatológica de la Universidad

y me mostraba las salas donde estaban los pacientes con enfermedades venéreas, explicándome a continuación el modo en que se contraían dichos males y qué les ocurría a las personas en las últimas fases de cada enfermedad. Me encantaban las excursiones a su lado y decidí que en el futuro estudiaría medicina. Entretanto, solía practicar mi firma anteponiéndole el título de doctor (Dr. Thomas Buergenthal) que esperaba adquirir.

Nuestras visitas a las clínicas se volvieron poco a poco menos frecuentes. Noté que cada vez que teníamos que caminar cuesta arriba, incluso en las calles con la menor pendiente, el doctor Reitter se detenía a menudo y tomaba sus píldoras para el corazón. Se quejaba de dolores en el pecho y le resultaba difícil respirar incluso tras el menor esfuerzo. Cuando el dolor se hizo más y más fuerte, su cardiólogo decidió admitirlo en el hospital; creo que debió de sufrir un leve infarto. Mutti, que jamás había tenido experiencia alguna con enfermedades cardíacas, pensó en un primer momento que el doctor Reitter exageraba la situación, pero una vez que comprendió la gravedad del caso, no sólo estuvo preocupada noche y día por su salud sino que dedicó toda su energía a ayudarlo en la recuperación. Durante aquellos días anteriores al by-pass y a la angioplastia, los médicos le prescribieron descanso y más descanso para combatir su *angina pectoris* y su leve ataque al corazón, si eso es lo que había tenido. El doctor Reitter recibió asimismo una gran variedad de inyecciones, pero nada pareció ayudarlo. Cada vez que yo iba a visitarlo, hablábamos acerca de sus posibilidades de recuperación, que él veía cada vez menos prometedoras. De tanto en tanto dibujaba sobre un papel un esquema del interior de su corazón y me mostraba dónde parecían estar bloqueados sus vasos sanguíneos

y por qué su corazón no recibía la cantidad de sangre necesaria. En ocasiones, cuando su enfermera estaba demasiado atareada, me mostraba cómo ponerle la inyección que debía recibir (en general morfina), y acabé siendo bastante diestro en aplicarlas. Pero el doctor Reitter estaba cada vez más débil, sobre todo desde que empezó a acumular agua en los pulmones, que debía ser extraída con más y más frecuencia. Un buen día me dijo que él moriría muy pronto y que dependería de mí cuidar bien de Mutti. Pero yo no debía revelarle a Mutti que el fin estaba cerca. Poco después de nuestra conversación, el doctor Reitter murió tranquilamente mientras dormía. Era la segunda vez que yo perdía a un padre y que Mutti perdía a un marido. Llegado ese punto ambos concluimos que no existía ningún dios en el cielo, pues ¿qué clase de dios permitiría que un hombre tan bueno muriese tan joven (tenía sólo cuarenta y ocho años) ocasionándole tanto sufrimiento a una pequeña familia!

A mi madre y a mí nos llevó bastante tiempo superar la muerte del doctor Reitter, si es que lo logramos. La afección de la tiroides de mi madre empezó a hacerse presente de nuevo, y con ella su irregular ritmo cardíaco. Intentamos consolarnos mutuamente sin demasiado éxito, pero los dos sabíamos que la vida debía continuar y que era nuestra obligación sacar de ella el mejor partido posible. Nuestra rutina diaria se vio interrumpida una tarde por un suceso que llevó algo de alegría y entusiasmo a nuestra existencia. Poco después de mi llegada a Göttingen desde Ottock, les había hablado a Mutti y al doctor Reitter acerca del noruego que me había ayudado tanto en el *revier* de Sachsenhausen y que probablemente me había salvado la vida. Aunque se me había olvidado su nombre, recordaba que un día, cuando me trajo un frasco de galletas que había

recibido gracias a la Cruz Roja Sueca, había señalado la foto de un hombre que aparecía en un lado del frasco y me había comentado que se trataba de su padre. Cuando Mutti escuchó la historia del frasco de galletas, se le ocurrió que el hombre cuyo hijo yo había conocido en Sachsenhausen probablemente era fabricante de galletas y que era bastante improbable que llegase a encontrar a mi amigo de Sachsenhausen. Pero un día, a inicios del año 1948, Mutti leyó un artículo en un boletín de noticias publicado por una organización de ex prisioneros de campos de concentración. El artículo informaba de que un noruego llamado Odd Nansen, hijo del famoso explorador y estadista noruego Fridjof Nansen, había publicado recientemente el diario que había escrito en varios campos noruegos, así como en Sachsenhausen, y que su libro se había convertido en el más leído de Noruega.² Tras mostrarme el artículo, Mutti sugirió que le escribiese al autor del libro preguntándole si no podría ayudarme a hallar a la persona que había sido tan amable conmigo en Sachsenhausen. Seguí su consejo. La carta que le envié comenzaba de este modo:

«Estimado Sr. Nansen: Por favor disculpe si lo molesto. Hace unos días leímos un artículo señalando que el libro más leído de Noruega era su diario referido al período de tres años de encarcelamiento que sufrió en Sachsenhausen. También yo estuve en Sachsenhausen. Me llamo Tommy Buergethal y tenía entonces diez años. Me encontraba en el *Revier*, donde me fueron amputados dos dedos de los pies.»

2. Los diarios de Odd Nansen, en tres volúmenes, *Fra Dag til Dag*, se publicaron por primera vez en Noruega en 1947. Dos versiones abreviadas de este libro se publicaron en inglés en 1949, en Estados Unidos con el título *From Day to Day* y en Inglaterra con el título *Day after Day*. Una versión del libro en alemán, todavía más resumida, apareció también en 1949 con el título *Von Tag zu Tag*.

A continuación le hablaba sobre el noruego que había conocido allí, y que había sido tan amable conmigo y me había ayudado tanto. Añadía que había olvidado su nombre y dirección. En el último párrafo de mi carta, contaba que había hallado a mi madre tras dos años de separación, y proseguía:

«El nombre Nansen me resulta familiar y es por eso por lo que le enví esta carta. ¿Acaso es usted aquella persona? En caso de no serlo, me alegraría que averiguase entre su círculo de amigos quién es esa persona a fin de que pueda darle las gracias.»

Como no tenía la dirección del autor de los diarios, sencillamente coloqué en el sobre «Sr. Odd Nansen, Noruega» y la llevé al correo.

Entonces se inició la espera. Pasaron varias semanas sin respuesta. Con el tiempo me olvidé de la carta. Pero un día sonó la campanilla de la puerta. Al abrir me saludó un soldado noruego, que había venido en un camión militar de esa nación. (Por entonces existía una pequeña guarnición militar noruega estacionada en la zona británica de Alemania.) Señalando su camión, me dijo que tenía un «paquete» para entregar. Cuando le pedí que me lo diese, explicó que era demasiado pesado para transportarlo. En ese instante, dos soldados más saltaron del camión y abrieron su puertilla trasera. Sacaron de allí un enorme cajón de madera y lo introdujeron en la casa, subiéndolo escaleras arriba hasta depositarlo en nuestro piso. «Esto viene de parte de Odd Nansen», dijo uno de los soldados mientras me entregaba una carta. La carta empezaba con las palabras «*Lieber, lieber Tommy!*» («¡Querido, querido Tommy!»), y continuaba:

«No puedes imaginar la inmensa alegría que tu carta produjo en mí y en muchos, muchos otros. Fue entonces

cuando nos enteramos de que estabas vivo y de que habías encontrado a tu madre. La carta ha hecho felices a muchos de tus viejos amigos, así como a muchos nuevos amigos que ahora tienes aunque no los conozcas. Primero, debo decirte que soy "aquella persona" que te visitaba en el *revier* de Sachsenhausen. Es más, en mis diarios, sobre los cuales tú ya has oído hablar, te dedico varios capítulos a ti y a nuestras conversaciones en la enfermería, donde nos conocimos, y donde yo y muchos de mis compañeros llegamos a quererte y nunca hemos podido olvidarte. Varios miles de personas han leído ahora mis diarios y no pocos creen conocerte gracias al libro. A menudo me han preguntado si sabía algo sobre el pequeño Tommy, pero una y otra vez he tenido que decepcionarlos.»

El señor Nansen me contó entonces acerca de su larga y vana pesquisa intentando conocer mi paradero y su certeza cada vez mayor de que yo no había sobrevivido. Pero mi carta lo había cambiado todo. Saber que yo estaba vivo y que me había reunido con mi madre eran noticias maravillosas para él, para su familia y para mis muchos viejos y nuevos amigos. Me pidió que le escribiese de inmediato contándole todo sobre mí y sobre mi madre, y si había conseguido hallar a mi padre. También deseaba saber si necesitábamos algo, en especial comida y prendas de vestir, y se ofrecía a ayudarnos si queríamos mudarnos a Noruega, donde las condiciones de vida por entonces eran mejores que en Alemania. La carta iba firmada: «Tu "tío" Odd (Nansen)».

Mientras comenzábamos a abrir la caja de madera del señor Nansen que los soldados habían entregado, yo no dejaba de reprender a Mutti: «¡Te dije que su padre no era un fabricante de galletas! Nadie quería creer que lo encon-

traría ni que mi carta le llegaría. ¡Mira, le llegó incluso sin que pusiese la dirección correcta!». En este tono proseguía y me regodeaba. La caja estaba llena de los alimentos más maravillosos: latas de sardinas y arenques, leche condensada, frutos secos, arroz, harina, azúcar y un surtido de galletas, así como montones, montones de barras de chocolate y otras golosinas. Mutti y yo nos quedamos anonadados. ¿Quién había visto o probado jamás tanta comida? Por entonces en Alemania toda la comida era estrictamente racionada, e incluso sumando los paquetes de alimentos que recibíamos de la American Joint, nunca recibíamos lo suficiente ni nada tan «exótico» como aquel cargamento. Nos encontrábamos en el séptimo cielo y en los días siguientes comimos más chocolate que el aconsejable. Luego supe que los niños de las escuelas noruegas habían reunido el chocolate y las golosinas en una colecta para mí. Habían iniciado la campaña después de que los periódicos noruegos informasen que yo estaba con vida y residía en Göttingen. Dado que Odd Nansen había dedicado su libro a la «memoria eterna» de algunos de sus amigos del campo y «¡a ti, pequeño Tommy!» y me había descrito en su libro como el «arcángel Rafael del *revier*», me había hecho famoso en Noruega, convirtiéndome en un pequeño héroe para los niños de aquel país. Entretanto, el libro en tres tomos llegó a nuestro hogar con la siguiente dedicatoria:

«Querido Tommy: éste es mi diario del campo. Como verás, también está dedicado a tí. Aunque sé que no podrás leerlo en noruego, deseo de todos modos que lo tengas como regalo de una persona que ha llegado a quererte y que nunca olvidó ni olvidará jamás a su joven amigo, el pequeño y valiente ángel del *revier* número III de Sachsenhausen.»

Pasado un tiempo, el señor Nansen viajó a Göttingen e hizo todo lo posible para que yo los visitase a él y a su familia en Noruega. No me resultaba nada fácil realizar ese viaje, pues carecía de un pasaporte propiamente dicho. Al poco de regresar a Göttingen, a mi madre se le había ofrecido recuperar su ciudadanía alemana. Ella rechazó el ofrecimiento, espetándole al funcionario que había ido a verla que: «¡Ustedes me la quitaron, ahora se pueden quedar con ella!». Como resultado, ni ella ni yo teníamos pasaporte alemán y sólo nos correspondía un pasaporte de apátridas. A la larga obtuve uno de esos documentos y una visa a fin de viajar a Noruega. Mutti y yo nos encontramos con el señor Nansen en Hamburgo, desde donde él y yo volamos hacia Oslo. En el aeropuerto, el señor Nansen me presentó a un alemán a quien identificó como «mi buen amigo, el señor Willy Brandt, quien combatió a los nazis en la resistencia noruega». De más está decir que por aquel entonces yo no tenía la menor idea de quién era Willy Brandt (creo que cuando nos conocimos era alcalde en funciones de Berlín). Años más tarde, con gran orgullo solía afirmar haber conocido a Willy Brandt mucho antes de que se hiciera famoso.

Mi viaje a Noruega estuvo cargado de emociones de principio a fin. Para empezar, nunca antes había viajado en avión, lo que ya fue por sí solo una experiencia muy intensa. Siguió a continuación una conferencia de prensa en el aeropuerto de Oslo, donde tuve que responder a cientos de preguntas. La familia Nansen, incluyendo a la señora Nansen y a sus cuatro hijos (Marit, Eigil, Siri y Odd Erik) me trataron como a un adorado miembro de su familia a quien no veían desde hacía mucho tiempo. El señor Nansen también hizo que me reuniese con varios ex prisioneros de Sachsenhausen que me conocían del campo, entre

ellos (si mal no recuerdo) un primer ministro y otros altos funcionarios del gobierno e importantes personalidades de Noruega. De más está decir que me sentí muy importante, si bien lo que más disfruté fue ir a nadar con los hijos del señor Nansen en el fiordo de Oslo, que colindaba con la propiedad de la familia. Nunca antes había estado cerca del mar, y el fiordo con las montañas a su alrededor causó en mí una gran impresión. También acompañé a los Nansen a su casa en las montañas. El señor Nansen era arquitecto de profesión y también excelente pintor. Su diario del campo contenía muchos retratos suyos de prisioneros y de guardias nazi, y su hogar de Oslo estaba repleto de ellos, así como de otras pinturas y dibujos. Durante la cena se suscitaban apasionantes y divertidas conversaciones llenas de recuerdos. Incluso aprendí algunas palabras en noruego, ya que se decretó que un día a la semana el lenguaje de la cena sería el noruego y, si deseaba comer, debería pedir la comida en noruego. Ese resultó ser un gran incentivo para aprender las palabras necesarias.

El viaje de regreso a Alemania acabó siendo bien desagradable. Algunos amigos estadounidenses de los Nansen tenían planeado viajar en tren hasta Copenhague vía Suecia el mismo día en que yo me marchaba de Oslo. Los Nansen pensaron que me agradaría conocer Copenhague y en especial el Tívoli en compañía de estos amigos suyos, mientras iba de camino a Alemania. Mi billete de avión fue canjeado por otro de tren e iniciamos el recorrido. Pero no llegué muy lejos: me detuvieron en la frontera entre Suecia y Noruega. Dado que carecía de las visas de tránsito para Suecia y Dinamarca que precisaba en mi condición de apátrida, no se me permitió proseguir viaje. Por ello tuve que regresar a Oslo, donde los Nansen me con-

siguieron los visados necesarios. De vuelta en Göttingen, y sin haber podido conocer Copenhague, le conté a Mutti todos los problemas que me había ocasionado mi pasaporte de apátrida. La apenó mucho que el hecho de haberse mantenido fiel a sus principios provocase ahora tales inconvenientes. «¡Al demonio con los principios!», exclamó entonces y, un día después, solicitó que nos devolviesen la ciudadanía alemana.

Cuando, en 1949, apareció la traducción al alemán del libro de Odd Nansen, él subrayó en el prólogo que donaría todos los ingresos que produjese dicho volumen a una fundación destinada a ayudar a refugiados alemanes. Eso me hizo preguntarme por qué un hombre que había pasado más de tres años de su vida en un campo de concentración nazi se preocupaba por el destino de ese pueblo. Poco a poco, y después de un tiempo, reflexioné que era muy importante que individuos como Nansen y todos los que habíamos padecido sufrimientos tan terribles en manos de los alemanes los tratásemos ahora con humanidad. No porque buscásemos su gratitud o quisiésemos demostrarles nuestra generosidad de espíritu, sino sencillamente porque nuestra experiencia debía enseñarnos a sentir empatía con aquellos seres humanos que pasaban necesidad, fueran quienes fueran. Al mismo tiempo, por cierto, yo estaba convencido de que aquellos alemanes que habían ordenado o cometido los crímenes de los cuales los nazis eran responsables debían ser castigados, pero no los alemanes en general por el mero hecho de ser alemanes. Así es como también llegué a la conclusión de que la ametralladora que había fantaseado con montar en nuestro balcón a poco de llegar a Göttingen había sido una idea vergonzosa. Me pareció que el mero hecho de haberlo pensado me reducía intelec-

tualmente al nivel de los alemanes que habían asesinado a seres humanos inocentes. Lo que es más, deshonraba la memoria de quienes habían muerto en los campos. Todas estas primeras y fortuitas reflexiones acabaron cristalizando en convicciones que influyeron en mis ideas y en mis acciones posteriores. En la década de los noventa, por ejemplo, cuando asumí la presidencia del Comité de Conciencia del Consejo Estadounidense para la Memoria del Holocausto (*Committee on Conscience of the United States Holocaust Memorial Council*), gané el respaldo de mis colegas con la propuesta de que el modo más eficaz de rendir honores al recuerdo de las víctimas del Holocausto era repudiar sin ambages los actos contemporáneos de genocidio y crímenes contra la humanidad en nombre de ellas. Como he declarado a menudo, es nuestra obligación trabajar en pos de un mundo donde nadie, cualquiera que sea su raza, religión o nacionalidad, pueda ser sometido al sufrimiento que nosotros experimentamos.

En 1951, poco antes de marcharme de Alemania a Estados Unidos, Odd Nansen pronunció el discurso de apertura con ocasión de la entrega del Premio de la Paz de la Asociación Alemana de Libreros al famoso humanista Albert Schweitzer. La ceremonia se realizó en la histórica iglesia de San Pablo de Frankfurt. Yo sabía, por supuesto, quién era Albert Schweitzer y me sentí muy emocionado cuando me lo presentaron. En su discurso, Nansen hizo un llamado a la comunidad internacional para que tomara conciencia de la situación apremiante de los refugiados alemanes. Por entonces se debatía en el mundo si debía o no permitírsele a Alemania participar de las Olimpíadas de 1952. En su discurso, Nansen solicitó que se diese una respuesta afirmativa con las siguientes palabras: «Es injusto

y carece de sentido castigar a los hijos por los pecados de sus padres. Pero eso es lo que se busca si a los jóvenes de Alemania se les excluye de las asociaciones [creadas para promover] la cooperación internacional».

El tema de la conferencia, con su énfasis en la paz y la dignidad humana, produjo en mí un profundo impacto en relación con los valores a los que he consagrado gran parte de mi vida. Aún conservo una copia muy manoseada del discurso de Nansen y una fotografía de Schweitzer alzando un pequeño gatito. Consciente de la pompa y el ceremonial que nos rodeaban en aquella iglesia (el primer evento de esa naturaleza al que yo asistía), me volví hacia Mutti y le susurré: «¿Quién hubiera pensado que alguna vez nos permitirían entrar en esta histórica catedral? No hace mucho los dos éramos *Untermenschen* (seres infrahumanos) y ahora nos hemos convertido en invitados especiales. ¡Qué pena que papá no esté aquí con nosotros!». A lo largo de los años, cuando asisto a ceremonias similares en Alemania y Austria, a menudo pienso en mi padre. Él, que creía que Hitler y los nazis serían derrotados tarde o temprano, por desgracia nunca tuvo la satisfacción de comprobar que tenía razón y de ser testigo de la transformación de Alemania en un estado democrático.

Nansen vino a Göttingen antes de la conferencia de Frankfurt y nos dijo a Mutti y a mí que quería escribir un libro sobre nuestras experiencias en los campos. Al parecer había recibido varias cartas de lectores de su libro en las que le pedían que contase mi historia completa. Naturalmente, accedimos a que Nansen nos entrevistase para el libro y pasamos varios días respondiendo a sus preguntas. Aunque mantuvimos el contacto con Nansen en los años siguientes, no supimos nada más sobre el libro y dimos por sentado

que había decidido no escribirlo. Diecinueve años más tarde, en 1970, su libro *Tommy* apareció en Noruega.³ De inmediato me envió un ejemplar. La larga demora en sacar el libro, me explicó Nansen, se debía al hecho de que entretanto había estado sumamente ocupado con su trabajo como arquitecto, por lo que había tenido que dejar el libro de lado. Pero en 1969 había enfermado y sus médicos le habían exigido que dejase la práctica de la arquitectura. Provisto de tiempo libre, había retomado sus notas de la entrevista con Mutti y conmigo de 1951 y se puso a escribir el libro. *Tommy* se publicó sólo en noruego. Nansen murió un par de años después sin haber podido editarlo en ninguna otra lengua. Por fortuna, pude ver a Nansen antes de su muerte. Mientras asistía a una conferencia sobre derechos humanos en Suecia, decidí cambiar mi billete de regreso a Estados Unidos a fin de pasar unos días con Nansen en Oslo. Yo ignoraba que estuviera enfermo y me sorprendió encontrarlo en tan mal estado de salud. Se negó a hablar sobre su enfermedad y no dejó de decirme lo satisfecho que estaba de que yo me hubiese dedicado a trabajar en derechos humanos. Claro que no quiso escuchar que él, más que nadie, había sido el responsable del rumbo que yo había seguido en mi carrera.

No fue sino hasta 1985, durante mi último año como decano de la Facultad de Derecho de la American University, en Washington D.C., que pude finalmente leer *Tommy*. Mi despacho preparaba el programa para la última ceremonia de graduación que yo presidiría como decano cuando el presidente de la Asociación de Estudiantes de

3. (*Tommy: En sannferdig fortelling fortalt av Odd Nansen*, Gyldendal Norsk Forlag, Oslo, 1970.

Derecho me preguntó si le permitiría pronunciar unas cuantas palabras durante la ceremonia, en nombre de la clase que se graduaba. Por supuesto que estuve de acuerdo y, cuando llegó el momento, lo invité a tomar la palabra. Caminó hasta el proscenio, abrió una carpeta encuadrada en negro y le dijo al público que tenía allí la traducción al inglés de *Tommy*. Tras explicar que *Tommy* era un libro sobre mis experiencias durante la Segunda Guerra Mundial, continuó: «Decano Buergethal, la clase que hoy se recibe ha encargado esta traducción inédita de *Tommy* al inglés como muestra del afecto que tenemos por usted, para que por fin pueda leer este libro que cuenta su propia historia». Cuando me entregó la traducción de *Tommy* permanecí inmóvil, sobrecogido por la emoción e incapaz de pronunciar ni una palabra. Tardé un buen rato en recomponerme y poder proseguir con el programa establecido para la graduación.⁴ Durante los años que pasé en Göttingen, Alemania atravesó por cambios drásticos, en especial en lo referente a la recuperación económica del país. La reforma monetaria, que nos permitió cambiar los ya muy devaluados *reichmarks* por los nuevos marcos, causó en mí una gran impresión pues, de la noche a la mañana, las tiendas hasta entonces vacías se colmaron de productos de un modo nunca antes visto. Creo que fue durante ese período que comí mi primera naranja. Mientras lo hacía, Mutti me explicaba que las naranjas están llenas de vitamina C y que, como eran muy caras y aún difíciles de conseguir, sólo podían adquirirse cuando uno debía recomponerse de un resfriado o de la gripe. También por entonces probé mi primera

4. No se ha publicado ninguna traducción al inglés de *Tommy*. Tras leer la traducción de libro decidí no intentar publicarlo en inglés pues hubiese requerido una importante labor de reescritura.

Coca-Cola. No sé de dónde o de quién obtuvo Mutti la botella. Me la mostró y me dijo que había oído decir que se trataba de una bebida muy especial que saciaba la sed con apenas un par de sorbos y que yo debería beberla sólo cuando estuviese especialmente sediento. Puso entonces la botella en un aparador (por entonces todavía no teníamos nevera) y allí permaneció hasta un día en que yo llegué a casa terriblemente sediento después de varias horas de jugar al fútbol. Mutti estuvo de acuerdo en que había llegado el momento de abrir la botella de Coca. Cuanto más bebía de ese refresco dulce y tibio, más sediento me sentía. Después de aquello, y durante varios años, el sólo ver una botella de Coca-Cola bastaba para recordarme lo desagradable que había sido mi primer sorbo de esa bebida.

Una vez que empezó a ser más sencillo viajar por Alemania, recibimos en nuestro hogar de Göttingen a numerosos visitantes. Algunos de ellos eran personas que conocíamos de Kielce y que habían oído que vivíamos en Göttingen. Otros eran estudiantes o profesores extranjeros que venían a la ciudad para estudiar. Algunos se hospedaban en la Fridtjof-Nansen-Haus, que fue fundada tras la guerra por Olav Brennhovd, un pastor protestante noruego que había acabado en un campo de concentración nazi por ayudar a judíos a escapar desde Noruega hasta Suecia. Brennhovd era amigo de Odd Nansen, quien nos presentó. Brennhovd y su esposa se volvieron muy amigos nuestros y a menudo nos traían saludos de Nansen y de otros noruegos que me habían conocido en Sachsenhausen. Otro de nuestros primeros visitantes fue un joven soldado británico que había llegado a Göttingen como investigador de crímenes de guerra. Greville Janner (según se llamaba en aquel entonces) oyó hablar de Mutti y de mí cuando

pidió que le presentasen a las familias judías de la ciudad. No tardó en descubrir que la nuestra era prácticamente la única. Greville era sólo unos pocos años mayor que yo. Nos hicimos muy amigos y seguimos en contacto hasta el día de hoy. Durante muchos años prestó servicios en la Cámara de los Comunes británica antes de ser ascendido a la Cámara de los Lores. Los esfuerzos de Lord Janner de Braunstone en pro de las víctimas del Holocausto a todo lo largo de su vida probablemente se remontan a esos primeros días en Göttingen y en otras ciudades alemanas donde conoció a numerosos supervivientes.

Los años que pasé en Göttingen fueron muy importantes para mí, pues me ayudaron a superar la actitud que tenía hacia Alemania y hacia los alemanes. No fue una época fácil ni para Mutti ni para mí, y a veces llegamos a envidiar a algunos de nuestros compañeros supervivientes de Kielce que habían emigrado a Suecia a poco de terminada la guerra. Ellos no tuvieron que afrontar las penurias económicas de la Alemania de posguerra, ni luchar contra la ansiedad que nos provocaba pensar en la posibilidad de que estuviéramos conviviendo con nuestros propios asesinos. Al mismo tiempo, al residir en Alemania poco después de nuestra experiencia en los campos de concentración nos vimos obligados a hacer frente a esas emociones de una manera que nos ayudó a Mutti y a mí a vencer poco a poco nuestro odio y nuestro deseo de venganza. Más tarde, ya en Estados Unidos, me di cuenta de que muchos de mis amigos y conocidos judíos que habían llegado a América antes de la guerra, y que por lo tanto habían escapado al Holocausto, estaban menos dispuestos a perdonar que Mutti y yo. Dudo que hubiésemos podido conservar nuestra cordura de haber permanecido consumidos por el odio

durante el resto de nuestras vidas. Muchos de nuestros familiares y amigos en Estados Unidos jamás comprendieron lo que queríamos decir cuando intentábamos explicar que, aunque era importante no olvidar lo que nos había ocurrido en el Holocausto, igualmente importante era no responsabilizar a los descendientes de los asesinos por lo que se nos había hecho, pues de otro modo el ciclo de odio y violencia no acabaría nunca.

Capítulo 11

Rumbo a Estados Unidos

Llegué a Nueva York el 4 de diciembre de 1951. El buque que me condujo a Estados Unidos era un transporte militar estadounidense, el U.S.N.S. *General A. W. Greely*, uno de los así llamados «barcos de la libertad» construidos en masa por Estados Unidos durante la guerra. Esa fecha de diciembre fue para mí un día de buen augurio. Estaba a punto de comenzar una nueva vida y la vida anterior quedaría atrás. Pero yo lo ignoraba por entonces, pues viajaba a Estados Unidos sin saber realmente que me establecería allí para siempre. Lo único que sabía era que deseaba conocer Estados Unidos (la nación de los rascacielos, los enormes automóviles, las películas de Hollywood, la goma de mascar, los vaqueros y los indios). Ésos eran los Estados Unidos que los muchachos de Göttingen imaginábamos mientras nos echábamos a buscar barberos que supiesen hacer los cortes de pelo típicos de las tropas estadounidenses, que causaban furor en mi escuela.

Por supuesto que también quería conocer a mis tíos Eric y Senta Silbergleit (en Estados Unidos habían cambiado su apellido por Silberg), así como a su hija Gay. Viviría con ellos en Paterson, Nueva Jersey, a menos de una hora de la ciudad de Nueva York. La mera idea de estar tan cerca de Manhattan, de Broadway y de los cientos de cines sobre los que había oído hablar me llenaba de emoción.

Pero aquéllas no eran de ningún modo las únicas razones que me impulsaron a marcharme a Estados Unidos. En 1951, a la edad de diecisiete años, empezaba a tener mis dudas sobre la conveniencia de quedarme en Alemania por el resto de mis días. Si bien era bastante feliz en Göttingen, llegué a comprender que nunca me consideraría a mí mismo alemán del mismo modo que, por ejemplo, mis compañeros de escuela se consideraban alemanes. La expresión «*vaterland*» (patria), que en la mayoría de los alemanes evocaba sentimientos patrióticos, despertaba en mí recuerdos de Hitler y de los nazis. Lo mismo me sucedía con la música y la letra del himno nacional alemán. Me sentía incapaz de reprimir esas asociaciones emocionales, pese al hecho de que habitaba una Alemania muy distinta, una Alemania que estaba transformándose en un sólido estado democrático. Tales asociaciones me traían constantemente a la memoria los crímenes que se habían cometido en nombre de la *vaterland* alemana. El hecho de no poder desvincular los diversos lemas y símbolos nacionalistas de lo que me había sucedido en el pasado me apartaba, en mi opinión, del alemán común y corriente, y me convencía de que en Alemania siempre me sentiría «diferente». Diferente de ese mítico «alemán típico». Esa sensación de no pertenecer o de ser diferente estaba, por supuesto, relacionada directamente con mi historia. Por entonces, además, aún no conseguía

librarme por completo del temor a que pudiera renacer en algún momento la Alemania nazi. Pensándolo bien, esos temores parecen ahora haber sido enteramente irracionales. Pero en 1951, cuando empecé a plantearme seriamente mi futuro, sólo seis años nos separaban de la caída del régimen nazi y la mayor parte de quienes habíamos sobrevivido a los campos aún no podíamos creer del todo que nuestra pesadilla hubiese concluido. Fueron estas dudas y reflexiones sobre el futuro las que me convencieron de que nunca lograría dejar atrás el pasado si permanecía en Alemania, y que por lo tanto tenía lógica que emigrase en algún momento.

También tuve que pensar en mi futuro porque mis tíos en Estados Unidos no dejaban de exhortar a mi madre a que dejase Alemania y se instalase al otro lado del océano. Por muchos motivos, Mutti se sentía reacia a trasladarse a Estados Unidos. Su principal preocupación era que ella carecía de profesión y su pensión alemana no le alcanzaría para vivir en Estados Unidos. Por eso, argumentaba, pese a sus recurrentes problemas de salud se vería obligada a emplearse allí en alguna fábrica. No sé de dónde había sacado esa idea, aunque quizá se debiera a que mis tíos habían trabajado en varias fábricas tras su llegada a Estados Unidos en 1938. Mutti temía que le esperase un destino similar y, cualquiera que fuera la razón, se había obsesionado con ese temor. Es posible también que su decisión, por esos años, de casarse con Jacob (Jack) Rosenholz, otro superviviente del gueto de Kielce, estuviese influida en parte por sus miedos respecto a la vida que, en su opinión, le esperaba si se instalaba en Estados Unidos. Por entonces ella sabía ya que Jack planeaba mudarse a Italia, donde lo esperaban parientes que lo habían invitado a ser socio de una empresa que tenían allí.

Para mí la situación era muy diferente. Aunque estaba ansioso por aceptar la invitación de mis tíos Eric y Senta de ir a América, lo hice sin comprometerme mentalmente a un traslado permanente. Tenía en la cabeza la idea de que, después de un par de años en Estados Unidos, podría radicarme en Israel. La noción de vivir en un kibbutz en Israel y ayudar a construir un estado judío tenía algo de romántico. Y lo que era más importante: aunque sabía muy poco sobre las realidades de la vida en Israel, estaba seguro de que allí no me sentiría «diferente», y esa sensación de pertenecer a algo empezaba a cobrar fuerza en mis decisiones sobre el futuro. En suma, lo cierto es que no sabía bien qué haría o qué debía hacer a largo plazo. Dada mi edad en aquel momento, el largo plazo me parecía muy lejano. Entretanto, la idea de ir a Estados Unidos, fuera para siempre o por uno o dos años, me atraía inmensamente.

La decisión de marcharme de Alemania rumbo a Estados Unidos fue más fácil de tomar tras el casamiento de Mutti con Jack Rosenholz y su anuencia a trasladarse con él a Italia. De no haber sido así, me habría resultado muy arduo dejarla sola en Alemania. Pese a su nuevo matrimonio, sin embargo, no fue fácil para Mutti afrontar otra separación de mí. A pesar de que estaba de acuerdo en que me esperaba un futuro mejor en Estados Unidos y nunca intentó disuadirme de dejar Alemania, tenía la esperanza de que yo regresase a Europa al cabo de un par de años. En ese momento yo probablemente pensaba lo mismo. Durante todo aquel período, Mutti y yo pasamos muchas noches en vela preguntándonos qué debíamos hacer. Algunos de los problemas que nos preocupaban, en especial las largas separaciones, nunca se volvieron realidad. En los años que siguieron a mi traslado a Estados Unidos, me las compu-

se para visitarla casi cada dos años, gracias a pasajes gratuitos que conseguí en buques cargueros que cruzaban el Atlántico. En esas ocasiones también pude visitar a mis amigos de Göttingen.

Mutti llevó una vida maravillosa en Italia y fue muy feliz allí. Una vez que completé mis estudios y me casé, Mutti y Jack nos visitaron también con regularidad. Estas visitas se hicieron más frecuentes todavía tras el nacimiento de nuestros hijos. Llegado ese punto, el interés de Mutti por mí se desvió notablemente hacia sus nietos. Ahora que yo mismo soy abuelo, entiendo ese proceso natural, por más que en su momento lo viví con cierta dosis de celos mezclados con humor. Siento además una enorme alegría por el hecho de que mis hijos hayan tenido la oportunidad de conocer a su «*oma*» (abuela), esa mujer tan especial.

Tras diversas averiguaciones acerca de los pasos burocráticos necesarios para ingresar en Estados Unidos, descubrí que sería más sencillo para mí buscar la admisión en el país como inmigrante que como turista o estudiante. Además, yo parecía cumplir todos los requisitos para ir a Estados Unidos como inmigrante bajo un régimen especial para niños refugiados. En aquellos días, Estados Unidos tenía un sistema de cupos muy estricto para el ingreso a su territorio que dependía más del lugar de nacimiento de la persona que de su nacionalidad. Como yo había nacido en Checoslovaquia, tendría que haber integrado el cupo checo, para el cual existía una larga lista de espera. Por contraste, el cupo para niños refugiados era muy amplio. Solicité mi visa a través de este último y la recibí al cabo de una breve espera.

Uno o dos meses más tarde se me solicitó que fuese a un campo de tránsito en Bremerhavn, en el norte de Alemania.

Permanecí allí durante unas dos semanas, superando pruebas médicas y varias entrevistas con funcionarios de inmigración estadounidenses. Mutti me acompañó en todo este proceso. Se sentía feliz por mí, pues a mí me entusiasmaba la idea de ir a Estados Unidos, aunque me entristecía mucho pensar que no la vería en mucho tiempo. En esa época Estados Unidos era un sitio muy lejano y sólo puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para ella mi partida. No dejaba de brindarme consejos de madre, desde usar ropa abrigada en invierno hasta alimentarme bien, y demás. Un consejo suyo, repetido hasta el hartazgo y que todavía me produce una sonrisa en el rostro fue: «Recuerda Tommy, es mejor tener varias novias que sólo una. Eso logrará que no te cases demasiado joven». Nunca llegué a cumplir del todo con semejante consejo. Mutti había conseguido también un billete de cincuenta dólares en el mercado negro, lo que en aquellos tiempos era mucho dinero. Me dijo que lo escondiese en un zapato para que no me fuese confiscado al ingresar en Estados Unidos. Debió de suponer que allí había controles monetarios similares a los que había entonces en Europa. Hice tal como me dijo y hoy en día, teniendo en cuenta las condiciones sanitarias a bordo de nuestro barco que dejaban mucho que desear, apenas puedo imaginar cómo apestaría el billete a mi llegada a Estados Unidos. Años más tarde, cuando leí el famoso dicho del emperador Vespasiano afirmando que el dinero no apesta, recordé el billete de cincuenta dólares oculto en mi calzado. Sin duda se equivocaba acerca de *ese* billete en particular.

Mi permanencia en el campo de tránsito de Bremerhavn transcurrió sin mayores incidentes. El lugar estaba lleno de refugiados provenientes de todas partes de Europa. Entre ellos había gran número de campesinos y trabajadores de

Europa del Este y de la Unión Soviética. Muchas de estas personas habían sido llevadas a Alemania como mano de obra esclava o prisioneros de guerra. Luego supe que aquel grupo muy probablemente incluyese también a colaboradores nazis que habían actuado como policías y guardias en los campos durante la guerra y ahora fingían haber sido llevados a Alemania como mano de obra esclava. Otro grupo consistía en individuos que habían huido tras la guerra de varios países del Este de Europa que habían caído en manos de regímenes comunistas. Entre ellos había numerosos profesionales, incluyendo abogados, profesores, maestros y médicos. Puesto que yo hablaba alemán y polaco, así como un rudimentario inglés, me llamaban de vez en cuando para officiar de intérprete en las entrevistas que los supervisores de inmigración estadounidenses realizaban a los posibles inmigrantes. No tardé en percatarme de que, a quienes declaraban ser campesinos y obreros, les resultaba fácil aprobar el examen que se les pedía para ser admitidos en Estados Unidos, sin importar el contenido de dicho examen. En cambio, aquellos refugiados que habían dejado sus países por motivos políticos y por lo general poseían un nivel de educación más elevado recibían detalladas preguntas sobre su pasado y sobre sus opiniones políticas. Un caso en el que yo tuve que servir de intérprete durante la entrevista es típico del proceso de escrutinio aplicado a quienes aseguraban haber sido mano de obra esclava. Para empezar, el entrevistado debió explicar su nivel de estudios. Tras pensar la respuesta durante un rato, dijo: «Dos años y tres meses». Entonces siguieron algunas preguntas más del mismo tipo, tras lo cual el examinador quiso saber qué tipo de trabajo había desempeñado el hombre en su Polonia natal antes de ir a Alemania. «Cuidé los cerdos de un rico

granjero», fue la respuesta. Luego se le preguntó cuántos cochinitos podían nacer por camada. Cuando al parecer acertó con su respuesta (siempre me he preguntado si el examinador realmente sabía la respuesta correcta), se le informó al hombre que había pasado el examen. Lo que me sorprendió fue que el examinador en ningún momento intentó averiguar con exactitud dónde había estado el sujeto durante la guerra ni qué trabajos había desempeñado.

A juzgar por las preguntas que repetían los examinadores, pronto comprendí que en verdad no les interesaba saber si alguno de estos eventuales inmigrantes había sido colaborador nazi. El enfoque era más bien sobre si eran comunistas o tenían tendencias de izquierdas. Sólo más tarde supe que a principios de la década de los cincuenta, cuando la Guerra Fría empezaba su apogeo y la caza de brujas del senador McCarthy estaba en su cenit, Estados Unidos había admitido a miles de inmigrantes de Europa del Este, entre ellos a muchos que habían colaborado con las fuerzas de ocupación nazi. Años después, cuando el gobierno estadounidense empezó a deportar a inmigrantes que habían cometido crímenes de guerra durante el período nazi, se descubrió que algunas de estas personas habían logrado entrar al país gracias al chapucero escrutinio de las autoridades de inmigración. No me sorprendió en absoluto.

El viaje a Estados Unidos duró unos diez días. Hace poco hallé entre mis papeles un ejemplar del *Souvenir Edition of the Greely News* («Edición de recuerdo del *Greely News*»), el boletín mimeografiado de nuestro barco. Así supe que a bordo del *General Greely* había 1.271 refugiados. Habían nacido en veinte países y profesaban diez religiones diferentes. Los católicos romanos conformaban el mayor grupo religioso, con 743 individuos, mientras que los bap-

tistas eran apenas 2. Había a bordo 50 judíos, 16 budistas y 8 musulmanes. Los pasajeros restantes representaban a diversos cultos cristianos. En gran medida, los pasajeros de mi buque reflejaban la composición de la inmigración hacia Estados Unidos en aquella época. Yo nunca había visto a gente de tantos países distintos en un solo lugar y tomé montones de fotografías de personas cuyos rostros sugerían orígenes étnicos o nacionales con los que nunca antes me había topado. Me fascinó en especial una familia calmuca que parecía china pero hablaba en ruso. Provenían de la región asiática de la Unión Soviética y, como yo, planeaban vivir con unos familiares en Nueva Jersey. Nunca pude averiguar cómo habían acabado en Alemania.

Casi todos dormíamos en camarotes situados en las cubiertas inferiores del barco, en literas individuales de cuatro plantas. La distancia entre las literas era muy reducida, por lo que resultaba difícil sentarse en la cama. Tan pronto como abordamos el buque, se nos informó que todos tendríamos que trabajar: lavando las cubiertas, limpiando lavabos, pintando paredes, etc. Decidí al instante que debía de haber tareas mucho más interesantes por realizar y que ya hallaría para mí alguna misión más atractiva. Tan pronto como escuché que en el sistema de altavoces del barco se difundían frecuentes anuncios informativos en varias lenguas, me ofrecí de voluntario y fui contratado para ocuparme de los anuncios en polaco y en alemán. Luego resultó que también podía colaborar como uno de los editores de habla alemana del boletín de la nave. Estas dos tareas me daban el derecho a trabajar en la cubierta principal, en unos camarotes muy cómodos. Dado que el sistema de altavoces del barco estaba situado en el puente de mando, también se me permitió acceder a ese sector

del buque, zona que estaba prohibida a los demás pasajeros. Una vez que me conocieron, el capitán y sus oficiales de guardia me dejaban quedarme en el puente de mando después de efectuar los anuncios y respondían a mis preguntas sobre los instrumentos de navegación a bordo. En una de esas visitas, el capitán del barco, Niels H. Olsen, me explicó orgulloso que había llegado a Estados Unidos desde Dinamarca siendo muy joven y sin hablar ni una palabra de inglés, pero que la vida había sido buena con él en su país adoptivo. Me aseguró que yo sería igualmente feliz y exitoso en América.

Les debo mi introducción a la comida estadounidense a los cocineros del *General Greely*. Nos servían en el salón comedor sobre extensas mesas metálicas. Comíamos de pie y debíamos sostener nuestras bandejas cada vez que el barco se inclinaba hacia uno u otro lado. Con el mar agitado, los platos de los pasajeros desatentos acababan estrellándose contra una pared del salón. Nuestro típico desayuno estadounidense consistía en jamón y huevos, leche, café y un pequeño paquete de cereales. Los cereales nos suponían a mí y a muchos otros un problema, pues no teníamos la menor idea de cómo había que comerlos. Al fin decidí que debía tratarse de alguna especie de postre americano y me llevé el paquete a la cubierta principal, donde me lo comí a modo de golosina. No era el único en cometer ese error, pues las cubiertas solían estar plagadas de pasajeros que comían los cereales secos con las manos cuando ya había terminado el desayuno. En un par de ocasiones nos dieron pavo en el almuerzo o la cena. Por lo general se servía con lo que me parecieron zanahorias. Nunca antes había comido boniatos, y a duras penas conseguí tragar mi primer bocado de ese alimento. No sólo no sabía a zanahoria, mi

verdura favorita, sino que me recordaba a los nabos que yo había prometido no volver a ingerir jamás si sobrevivía a la guerra. A la larga acabé disfrutando de los boniatos, que en Estados Unidos suelen servirse para Navidad o para la fiesta de Acción de Gracias. En dichas ocasiones, se preparan con mucho más esmero que los boniatos que nos sirvieron los cocineros del barco.

Anclamos en el puertó de Nueva York durante la tarde del 3 de diciembre de 1951, pero debimos permanecer a bordo hasta la mañana siguiente. El horizonte neoyorquino parecía estar en llamas, iluminado por miles de luces de colores. De camino al puerto pasamos por la Estatua de la Libertad, completamente iluminada, que hasta el día de hoy simboliza para mí la cálida acogida que me brindó Estados Unidos como inmigrante. Contemplar Nueva York de noche es siempre una experiencia especial, no importa cuántas veces lo haya hecho uno. Pero verla por primera vez tras dejar atrás a la sombría Europa todavía recuperándose de la devastación de una guerra mundial fue una experiencia en verdad sobrecogedora. Nunca olvidaré ese instante. Mientras miraba hacia la vasta ciudad que brillaba con lo que parecía ser millones de luces, pasaron por mi mente muchos pensamientos e imágenes. Pensé en el sueño recurrente que había tenido en Sachsenhausen, en el que un bombardero aliado que sobrevolaba el campo de camino a Berlín lanzaba un enorme gancho, alzaba mi barracón y me conducía hasta Estados Unidos. Ese sueño había acabado volviéndose realidad, si bien no bajo la forma de un cuento de hadas. También me pregunté, no sin cierta perturbación, si estaba haciendo lo correcto al marcharme de Göttingen. Pero al cabo de un largo rato, apoyado contra la barandilla de cubierta y fascinado por un cielo que se em-

papaba de los colores reflejados de la multitud de luces que iluminaban la ciudad, mi mente de repente me transportó de regreso a Auschwitz y al humo marrón rojizo que manaba de las chimeneas de los hornos crematorios. De un momento a otro la vida que había vivido (Kielce, Auschwitz, la Marcha de la Muerte, Sachsenhausen) me pasó como un relámpago ante los ojos. En ese instante comprendí que nunca podría librarme del todo del pasado y que esas experiencias determinarían el curso de mi vida para siempre. También supe, sin embargo, que no debía permitir que mi pasado tuviese un efecto destructivo sobre la nueva vida que estaba a punto de comenzar. Mi pasado inspiraría mi futuro y lo dotaría de significado.

Capítulo 12

Reflexiones sobre la supervivencia

En las seis décadas que han transcurrido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y mi liberación, me he preguntado con frecuencia cómo y por qué logré sobrevivir en los campos. Estas reflexiones no se deben a sentimientos de culpa ni a remordimientos por haber sobrevivido mientras que tantos no lo lograron. En su lugar, pienso más bien en las circunstancias que me permitieron sobrevivir. Y si hay una sola palabra que capta la conclusión a la que siempre he llegado, esa palabra es «suerte». Pero «suerte» es un término que no llega a describir con satisfacción la combinación de factores que me permitieron seguir con vida. Uno es el hecho de que durante los períodos en el gueto y en el campo de trabajo de Kielce estuve junto a mis padres, quienes no sólo me protegieron sino que me inculcaron nociones fundamentales de supervivencia. Luego, en mi período inicial en Auschwitz y después de haber sido separado de mi ma-

dre, tuve la suerte de que mi padre y yo siguiéramos juntos. Eso le permitió continuar cuidándome e instruirme sobre modos de evitar acabar en las cámaras de gas. Claro que el hecho de que yo pudiese entrar en Auschwitz sin que me sometieran al mortífero proceso de selección que solía hacerse al llegar, fue fruto de una enorme buena fortuna. De haberse efectuado una selección, yo jamás hubiera ingresado en el campo, y ése habría sido el fin de mi historia.

Una vez que me quedé solo en Auschwitz, y luego en Sachsenhausen, me ayudó que para entonces ya había crecido un poco, convirtiéndome en un auténtico niño de los campos, en el sentido de que había aprendido los trucos necesarios para sobrevivir. Uso la expresión «niño de los campos» adrede, pues siempre me ha parecido que mis instintos de supervivencia en muchos sentidos exhibían las mismas características que he observado en los «niños de la calle» de América Latina, por ejemplo, quienes diariamente se enfrentan a incontables peligros y privaciones. Estos niños son a menudo igual de jóvenes o incluso menores de lo que yo era, y suelo referirme a ellos cuando mis amigos se sorprenden al saber lo pequeño que era cuando viví en los campos. Los niños, incluso los más pequeños, aprenden astucias o trucos callejeros cuando las circunstancias se lo exigen, y los aprenden muy rápido cuando sus vidas dependen de ello. Cuando mis propios hijos llegaron a la edad que yo tenía durante la guerra, a menudo me preguntaba si estos niños mimados o los de mis amigos habrían sobrevivido en una situación similar a la mía. Estoy convencido de que con algo de suerte lo habrían logrado, pues el instinto de supervivencia en los niños es lo bastante fuerte como para que se adecúen a las necesidades del ambiente que los rodea. Por cierto, lo que más me ayudó fue que tuve un

período de entrenamiento en supervivencia bastante prolongado. ¿Quién sabe si habría logrado sobrevivir de haber llegado a Auschwitz directamente desde un ambiente normal de clase media y me hubiese visto de pronto forzado a enfrentar las brutales condiciones del campo? También fue una suerte que la mía fuese una inmersión gradual en el infierno (al escribir estas líneas estoy consciente de que mi uso de la palabra «suerte» aquí resulta muy extraña, pero la verdad es que eso es lo que fue en ese contexto).

Supongo que también ayudó el que yo hablase fluidamente y sin acento discernible el alemán y el polaco, y que mi aspecto no fuese evidentemente judío. El alemán me ayudó en muchas ocasiones, así como también mis rasgos «germánicos». Al menos eso me parece. Quizá a algunos oficiales nazis les recordase a sus propios hijos. Quizá fue por eso que el comandante del campo de Kielce decidió dejarme vivir cuando le dije que yo podía trabajar. Saber hablar polaco me ayudó también en numerosas ocasiones. Todos estos factores, en conjunto, sin duda desempeñaron un papel en mi supervivencia y la mayoría lo hicieron por pura casualidad.

Me han preguntado a veces si en algún momento padecí del llamado «síndrome del superviviente» que supuestamente afecta a algunos supervivientes, a quienes les atormenta el haber sobrevivido cuando tantas personas, en especial miembros de sus propias familias, no lo lograron. Este síndrome al parecer ha llevado a algunos supervivientes al suicidio y ha ocasionado en otros graves problemas psicológicos. Nunca he sentido nada parecido. Ignoro por qué, pero si tuviese que especular, diría que su ausencia se debe a la creencia instintiva de los niños en su inmortalidad y en su derecho a la vida. También es posible que,

como atribuyo mi supervivencia a la pura suerte, he acabado viendo el hecho de sobrevivir o no sobrevivir como un juego de azar sobre el cual no tenía yo ningún control y, por lo tanto, no me podía considerar responsable del resultado. ¿De qué otro modo explicar el hecho de que no cogiese la difteria a pesar de dormir en la misma litera que el amigo mío que contrajo esa enfermedad tan contagiosa? Podría argumentarse, por cierto, que recurrir a la buena fortuna para explicar mi supervivencia es en sí mismo un mecanismo de defensa contra las perversas ideas con que el síndrome del superviviente suele atacar a sus víctimas. Pero así y todo no hay duda de que la suerte tuvo mucho que ver con mi supervivencia.

También me he preguntado algunas veces cómo es que puedo hablar y escribir sin reserva y casi sin emoción acerca de mis experiencias en los campos, mientras que soy incapaz de ver películas sobre el Holocausto o de leer libros que tratan del tema. No negaré que al escribir estas memorias hubo momentos en que debí recuperar la compostura antes de poder continuar. Por ejemplo, al describir el reencuentro con mi madre o la matanza de Ucek y Zarenka, se me saltaron las lágrimas. En general, sin embargo, la historia simplemente brotó de mí de manera espontánea. Y aunque antes de empezar a escribir estas memorias temí que regresaran algunas de mis pesadillas de Auschwitz al recordar episodios que creía enterrados en el olvido, eso no sucedió. Muy diferente fue la reacción de mi madre, pues cuando mis hijos le pidieron que escribiese sobre algunas de sus experiencias del Holocausto, ella intentó hacerlo pero tuvo que abandonar el esfuerzo al cabo de un par de páginas. Luego les comentó que tan pronto como empezaba a escribir, el llanto le impedía continuar. Aun así, mi madre

podía hablar sin reparos sobre aquellos sucesos. ¿Cómo explicar estos caprichos de la mente? Por supuesto que el Holocausto le robó los mejores años de su vida, y si bien vivió con relativo confort después de la guerra, de ningún modo fue la vida normal y feliz que hubiera podido tener o que ella suponía que podía haber tenido. Cuando empezaba a contarles a sus nietos sus experiencias de la guerra, los sentimientos reprimidos sobre su pérdida sin duda resurgían. A diferencia de ella, yo siento que el pasado mío realmente no afectó a mi futuro.

A lo largo de los años, distintos sucesos contemporáneos han despertado en mí el recuerdo de mis experiencias en los campos. Por ejemplo, durante el conflicto de los Balcanes en la década de los noventa, era algo habitual ver en los canales de televisión imágenes de las columnas de exhaustos refugiados huyendo de las zonas de combate. Al contemplar tales escenas, me reconocía a mí mismo en el rostro aterrorizado de los niños. Las imágenes me devolvían recuerdos de los tanques alemanes en los caminos de la campiña polaca donde nuestro pequeño grupo de refugiados se había acurrucado presa del pánico. Cuando entrevisté a la única superviviente de la masacre de El Mozote, en El Salvador, y ella me contaba cómo se había llevado a cabo la matanza de unos quinientos hombres, mujeres y niños, sentí que se repetían la destrucción del gueto de Kielce y los disparos y gritos que nos atormentaban cuando mataban a los débiles y a los enfermos que se encontraban entre nosotros. En otro lugar de El Salvador, mientras inspeccionaba el patio de la residencia donde habían sido ejecutados varios sacerdotes jesuitas, me dijeron que una distante torre de vigilancia que era un elemento importante de mi investigación había quedado ocultada por una

serie de tupidos rosales plantados tras la muerte de los religiosos. Cuando traté de mirar a través de los rosales, vi ante mí la imagen de las hermosas flores silvestres con las que me había encontrado el año anterior durante mi visita a Auschwitz. Las flores cubrían el terreno antes estéril del campo como si intentasen esconder los horrendos crímenes que se habían cometido allí, del mismo modo que las rosas del patio salvadoreño parecían tratar de encubrir a los asesinos de los sacerdotes inocentes. Unos años antes, en San José de Costa Rica, viví una experiencia bastante similar cuando escuché el testimonio presentado ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos sobre las desapariciones forzadas, las torturas y los asesinatos que se habían cometido en Honduras. Mientras escuchaba a un testigo, me puse a pensar en la brutal paliza que le propinaron a Spiegel en aquel barracón de Auschwitz, en la ejecución de los jóvenes polacos que habían sido capturados en pleno saqueo durante la destrucción del gueto de Kielce, y en el ahorcamiento de los prisioneros de Henryków que, tras haber intentado escapar, habían recibido terribles golpes antes de ser ejecutados.

Éstas y otras experiencias similares me han acompañado con frecuencia en mis actividades relacionadas con los derechos humanos. Durante estos *flash-backs*, y cuando he fungido como juez o investigador en casos relacionados con derechos humanos, a menudo me he preguntado qué es lo que nos permite o nos lleva a los seres humanos a actuar de modo tan cruel y brutal (es a propósito que no empleo la palabra «inhumano» para describir estos actos horrendos cometidos por seres humanos). Lo más escalofriante es que los individuos que cometen tales atrocidades, en su mayor parte, no son sádicos sino gente corriente que regresa a su

hogar por las tardes junto con sus familias y se lava las manos antes de cenar con sus parejas y sus hijos, como si lo que acaba de hacer fuera un empleo como cualquier otro. Resulta escalofriante porque, si las personas podemos lavarnos con tanta facilidad de nuestras manos la sangre de otros seres humanos, entonces ¿qué esperanza hay de que podamos salvar a futuras generaciones de los genocidios y las matanzas del pasado? ¿Acaso fue el Holocausto apenas un ensayo para la siguiente serie de genocidios de nuevos grupos de seres humanos? Son cuestiones que me preocupan, sobre todo cuando me entero de nuevas atrocidades que se están cometiendo en una u otra parte del mundo. La mayoría de las veces, sin embargo, me obligo a mí mismo a no perder la esperanza y a seguir confiando en que se podrán crear leyes e instituciones jurídicas que eviten que se repita el terrible pasado que algunos de nosotros hemos vivido. He consagrado la mayor parte de mi vida profesional a alcanzar este objetivo.

Mi experiencia en los campos tuvo sin duda mucho que ver con el devenir de mi vida profesional, así como con mi actitud en general hacia la vida. A diferencia de casi todos mis compañeros de estudios en la facultad de derecho, nunca me interesó la práctica tradicional de la abogacía. Me refiero a lo que suelen hacer los abogados en la mayoría de los países: defender o procesar a criminales, representar a clientes en disputas civiles, ayudar a establecer corporaciones, etc. En su lugar, me incliné por el derecho internacional y el derecho internacional de los derechos humanos. Creía, quizá al principio de modo un poco ingenuo, que esas áreas del derecho, de ser fortalecidas, podrían evitarles a generaciones futuras las terribles tragedias humanas que la Alemania nazi infligió al mundo. Deseaba formar parte de

ese esfuerzo, pues el logro de esa meta era muy importante para mí. Por supuesto que, después de Camboya, Ruanda, Dafur, y muchas otras horripilantes violaciones de los derechos humanos que se han producido, mis expectativas han quedado en gran medida sin cumplir, pero no por ello ha mermado mi entusiasmo por el derecho internacional ni por la protección internacional de los derechos humanos. Llegué hace ya bastante tiempo a la conclusión de que el camino hacia un mundo en el cual los seres humanos puedan vivir en paz y con dignidad es largo, y que es preciso que sigamos trabajando para lograr ese objetivo, poniendo ladrillo sobre ladrillo y sin permitir que nuestras derrotas nos vuelvan cínicos. El hecho de que en las últimas décadas hayamos sido testigos del fin del *apartheid* en Sudáfrica, de la desaparición de la Unión Soviética y del derrocamiento de muchos regímenes opresivos, sobre todo en América Latina, me ha servido de antídoto contra el cinismo, al que he llegado a ver como feroz enemigo del progreso en el terreno de los derechos humanos. Sencillamente no podemos permitirnos claudicar en el intento de construir un mundo basado en el derecho y la justicia, no importa cuánto tiempo nos pueda tomar.

Epílogo

Mi segunda vida (un breve esbozo)

El 20 de enero del año 2000, poco después de entrar en mi habitación de hotel en Cracovia, sonó el teléfono. Yo acababa de regresar con mi esposa y un amigo periodista de una breve visita al campo de concentración de Auschwitz, situado a menos de una hora de distancia en coche. Mi amigo había elegido esa fecha porque coincidía a grandes rasgos con el quincuagésimo quinto aniversario de la Marcha de la Muerte de Auschwitz, tema de una entrevista que él deseaba grabar conmigo en el sitio preciso donde la marcha se había iniciado. Al coger el teléfono, reconocí la voz del consejero jurídico del Departamento de Estado de Estados Unidos. «Tom», empezó a hablar, «el gobierno estadounidense ha decidido proponerte como candidato a juez de la Corte Internacional de Justicia.»

Ser juez de la Corte Internacional de Justicia, el principal órgano judicial de las Naciones Unidas, es considerado el

más alto honor al que pueda aspirar un jurista especializado en derecho internacional. Dado que la Corte está integrada por sólo quince jueces provenientes de todas las regiones del mundo, muy pocos internacionalistas consiguen llegar a tal posición. Pese a que yo sabía que mi nombre estaba siendo tomado en consideración y deseaba fervientemente servir en la Corte, lo único que se me cruzó por la mente en aquel momento fue que había recibido la noticia sobre mi selección en Polonia y, para colmo, en una población situada a corta distancia de Auschwitz y de Katowice. Había sido en Katowice, el 1 de septiembre de 1939, donde las esperanzas de mi familia de escapar a Inglaterra se desvanecieron tras la invasión alemana de Polonia. Este suceso, a la larga, nos conduciría a mi padre, a mi madre y a mí hasta Auschwitz. Los dos nombres, Katowice y Auschwitz, estaban ligados en mi mente, pues ambos habían representado etapas de mi vida que milagrosamente (no se me ocurre otra palabra) no terminaron en las cámaras de gas de Auschwitz. «¡Las ironías de la vida!», pensé. Fue en Katowice, en 1939, donde la adivina le había dicho a mi madre que yo era «*ein Glückskind*», un niño afortunado. Ahora, sesenta y un años más tarde, la emocionante noticia sobre mi candidatura a la Corte Internacional de Justicia me llegaban en una ciudad del sur de Polonia a escasa distancia de Katowice. Casi podía oír a Mutti afirmar, con solemne tono reivindicativo: «Papá y tú os reáis cuando os dije que la adivina sabía de qué hablaba».

Poco después de postularse mi candidatura, me eligieron miembro de la Corte Internacional de Justicia por la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en marzo de 2000. Continúo siendo juez de esa corte, tras haber sido reelegido en 2005 por un pe-

ríodo de nueve años. El sendero que me condujo desde mi llegada a Estados Unidos hasta la Corte Internacional de Justicia es muy largo. En su mayor parte, ha estado plagado de momentos de intensa felicidad personal y apasionantes actividades profesionales. Tendría que escribir toda una autobiografía si fuera a abordar los cincuenta y seis años que han transcurrido desde mi llegada a Nueva York a los diecisiete años de edad. Pero al reflexionar sobre la vida que dejé atrás en Europa en 1951, debo admitir que por momentos me parece como si todo aquello le hubiese pasado a otra persona y no a mí. En otras palabras, en mis setenta y tres años he vivido dos vidas muy distintas, y si bien el pasado influyó en lo que vino después, las diferencias entre ellas también son notorias. En este epílogo, intento narrar brevemente algunos aspectos de esa segunda vida, centrándome sobre todo en mis actividades profesionales.

En enero de 1952, semanas después de llegar a Estados Unidos y tras aprobar varios exámenes de nivel escolar, fui admitido en la escuela secundaria Eastside High, en Paterson, Nueva Jersey. Durante ese período viví en Paterson con mi tío Eric Silberg y su esposa Senta, quienes fueron para mí maravillosos padres sustitutos. Su hija Gay llegaría a ser como una hermana menor para mí. Los exámenes de nivel que tuve que tomar para asistir a Eastside High School fueron muy diferentes de lo que me había esperado. En lugar de someterme a una serie de pruebas uniformes, tuve que pasar un par de semanas escribiendo breves ensayos y resolviendo problemas bajo la supervisión de los jefes de departamento de las principales disciplinas académicas de la escuela. Con base en esas pruebas, el director de la escuela concluyó que, aunque mis conocimientos del idioma y de algunos temas específicos (en especial la his-

toria de Estados Unidos y las ciencias sociales) estaban por debajo de los de mis compañeros estadounidenses, mis antecedentes académicos generales me permitirían equiparar mi nivel con el de los demás. No se equivocó, pues cuando me gradué en 1953 (un año y medio después de haber sido admitido) figuré entre los que integraron el cuarto de la clase con calificaciones más altas. Disfruté mucho de los días que pasé en Eastside High. Mis asignaturas favoritas fueron historia de Estados Unidos y ciencias sociales, que versaban en gran medida sobre el sistema político del país, así como literatura contemporánea inglesa y estadounidense. Claro que tardaba varias horas en hacer los deberes, pues tenía que consultar en el diccionario muchas palabras en inglés y asimilar gran cantidad de material nuevo. Con el tiempo, desarrollé un sistema de estudio que también me resultó de utilidad en mis primeros años de universidad. Lo que hacía básicamente era copiar extensos fragmentos de texto de algún capítulo de cualquier libro que tuviese que leer para la escuela. Además de ayudarme a aprender la materia, este sistema contribuyó notablemente a mejorar mi redacción en inglés.

A fines de 1953 fui admitido en el Bethany College de West Virginia, una pequeña universidad de estudios generales que por entonces tenía unos seiscientos estudiantes. De la decena de universidades a las que postulé, Bethany fue la única que me ofreció una beca. Si bien las otras me aceptaron, les preocupaba mi «variopinto» pasado educativo (el lenguaje que empleaban para referirse a ello era más diplomático) y me informaron que tendrían que ver mis calificaciones al finalizar el primer año antes de decidir si me concederían una beca. Su postura era sumamente razonable, por cierto, pues los estudiantes estadounidenses habían

completado al menos doce años de educación primaria y secundaria antes de entrar en la universidad, mientras que yo apenas si podía acreditar cuatro años y medio, incluidos mis tres semestres en Eastside High School. Como carecía de medios para financiar mi primer año sin una beca, decidí asistir a Bethany College. Pensándolo bien, fue una decisión muy sabia. Bethany era una institución lo bastante pequeña como para permitirme trabajar estrechamente con los profesores y recibir el tipo de atención individual que hubiese sido imposible en una universidad más grande. Debido a su tamaño, también me fue posible conocer allí a una mayor cantidad de estudiantes, ser aceptado por ellos y sentirme parte de la comunidad de Bethany College. Cuando me gradué en 1957, el mismo año en que recibí la ciudadanía estadounidense, mi americanización emocional también había cuajado: no sólo era estadounidense por ley, sino también lo era por convicción.

Aunque Bethany College desempeñó un papel muy importante durante mis primeros años en el nuevo continente, estuve a punto de no postular a esa universidad. Cuando todavía asistía a Eastside High, la asesora universitaria de la escuela me había proporcionado una lista de una decena de universidades a las que, según ella, me convenía postular. Bethany era una de ellas. Cuando recibí los formularios de solicitud y los boletines informativos de todas las universidades, noté que Bethany College se identificaba como una universidad «cristiana». Dando por hecho que los judíos no serían bienvenidos allí, decidí no completar los formularios de admisión de Bethany. Uno o dos meses más tarde, fui convocado al despacho de mi asesora, quien me presentó a un señor al que identifiqué como «decano de estudiantes de Bethany College». Tras estrecharnos las manos

me preguntó por qué no había devuelto completadas las solicitudes de inscripción. Avergonzado y balbuceando en busca de las palabras adecuadas, dije por fin que yo era judío y había supuesto que Bethany College, por considerarse una universidad cristiana, no me querría en sus aulas. «Joven», respondió él, «estás en Estados Unidos, y ni tu religión ni la de la universidad tienen nada que ver con nuestra política de admisión.» Me aseguró entonces que si presentaba la solicitud a Bethany él me garantizaría una beca para estudiar allí. Fue fiel a su promesa.

Me gradué de Bethany College en 1957 con el título de licenciado en Historia y Ciencias Políticas. En mi último año, la universidad me recomendó para la prestigiosa beca Rhodes, con la que estudiaría en la Universidad de Oxford, en Inglaterra. Aunque superé la primera ronda de selecciones para dicha beca, no llegué a la instancia final. Supe que no ganaría la beca Rhodes en cuanto me preguntaron por qué, si había llegado a Estados Unidos hacía apenas unos años, deseaba ahora estudiar en Inglaterra. Intenté sin éxito encontrar un buen motivo, balbuceando algo sobre que Inglaterra era la cuna del sistema de derecho consuetudinario (*common law*) y demás, pero no convencí a ninguno de mis examinadores, y tampoco me convencí a mí mismo. Hacia el final de tan desafortunada entrevista, uno de los examinadores me dio un consejo. Me sugirió que escribiese a la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York y solicitase la beca Root-Tilden. Me prometió asimismo que escribiría una carta de recomendación a esa universidad. De inmediato seguí su consejo y, tras una nueva entrevista, me concedieron la beca. El programa Root-Tilden había sido establecido pocos años antes a fin de llevar cada año a la Facultad de Derecho a una veintena de estudian-

res seleccionados mediante un concurso nacional. Aunque otras facultades de Derecho estadounidenses también me ofrecieron becas, la de la Universidad de Nueva York fue la única que me brindó un estipendio completo que incluía instrucción, alojamiento y pensión completa, más algo de dinero para libros. Acepté con gratitud.

Me gradué en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York en 1960 y, tras superar el examen para ejercer la abogacía en el estado de Nueva York, me matriculé para una maestría en derecho en un programa de estudios en derecho internacional de la Universidad de Harvard. Por entonces, la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York carecía del excelente programa en derecho internacional que hoy posee. Cuando todavía estaba en Bethany College, o quizá incluso antes, ya había decidido que quería especializarme en derecho internacional. Esta decisión se vio reforzada por el único curso en derecho internacional que pude tomar en la Universidad de Nueva York. En aquel momento yo tenía una idea muy vaga y quizá un poco ingenua del derecho internacional y de lo que se podía lograr con él, pero la materia me atraía porque creía que el derecho internacional podría evitar guerras y genocidios. La práctica de la abogacía como tal no me interesaba.

En aquellos días, la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard poseía un excelente programa en derecho internacional. Obtuve la maestría en Derecho en 1961 y algunos años más tarde el título de doctor en Ciencias Jurídicas. A lo largo de los años, dos de mis profesores de Harvard (Richard Baxter, quien luego llegaría a ser juez de la Corte Internacional de Justicia, y Louis B. Sohn, uno de los eruditos en derecho internacional más prominentes del mundo) se volvieron mentores y amigos míos.

Escribí mi tesis para la maestría bajo la supervisión del profesor Sohn. Él y el profesor Baxter más adelante actuaron como supervisores de mi disertación para el doctorado. El tema de mi tesis para la maestría en derecho fue la recientemente establecida Corte de Justicia de las Comunidades Europeas. Poco después de recibir ese título, publiqué dos artículos en el *American Journal of Comparative Law* basados en las investigaciones para mi maestría. Mi fascinación de toda la vida por las cortes internacionales quizá tuvo su inicio en estas primeras investigaciones.

Mi carrera como profesor universitario comenzó a fines de 1961. Concluyó formalmente en el año 2000 con mi elección para la Corte Internacional de Justicia. Al ascender a la Corte, tuve que abandonar las tareas docentes que desempeñaba en la Facultad de Derecho de la Universidad George Washington, en Washington, D.C., donde enseñé durante más de una década y cumplí funciones como director del Centro Internacional del Estado de Derecho (*International Rule of Law Center*). Previamente había dictado clases en varias facultades de derecho estadounidenses, entre ellas la State University de Nueva York en Búfalo, la Universidad de Texas en Austin y la Universidad de Emory en Atlanta, Georgia. Durante un período de cinco años, también fui decano del Washington College of Law de la American University, en Washington, D.C. Acepté dicho cargo en gran medida porque el cuerpo docente deseaba que desarrollase e implementase un plan académico para la internacionalización del plan de estudios de la Facultad de Derecho. Fue un desafío que no pude resistir.

A lo largo de mi extensa carrera académica, dicté diferentes cursos y seminarios sobre derecho internacional, la protección internacional de los derechos humanos, y el de-

recho aplicable a las organizaciones y tribunales internacionales. En la Universidad de Emory fui el primer Profesor de la Cátedra I.T. Cohen en Derechos Humanos. Allí, además, fui invitado por el ex presidente Jimmy Carter a establecer y dirigir el Programa de Derechos Humanos de su Carter Center. Al darle un papel importante a los derechos humanos dentro de la política exterior de Estados Unidos y alentar a la comunidad internacional a prestar atención al tema, el presidente Carter hizo una contribución muy importante a la protección de los derechos humanos a nivel global. La oportunidad de trabajar estrechamente con él haciendo de los derechos humanos un componente académico y político fundamental del Carter Center me atrajo sobremanera. Pronto comprendí, sin embargo, que los muchos otros programas instaurados por el presidente Carter en su centro le impedían prestarle al programa de derechos humanos el tipo de atención que en mi opinión merecía, y que eso limitaba mis posibilidades de acción. Así, en 1989, después de tres años y medio, decidí regresar a Washington y acepté el cargo de profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad George Washington.

El tema central de mi labor de investigación y de mi trabajo en general ha sido siempre la protección internacional de los derechos humanos. Me sentí irresistiblemente atraído a esta área del derecho. Cuando empecé a trabajar en ese campo, éste se hallaba todavía en su infancia como disciplina académica y como rama del derecho internacional. En aquellos días, me pregunté con frecuencia si el Holocausto podría haberse evitado, como proponían algunos por entonces, de haber existido antes de la Segunda Guerra Mundial un eficaz sistema internacional de protección de los derechos humanos. También me he preguntado

cómo debería estructurarse tal sistema a fin de impedir las horrendas violaciones a los derechos humanos que siguen azotando a la humanidad. Aunque nunca he conseguido responderlas a mi entera satisfacción, tales preguntas han inspirado mi labor docente y mis escritos, así como también mi trabajo como abogado en derechos humanos. Estoy convencido de que si no nos formulamos estas preguntas y no hacemos de ellas el centro de nuestros esfuerzos académicos y profesionales, nunca conseguiremos fortalecer el sistema internacional de derechos humanos lo suficiente como para asegurarnos de que los crímenes del pasado no se repitan en diferentes partes del mundo.

Cuando aún era estudiante en Harvard, no dejaba de oír hablar sobre la Convención Europea de Derechos Humanos y sobre el hito que representaba en los esfuerzos internacionales por proteger los derechos humanos, en especial porque buscaba traducir la sublime retórica de la Declaración Universal de Derechos Humanos en derecho ejecutable. Eso despertó mi curiosidad y empecé a leer todo lo que podía encontrar sobre la Convención Europea, su Comisión y su Tribunal. Hacia 1963, yo ya había llegado a la conclusión de que, si bien este tratado era sin duda un experimento prometedor, se había realizado una investigación muy superficial acerca del impacto real que había tenido sobre aquellos países donde supuestamente gozaba del rango de derecho interno. Así fue como decidí investigar de qué modo la policía y los juzgados de esos países ponían en práctica la Convención y si en verdad había cambiado en algo la vida de la gente. Esa era, en mi opinión, la prueba de fuego de un sistema internacional de derechos humanos eficaz. Un año después publiqué el resultado de mi investigación en un artículo titulado «La Convención

Europea de Derechos Humanos y su estatus en el derecho interno» (*«The Domestic Status of the European Convention of Human Rights»*). Mis conclusiones sorprendieron a muchos especialistas del campo (entre ellos a mí), pues demostraron que algunos de los países que habían ratificado la Convención no la estaban aplicando en su derecho interno. Preocupada por las consecuencias que esta situación podría tener, la Comisión Internacional de Juristas con sede en Ginebra decidió publicar una versión actualizada de mi artículo en español, alemán, francés e inglés, dándole así la mayor difusión posible. Los gobiernos europeos y la comunidad legal no tardaron en su atención sobre este vacío que existía en la aplicación de la Convención a nivel interno. La publicación de este artículo también ayudó mucho a establecer mi reputación académica en el área de los derechos humanos.

Cuando comencé a impartir clases, el derecho internacional de los derechos humanos apenas figuraba en el plan de estudios de las facultades de derecho estadounidenses, y era como mucho uno más de los numerosos temas comprendidos en el curso básico de derecho internacional. Es decir que se le dedicaba muy poco tiempo. A principios y mediados de la década de los sesenta, el profesor Sohn y yo empezamos a dictar en nuestras respectivas facultades de derecho cursos independientes sobre la protección internacional de los derechos humanos. Durante un encuentro casual, decidimos que a fin de alentar a otros profesores de derecho a enseñar la disciplina, deberíamos compilar un libro con materiales didácticos sobre esta especialización. Publicado en 1973, *La protección internacional de los derechos humanos (International Protection of Human Rights)* fue el primer libro didáctico estadounidense sobre el de-

recho internacional de los derechos humanos y sentó las bases para la enseñanza de esa materia en las universidades del país. En la actualidad se dictan cursos y seminarios sobre derechos humanos en todas las principales facultades de derecho de Estados Unidos. Algunas de ellas también cuentan con consultorios sobre derechos humanos donde los estudiantes pueden obtener experiencia práctica ayudando a mediar en casos concretos ante tribunales nacionales e internacionales, o bien brindando asesoría legal para proteger a individuos o grupos en busca de sus derechos. Hoy en día un número cada vez mayor de abogados estadounidenses consagran su carrera profesional a la protección internacional de los derechos humanos.

Otro de mis libros, *Manual sobre derechos humanos internacionales (International Human Rights in a Nutshell)*, una introducción a la materia dirigida principalmente a estudiantes de derecho, va por la tercera edición y ha sido traducido a una decena de idiomas. Lo siguió *La protección de los derechos humanos en las Américas (Protecting Human Rights in the Americas)*, escrito en colaboración con la profesora Dinah Shelton de la Facultad de Derecho de la Universidad George Washington. Este libro va por su cuarta edición. Además de dichas publicaciones y otros trabajos sobre temas de derecho internacional público, con los años he publicado gran número de artículos referidos a cuestiones de derechos humanos en revistas jurídicas de Estados Unidos y del extranjero. Al escribir sobre el derecho internacional de los derechos humanos y en mis clases sobre la materia, he procurado explicar los alcances de este derecho, cómo puede volverse más eficaz y qué papel pueden y deben desempeñar los abogados para asegurar su aplicación.

A medida que empezaba a obtener reconocimiento como experto en la materia, surgieron varias oportunidades que me permitieron contribuir de manera práctica a la protección internacional de los derechos humanos. Así fue como, entre 1974 y 1978, fui invitado a representar al gobierno de Estados Unidos en diversas reuniones y conferencias de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) relacionadas con cuestiones de derechos humanos. En calidad de tal, por ejemplo, en 1978 ayudé a formular el procedimiento a seguir por la UNESCO ante denuncias a gobiernos por violaciones de los derechos humanos garantizados por la Constitución de la UNESCO. Estos procedimientos se establecieron con el fin de ayudar a los estudiantes, artistas y docentes que fueran perseguidos en distintas partes del mundo a presentar denuncias ante la UNESCO. La década de los setenta no fue un buen período para los derechos humanos, sobre todo porque la Unión Soviética, sus naciones-satélite y los regímenes dictatoriales de diversas partes del globo se oponían a cualquier iniciativa seria en pro de los derechos humanos. Durante esa misma época, los gobiernos de Nixon y Ford en Estados Unidos no le dieron prioridad a los derechos humanos en su política externa. Eso cambió con el gobierno de Carter, lo cual facilitó enormemente mi trabajo en la UNESCO.

Un episodio de ese período sigue fresco en mi memoria. En 1974 se me pidió que encabezase una delegación estadounidense de tres miembros a una conferencia de la UNESCO cuya misión era redactar una recomendación sobre la educación en materia de derechos humanos. Aunque al principio creí ingenuamente que se trataría de un simple ejercicio académico, pronto comprendí que du-

rante la Guerra Fría ningún tema quedaba a salvo de las consignas propagandísticas. Casi tan pronto como empezamos a estudiar el proyecto de recomendación, Ucrania, por aquel entonces una república soviética «independiente» y estado miembro de la UNESCO, propuso una enmienda demandando la erradicación, mediante la educación, de numerosos azotes que amenazaban a la sociedad, entre ellos «el nazismo, el neonazismo y el sionismo». Semejante propuesta motivó un enfrentamiento entre el bloque soviético (junto con muchas naciones en vías de desarrollo) y las democracias de occidente. Éstas se oponían a vincular al sionismo con el nazismo, al tiempo que la conexión entre nazismo y neonazismo era fuertemente defendida por la entonces República Democrática Alemana. La RDA esperaba de ese modo reforzar su propaganda contra la República Federal Alemana, a la que acusaba de no tomar medidas lo bastante eficaces contra algunos partidos neonazi emergentes. Dado que las delegaciones de ambas Alemanias se negaban a dialogar entre sí, me pidieron actuar como su intermediario de habla alemana. Al cabo de un tiempo se acordó una formulación menos conflictiva; ésta se refirió, entre otros azotes, a «todas las expresiones y variedades de racismo, fascismo y *apartheid*, así como a otras ideologías que promuevan el odio nacional o racial». Pero la ironía de que a un superviviente de los campos de concentración nazis se le pidiera actuar como mediador entre las dos Alemanias no se me pasó en absoluto por alto.

El año 1979 marcó el comienzo de un período realmente estimulante de mi vida profesional, tras mi elección como juez de la recién creada Corte Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de los Estados Americanos. Permanecí en la Corte, una institución a tiempo parcial

modelada según la antigua Corte Europea de Derechos Humanos, durante el período máximo de doce años, y ejercí como presidente durante un mandato. Nuevamente, como ha sucedido tan a menudo en mi vida, mi candidatura y elección a la Corte se produjeron de manera fortuita. Por entonces yo era profesor de la Universidad de Texas. Uno de mis cursos era un seminario sobre el derecho internacional de los derechos humanos. En este seminario traté, entre otros temas, sobre el emergente sistema interamericano para la protección de los derechos humanos y sobre la Convención Americana de Derechos Humanos (Pacto de San José de Costa Rica) que estaba a punto de entrar en vigor. Cada vez que tocaba el tema en mi clase, subrayaba que si Estados Unidos se negaba a ratificar la Convención, ningún estadounidense podría jamás integrar la Corte que ésta establecería. Aunque la Convención permite a los estados partes postular como candidatos a ciudadanos de estados no partes (incluyendo a ciudadanos estadounidenses), les decía a mis estudiantes que eso probablemente no sucedería nunca.

Pero sucedió. Allá por 1978, sonó el teléfono en mi despacho. Quien llamaba se identificó como embajador de Costa Rica ante la Organización de los Estados Americanos en Washington. Llamaba, me dijo, para proponerme, en nombre de Costa Rica, como candidato a juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, que estaba a punto de establecerse y cuyo primer grupo de jueces sería elegido en los meses siguientes. Convencido de que mi interlocutor no era quien decía ser sino uno de los estudiantes de mi seminario gastándome una broma, respondí que me sentía muy halagado por el ofrecimiento pero necesitaba meditar un poco al respecto. Luego le pedí

su número de teléfono y prometí devolverle la llamada uno o dos días más tarde. Por supuesto que, tras colgar, comprobé el número y constaté que, realmente, pertenecía a la embajada de Costa Rica en Washington. Volví a llamar a la mañana siguiente y acepté la nominación. Mi elección para la Corte Interamericana de Derechos Humanos, compuesta de siete jueces, se produjo pocos meses después. Al parecer, el gobierno de Costa Rica me había escogido tras constatar que era yo uno de los escasos expertos legales estadounidenses que habían estudiado los sistemas de derechos humanos universales y regionales, al tiempo que había esbozado algunas propuestas que acabaron formando parte de la versión final de la Convención Americana. Estas consideraciones, y el hecho de que Costa Rica pensaba que les resultaría útil tener a un estadounidense en la Corte durante las primeras etapas de la institución, condujeron a su gobierno hacia mí.

Durante buena parte del período en que trabajé en la Corte, la mayoría de los países de América Latina habían caído en manos de regímenes militares y dictadores civiles que cometían violaciones masivas a los derechos humanos. Aunque el clima político era tal que una corte de derechos humanos difícilmente contaría con el beneplácito o el apoyo de muchos gobiernos de la región, la Corte consiguió establecer una base relativamente sólida para el cumplimiento de los derechos garantizados por la Convención Americana de Derechos Humanos en el hemisferio occidental. Por ejemplo, dictamos la primera sentencia jamás pronunciada en contra de un estado (en este caso Honduras) por llevar a cabo una política de desapariciones forzadas. Se le ordenó al gobierno de Honduras pagar una indemnización a las familias de las víctimas y, lo que es más, la orden

fue cumplida y el pago se efectuó al cabo de un tiempo. La Corte también emitió importantes opiniones consultivas respecto de la libertad de expresión, la protección de los derechos humanos durante estados de emergencia, el respeto del debido proceso, y otras cuestiones afines. En suma, dado mi interés por fortalecer el desarrollo de las instituciones internacionales de derechos humanos y transformarlas en mecanismos de protección eficaces, prestar servicios en la Corte Interamericana me pareció un sueño hecho realidad. Una cosa es teorizar como estudiante o docente acerca de tales esfuerzos, y otra muy diferente que a uno le den la oportunidad de poner sus teorías en práctica y ver el impacto que, al menos algunas de ellas, tienen sobre las vidas de la gente corriente.

Por supuesto que el papel que la Corte Interamericana podía desempeñar en aquel momento se veía seriamente limitado por el hecho de que algunos de los más graves violadores de los derechos humanos de la región (entre ellos Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, El Salvador y Guatemala), o bien no habían ratificado la Convención Americana, o simplemente no habían aceptado la jurisdicción de la Corte. Esos estados, como consecuencia, no podían ser llevados ante la Corte. Así, por ejemplo, mientras que podía abrirse un proceso a Honduras que, según se afirmaba, fue responsable de unas doscientas desapariciones forzadas, carecíamos de la competencia necesaria para actuar en contra de Argentina, que supuestamente fue responsable de entre quince mil y treinta mil desapariciones forzadas durante la llamada «guerra sucia». El hecho de que las cortes internacionales de derechos humanos, las cortes penales internacionales y demás organismos similares sólo gocen de competencia en aquellos estados que hayan acep-

tado la misma, implica que los estados que no lo han hecho gozan de esa misma impunidad que las cortes tienen como misión combatir. Es triste pero, por desgracia, cierto. Por ese motivo, a mi modo de ver, resulta importante que todos los países se adhieran al Tratado de Roma, por el que se establece la Corte Penal Internacional, y por ello no he cesado en mis esfuerzos por lograr que Estados Unidos ratifique ese tratado. Al negarse a hacerlo, el gobierno de Estados Unidos está enviando una señal equivocada a la comunidad internacional en cuanto a su compromiso con los principios del estado de derecho internacional.

Mientras todavía integraba la Corte Interamericana, y a medida que se empezaba a desmoronar el Telón de Acero, en 1990 fui nombrado miembro de la delegación del gobierno de Estados Unidos a la reunión de Copenhague de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (ahora la OSCE), organización que tuvo su génesis en el Acta Final de Helsinki. La reunión se llevó a cabo en un momento de la historia en que la euforia de la post-Guerra Fría conmocionaba a Europa y al resto del mundo. Esa situación nos permitió adoptar una serie de importantes principios sobre derechos humanos que nadie hubiera creído posibles uno o dos años antes. Tan pronto como llegamos a Copenhague, el embajador Max Kampelman, presidente de la delegación estadounidense, me puso a cargo de las negociaciones en materia del estado de derecho. Con su fuerte respaldo, logramos hacer que la reunión aceptase muchos principios importantes sobre el particular.

El momento fue claramente propicio para la reunión de Copenhague. Toda mi vida profesional se había desarrollado bajo la sombra de la lucha ideológica entre la Unión Soviética y Occidente. Ese conflicto había obstacu-

lizado gravemente la creación de mecanismos internacionales eficaces para la protección de los derechos humanos en el mundo. Las gestiones realizadas en Copenhague, por lo tanto, parecieron prometer buenos resultados para los derechos humanos. Todas esas esperanzas no tardarían en estrellarse contra las realidades del genocidio de Ruanda y los terribles crímenes de lesa humanidad cometidos durante el conflicto de los Balcanes, por mencionar sólo dos de las horrendas tragedias que la humanidad debió afrontar en décadas recientes, siendo la última la de Darfur. No sorprende que tales sucesos hayan llevado a más de uno a darse por vencido y perder las esperanzas. No es mi caso. Aunque acepto que estas violaciones recurrentes de los derechos humanos en una u otra parte del mundo me han hecho preguntarme cada cierto tiempo si la humanidad conseguirá alguna vez librarse de semejantes horrores, trato de convencerme una y otra vez de que a la larga seremos capaces de establecer un sistema internacional eficaz de derechos humanos que pueda prevenir futuros desastres como el de Ruanda. Con todo, debo admitir que me niego a preguntarme cuán realista es esa esperanza mía. Entonces me repito a mí mismo que, de habernos basado sólo en los pronósticos de los realistas de este mundo, hubiéramos avanzado muy poco en la defensa de los derechos humanos.

Mis funciones como juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos concluyeron en diciembre de 1991. Al poco tiempo, el secretario general de Naciones Unidas me invitó a formar parte de la Comisión de la Verdad para El Salvador, compuesta de tres miembros. Los otros dos comisionados eran el ex presidente de Colombia Belisario Betancur, y Reinaldo Figueredo, que había sido

ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela. Nuestra misión era investigar las más graves violaciones a los derechos humanos cometidas durante los doce años de guerra civil en El Salvador. El conflicto había llegado a su fin pocos meses antes. Con el respaldo profesional de unos veinticinco abogados y antropólogos forenses extranjeros, conseguimos completar nuestro informe dentro del plazo previsto de ocho meses. Hasta que trabajé en la Comisión de la Verdad, siempre había creído que mi experiencia del Holocausto me había formado una coraza que me protegería a la hora de presenciar las más espantosas violaciones a los derechos humanos. En El Salvador descubrí que no era así. Por ejemplo, contemplar el esqueleto de un bebé aún en el vientre de su madre asesinada durante la masacre de El Mozote fue más de lo que pude soportar sin sentirme profundamente afectado ante la brutal depravación de quienes habían cometido ése y otros crímenes similares. Durante nuestra labor en El Salvador volvieron a mi mente, una y otra vez, recuerdos subliminales de mi propio pasado en otra parte del mundo cuando entrevistábamos a testigos, escuchábamos sus historias e inspeccionábamos los sitios donde se habían cometido las masacres. El sufrimiento padecido por tanta gente en aquel pequeño país a lo largo de su terrible guerra civil dejó una huella que perdura en mi alma.

En 1994, un año después de que la Comisión de la Verdad completase su trabajo, fui designado por Estados Unidos para integrar el Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Este organismo verifica el cumplimiento de las obligaciones contraídas por los estados partes en el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. Estados Unidos había ratificado el Pacto poco antes de mi

elección al Comité y, por ende, fui el primer estadounidense en prestar funciones en el mismo. Para gran desilusión mía, encontré la labor del Comité bastante descorazonadora e improductiva. Debido a los recortes presupuestarios, la inercia burocrática y la irresistible compulsión de algunos de mis colegas de exhibir en demasía sus dotes para la oratoria, el Comité rara vez logró avances durante las tres reuniones anuales de tres semanas cada una que celebraba. En el Comité de Derechos Humanos aprendí también cómo los estados que se oponen a la protección de los derechos humanos pueden presentarse como defensores de los mismos, al tiempo que socavan las instituciones que Naciones Unidas ha creado precisamente para lograr el cumplimiento de esos derechos. Los representantes de dichos estados pronuncian elocuentes discursos en favor de los derechos humanos, al mismo tiempo que votan por reducir el presupuesto de las instituciones que abogan por ellos. Lo que es más, muchos de los informes que los estados presentan al Comité acerca de su comportamiento en materia de derechos humanos contienen mentiras flagrantes sobre la situación real en sus territorios. Dado que el Comité carece de un poder de verificación independiente, nuestra capacidad de cuestionar la veracidad de estos informes era muy limitada.

De ahí que, cuando en 1999 fui invitado a ocupar el cargo de vicepresidente del Tribunal Arbitral para Cuentas Inactivas en Suiza (*Claims Resolution Tribunal for Dormant Accounts in Switzerland*), en el que había actuado como árbitro desde 1998, acepté la posición y renuncié al Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. El Tribunal Arbitral (o CRT, como acabó siendo conocido este organismo) fue creado con el fin de buscar las cuentas banca-

rias sin reclamar relacionadas con el Holocausto y ayudar a identificar a sus dueños o herederos. Como vicepresidente, mi tarea era supervisar las operaciones diarias del CRT y adjudicar las reclamaciones que nos hacían llegar. Al leer las solicitudes de los reclamantes y examinar los archivos de los bancos, más de una vez me vi transportado a la década de los treinta, cuando algunos ricos judíos europeos, presintiendo de algún modo el destino que les aguardaba bajo el régimen nazi, decidieron proteger su dinero en la neutral Suiza. Trágicamente, la mayoría de ellos no sobrevivió al Holocausto. Eso benefició a los bancos suizos, que utilizaron esos fondos durante más de medio siglo con la esperanza de no tener que rendir cuentas jamás de su inesperada ganancia.

Con un personal de unos veinte jóvenes abogados procedentes de diversas partes del mundo y un selecto grupo de distinguidos árbitros comerciales provenientes de Suiza, Estados Unidos, Israel, el Reino Unido y Bélgica, nuestro trabajo consistía en leer los documentos que presentaban las personas que aseguraban ser herederos de los titulares de las cuentas y tratar de determinar si la información proporcionada coincidía con la que se encontraba en los archivos de los bancos suizos. No fue una tarea sencilla. A menudo los únicos datos con los que contábamos eran apenas el nombre del titular de la cuenta, y quizá con suerte su ciudad natal o su profesión. Aunque intenté en todo momento ocultar la ira que sentía ante la conducta de algunos bancos para que no se viese afectado mi trabajo, eso no siempre resultó fácil. Por ejemplo, algunos expedientes bancarios no contenían otra cosa que el nombre del titular de la cuenta, la suma de dinero que quedaba en la cuenta, y una nota indicando que la demás información había sido

destruida. Los bancos no sólo no pagaban ningún interés, sino que con frecuencia habían vaciado las cuentas por completo al deducir comisiones bancarias. Esto continuó aun después de que se enteraran de que los depositantes habían muerto en el Holocausto. También hallamos pruebas de que algunos bancos habían informado a sobrevivientes del Holocausto que buscaban las cuentas bancarias de sus parientes de que tales cuentas no existían en la sucursal que ellos habían identificado, pese a que los funcionarios del banco sabían muy bien que la cuenta existía en otra sucursal de la misma institución.

Siempre reinaba gran alegría en nuestras oficinas de Zúrich cuando lográbamos establecer la conexión entre la cuenta de una víctima del Holocausto y su heredero, pero hubo también momentos de tristeza cuando nos enterábamos de que ese heredero había muerto antes de que pudiésemos determinar su derecho a la cuenta. Muchas veces no encontramos nunca a los herederos. Un caso que jamás olvidaré fue el de una cuenta reclamada a la vez por un hombre y por una mujer que vivían en países distintos. Cada uno aseguraba ser el único heredero del titular de la cuenta. Tras examinar los expedientes del caso, uno de nuestros jóvenes abogados fue a verme. Había llegado a la conclusión de que los dos reclamantes eran hermanos, y que al parecer ambos creían que el otro había muerto en el Holocausto. Examiné el expediente y llegué a la misma conclusión. Nos alegramos muchísimo, pues no sólo habíamos hallado a los herederos de una cuenta, sino que podríamos reunir a dos hermanos. Debido a la edad avanzada de los herederos, decidimos que las buenas noticias debían serles comunicadas con suma cautela y que llamaríamos primero al hermano. Cuando vi el rostro del joven abogado poco después de

que hubo efectuado la llamada, adiviné lo que había ocurrido: el hermano había muerto tres meses antes, sin enterarse jamás de que su hermana estaba viva. Las secuelas del Holocausto parecían no tener fin.

A lo largo de los años he participado en una serie de actividades distintas en pro de los derechos humanos. Siento especial orgullo en una de ellas. Se trata del Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH), que ayudé a fundar en 1980. Con sede en San José de Costa Rica, el Instituto fue creado para promover los derechos humanos y la educación e investigación sobre derechos humanos en el hemisferio occidental, así como para difundir la obra de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Fui presidente del Instituto hasta 1992 y actualmente sigo siendo su presidente honorario. El instituto se ha convertido en una de las instituciones más importantes de su género. Sus numerosos programas de educación, capacitación e investigación han fomentado una cultura de derechos humanos en la región que antes no existía en muchas partes de América Latina. El Centro de Asesoría y Promoción Electoral del Instituto (CAPEL), por ejemplo, realiza misiones de observación electoral en la región, da cursos de capacitación a observadores electorales y actúa como coordinador regional de los tribunales electorales nacionales. El IIDH además viene desempeñando un papel cada vez más importante en la promoción de los derechos de la mujer, de las poblaciones indígenas y de los refugiados en América Latina, áreas que hasta hace poco estaban muy descuidadas en esa parte del mundo.

En la segunda mitad de la década de los noventa, el presidente Bill Clinton me nombró miembro del Consejo Estadounidense para la Memoria del Holocausto

(*United States Holocaust Memorial Council*), con base en Washington. Poco después asumí la presidencia del Comité de Conciencia (*Committee on Conscience*) de este organismo. El Comité tiene como objetivo relacionar la experiencia del Holocausto con las realidades contemporáneas, iniciando y apoyando esfuerzos a nivel mundial por prevenir genocidios y crímenes de lesa humanidad. En la década de los noventa, los pronósticos optimistas que muchos habíamos formulado, dando por sentado que semejantes crímenes nunca se repetirían, se vieron frustrados por los sucesos de Ruanda y de los Balcanes. Cuando por fin tuvimos la oportunidad de dar la alarma y lograr que la comunidad internacional actuase, ya habían muerto cientos de miles de seres humanos. Para quienes habíamos sobrevivido al Holocausto, era un desenlace tristemente familiar. Si bien hacíamos todo lo posible por provocar una reacción, a menudo ésta se producía demasiado tarde, si acaso se producía. Con esto quiero decir que estamos aún muy lejos del día en que la frase «¡Nunca más!» realmente signifique lo que debe significar. Al ser elegido juez de la Corte Internacional de Justicia tuve que renunciar al Comité de Conciencia, paso que lamenté tener que tomar, pues creo firmemente que quienes sobrevivimos al Holocausto tenemos la obligación especial de apoyar todas las medidas que sean necesarias para evitar y poner fin a políticas y prácticas que conduzcan a genocidios y a crímenes de lesa humanidad, ocurran donde ocurran.

Ahora, como juez de la Corte Internacional de Justicia, conforme a su estatuto estoy impedido de participar en actividades en pro de los derechos humanos. La función de la Corte es resolver disputas entre estados de conformidad con el derecho internacional. Por cierto que, al resolver

disputas entre estados, la Corte contribuye al desarrollo del derecho internacional como fuerza de paz en un mundo aún desgarrado por interminables conflictos que le cuesta la vida a millones de seres humanos inocentes. Ser juez de esta Corte es, por lo tanto, una misión que me honra y que agradezco poder desempeñar. De tanto en tanto, además, recibimos un caso que versa sobre algún aspecto del derecho internacional de los derechos humanos, pero es más bien la excepción que la regla. Hace poco, la Corte tuvo que resolver un importante caso sobre derechos humanos en el cual Bosnia-Herzegovina acusaba a Serbia de haber cometido genocidio durante el conflicto de Bosnia. Para gran decepción mía, no pude participar en el caso. Como ya me había pronunciado durante el conflicto respecto de varias cuestiones que se disputaban entre las partes, incluyendo las acusaciones de genocidio, sentí que se podría cuestionar mi imparcialidad con toda razón. Por ende, me abstuve de participar en el caso.

Desde que me uní a la Corte en el año 2000 ha habido otros casos relacionados, sea directa o indirectamente, con los derechos humanos. En dos de ellos, uno presentado por Alemania y el otro por México, se acusó a Estados Unidos de haber violado la Convención de Viena sobre Relaciones Consulares al no informar a dos ciudadanos alemanes y más de cincuenta ciudadanos mexicanos, respectivamente, de que según la Convención tenían derecho a contar con la asesoría de los cónsules de sus propios países mientras se encontraran detenidos en prisiones estadounidenses, acusados de asesinato. Algunos de ellos se encontraban ya en el corredor de la muerte. En ambos casos la Corte falló que Estados Unidos había violado la Convención. Yo voté con la mayoría respaldando esta

decisión, pues estaba de acuerdo en que en estos casos Estados Unidos no había cumplido con sus obligaciones según el tratado.

En otro caso, una solicitud de opinión consultiva presentada por la Asamblea General de las Naciones Unidas acerca de la legalidad de la construcción del llamado «muro de separación» en territorio palestino por parte de Israel, disentí de la opinión de la Corte. Mi posición era que la Asamblea General no le había proporcionado a la Corte la información necesaria como para responder a esa solicitud conforme a la jurisprudencia anterior de la Corte respecto de su facultad de emitir opiniones consultivas. Al mismo tiempo, sin embargo, estuve de acuerdo con varios aspectos de las conclusiones legales de la Corte sobre el particular. Es así que mi opinión disidente incluye el siguiente párrafo:

«Comparto la conclusión de la Corte de que el derecho humanitario, incluyendo la Cuarta Convención de Ginebra, y el derecho internacional de los derechos humanos rigen en el territorio ocupado palestino, y por lo tanto deben ser debidamente observados por Israel. Acepto que el muro está ocasionando un sufrimiento deplorable a muchos palestinos que habitan ese territorio. Al respecto, coincido en que los medios empleados para la defensa contra el terrorismo deben cumplir con todas las normas del derecho internacional y que un estado que sea víctima del terrorismo no puede defenderse contra ese flagelo recurriendo a medidas que el derecho internacional prohíbe.»¹

1. Declaración del juez Thomas Buergenthal, párrafo 2. «Consecuencias jurídicas de la construcción de un muro en el territorio ocupado palestino.» Opinión Consultiva de la Corte Internacional de Justicia del 9 de julio de 2004.

Estos son principios que, en mi opinión, han de aplicarse a todos los estados que se enfrentan al terrorismo, y no sólo a Israel. He dicho lo mismo en Estados Unidos acerca de ciertas prácticas que mi gobierno ha adoptado en su así llamada «guerra contra el terrorismo». Al mismo tiempo, siempre he sostenido que, como juez, tengo la obligación de resolver los casos en concordancia con lo que considero ser el derecho aplicable. Por eso, creo que es mi deber llegar a mis propias conclusiones en cualquier disputa ante la Corte y no dejarme disuadir de votar a favor o en contra de opiniones mayoritarias, sin importar cuán popular o impopular pueda resultar mi decisión. Como juez, hace mucho que me he acostumbrado a ser criticado por mis supuestos puntos de vista sobre el derecho cuando estos no se ajustan a los de mis críticos (que pueden o no haber leído lo que me critican), así como a ser elogiado por opiniones que se me atribuyen pero que nunca he hecho mías. Se trata de realidades a las que un juez debe habituarse, y que constituyen un precio muy pequeño a pagar por el privilegio de servir en la Corte Internacional de Justicia.

En 2003 y 2004, Senta y Eric Silberg, los tíos que me habían llevado a Estados Unidos, murieron ambos en el lapso de un año, Senta a la edad de noventa y un años, y Eric meses antes de cumplir los noventa. Eran personas maravillosas y, como ya he explicado antes, se convirtieron en mis padres sustitutos. Con gran generosidad, me apoyaron incondicionalmente durante mis años de estudios secundarios y universitarios. Hasta el fin de sus días, siempre estuvieron presentes para mí y para mi familia, en las buenas y en las malas. Mi tío Eric solía decir que me conocía incluso mejor que mi madre, lo cual era cierto, pues él le había ayudado a la partera a traerme al mundo en

Lubochna, y por lo tanto probablemente me vio antes que Mutti. Todo lo que he logrado en la vida desde mi llegada a Estados Unidos, se lo debo en gran parte a Eric y a Senta.

Al escribir este libro, he pensado en mi madre y en mi padre muchas, muchas veces. Yo tenía diez años cuando vi a mi padre por última vez, pero de algún modo él ha estado a mi lado durante toda mi vida. Me ha inspirado su calma glacial en situaciones de vida o muerte (nunca he olvidado la imagen de mi padre afeitándose en medio de la aniquilación del gueto de Kielce). No dejo de admirar su inteligencia creativa y, por encima de todo, su integridad. Mutti murió en Italia en 1991 a la edad de setenta y nueve años. Pero había llegado a conocer a sus nietos y los había visto con frecuencia, tanto en Estados Unidos como en Italia. Ellos hablan a menudo de su «*oma*», a la que, por supuesto, echan mucho de menos, al igual que la echamos de menos Peggy y yo. Durante años después de su muerte, me sorprendía a mí mismo a punto de coger el teléfono para llamarla y contarle algún suceso feliz de nuestras vidas o tan sólo para escuchar su voz. Al recordar a Mutti pienso en su entereza y su coraje, en su abnegado amor y su pasión por la vida. Nunca olvidaré esa sonrisa suya tan especial que me infundía valor para no tener miedo en momentos en que tenía muy buenos motivos para estar asustado. Cuando acudimos a su lecho en el hospital de Trieste, Mutti nos brindó a Peggy y a mí esa misma sonrisa instantes antes de morir, como si dijese una vez más: «No temáis, que todo saldrá bien».

Notas históricas

PÁGINA 15. **Estábamos cruzando Checoslovaquia:** Hasta 1989, Checoslovaquia (*Eskoslovenska Socialistická Republika* o SSR) estuvo formada por la unión de las naciones checa y eslovaca bajo la autoridad del Partido Comunista de la SSR. Los primeros intentos de liberalización y democratización los encabezó, ya en marzo de 1968, el primer secretario del partido comunista, Alexander Dubcek. Después del aplastamiento de la llamada «Primavera de Praga» en agosto del mismo año por la intervención militar de las tropas del Pacto de Varsovia (con la excepción de Rumanía), surgió un movimiento disidente en el que desempeñaron un importante papel los intelectuales, entre ellos el dramaturgo Vaclav Havel. El movimiento pro derechos civiles, fundado en 1975 y denominado «Carta 77», fue ganando apoyos entre la población, a pesar de la hostilidad gubernamental. El 17 de noviembre de 1989, ocho días des-

pués de la caída del Muro de Berlín, tuvo lugar la llamada «Revolución de Terciopelo», impulsada por el movimiento pro derechos civiles. El gobierno comunista abandonó el poder sin que hubiera derramamientos de sangre, y Vaclav Havel fue elegido presidente el 29 de diciembre de 1989. En 1990 se proclamó la República Federal Checoslovaca (CSFR). El movimiento independentista eslovaco forzó en 1993 la división de Checoslovaquia en dos estados independientes: la República Checa y Eslovaquia.

PÁGINA 15. **Panes que llovían sobre nosotros:** La ayuda prestada por parte checa a los prisioneros de los convoyes de deportación no fue una acción organizada. Otros testigos de la época corroboran la versión de Thomas Buergenthal de la ayuda espontánea de la población checa ante el trato brutal que recibían los evacuados. Los auxiliares de las SS que viajaban en los trenes de deportación intentaban impedir esa ayuda disparando tanto a los prisioneros como a los checos que los ayudaban. Muchos de los prisioneros que lograron escapar de los vagones en territorio checo fueron ocultados por la población autóctona. Durante la ocupación alemana del denominado protectorado de Bohemia y Moravia, que se prolongó hasta principios de mayo de 1945, esos actos se consideraban delictivos. Se ignora cuántos checos fueron encarcelados o ejecutados por prestar ayuda a los deportados.

PÁGINA 17. **Junto a su amigo Erich Godal...** (1899-1969): Caricaturista, ilustrador y dibujante publicitario. En la década de los veinte, Godal había sido colaborador del diario *8-Uhr-Abendblatt* y de la revista satírica *Uhu*. Godal huyó en 1933 a Checoslovaquia y trabajó para varias revistas ale-

manas de Praga, hasta que se exiló a Estados Unidos, en 1935. Trabajó en Nueva York y Los Ángeles como dibujante publicitario independiente y también como caricaturista político para varios diarios y revistas hasta su regreso a Alemania en 1954. En Hamburgo trabajó como ilustrador de libros y fue colaborador del *Hamburger Abendblatt*, del *Welt am Sonntag* y de la revista femenina *Constanze*. Sus memorias aparecieron en 1969 en forma de novela, con el título *Kein Talent zum Tellerwäscher* (*No servía para friegaplatos*).

PÁGINA 18. **Durante la guerra polaco-soviética:** La república de Polonia, que había sido refundada después de la Primera Guerra Mundial, reclamó a partir de 1919 su soberanía sobre una parte de Bielorrusia, Lituania y Ucrania. El desencadenante de la guerra polaco-soviética de 1919-1920 fue la invasión de Bielorrusia y Ucrania por el ejército polaco. En mayo de 1920, las tropas polacas penetraron en Ucrania hasta la ciudad de Kiev. La contraofensiva del Ejército Rojo, que llegó hasta Varsovia, fue rechazada con éxito por los polacos en agosto de 1920. La llamada Paz de Riga (marzo de 1921) significó para Polonia una enorme expansión territorial, ya que fijó la nueva frontera oriental de la república 200 kilómetros más allá de la línea de demarcación establecida tras la Primera Guerra Mundial (línea Curzon).

PÁGINA 21. **Que la Guardia de Hlinka, una milicia fascista:** El territorio de Checoslovaquia, que hasta el final de la Primera Guerra Mundial había pertenecido al Imperio austrohúngaro, se constituyó a finales de octubre de 1918 en estado independiente aglutinando las regiones

de Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Transcarpatia y una parte de Silesia. En el Tratado de Múnich (29 y 30 de septiembre de 1938), los jefes de estado de Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania decidieron la incorporación al Reich de los Sudetes, la zona de Moravia fronteriza con Alemania, el 10 de octubre de 1938. A instancias del gobierno alemán, la parte eslovaca se segregó también del conjunto, y el 14 de marzo de 1939 se proclamó el estado independiente de Eslovaquia. Entre el 14 y el 15 de marzo de 1939, las tropas alemanas ocuparon el resto del territorio checo, mientras Eslovaquia se aliaba con Alemania bajo el gobierno de Jozef Tiso, un sacerdote católico violentamente antisemita. Durante el régimen del presidente Tiso, que también era líder del partido único HSLS o Partido Hlinka y, al estilo de Hitler, se autodenominaba «El Guía», la milicia armada conocida como Guardia de Hlinka puso en práctica sin escrúpulos los objetivos del HSLS. La Guardia de Hlinka desempeñó un papel decisivo en la adopción de medidas antisemitas como la confiscación de las propiedades judías, la violencia contra la población judía y el internamiento de los judíos eslovacos en campos de trabajo, así como su deportación.

PÁGINA 27. **La nacionalidad polaca:** En octubre de 1938 entró en vigor una modificación de la ley polaca de nacionalidad. Con el cambio, todos los ciudadanos polacos que hubieran residido fuera de Polonia durante más de cinco años perderían de inmediato la nacionalidad. Uno de los motivos de esta modificación legal fue la anexión de Austria al Imperio alemán, que hizo temer al gobierno polaco que la gran mayoría de los 20.000 judíos polacos residentes en aquel país regresaran a Polonia huyendo de la persecución

antisemita. El gobierno polaco permitió la entrada en el país a unos 10.000 judíos procedentes de territorio austríaco y alemán, pero se la denegó a aproximadamente a otros 8.000, que pasaron el invierno de 1938-39 en la zona fronteriza germano-polaca. Dado que la familia Buerghenthal, según relata Thomas Buerghenthal, intentó entrar en Polonia en el invierno de 1938-39, se deduce que muy probablemente el padre había perdido la nacionalidad polaca. Todo hace pensar que la madre de Thomas Buerghenthal también había perdido, a su vez, la nacionalidad alemana, ya que su padre, nacido en 1881 en Varsovia y residente desde 1910 en Göttingen (Alemania), había adquirido la nacionalidad alemana en la época de la República de Weimar, pero ésta le había sido retirada a raíz de la Ley para la Anulación de Nacionalizaciones y Retirada de la Ciudadanía Alemana del 14 de julio de 1933 (RGBl I, p. 480). Esta ley iba dirigida fundamentalmente contra los judíos procedentes de Europa oriental que se habían nacionalizado alemanes tras refugiarse en el país a consecuencia de las expulsiones, pogromos y hambrunas sufridas en sus países de origen. Esto queda claro en el decreto del 26 de julio de 1933: «Se declaran nulas las nacionalizaciones de los judíos orientales, a menos que hayan luchado en el frente bajo bandera alemana» (RGBl I, p. 538 y ss.) En total se anularon en el Imperio alemán unas 39.000 nacionalizaciones. Así, Gerda Buerghenthal, que había nacido el 28 de agosto de 1912, debió de perder la nacionalidad alemana poco antes de alcanzar la mayoría de edad; de no ser así, se la habrían retirado de todos modos al casarse, ya que según la Ley de Estado Civil del 3 de noviembre de 1938, todas las mujeres alemanas que contrajeran matrimonio con un extranjero perderían la nacionalidad alemana.

PÁGINA 29. **Debía de ser marzo de 1939:** Fecha de la entrada de las tropas alemanas en Checoslovaquia (véase también la nota sobre la Guardia de Hlinka).

PÁGINA 31. **El primer judío jasídico:** El jasidismo es un movimiento religioso fundado en Lituania y Polonia en la segunda mitad del siglo XVIII. A través de su devoción divina místico-popular y su modo de vida ascético, los jasídicos aspiran a alcanzar una interiorización de la vida religiosa. Hoy en día, las únicas comunidades jasídicas que siguen activas se encuentran sobre todo en Estados Unidos. Tras la caída de la Unión Soviética, se ha producido cierta reactivación del jasidismo en Europa del Este, especialmente en Ucrania.

PÁGINA 36. **Hitler decidió invadir Polonia:** El 1 de septiembre de 1939, las fuerzas armadas alemanas iniciaron la invasión de Polonia. Para justificar la ofensiva militar, Adolf Hitler arguyó una serie de provocaciones y violaciones territoriales por parte de Polonia; en especial, el supuesto asalto a la emisora de radio alemana de Gleiwitz y el tiroteo contra una estación aduanera en la zona fronteriza exigían, según él, una respuesta militar alemana. Sin embargo, ambos ataques fueron escenificados por agentes alemanes. De inmediato, las tropas del Reich penetraron en Polonia con el apoyo de la Luftwaffe (ejército del aire). El 7 de septiembre, las unidades de la Wehrmacht estaban en las afueras de Varsovia, y diez días más tarde la parte oriental de Polonia cayó en manos del ejército ruso. La República polaca capituló el 27 de septiembre de 1939, y la «línea de demarcación» pactada entre Alemania y la Unión Soviética partió el país en dos. La zona asignada a

Alemania se dividió a su vez en tres regiones: el *Reichsgau* de Danzig y Prusia Occidental, el *Reichsgau* de Wartheland (que incluía las provincias de Poznań y Łódź) y el «Gobierno General» (que incluía los distritos de Varsovia, Radom, Cracovia y Lublin). Tras la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941, la provincia de Lwów fue incorporada al «Gobierno General» como quinto distrito. Los territorios bielorrusos y ucranianos que habían pertenecido a Polonia antes de 1939, y que habían sido ocupados por las tropas rusas al principio de la guerra, fueron asignados a los *Reichskommissariat* de Ostland y Ucrania.

PÁGINA 45. Vivimos en Kielce unos cuatro años: Kielce, la capital del voivodato del mismo nombre, situada al norte de Cracovia, fue fundada en el siglo XIV. Los primeros judíos se establecieron en la ciudad en 1833, pero fueron expulsados en 1847. Cinco años más tarde se fundó la primera comunidad judía, que creció hasta alcanzar en 1909 más de 11.000 miembros. En 1921, Kielce contaba 46.000 habitantes, entre ellos 15.500 judíos. Cuando la ciudad cayó en manos alemanas el 4 de septiembre de 1939, vivían en ella unos 25.000 judíos, cuyo número aumentó hasta 27.000 en pocos meses, cuando llegaron judíos deportados de Łódź y Cracovia. En 1940, los judíos de la ciudad y alrededores fueron trasladados por la fuerza a un barrio de Kielce que se convertiría en un gueto que fue definitivamente cerrado y aislado del mundo exterior durante la pascua judía (*pésaj*) de 1941. En el gueto estaban prohibidas las actividades religiosas y culturales, así como la enseñanza. Debido a la llegada de judíos de Poznań y Viena, el número de habitantes del gueto ascendía ya a 28.000 a finales de 1941. Antes de la liquidación del gueto en agosto de 1942,

más de 6.000 judíos murieron a consecuencia de una epidemia de tifus, aunque también simplemente de hambre y frío. El gueto fue desalojado entre el 20 y el 24 de agosto de 1942. Mientras reunían a los habitantes del gueto para trasladarlos, las fuerzas de seguridad alemanas fueron matando a todos los niños, mujeres y enfermos que encontraban. Entre esos 1.500 o 2.000 muertos se encontraban los niños del orfanato judío. Entre 14.500 y 15.000 personas fueron deportadas al campo de exterminio de Treblinka y asesinadas allí nada más llegar. Sólo lograron escapar con vida entre 300 y 500 judíos. En el gueto permanecieron entre 1.500 y 2.000 personas, entre ellas médicos, miembros de los consejos judíos y miembros de los servicios de orden, que fueron trasladados a campos de trabajos forzados en calidad de «trabajadores judíos».

PÁGINA 45. Su gueto y sus dos campos de trabajo: A finales de agosto de 1942, se creó dentro del gueto de Kielce el campo de trabajo especial de la calle Stolarska. Unos 1.300 judíos trabajaron allí en diversos talleres de sastrería, zapatería y muebles, así como en varias canteras en las afueras de la ciudad. Los supervivientes del gueto recordaban que por los talleres del «Stolarska» pasaban también las pertenencias robadas a los judíos trasladados al gueto, que eran acondicionadas para su venta a terceros. El campo de trabajo fue cerrado el primero de abril de 1944.

El campo de trabajo «Hasag Granat» (Hugo Schneider AG) existió desde el 2 de septiembre de 1942 hasta el 20 de agosto de 1944. Allí trabajaron unos 500 judíos en canteras y talleres de munición. A finales de 1939, la empresa Hasag se había hecho cargo de una fábrica de munición, una fábrica de granadas y unos altos hornos, y en 1942 era ya el

mayor proveedor de la Wehrmacht en el Gobierno General. Hasta 1945, aproximadamente 40.000 judíos fueron destinados a trabajos forzosos en las fábricas de Hasag. Una vez cerrado el campo de trabajo, los judíos fueron deportados a Buchenwald o a Auschwitz.

Los campos de trabajo «Henryków» y «Ludwików» estaban prácticamente juntos. Mientras en Henryków los prisioneros fabricaban piezas de madera para carruajes, los de Ludwików trabajaban en una fundición. Ambos campos de trabajo fueron creados en junio de 1943. Una vez cerrados, el primero de agosto de 1944, los aproximadamente 750 prisioneros fueron deportados a Auschwitz.

PÁGINA 47. **Un *shabbos goy***: Denominación de los no judíos a los que se encomendaban las actividades prohibidas a los judíos creyentes en los días de fiesta y los sábados.

PÁGINA 47. **Sus largos *peyes* (mechones de pelo en las patillas)**: Los judíos devotos se abstienen de cortarse el pelo que crece en las sienes. Esta costumbre se fundamenta en un mandato del Levítico 19, 27, según el cual un judío creyente no debe cortarse la barba ni el pelo de las sienes.

PÁGINA 47. **Así como el talit (chal o manto ritual)**: Estos flecos son elementos decorativos del manto de oración que forma parte del cotidiano atuendo de todo judío devoto. El precepto de lucir visiblemente esos cuatro cordones o flecos tiene su origen en el libro de los Números 15, 38-39: «Habla a los hijos de Israel y diles que de generación en generación se hagan flecos en los bordes de sus mantos y aten los flecos de cada borde con un cordón de color de jacinto, a fin de que les sirva, cuando lo vean, para acordarse

de todos los mandamientos de Yavé, para que los pongan por obra, sin irse detrás de los deseos de su corazón y de sus ojos, a los que se prostituyen.» (*Sagrada Biblia*, Nácar y Colunga, Madrid, 1968.)

PÁGINA 47. **Los teflin (filacterios):** Los correaes y cápsulas de oración (en hebreo *tefilin*) están compuestos normalmente de tiras de cuero o pergamino que los judíos devotos se enrollan alrededor del brazo y se colocan en la frente para rezar. Las cápsulas de oración contienen un pedazo de pergamino con cuatro versos del Deuteronomio 6, 4 («Oye, Israel»). Su uso está prescrito en el Deuteronomio 11, 18: «Atadlas por recuerdo a vuestras manos y ponedlas como frontal entre vuestros ojos» (*Sagrada Biblia*, Nácar y Colunga, Madrid, 1968.)

PÁGINA 48. **De la Torá:** Los cinco libros del Génesis.

PÁGINA 49. **Eran considerados por muchos judíos polacos casi como *goyim*:** Denominación de los no judíos, o gentiles.

PÁGINA 49. «¡*Yekkes!*»: Denominación burlona en yidis para los judíos alemanes.

PÁGINA 49. **Me gritaron una y otra vez «*Yekke putz, yekke putz*»:** Insulto yidis.

PÁGINA 52. **Poco después de que se estableciese el gueto, el consejo de la comunidad judía...:** Unos de los primeros pasos al crear los guetos judíos consistía en designar lo que se denominaba un consejo judío, que se encargaba

de la interlocución con los órganos de control alemanes. Normalmente se trataba de varias personas designadas por las autoridades de ocupación de entre los habitantes judíos del gueto o elegidas por estos mismos. El consejo judío tenía la misión de aplicar las instrucciones de los agentes de las SS y encargarse de la «autoadministración judía» del gueto. Esto significaba que debía, entre otras cosas, repartir el espacio habitable y los comestibles, asegurar el cuidado de los ancianos y los enfermos y organizar un servicio de orden judío (policía del gueto). Los ocupantes alemanes los utilizaban como sicarios y los obligaban a poner a su disposición la mano de obra forzada que necesitaban. De este modo, los esfuerzos de los consejos judíos por asegurar la supervivencia de los judíos dentro de los guetos resultaban infructuosos. Finalmente, los alemanes echaron mano de los consejos judíos para organizar la liquidación de los guetos, y a partir del verano de 1942 los obligaron a confeccionar listas para la deportación a los campos de concentración y exterminio. El primer presidente del consejo judío del gueto de Kielce, Moses Pelc, fue deportado a Auschwitz por negarse a colaborar con las autoridades alemanas. Fue sustituido por Hermann Levy, el cual fue asesinado en septiembre de 1942, una vez consumada la liquidación del gueto.

PÁGINA 65. Como sabía que [Benito] Mussolini (1883-1945): El maestro de escuela, periodista y editor del periódico nacionalista *Popolo d'Italia* fundó en Milán en marzo de 1919 el movimiento unitario fascista «Fasci di combattimento» («haces de combate»), que en noviembre de 1921 se convirtió en el partido PNF (Partito Nazionale Fascista), bajo la dirección autoritaria de Mussolini, que

se autodenominaba *duce* («guía»). Después de la Marcha sobre Roma del 28 de octubre de 1922, que contó con el apoyo de las élites conservadoras de la iglesia, la economía, el ejército y la administración, el gobierno legítimo fue derrocado y el rey Víctor Manuel II nombró a Mussolini primer ministro. A partir de entonces Mussolini se dedicó a construir un partido unitario y a establecer un «Estado total». Italia entró en la guerra en 1940 en apoyo de Alemania. Diversas crisis internas del régimen condujeron en julio de 1943 a un voto de censura del Gran Consejo Fascista contra Mussolini, que fue detenido por orden del rey. El 12 de septiembre de 1943, Mussolini fue liberado con ayuda de brigadas paracaidistas alemanas. Italia quedó entonces dividida en dos zonas: en el sur, el Reino, bajo el gobierno militar de Badoglio, que apoyaba a los aliados; y en la zona central y septentrional, la República fascista, proclamada por Mussolini en septiembre, con él mismo como jefe de gobierno. Tras la capitulación de Italia, Mussolini fue asesinado por un grupo de guerrilleros.

PÁGINA 71. En realidad, como supimos más tarde, íbamos en dirección a [Auschwitz y] Birkenau: El campo de concentración y exterminio de Auschwitz empezó a construirse entre mayo y junio de 1940 en los alrededores de la ciudad polaca de Owicim.

Una vez acabado, a finales de 1943, el complejo constaba de tres campos independientes: el llamado campo base Auschwitz (A I), el campo de Birkenau (A II, situado a unos 3 kilómetros del campo base) y el campo de Monowitz (A III), que fue construido para la empresa química IG Farben. En septiembre de 1941 se produjeron ya los primeros asesinatos en el denominado campo base: 900 internos, entre

ellos prisioneros de guerra soviéticos, internos no válidos para el trabajo y judíos, fueron envenenados con gas tóxico Zyklon B. El campo de Birkenau fue erigido entre finales de 1941 y principios de 1942, y sería ampliado incesantemente hasta abarcar una superficie de 175 hectáreas. En sus cerca de 250 barracones, llegaron a alojarse en los períodos de máxima ocupación un total de 100.000 personas, en números redondos. Las primeras matanzas en Birkenau empezaron a principios de 1942, tras la instalación de la primera cámara de gas. La construcción de la segunda cámara de gas finalizó en junio del mismo año. A partir de julio de 1942, se encargó a los médicos de las SS seleccionar a los prisioneros que iban llegando al campo. Los prisioneros aptos para el trabajo eran destinados a trabajos forzados, sobre todo en Monowitz, donde su esperanza de vida rondaba los tres meses. Los no aptos para el trabajo, en especial los niños y los ancianos, eran enviados directamente a las cámaras de gas para ser asesinados. Hasta la primavera de 1943 se construyeron cuatro crematorios, compuestos de un vestuario, una cámara de gas y hornos de incineración. Desde mediados de mayo hasta finales de julio de 1944, llegaron a Birkenau 470.000 judíos húngaros, de los cuales sólo se consideró «aptos para el trabajo» a un 10%. En octubre de 1944, los miembros de un *sonderkommando* (brigada de prisioneros encargada de labores auxiliares) consiguieron volar un crematorio; poco después se paralizaron las matanzas y se desmontaron las instalaciones de exterminio, la última de las cuales fue volada en enero de 1945. En Auschwitz-Birkenau fueron asesinadas con gas tóxico entre 1942 y 1944 un mínimo de 1,1 millones de personas. En enero de 1945, al aproximarse las tropas soviéticas, las SS obligaron a desplazarse en direc-

ción oeste, en las que luego se conocerían como Marchas de la Muerte, a unos 60.000 prisioneros, de los cuales por lo menos 15.000 no sobrevivieron.

PÁGINA 74. Más conocido como «campamento gitano»: El 16 de diciembre de 1942, Heinrich Himmler ordenó el internamiento en campos de concentración de todos los gitanos que se encontrasen todavía en los territorios bajo autoridad alemana. La deportación a Auschwitz-Birkenau de más de 22.000 personas procedentes de once países de Europa se inició en marzo de 1943, después de la creación del denominado «campamento gitano» en el sector B IIe. La mayoría de los deportados murieron a causa de los malos tratos, las enfermedades y la desnutrición. La liquidación del campo estaba prevista para mayo de 1944, pero fracasó ante la resistencia de los internos. Tras ello, las SS deportaron a los «aptos para el trabajo» a otros campos de concentración y gasearon a los restantes, unas 2.900 personas. En Auschwitz fueron asesinados cerca de 17.000 gitanos. El denominado campamento gitano fue cerrado en 1944.

PÁGINA 75. A fin de averiguar con exactitud en qué momento de 1944 había llegado [a Birkenau]: Los Buergenthal, padre e hijo, llegaron a Auschwitz el 2 de agosto de 1944, según se desprende de las anotaciones de Danuta Czech en *Calendario de los acontecimientos en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, 1939-1945* (Hamburgo, 1989).

PÁGINA 75. Se nos asignaron barracones: Dentro del campo de concentración, el bloque o el barracón indican el edificio en el que se alojaban los prisioneros. En Birkenau

se construyeron 250 barracones de piedra y madera (los denominados «barracones de establo»). Los barracones de piedra tenían un área aproximada de 11 x 36 m y contaban únicamente con dos estufas de hierro como única calefacción. Los barracones de establo, contruidos con módulos de madera prefabricados, medían aproximadamente 40 x 9,5 m y estaban divididos en dieciocho habitáculos. El único sistema de calefacción consistía en una estufa cuya chimenea cruzaba todo el barracón. Estos alojamientos estaban pensados para albergar entre 300 y 500 prisioneros, pero la ocupación real alcanzaba las 1.000 personas, sin bajar nunca de las 800. Ninguno de los dos tipos de edificio estaba provisto de saneamientos. Para cada dieciséis barracones existían tres letrinas con rudimentarias instalaciones higiénicas. Las diferentes secciones de los bloques estaban divididas a su vez; por ejemplo, a partir de 1942 se alojó en los bloques 1 a 10 de la sección B Ia un contingente de prisioneras femeninas, cuyo número en 1944 ascendía ya a 39.000.

PÁGINA 76. **El jefe del barracón:** El portavoz del bloque pertenecía a los denominados «prisioneros con funciones», es decir, internos que ocupaban una determinada posición dentro de la estructura del campo. El más importante de los prisioneros con funciones era el «portavoz del campo», que era nombrado por las SS y tenía la misión de recibir sus órdenes y ejercer la representación de los prisioneros ante las SS. A su vez, los portavoces del campo nombraban, con la aprobación de las SS, a los jefes de barracón, que se hacían responsables de todo lo que sucedía en sus bloques. El jefe de barracón, de conformidad con el portavoz del campo y con la aprobación del jefe de bloque de las SS, de-

signaba los denominados servicios de vivienda y portavoces de vivienda, responsables a su vez del mantenimiento del orden en el bloque y del reparto de ropa y alimentos, entre otras cosas.

PÁGINA 76. Que los identificaban como capos: Los «capos», palabra derivada del francés «caporal», que estaban bajo la autoridad directa de los jefes de comando de las SS, mandaban sobre los comandos de trabajo. Los comandos de trabajo de grandes dimensiones estaban bajo la autoridad de un capo principal y varios capos secundarios, auxiliados por capataces. Los capos se dedicaban exclusivamente a la vigilancia y no trabajaban en el comando, sino que se limitaban a mandar a los prisioneros. No dependían de la administración propia de los prisioneros, a diferencia, por ejemplo, de los portavoces del campo o de los bloques.

PÁGINA 81. Bajo la supervisión del tristemente célebre doctor [Josef] Mengele (1911-1979): Estudió medicina e ingresó en 1934 en el comité de investigación del Instituto de Biología Genética e Higiene Racial. Estaba especializado en genética y herencia, ciencia de las razas y muy concretamente en la investigación sobre gemelos. Se afilió al Partido Nacionalsocialista en 1937, ingresó en las SS en 1938, en 1940 pasó a formar parte de la inspección de sanidad de las Waffen-SS y en 1941 fue nombrado médico de batallón de la división Wiking de las SS. En 1943 empezó a ejercer como médico del campo de concentración de Auschwitz. Durante las selecciones, escogía gemelos y personas con algún tipo de peculiaridad física, a fin de realizar con ellas experimentos en su laboratorio. Tras ello, asesinaba él mismo a sus víctimas o las enviaba a la cámara de gas. Después del

final de la guerra estuvo interno en una prisión militar británica, pero logró huir y pasó de Italia a Argentina y posteriormente a Paraguay, país cuya nacionalidad obtuvo en 1959. Se cree que murió en Brasil en 1979.

PÁGINA 83. **Zyklon B:** Antes llamado ácido cianhídrico HCN, era una sustancia de alta toxicidad que se venía utilizando desde 1923 como insecticida. El fabricante era la Sociedad Alemana de Plaguicidas (DEGESCH), que era propiedad en un 42,5 % de las empresas IG Farben y Degussa. El Zyklon B, que combinaba el ácido cianhídrico con diatomita y un estabilizador, se introducía a través de unos orificios en las cámaras de gas, camufladas como salas de duchas. Al superar su punto de ebullición (25,7°), la forma cristalina se convertía en un gas que al ser respirado producía la muerte por asfixia. El Zyklon B se utilizó a partir de 1941 para el exterminio de seres humanos, no sólo en Auschwitz y Majdanek, sino también en otros campos de concentración.

PÁGINA 87. **En el campo F:** Birkenau estaba dividido en varias secciones. La sección F (B IIf) abarcaba los 12 barracones en los que se alejaban los prisioneros enfermos.

PÁGINA 89. **Me enviarían al barracón para niños:** En Birkenau no existía ningún bloque específicamente infantil. Sin embargo, por iniciativa de un prisionero y con el permiso de las SS, se construyó un barracón para niños. Se encontraba en la sección B IIb del denominado campo de las familias, que alojaba a los judíos procedentes del campo de concentración de Theresienstadt. En septiembre de 1943 estaba poblado por unas 5.000 personas, entre ellas 280 ni-

ños de edades comprendidas entre dos meses y catorce años. En diciembre de 1943, cuando llegaron a Birkenau nuevas remesas procedentes de Theresienstadt, el número de niños menores de 14 años en esa sección del campo aumentó a 467. También en el denominado campamento gitano, en la sección B IIe, se creó en verano de 1943, por orden del médico Josef Mengele, un «jardín de infancia» para niños hasta los seis años. En la segunda mitad de 1944 llegaron al campo fundamentalmente familias con hijos, de nacionalidad polaca. Una parte de las mujeres y los niños fueron alojados en la sección B II, y los hombres y niños varones mayores en la sección B IIa. Una parte de los niños fueron trasladados luego a otros campos de concentración; los que se quedaron en Birkenau fueron concentrados en el barracón 13, y probablemente también en el barracón 11 de la sección B IId. Se calcula que en total fueron deportados a Auschwitz unos 232.000 niños y adolescentes.

PÁGINA 94. La Marcha de la Muerte de Auschwitz había comenzado: Se denomina Marchas de la Muerte a las «evacuaciones» de prisioneros que tuvieron lugar después del cierre de los campos de concentración. La liquidación de la mayoría de los campos de concentración de Polonia se inició en enero de 1945, al aproximarse el Ejército Rojo. Los prisioneros fueron obligados a realizar a pie largos recorridos hasta una serie de puntos estratégicos, que podían ser otros campos de concentración o estaciones de ferrocarril. El 18 de enero de 1945 empezó la Marcha de la Muerte de los prisioneros de Auschwitz, que fueron obligados por las tropas alemanas a desplazarse en dirección al oeste, sin ninguna clase de provisiones ni ropa suficiente. Los hombres, mujeres y niños que no podían seguir el ritmo de la marcha

iban siendo asesinados por el camino. De los 66.000 prisioneros que partieron de Auschwitz, unos 15.000 no sobrevivieron a esas Marchas de la Muerte. Thomas Buergethal salió de Auschwitz-Birkenau posiblemente entre el 18 y el 20 de enero de 1945.

PÁGINA 103. El campo de concentración de Sachsenhausen, que era nuestro destino final...: En 1936-37 se creó en un barrio de Oranienburg, cerca de Berlín, el campo de concentración de Sachsenhausen, que fue construido por prisioneros. Una vez finalizado el complejo concentracionario, los prisioneros fueron obligados a construir en las cercanías una enorme fábrica de ladrillos, y posteriormente a fabricar ladrillos vitrificados y a trabajar en los campos externos, sobre todo en fábricas de armamento de Berlín y Brandeburgo. Sachsenhausen y sus campos externos alojaron a más de 200.000 prisioneros de más de cuarenta nacionalidades, entre ellos 10.000 prisioneros de guerra soviéticos. El número de prisioneros muertos en Sachsenhausen se estima en unos 100.000. Tras la liquidación del campo el 20/21 de abril de 1945, 33.000 prisioneros fueron desplazados en dirección al noroeste. Los supervivientes de esa Marcha de la Muerte fueron liberados a principios de mayo cerca de Schwerin y Ludwigslust por tropas soviéticas y americanas. Cuando el Ejército Rojo entró en Sachsenhausen el 23 de abril de 1945, apenas encontró unos 3.000 prisioneros.

PÁGINA 104. En la fábrica de aviones Heinkel: Ernst Heinkel Flugzeugwerke, con sede en Rostock/Warnemünde, era una de las principales empresas del sector aeronáutico alemán. A partir de mediados de la década de los treinta, por encargo del ministerio de aviación del Reich, la empresa

se especializó en la fabricación de cohetes. En la fábrica de Oranienburg se producían sobre todo piezas de los propulsores. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajaron en las fábricas Heinkel unas 50.000 personas, entre ellas una gran proporción de trabajadores forzosos extranjeros.

PÁGINA 110. **Se llamaba Odd Nansen (1901-1973):** Hijo del explorador polar y alto comisario de la Sociedad de Naciones Fridtjof Nansen. Odd Nansen fue hecho prisionero en 1941 en Noruega y llegó a Sachsenhausen el 6 de octubre de 1943. En 1946 creó el Fondo Internacional de Emergencia para la Infancia (más tarde UNICEF) para ayudar a los niños damnificados por la Segunda Guerra Mundial. Ya durante su cautiverio en Noruega empezó a escribir un diario, que consiguió continuar en Sachsenhausen. Sus recuerdos del campo berlinés, titulados *Fra Dag til Dag (Día a día)*, fueron publicados por primera vez en 1947. Según las memorias de Nansen, Thomas Buergenthal llegó a Sachsenhausen en la primera semana de febrero de 1945.

PÁGINA 113. **Que él y los demás [prisioneros] noruegos:** A finales de 1944, estaban presos en Alemania unos 10.000 hombres y mujeres de nacionalidad noruega, la mayor parte de ellos en el campo de concentración de Sachsenhausen. Gracias a la mediación del conde sueco Folke Bernadotte, del antiguo embajador noruego Ditleff y del matrimonio danés Hammerich, en el verano de 1944 se empezó a preparar la repatriación de los prisioneros escandinavos. Folke Bernadotte organizó la «Operación Autobuses Blancos», en el curso de la cual varios miles de prisioneros escandinavos, entre ellos un total de 2.176 procedentes de Sachsenhausen, fueron trasladados al campo de concentra-

ción de Neuengamme (cerca de Hamburgo), desde donde poco después pudieron regresar a sus países.

PÁGINA 121. **Nos habían dicho que éramos libres, que nos habían liberado:** Según los recuerdos de varios testigos presenciales, Sachsenhausen fue liberado el 22 de abril de 1945. Sin embargo, según fuentes militares soviéticas la liberación tuvo lugar un día más tarde, el 23 de abril.

PÁGINA 145. El *American Joint Distribution Committee* (llamado «Joint»): fue fundado en 1914 como organización humanitaria con el fin de contribuir a mejorar las duras condiciones de vida de los judíos, especialmente los de Europa del Este. Hasta 1938, el *Joint* financió colonias agrícolas judías en la URSS y fomentó la emigración de judíos procedentes de los países de Europa Oriental. Después de la Segunda Guerra Mundial, el *Joint* movilizó una importante ayuda económica para los judíos supervivientes del Holocausto, en especial para los que se encontraban en los denominados *Displaced Person Camps*, donde fueron acogidos provisionalmente unos 75.000 judíos supervivientes de los campos de concentración. Entre otras cosas, el *Joint* hizo llegar alimentos y ropa a los desplazados judíos, instaló en los campos de acogida escuelas y bibliotecas y financió la formación de personal docente, la publicación de libros de texto y la formación profesional y universitaria, así como la reconstrucción de comunidades judías en Europa y la emigración de refugiados judíos a Estados Unidos.

PÁGINA 152. La administración estaba en manos del *Allgemeiner jüdischer Arbeiterbund* [Alianza general obrera judía, conocida simplemente como BUND]: El

BUND fue el primer partido socialista judío, fundado en Vilna (Lituania) en 1897. A partir de 1898, el BUND se convirtió en fracción del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). El ala rusa del BUND se integró en 1921 en el Partido Comunista Ruso, mientras que el ala polaca mantuvo su autonomía hasta 1948. El BUND reclamaba la igualdad nacional y social de la población judía de la diáspora, el reconocimiento del yidis como lengua nacional de los judíos y el fomento de la cultura y la enseñanza en dicha lengua. El BUND rechazaba frontalmente el movimiento sionista, y en consecuencia también el asentamiento de judíos en Palestina, y proponía en lugar de ello la equiparación de los derechos de los obreros judíos con los del resto de la población de los países con una alta proporción de población judía.

PÁGINA 152. A **algunos grupos sionistas**: El sionismo surgió a finales del siglo XIX como reacción contra el antisemitismo, y tenía como objetivo la creación de un estado judío en Palestina. Las diferencias de orientación en el seno del movimiento dieron lugar a la creación de distintas organizaciones políticas sionistas. En 1913 se fundó el *Hashomer Hazair* (Joven Guardia), que reclutaría a sus partidarios sobre todo en la provincia austríaca de Galitzia. Los miembros de la organización procedían de familias burguesas de Europa del Este de formación académica polaca o germano-austríaca. Inspirados por el movimiento escultista alemán *Wandervogel*, consideraban a Sigmund Freud, Karl Marx y Friedrich Nietzsche sus padres espirituales. Muchos miembros del *Hashomer Hazair* emigraron a Palestina al inicio de la Primera Guerra Mundial y trabajaron, hasta la partición del país, por un entendimiento entre judíos

y árabes o la creación de un estado binacional. El *Hashomer Hazair* pertenecía al ala izquierda del movimiento sionista.

PÁGINA 158. Y la **Bricha** [en hebreo, «huida»]: La Bricha era una organización ilegal de ayuda a los refugiados, que fue fundada en 1944 en Vilna por militantes de la resistencia judía. Dado que Palestina se encontraba desde el final de la Primera Guerra Mundial bajo administración británica, y que durante la Segunda Guerra Mundial las autoridades del Mandato habían restringido severamente la inmigración legal de judíos desde Europa, la Bricha intentaba introducir ilegalmente en el país supervivientes del Holocausto. Con la ayuda de esta organización, contingentes de refugiados cruzaron Eslovaquia o Hungría y Austria para pasar, respectivamente, a Rumanía y a Italia, desde donde embarcarían hacia Palestina. La Bricha actuó hasta 1946 fundamentalmente en Europa del Este y ayudó a grupos de refugiados judíos a pasar a la zona de ocupación estadounidense de Alemania.

PÁGINA 158. **Pasando por Praga y la zona estadounidense:** En la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, los jefes de estado de la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos decidieron dividir el Reich en cuatro zonas de ocupación con una administración compartida en forma de comisión central aliada. También se decidió incorporar a ese sistema de control a una cuarta potencia, Francia, que se unió a las otras tres a principios de mayo. Tras la capitulación incondicional del ejército alemán el 8 de mayo de 1945, el mando supremo de la Alemania vencida quedó en manos de las cuatro potencias (Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña y Francia) y se dividió, después

de la conferencia de Potsdam (julio/agosto de 1945), en cuatro zonas de ocupación.

PÁGINA 163. **El tristemente célebre campo de concentración de mujeres de Ravensbrück:** El campo de concentración de Ravensbrück fue construido entre 1938 y 1939 en las cercanías del lugar turístico Fürstenberg an der Havel por prisioneros del campo de Sachsenhausen. Entró en funcionamiento, con la denominación de «campo de concentración de mujeres» en 1939, con el internamiento de 1.000 prisioneras. Las mujeres trabajaron en la ampliación del campo y en tareas de jardinería, y también en factorías industriales como Siemens & Halske o Volkswagen y fábricas de armamento. En 1941 se creó en la zona un campo para hombres, de dimensiones más pequeñas. A partir de 1942 tuvieron lugar en el campo experimentos realizados por médicos que, entre otras cosas, le inyectaban a las prisioneras los agentes de la gangrena gaseosa y del tétanos. En Ravensbrück había muchas mujeres con hijos o embarazadas que dieron a luz en el campo. La mayoría de los cerca de 800 niños nacidos en el campo murieron al cabo de pocos días. En la primavera de 1942, unas 1.400 internas fueron trasladadas a Bernburg y asesinadas con monóxido de carbono en un hospital. En Ravensbrück estuvieron internadas unas 132.000 mujeres y unos 20.000 hombres, de más de 20 nacionalidades. A finales de abril de 1945, las SS obligaron a por lo menos 15.000 mujeres a realizar Marchas de la Muerte. El número de víctimas mortales registradas en Ravensbrück asciende a aproximadamente 30.000. Cuando el Ejército Rojo llegó a Ravensbrück el 30 de abril, sólo quedaban en el campo unas 3.500 personas, entre enfermos y niños.

PÁGINA 165. **El campo de concentración de Flossenbürg:** El campo de concentración de Flossenbürg, en el norte de Baviera, cerca de la frontera checa, existió desde mayo de 1938 a abril de 1945. En los dos primeros años fueron trasladados allí sobre todo prisioneros alemanes, en especial los denominados «asociales», delincuentes u homosexuales, testigos de Jehová y presos políticos, a los que en 1940 se sumaron una gran cantidad de prisioneros extranjeros. Los internos realizaban trabajos forzados en las canteras de la empresa Deutsche Erd und Steinwerke (Minas y Canteras Alemanas), propiedad de las SS, y a partir de 1942 también en la empresa armamentística Messerschmitt, donde fueron empleados en la fabricación de piezas de aviones. Hasta finales de 1944, Flossenbürg alojó a más de 40.000 prisioneros, 25.000 de los cuales trabajaron en los más de 100 campos externos. Aproximadamente un tercio de los prisioneros no sobrevivieron. El campo de Flossenbürg también sirvió como lugar de ejecución de los adversarios del régimen nacionalsocialista: sólo tres semanas antes del final de la guerra fueron ejecutados allí varios miembros de la resistencia militar, como por ejemplo Wilhelm Canaris y Hans Oster. En abril de 1945, la mayor parte de los 45.000 prisioneros de Flossenbürg y sus campos externos, entre ellos 16.000 mujeres, fueron obligados a realizar Marchas de la Muerte. Pocos días después, al liberar el campo, el ejército americano encontró sólo 1.500 prisioneros.

PÁGINA 170. **En un campo para las denominadas «Displaced Persons»:** Se denominaba *displaced persons* (desplazados) a todas las personas a las que en principio no era posible devolver a sus países de origen, como por ejemplo los trabajadores forzados o extranjeros, los prisioneros de

guerra y los supervivientes de los campos de concentración. En total se trataba de unos ocho millones de personas. Para estas personas no repatriables, los tres ejércitos ocupantes occidentales crearon los denominados campos DP y aportaron alimentos, ropa y medicamentos. La administración de los campos se dejó en manos de las agencias humanitarias de las Naciones Unidas (UNRRA), y, desde julio de 1947, de la Organización Internacional de Refugiados (OIR). En las tres zonas occidentales existieron 70 campos DP, en los que se alojaban exclusivamente judíos. El número de DP judíos, que en principio ascendía a unos 75.000, se disparó en 1946, cuando unos 200.000 judíos tuvieron que huir de Polonia a Alemania a causa del antisemitismo virulento y los pogromos. En 1951, casi todos los campos DP estaban ya cerrados, a excepción del de Föhrenwald (Baviera), que no se cerró hasta 1957.

PÁGINA 172. **La Agencia Judía:** La Agencia Judía para Palestina (AJ) ostentó, desde 1922 hasta la fundación del Estado de Israel en 1948, la representación, reconocida oficialmente por la Sociedad de Naciones, de la organización sionista mundial. Se trataba del organismo oficial que representaba los intereses judíos en Palestina durante el mandato británico y ante la Sociedad de Naciones. Sus órganos ejecutivos estaban formados a partes iguales por organizaciones sionistas y no sionistas de 26 países. Hasta 1948, fomentó el establecimiento de colonos judíos en Palestina y, después de la fundación del Estado de Israel, participó en la creación de la administración del Estado, y especialmente en la integración de los recién llegados (campos de acogida, formación escolar y profesional, servicios sociales, etcétera).

PÁGINA 201. **Cuyos ancestros habían recibido una «frei-brief» (licencia):** Se refiere a las denominadas «cartas de protección». Desde la edad media hasta el siglo XVIII, los soberanos concedían a determinados judíos o a una comunidad judía, a cambio de prestaciones económicas, el derecho de residencia y, con él, una protección especial. Dado que los judíos eran considerados forasteros e «infieles», no tenían reconocido ningún derecho y, para poder asentarse en un lugar, necesitaban una carta de protección. Además del derecho de residencia, la carta de protección los autorizaba a ejercer el comercio y una serie limitada de oficios.

PÁGINA 187. **Debido a que su esposa no era judía:** Los nacionalsocialistas definían como matrimonio mixto las uniones en que uno de los cónyuges era «ario» y el otro «no ario». Ese tipo de matrimonios quedaron prohibidos en septiembre de 1935, con la promulgación de las denominadas Leyes de Núremberg. Si el matrimonio ya existía, por regla general se exhortaba al cónyuge ario a separarse de su cónyuge «no ario», pero los matrimonios mixtos no solían disolverse por la fuerza. El cónyuge «no ario» era objeto de un cierto grado de protección durante un período variable, y en caso de muerte del cónyuge ario estaba condenado irremisiblemente a la deportación. A partir de otoño de 1944, se empezó a deportar a los cónyuges «no arios» a campos de trabajo, y a partir de la primavera de 1945, al gueto y campo de concentración de Theresienstadt.

PÁGINA 187. **Campo de concentración de Bergen-Belsen:** El campo de concentración de Bergen-Belsen, a 40 kilómetros al norte de Hanóver, fue inicialmente un campo de

prisioneros de guerra para soldados franceses, belgas y sobre todo soviéticos. Hasta febrero de 1942, cerca del 90 % de los aproximadamente 18.000 prisioneros murieron de hambre, frío y enfermedades. La tasa de mortalidad entre los soldados soviéticos era especialmente alta, ya que se los obligaba a acampar a cielo abierto. En mayo de 1943, Bergen-Belsen fue convertido en campo de concentración (el último creado por los nacionalsocialistas), inicialmente con el objetivo de servir para el internamiento de rehenes judíos que pudieran ser liberados a cambio de compensaciones económicas o políticas o mediante el intercambio por alemanes presos en el extranjero. En julio de 1943 se crearon cuatro subcampos en los que se internaron judíos que ya poseían permisos de inmigración expedidos por varios países. Hasta otoño de 1944, fueron deportados a Bergen-Belsen unos 6.000 judíos. Del total de 10.000 «prisioneros intercambiables», sólo 2.500 llegaron a alcanzar la libertad. En marzo de 1944, se creó un sector especial para los internos que llegaban enfermos, y en agosto un campamento de tiendas para mujeres, especialmente polacas y húngaras. Cuando, próximo ya el final de la guerra, se liquidaron los campos de concentración cercanos al frente, Bergen-Belsen se convirtió en destino de muchas «evacuaciones». Cuando, el 15 de abril de 1945, las tropas británicas liberaron el campo, encontraron 56.000 prisioneros enfermos y más de 10.000 cadáveres sin enterrar. A pesar de las medidas de ayuda que se adoptaron de inmediato, en los tres primeros meses posteriores a la liberación murieron 13.000 personas más. En total, en Bergen-Belsen murieron unos 50.000 internos de campos de concentración y un mínimo de 30.000 prisioneros de guerra soviéticos.

Una semana después de la liberación del campo, llegaba a Bergen-Belsen la Cruz Roja británica para atender a los

prisioneros enfermos de gravedad, y dos semanas más tarde lo hacía la Cruz Roja suiza. Los barracones tuvieron que ser quemados debido a una epidemia de tifus, por lo que las dependencias clínicas fueron trasladadas a los cercanos edificios de la comandancia de las SS. Ese complejo de edificios ejerció hasta 1950, bajo el nombre oficial de Belsen-Höhne, como campo para desplazados.

PÁGINA 195. **Mi buen amigo el señor Willy Brandt** (1913-1992): Periodista y político, ingresó en 1930 en el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán) y en 1931 en el SAP (Partido Socialista Obrero). Huyendo de la persecución política, se exilió a Noruega en 1933 y a Suecia en 1940. Tras el final de la guerra, volvió a Alemania como corresponsal de varios periódicos escandinavos. Volvió a ingresar en el SPD y fue miembro del Bundestag desde 1949 a 1957, alcalde-presidente de Berlín desde 1957 a 1966; de 1966 a 1969, vicescanciller, y de 1969 a 1974 canciller de la República Federal Alemana. Willy Brandt tuvo un papel decisivo en el desarrollo de la *Ostpolitik*, que representó un cambio de rumbo en las relaciones con la República Democrática Alemana y una etapa de distensión en el conflicto entre los dos bloques. Brandt recibió en 1971 el premio Nobel de la Paz y fue presidente de la Internacional Socialista desde 1976 hasta su muerte.

PÁGINA 201. **La reforma monetaria:** En junio de 1948 se llevó a cabo en las tres zonas de ocupación occidentales de Alemania la conversión del *reichsmark* al nuevo marco alemán (DM). En la fecha fijada para ese fin, cada persona física recibió 40 DM a cambio de *reichsmark*, en una proporción de 1:1. Los denominados patrimonios monetarios

antiguos (cuentas en bancos y cajas de ahorro) se convirtieron a la nueva divisa en una proporción de 1:10.

PÁGINA 212. La caza de brujas del senador McCarthy estaba en su cenit: Joseph Raymond McCarthy (1909-1957), abogado, fue senador republicano por Wisconsin a partir de 1947. Durante la «Guerra Fría», cuando en Estados Unidos surgió un movimiento anticomunista, nacionalista e incluso antisemita, se fundó una comisión permanente para la investigación de «actividades antiamericanas», que fue presidida por McCarthy desde 1950. Bajo su presidencia se recrudeció la ola de persecución anticomunista, que afectó sobre todo a colaboradores del gobierno, artistas e intelectuales, y no perdió intensidad hasta que McCarthy fue apartado del cargo en 1954.